

El Tecnológico de Monterrey

Sucesos
Anécdotas
Personajes

Rodrigo
Mendirichaga

Ediciones Castillo

EL TECNOLÓGICO DE MONTERREY

sucesos, anécdotas, personajes

RODRIGO MENDIRICHAGA

EL TECNOLÓGICO DE MONTERREY

sucesos, anécdotas, personajes



MONTERREY, N.L.
1982

Portada de:
Jorge Sposari

© Rodrigo Mendirichaga
Derechos reservados por el autor

© 1982, de esta edición
Ediciones Castillo, S.A.
Ave. Hidalgo 471, Poniente
Monterrey, N.L.

Prohibida la reproducción parcial o total
por cualquier medio o método
de esta obra sin autorización por escrito del editor.

Impreso en México
Printed in Mexico

ÍNDICE

LOS MOTIVOS DEL AUTOR	7
UN MEMORÁNDUM PARA EL MINISTRO	13
EL MEMORÁNDUM SIGUE SU VIAJE	20
ALGUIEN TENÍA QUE HACER ALGO	26
EL ENCUENTRO DEL HOMBRE APROPIADO ..	30
UN BAUTIZO ADECUADO	36
YA TENEMOS CINCO	39
EL PRIMER DÍA DE AQUELLA SEMANA	46
EL INSTITUTO HACE PUBLICIDAD	56
EL PRIMER DÍA DE CLASES	63
EL MUNDO SIGUIÓ SU CURSO	66
FUERA DE CASA	70
LOS LUNES A MEDIODÍA	78
TRES EN VIAJE DE ESTUDIOS	85
JUGANDO AL PERIODISTA	92
EL AMOR A LA CAMISETA	99
HOMENAJE A LA BELLEZA	104
LOS QUE NO ERAN DE MONTERREY	107
JUNTÓ AL CERRO DE LA SILLA	110
EL FIN DEL PRINCIPIO	116
ESTRENANDO CASA	125
MÁS QUE LADRILLOS	129
OJOS Y PLUMA DE UN VISITANTE	139
¡AH! LA RAZA.	143
UN VISITANTE DE CASA	147
MÚSICA PARA LA CIUDAD	150
APRENDIENDO A VIVIR CON TERREMOTOS .	158
EL NUEVO LUSTRO	164
SE CIERRA UNA ÉPOCA	168
EL TERCER DIRECTOR Y PRIMER RECTOR ..	172
SIGUE LA MARCHA	176

LOS CHICOS DEL TEC	183
CONCLUYE OTRA ÉPOCA	187
EL INTERREGNO	190
LA SEGUNDA DÉCADA	195
LOS TRASPIÉS	200
¡VÁMONOS FUERA!	204
SIN PERDER EL HUMOR	209
EL PRIMER CUARTO DE SIGLO	214
AL MAR	217
LA ERUPCIÓN	223
LAS DEFINICIONES	231
NACE EL SISTEMA TECNOLÓGICO	236
EL ÚLTIMO DÍA	240
EL SISTEMA AVANZA	245
CONTINÚA EL CRECIMIENTO	250
TAMBIÉN CALIDAD	256
EL AUTOR EXPLICA Y AGRADECE	260

LOS MOTIVOS DEL AUTOR

Fue al doblar la esquina. Precisamente entonces. Ni antes, ni después. El otoño me golpeó el rostro al doblar la esquina. El aire, que lo había sentido frío al dejar el edificio de la Escuela Preparatoria, se convirtió en flagelante al doblar la esquina. Porque, en los doscientos metros caminados por la banqueta en dirección al poniente, tuve la protección de la modesta muralla de las casonas de un piso que me defendían del viento que soplaba del norte. Pero al llegar a la esquina fue diferente

La sensación del viento en la cara me agradó. Intenté cubrirme, pero no llevaba la ropa apropiada, pues de casa había salido con camisa delgada de manga corta, propia para verano. Temprano en la mañana la temperatura era moderada; al mediodía el termómetro había descendido diez o quince grados centígrados. Miré el horizonte que, después de la alta techumbre de nubes grises, anunciaba un cielo limpio, azul brillante.

Lo mejor de todo es que mañana no habría clases. Era el 11 de octubre de 1946 y mañana, Día de la Raza, se festejaba con descanso.

Apresuré el paso al doblar la esquina, dejando la calle Hidalgo y adentrándome en la de Galeana, que por su estrechez debió mejor llamarse callejón. Fue solamente una pequeña cuadra en aquel frío primero del otoño. Luego, en la siguiente esquina, en la avenida Morelos, otra vez hacia el poniente, a mi cercana casa.

Yo tenía quince años. Nunca antes había registrado el cambio de temporadas con la precisión de una fecha en el calendario. Sin embargo, al igual que algunos olores, sabores y colores no se olvidan, desde entonces mido el otoño no por su inicio real sino por aquella experiencia.

Intento entenderlo porque mi circunstancia se modificó substancialmente desde un mes antes y todo lo que acontecía

iba adquiriendo mayor significado. Aquella mañana regresaba del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, escuela de reciente fundación y en la que empezaba a conocer una manera diferente de enseñar.

En el pequeño patio de la planta alta, donde se desplegaba toda mi casa, me daba vueltas para descansar; luego regresaba a la gruesa y baja barda donde había dejado el diccionario y una libreta.

El reducido cubo que formaba la construcción permitía tener al cielo como bóveda, con todo lo que ello significa de sensación de libertad.

Estaba ahí aprendiendo a usar el diccionario.

Hasta mi ingreso a la Preparatoria no había caído en la cuenta de que usar el diccionario también requiere de aprendizaje.

El maestro exponía con lentitud y gran claridad.

También fumaba como si se tratase de algo importante, solemne. Muchas veces creí que valía la pena probar otra vez los cigarrillos al admirar el éxtasis de fumador del maestro de Filosofía.

El humo, naturalmente, desaparecía.

Quedaba la pasión por el conocimiento.

Me fui a casa entusiasmado.

Había que escribir sobre la felicidad.

Lo hice.

No debió resultar tan mal, pues obtuve la máxima calificación por aquel trabajo en la clase de Ética.

En mi recuerdo no se registró alguna emoción por el triunfo efímero. Lo que no se ha borrado es el razonamiento, escuchado primero del maestro, meditado y escrito después por el muchacho de quince años: el ser humano aspira a la felicidad, la busca en cada uno de sus actos, la alcanza; pero vuelve a desearla y se repite el proceso, porque sólo quedará satisfecha en la eternidad, en Dios.

*—Un axioma no se demuestra, Mendirichaga —me regañaba el maestro con su molesto ceceo.
No podía entender el Álgebra.*

O no me la sabía explicar, como mucho tiempo después me aseguraba un técnico brillante.

De aquella dificultad de comprensión o solamente de trasmisión, quedaría una narración que incorporé en mi primera colección de cuentos reunidos bajo el título Un Alto en el Desierto y editados en la colección Los Presentes.

Es que el impacto fue mayor que los diarios escauceos en el aula. Quizás el encuentro con las Matemáticas ayudó a definir más la vocación profesional.

Como el final concluyó en una calificación de 5.50 y era la primera vez que reprobaba una materia, el efecto fue dramático para el muchacho que ya entonces tenía dieciséis años. Importante experiencia: en la vida también se podía fracasar. A levantarse, a seguir; o a cambiar el rumbo.

—La historia se ha escrito con la espada del vencedor sobre la espalda del vencido —así iniciaba su curso el maestro.

Aún conservo una libreta de apuntes donde la sabiduría y la pasión me mostraron un concepto nuevo del pasado de México.

Algo me decía en la Primaria y la Secundaria que la versión oficial de nuestra historia, dócilmente repetida por las escuelas particulares, mucho tenía de mentira o de ocultamiento de la verdad.

Entender con mayor claridad los orígenes nacionales ha sido importante para tratar de descifrar el presente y suponer el futuro.

Sin ser obligación escolar, la habitación —llamada entonces salón de clases—, estaba llena.

La herramienta: un tocadiscos.

Junto al aparato el expositor, delgado, de continuos tics, pareciendo ausente.

Bach, Beethoven. . . Lo que ya apreciaba iba siendo valorado mejor.

Muy pronto se olvidó en casa la entrega rutinaria de calificaciones. Aquí había un nuevo estilo administrativo y de relación.

Las cartas cerradas, dirigidas a mi padre, tenían dos estampillas, una de cuatro y otra de seis centavos.

El diálogo se sucedía por escrito.

En general estamos satisfechos con su aplicación y dedicación al estudio. Deseamos llamarle la atención sobre las bajas calificaciones obtenidas en ARITMÉTICA Y ÁLGEBRA y COSMOGRAFÍA Y GEOGRAFÍA FÍSICA. En especial debe dedicar mayor atención a su clase de ARITMÉTICA Y ÁLGEBRA por ser fundamental en su carrera.

Esta no era una carta-machote, impersonal, sino algo que se refería al muchacho de quince años en sus resultados del primer mes de clases, pues yo había escogido —¡oh, increíbles decisiones juveniles!— la carrera de Ingeniero Mecánico Electricista. Y lo sabía el Director de la Escuela Preparatoria que firmaba la carta.

En el informe sobre los resultados de octubre, mi padre leía: Nos permitimos felicitarlo por el esfuerzo realizado para mejorar su calificación en ARITMÉTICA Y ÁLGEBRA. Estamos satisfechos con su aplicación y dedicación al estudio.

Cercana la Navidad del año 1946, los comentarios a las calificaciones de noviembre concluían así: Le agradeceríamos vigilar que su hijo dedique suficiente atención a la preparación de sus exámenes finales limitando sus paseos y diversiones.

Además de los conocimientos y de la organización académica y administrativa, los compañeros.

Mi primer encuentro con la dimensión nacional humana. En las aulas, jóvenes de General Terán, Nuevo León, y de San Luis Potosí, y de León, en Guanajuato, y de Morelia, la antigua Valladolid, y de México y Guadalajara y Veracruz y Mérida. Con su hablar diferente, duro y fuerte del norte, dulce y cantarino del centro, pintoresco del sureste; otras ideas y costumbres.

Enriquecido en el conocimiento del mexicano.

Amigos que me trajeron a México con mayor fuerza que si lo recorriese en cada período de vacaciones.

En el número 23 del periódico estudiantil El Borrego la primera emoción literaria.

Se trataba de un reportaje y entrevista realizado en colabo-

ración con mi hermano Xavier, también estudiante en la Preparatoria.

La cabeza, a cinco columnas, que era la extensión máxima de aquella publicación: Mañana Sábado será la Novillada Anual.

Era la edición del 11 de octubre de 1946. Mi primer escrito impreso.

Al concluir el primer semestre en el Tecnológico de Monterrey, en enero de 1947, a pesar de haber alcanzado el cuarto lugar en mi grupo de veintitrés alumnos, salí reprobado en Aritmética y Álgebra, pues no puede alcanzar el seis de calificación. Pero, en cambio, lucía un diez en Historia Universal.

La institución iba auxiliando al joven atolondrado que sabía de su vocación y creía poder violentarse hacia otros conocimientos, para que al fin enderezase el camino, como aconteció en junio de 1948.

Dejaba el Tecnológico porque en él no podían entonces seguirse carreras vinculadas con las humanidades.

Pero había conocido una organización escolar donde la enseñanza ofrecía nuevos valores y permitía una mayor apertura del espíritu.

La única compensación a la nostalgia era librarme de las Matemáticas.

Volví al Tecnológico.

Siete años después, recién graduado de Licenciado en Derecho, fui contratado como profesor de planta del Departamento de Humanidades para la Escuela Preparatoria.

Era el mes de septiembre del año 1955 y las materias que impartiría serían Geografía e Historia de México. Se me asignaron cinco grupos con una carga de quince horas a la semana.

Hoy, conservo las listas de esos primeros grupos.

Entonces, la experiencia fue quizás más vivencial. Aunque ya tenía cinco años en la cátedra, el Tecnológico fue el descubrimiento de un interesante segmento de la juventud mexicana, por aquellos años predominantemente varonil. Pude realizar mi deseo de comunicación ante auditorios generalmente dispuestos y muy receptivos; pude además, y esto es

igualmente valioso, entablar amistad con aquellos alumnos, ahora muchos de ellos hombres productivos y destacados.

En respetuosa referencia evangélica, repetiré: quien tenga oídos, que oiga; quien haya vivido apasionadamente la cátedra comprenderá esta euforia en el recuerdo.

Plenitud que pudo darse en un marco institucional apropiado.

Cuando, temporalmente, tales condiciones de la organización fueron inapropiadas en el lugar donde yo pretendía continuar mi misión, preferí renunciar.

Fueron siete años muy importantes para mí, como deseo hayan sido para quienes se relacionaron conmigo.

Ejerciendo profesionalmente la comunicación durante varios años, en 1976 fui llamado nuevamente al Tecnológico de Monterrey.

Fue una nueva visión del Instituto, justamente la que me faltaba conocer, desde sus mandos. Fui asesor de Rectoría y de la Vicerrectoría de Unidades Foráneas, para la primera en diversas necesidades de comunicación, principalmente las asambleas de Enseñanza e Investigación Superior —asociación civil que patrocina al Instituto desde su fundación— y del propio Instituto; y para la segunda en el lanzamiento de algunas de las Unidades Foráneas y la difusión del Sistema Tecnológico en general.

Como alumno y como profesor no había tenido acceso a la problemática de la autoridad del Tecnológico y en ocasiones estuve en desacuerdo con sus políticas, decisiones y estilo. Al fin, ahora conocía las razones —o sinrazones— de la autoridad.

El cuadro era completo.

Debía explicarlo.

Por todo esto y por lo que difícilmente puede expresarse en lenguaje, me interesaba escribir sobre el Tecnológico de Monterrey.

Comprendidos los motivos, se tolerará al autor. Porque el tema se justifica por su misma importancia.

UN MEMORÁNDUM PARA EL MINISTRO

El micrófono rectangular mandaba sus destellos de plata desde su minúsculo panal metálico.

Detrás del mágico mecanismo, el licenciado Luis Sánchez Pontón carraspeó para aclararse la voz, se caló las gafas y pareció que repasaba mentalmente las líneas del papel que sujetaba con firmeza. De rostro redondo y bigote recortado, vestía pulcramente traje oscuro.

El técnico le dio la señal y el Secretario de Educación Pública empezó su lectura dentro del programa dominical *Hora Nacional*, que trasmitía a todo el país la estación de radio XEW desde la ciudad de México.

Muchos mexicanos estaban aún inquietos por la educación socialista propuesta por el gobierno del general Lázaro Cárdenas y elevada a precepto constitucional; aunque veían en el nuevo gobierno intenciones menos radicales, mantenían sus temores.

El ministro expresó: *El general Manuel Avila Camacho persigue en materia educativa el respeto a la enseñanza privada, ajustándose a los métodos modernos.* . . .

Era el 11 de enero de 1941 y la administración Avila Camacho apenas tenía algo más de un mes de iniciada. Los radioescuchas que recordaban el reciente conflicto educativo del sexenio anterior empezaron a confirmar sus esperanzas de cambio; después de todo, esta declaración concordaba con la insistencia del nuevo presidente por lograr la conciliación y la unidad.

Pero, a pesar de aquellas palabras tranquilizadoras, el ministro se esforzó por defender la escuela socialista cuando los tiempos eran distintos y la intención presidencial moderada. Sánchez Pontón dejó el cargo el 11 de septiembre y al día siguiente lo ocupaba el licenciado Octavio Véjar Vázquez.

Al flamante Secretario de Educación Pública solicitaron audiencia dos abogados a principios del mes de diciembre. Aquella mañana el Valle de México repetía su fiesta de sol y transparencia cuando Virgilio Garza, Jr. y Raúl Valdés Villarreal cruzaban el Zócalo de la gran capital. El licenciado Valdés, radicado en la ciudad de México, pasó un momento antes por el licenciado Virgilio al Hotel Ritz, albergue favorito de los hombres de negocios de Monterrey.

Los amigos marcharon con paso rápido por la avenida Madero. El licenciado Valdés había regresado a México después de estudiar Derecho Internacional en la Universidad de Harvard. Se incorporó al despacho del licenciado Alejandro Quijano y reanudó la comunicación con parientes y amigos de su infancia.

Uno de los que buscó fue a Juan S. Farías, quien estaba empezando a hacer carrera en el medio bancario de Monterrey, luego de algunos años al frente de la Cámara de Comercio.

—Oye, Juan, yo quiero relacionarme con gente de Monterrey —le dijo—. Cuando tengas alguna oportunidad, algún problema, yo puedo ayudar.

Y el licenciado Valdés fue un eficiente contacto para negocios en la capital del país.

Entre las inquietudes que preocupaban a algunos hombres de empresa en Monterrey, estaba el caos universitario al que no se le daba solución. La Universidad de Nuevo León había sido fundada en 1933, pero un año después se derogó la ley que la había creado; la intención era organizar la Universidad Socialista de Nuevo León, pero la comisión encargada de ello fue disuelta en 1935. Sin una nueva ley, la enseñanza superior del estado vivió una precaria situación, con edificios inapropiados, laboratorios que no se actualizaban y con un profesorado mal pagado o que no recibía sueldo. Se estudiaba poco y mal, utilizándose a las escuelas y facultades para apoyar o atacar la política estatal y nacional. La Federación de Estudiantes Socialistas y algunos maestros de filiación marxista agitaban el ambiente, un poco intentando imponer sus ideas extremistas y otro tanto para mantener sus puestos en la Universidad. Huelgas, represiones, ausentismo. . .

En mayo de 1939, al visitar Monterrey el licenciado Mario de la Cueva, secretario de la Universidad Nacional Autó-

noma de México, sugirió ante la prensa que se creara una universidad autónoma. Días después el ex-rector de la primera universidad neolonesa, licenciado Héctor González, lo consideró urgente en la sesión del Ateneo Nacional de Ciencias y Artes, delegación Monterrey. En junio se creó el Frente Estudiantil Pro-Universidad Autónoma del Norte.

Mientras los abogados Valdés y Garza caminaban aquella mañana de diciembre de 1941 hacia el Palacio Nacional, conversaban sobre la enseñanza superior, asunto del que hablarían al ministro. El licenciado Virgilio tenía mayor información.

—No sé si está usted enterado, licenciado —tomó al amigo afectuosamente por el brazo—, que el gobernador, general Bonifacio Salinas Leal, citó a una junta en octubre para decidir sobre la construcción de la Ciudad Universitaria.

—¿Y qué gente fue llamada?

—Pues, se nombró una comisión integrada por don Joel Rocha, don Jesús Montemayor, el profesor Andrés Osuna y el ingeniero Roque Yáñez.

—¿Y el plan será seguro?

—Bueno, el gobierno aportaría un millón de pesos, igual cantidad la industria regiomontana y el gobernador se compromete a obtener una suma igual del gobierno federal.

—Entonces, quizás se llegue a algo.

—Quieren construirla en terrenos cercanos al Hospital Civil, allá en las afueras de Monterrey por el poniente. Adquiriendo grandes extensiones de terreno se pretende formar el patrimonio universitario para que al menos logre la autonomía económica.

Los amigos se detuvieron en una esquina para que pasara un vehículo veloz.

—Cada día está peor el tráfico —renegó el licenciado Valdés.

—Imagínese cómo lo sufriremos los turistas regiomontanos —el licenciado Virgilio lanzó una carcajada franca mientras comparaba mentalmente el movimiento de la calle Isabel la Católica con las apacibles calles regiomontanas.

Siguieron su camino.

Al fondo se recortaba la vigorosa horizontal del Palacio Nacional.

—El mes pasado —continuó el licenciado Virgilio— los

presidentes de las sociedades de alumnos de las Facultades de Medicina, Derecho y Química, publicaron un manifiesto en los periódicos de Monterrey. ¡Debí habérselo mandado!

—Cuando haya algo interesante envíemelo.

—Lo haré. . . , se lo prometo. En el manifiesto declaraban que se había acordado constituir la Federación Estudiantil Universitaria Neolonesa. . . , así la llaman. Y que propugnará por la creación de la Universidad Autónoma del Norte y la edificación de la Ciudad Universitaria.

—¡Eso es muy interesante! —exclamó el licenciado Valdés sorprendido.

—Hay inquietud. . . , verdadera inquietud.

—Pero esto puede afectar nuestro proyecto.

—Según se mire, licenciado. La situación actual de la enseñanza superior en Nuevo León es inadmisibile. Nuestra propuesta es una solución.

—Nada más que el gobierno estatal también se encamina hacia una solución.

—Si nuestra idea es más apropiada, quizás la apoyen. . . , si no. . .

Entraron casi corriendo al espacio enorme de la Plaza de la Constitución.

—Si no —prosiguió el licenciado Virgilio— habrá servido para apurar una respuesta.

Pasaron frente al Sagrario de la Catedral Metropolitana y siguieron por la calle de Seminario envueltos en la atmósfera del México colonial detenido en el tiempo, hasta el edificio de la Secretaría de Educación.

Hombre de edad media, como los abogados que le habían solicitado audiencia, el licenciado Óctavio Véjar Vázquez era delgado y de regular estatura, rostro largo, frente amplia, nariz ligeramente aguileña, cabello semirrizado y boca grande pero de labios finos.

Los visitantes fueron recibidos con un afecto medido, en una estancia de grandes ventanales, paredes de madera en su mitad baja y muebles de cuero.

El ministro escuchó atento un preámbulo que ya conocía sobre la agitación estudiantil socialista que aún se mantenía en Nuevo León y el despertar de un movimiento universitario que insistía en la autonomía y la libertad de cátedra. La introducción estuvo a cargo del licenciado Virgilio, de espi-

gada figura, quijotescas facciones, peinado con vigor hacia atrás y pulcro vestir.

—Hemos solicitado esta entrevista, señor secretario —intervino el licenciado Valdés, luego de las palabras iniciales de su amigo—, para presentarle respetuosamente a su consideración un memorándum en donde se contiene una propuesta como solución alternativa a estos graves problemas.

—Muy interesante, señores —comentó protocolariamente el ministro.

—El licenciado Virgilio Garza le expondrá brevemente el contenido de este escrito.

—Muy bien, muy bien —y el ministro regresó entonces su atención al otro visitante.

Con su rotunda voz de orador, entró en materia el licenciado Virgilio.

—Este memorándum —y acarició vigorosamente el legajo que lo contenía— ofrece a su atenta consideración la creación de una verdadera universidad. Se indica que tal institución *deberá reunir las siguientes características fundamentales: personalidad jurídica, autodeterminación, patrimonio propio, administración eficiente e idónea, garantía de permanencia y vida ajena a toda influencia extraña, ya sea política, confesional o demagógica de cualquier especie.*

El licenciado Valdés apreció la capacidad de su amigo para la memorización, pues al escucharle le parecía estar releiendo el memorándum.

En seguida, el expositor se fue hacia un delicado asunto de la propuesta.

—El principal problema es el de la personalidad jurídica de la nueva universidad. Consideramos urgente que exista una ley de carácter general dentro de la cual quepa un instituto independiente de este tipo. Debiera, pues, sustituirse la ley especial para la universidad, por una general conforme a la cual se estableciera la que proponemos.

—Entiendo —se limitó a confirmar el ministro.

—Para asegurar la autodeterminación —continuó el licenciado Virgilio— se contempla el establecimiento de *Consejos Directivos vitalicios, una administración honesta y eficiente, patrimonio propio y su permanencia se asegurará al ser ajena a influencias externas.* En la lectura de este proyecto usted advertirá, señor secretario, que se trata de *un tipo de univer-*

sidad no conocido aún en nuestro medio, lo que trascenderá a nuestro mundo cultural y despertará el interés y cooperación privados.

El ministro seguía la exposición con ligeros movimientos afirmativos de cabeza. El licenciado Virgilio hizo una pausa breve intencional para permitir la asimilación de su interlocutor.

En una actitud menos formal, abrió el legajo y con el escrito a la vista siguió explicando.

—Aquí encontrará las bases esquemáticas para la constitución de las Escuelas y Facultades, que serán: Preparatoria, Filosofía y Letras, Derecho, Medicina, Comercial y Bancaria, Politécnica y Escuela de Verano.

Y pasaba lentamente las hojas del memorándum.

—Eso es. . . , muy bien. . . —decía rutinariamente el ministro, quien no pretendía leer en ese momento.

—*El sistema de becas será objeto de cuidadosa reglamentación*— se entusiasmó el licenciado Virgilio al anunciar otro aspecto del proyecto.

El ministro alcanzó a leer el encabezado del párrafo correspondiente a Becas. Luego seguía el tema de Bibliotecas.

—*La nueva universidad aprovechará los volúmenes con que cuenta actualmente la Universidad de Nuevo León, así como los que le fueren donados.* . .

El ministro no pareció inmutarse, a pesar de que la referencia a un traslado de libros le hacía suponer que el nuevo proyecto cancelaba a la universidad anterior, precisamente cuando el gobierno trataba de reavivarla.

El expositor llegó, finalmente, a los números.

—Se considera que podrá construirse con un patrimonio mínimo inicial de cinco millones de pesos. Cuatro millones para terrenos, edificios, equipos de laboratorio, mobiliario, libros. . . Un millón de pesos se reservarán para cubrir con sus réditos los déficit de los cinco primeros años.

—Bien —asintió el ministro.

—*Esto será mientras la iniciativa privada, ante la prueba objetiva de la marcha de la universidad, se hace cargo de cualquier déficit subsecuente.* Como supondrá, señor secretario, *el Consejo Financiero de la universidad deberá integrarse por industriales y banqueros distinguidos de Monterrey.*

—Naturalmente —refrendó en forma amable el licenciado Véjar Vázquez.

Hubo un nuevo silencio.

—Bien. . . , bien. . . , estudiaré su propuesta —trató de concluir.

—Aquí, al final —señaló el licenciado Virgilio— se desglosa el origen para el patrimonio inicial: las aportaciones sugeridas serían de tres millones por parte del gobierno federal, un millón del gobierno de Nuevo León y otro de los particulares de Monterrey que patrocinan este proyecto.

—Correcto.

El expositor regresó a la primera hoja. Antes de cerrar el legajo y entregarlo al Secretario de Educación Pública, en un nuevo arrebató oratorio finalizó.

—Como se expresa al inicio del memorándum, *la educación superior, único medio para la formación de la cultura y para el desarrollo de la técnica, ha sido una necesidad urgente no satisfecha hasta ahora de una manera plena en la zona norte-noroeste del país. Y el centro más relevante de esa zona, por su importancia material, localización geográfica, medios de comunicación y posibilidades materiales e intelectuales de desarrollo futuro, es Monterrey. . .*

El ministro asentía con movimientos de cabeza.

—De ahí que el nombre sería. . . Universidad de Monterrey*— en una acción coordinada terminó y extendió el legajo al ministro.

Fuera del despacho, los abogados se miraron satisfechos.

—¡La suerte está echada! —exclamó uno de ellos.

* N. del A. —No existe ninguna relación entre aquel proyecto y la actual Universidad de Monterrey, conocida por sus siglas UDEM.

EL MEMORÁNDUM SIGUE SU VIAJE

Sentado en el escritorio de su oficina de la calle Escobedo, leyó la carta que firmaría:

Estimado y fino amigo:

Con la presente acompaño copia del memorándum y su anexo que fue presentado por los señores Lic. Virgilio Garza Jr., y Lic. Raúl Valdés Villarreal a consideración del señor Secretario de Educación Pública en relación con el establecimiento de la Universidad de Monterrey.

Considerando de interés que conozca usted este memorándum tengo el gusto de enviárselo a sugestión de los abogados antes mencionados.

Muy atentamente.

Y Juan S. Farías firmó. El papel estaba membretado con su nombre y la breve misiva se fechaba aquel día, diciembre 10 de 1941, en Monterrey.

Se inclinó hacia atrás y apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca. Recordó el origen del proyecto en la inventiva y entusiasmo de Antonio L. Rodríguez, uno de los cerebros financieros del recientemente fundado grupo Valores Monterrey, dentro del cual trabajaba Farías como Gerente del Banco Capitalizador de Monterrey. Aunque ninguno de los dos habían sido nunca universitarios, la idea se fue desarrollando hacia crear una universidad en forma. Farías había escrito a varias universidades norteamericanas en busca de información: Yale, Harvard, Texas, UCLA, Loyola. . . Y don Antonio hasta había explorado la aceptación de alguna personalidad intelectual para el cargo de rector; buscó al doctor Pedro de Alba, quien había sido el principal organizador de la primera Universidad de Nuevo León en 1933 y secretario general de la misma en funciones de rector, pero declinó la

nominación porque se encontraba ligado a actividades culturales internacionales; luego conversó con el licenciado José Vasconcelos, quien mostró simpatía por el proyecto pero tampoco aceptó.

Miró la carta que acababa de firmar. Fijó la atención en el inicio del segundo párrafo: *Considerando de interés que conozca usted. . .* Sonrió. La vista estaba detenida en el tratamiento formal: *usted*.

Recordó una reunión de matrimonios amigos en casa de Eugenio Garza Sada.

Rosario, la esposa del licenciado Virgilio Garza Jr. le había dicho:

—Oye, Juan, ¿por qué le hablas de usted a Eugenio? Por qué no se hablan de tú. Son tan primos ustedes, como yo contigo.

Farías volteó a ver a Garza Sada.

—Pues, porque este señor es mayor que yo —aclaró—. Pero. . ., yo no tengo inconveniente.

Entonces Rosario se dirigió a don Eugenio.

—Ves, Eugenio, ¿por qué no le hablas de tú a Juan?

—Pues, sí, está bien —aceptó escuetamente.

—Está bien —insistió Juan Farías.

—Bien —agregó don Eugenio—: usted empiece.

Al recordar el formalismo del amigo, retiró la mirada del *usted* que contenía la carta, la cual estaba dirigida, precisamente a:

Sr. don Eugenio Garza Sada

Presente,

Farías hizo a un lado el memorándum y las copias con el proyecto de la universidad y tomó el periódico de la tarde *El Tiempo*, que su secretaria había dejado sobre el escritorio.

Con un gesto de gravedad, el presidente Roosevelt leía su petición al Congreso para que declarase la guerra a Japón. La fotografía había sido tomada dos días antes. El encabezado principal, a ocho columnas, decía: **NO HABRÁ DECLARACIÓN DE GUERRA POR AHORA, DE MÉXICO AL JAPÓN.** La noticia indicaba que hasta las once y media de la mañana de ese día no entraban en sesión plena las Cámaras de Diputados y Senadores para discutir *las trascendentales medidas que se pondrán en práctica desde luego en este momento histórico, ¡MÁS NO PARA ESTUDIAR LA DECLARA-*

RACIÓN DE GUERRA AL JAPÓN EN VIRTUD DE QUE SE HA DECIDIDO NO HACERLO POR AHORA! El corresponsal del diario en la ciudad de México había obtenido declaraciones de varios *diputados* y *senadores de la más alta significación* que le informaron que *veinticuatro horas después de haber estallado la conflagración en el Pacífico todos los C.C. diputados y C.C. senadores estaban decididos a declarar la guerra pero que, posteriormente, se optó por abrir un compás de espera por razones de peso y en atención a altos intereses nacionales.*

Farías continuó hojeando el periódico con desgano pero aliviado. Sabía, sin embargo, que el estado de guerra del país vecino tendría repercusiones sobre México. En la página tres se enteró que las obras que se realizaban en el río Santa Catarina —que cruzaba la ciudad por el sur—, para evitar las inundaciones, estaban suspendidas porque el presupuesto de ese año se había agotado; el contratista que informaba al reportero tenía además su propia visión del futuro inmediato, pues aseguraba que *como la declaración de guerra entre los Estados Unidos y Japón afectará muy seriamente a nuestro país, es muy probable que no sólo esta obra, sino algunas otras como las presas El Palmito, El Azúcar, etc. tendrán que suspenderse por tiempo indefinido.*

Sí, efectivamente, las cosas cambiarían.

Por lo pronto, la Confederación Nacional Campesina anunciaba que, para apoyar el *programa internacional del gobierno* le haría al presidente *proposiciones militares concretas*, asegurando que si se efectuaba una movilización militar estaba *en posibilidades de presentar un contingente de un millón de hombres, la mayor parte de ellos con una buena preparación militar.* La nota de prensa ya señalaba que *tendrían que abandonar sus ejidos, lo cual traería como consecuencia una baja peligrosa en las labores del campo.*

Aunque todo eran conjeturas, el ambiente estaba cargado de extraños presagios; como la noticia que interesó especialmente a Farías desde que leyó el encabezado: CONMOCIÓN EN LOS BANCOS DE MÉXICO POR UNA FALSA VERSIÓN; y que se refería a la alarma que la tarde anterior sufrió el medio bursátil de la capital del país *con motivo de las escandalosas noticias propaladas acerca de que Nueva York estaba siendo bombardeada por aviones, posiblemente alema-*

nes. Esto había provocado la suspensión del cambio de moneda, *creyéndose que el dólar bajaría catastróficamente*. Lo que realmente había acontecido era una práctica contra ataques aéreos. Farías sonrió, moviendo la cabeza.

Concluyó la rápida lectura y llamó a su secretaria. Se imponían las actividades reales y concretas de cada día.

—Por favor, mande esto a Cervecería Cuauhtémoc.

El sobre con su voluminoso contenido viajó al norte de la ciudad.

Dos días después, el 12, festividad de la Virgen de Guadalupe, don Eugenio se encontraba trabajando en su modesta oficina de la vieja empresa pionera del despegue industrial regiomontano.

Recibió la carta y la copia del memorándum. Con una disciplina organizativa casi ritual empezó anotando abajo de la fecha de envío la de recepción.

Con mucho interés se adentró en el conocimiento del proyecto.

Al llegar al asunto de la autodeterminación, que se calificaba de *esencial*, leyó: *Para esto se ha pensado no sólo en afirmar el principio en forma teórica, sino en buscar su manera más eficaz de práctica realización, y para esto, se ha propuesto el establecimiento de Consejos Directivos vitalicios*. . . Detuvo la lectura y subrayó *Consejos Directivos*. El plural no le tranquilizaba. ¿Cómo gobernar dividiendo el mando? Para señalarse a sí mismo la duda, anotó al margen un pequeño signo de interrogación. Continuó: *Estrechamente vinculado con lo anterior tenemos la administración honesta y eficiente de la Universidad*. Esto le pareció excelente. Y siguió la lectura: *Para realizarla se ha advertido la conveniencia de una cuidadosa división de funciones en los órganos universitarios, y ésta, creemos, se logrará en la siguiente forma: la dirección técnica universitaria se depositará en el Consejo Directivo, la economía, corresponderá al Consejo Financiero, y la propiamente administrativa y ejecutiva corresponderá al Rector*. El lápiz de don Eugenio subrayó *malestar* y al margen escribió *3!?* Para su criterio sobre el mando, la autoridad, la buena marcha de una organización, tres responsables era demasiado; tanto que. . . le admiraba y le interrogaba.

Con las dudas respecto del gobierno de la universidad

propuesta leyó el siguiente párrafo sin entusiasmarse con la aparente euforia de sus autores; aquello de *una Universidad de tipo no conocido aún en nuestro medio* a él le pareció un poco retórico. En seguida, compartió el buen deseo de *crear al profesor y al investigador estrictamente profesionales, con seguridad de permanencia, que al dedicar todo su tiempo a labores universitarias, reciben en cambio compensaciones económicas que les aseguren un medio satisfactorio de vivir. Con esto se evitará el viejo vicio, por desgracia uniforme en México, de que el profesor sea sólo tal accidentalmente.* El profesor de tiempo completo era algo que consideraba indispensable, por la experiencia que había vivido como alumno del Massachusetts Institute of Technology y porque veía que con personal de tiempo completo se lograba una labor continua y eficiente en la industria.

Pasó al siguiente tema: *La instrucción que la Universidad de Monterrey imparta tendrá un alto costo, que deberá cubrirse en su justo precio, por el alumno, pues trátase además, de un servicio de inmenso valor que exige compensación al prestarse.* Que un instituto de enseñanza superior bien organizado tendría un costo de operación importante parecía evidente, pero habría que determinar qué tan *alto* sería; quizás una buena administración lo mantuviese en niveles razonables. Que la colegiatura tuviese un *justo precio* podía ser la teoría, pero el enunciado entero sugería algo que en un descuido llegaría a ser inaccesible o sólo posible para una élite económica. Marcó la frase con un señalamiento marginal y enfatizó su inquietud con una interrogación.

Entró al fin a las Escuelas y Facultades, donde su origen profesional en la ingeniería le dictó sus rechazos iniciales: Filosofía y Letras merecía otra interrogante y Derecho una diagonal en el margen. Monterrey, México entero, necesitaban profesionales para manejar sus fábricas; evidentemente ni las Letras ni la Filosofía resolverían esta carencia. En cuanto a licenciados en Derecho. . . , ya había suficientes.

Como Juan S. Farías le adjuntó, además del memorándum, la redacción tentativa de las Bases Generales del Estatuto de la Universidad de Monterrey, don Eugenio, minucioso en sus análisis, prosiguió la lectura, por más que se convertiría en una repetición de lo que acababa de conocer.

Al llegar al número tres, volvió a encontrarse con el

conflicto de autoridad: *La Universidad de Monterrey será administrada y regida por los siguientes órganos: I. Por un Consejo Directivo, II. Por un Consejo Financiero, y III. Por un Rector.* Siendo él mismo redundante en los comentarios marginales, puso una marca en el párrafo, luego una cruz rechazándolo y, más abajo escribió: *3 independientes*, agregando dos signos de admiración y uniendo la opinión con la tacha por una flecha. Definitivamente, no estaba de acuerdo. Más adelante encontró el mecanismo para revocar el nombramiento de algún Director de Facultad, profesor o miembro del personal de la Universidad. Según el Estatuto, el Consejo Directivo, luego de acordarlo, comunicaría su decisión al Consejo Financiero; si lo acordaba, surtiría efectos; si no estuviera conforme, lo haría saber al Consejo Directivo, pero si éste insistía por votación de ocho de sus miembros, entonces la revocación surtiría efectos. Don Eugenio se exaltó con tamaña confusión y marcó violentamente una gran cruz al margen, que cubría toda la altura del párrafo. La autoridad, cuando es única, no se ve envuelta en tantas sutilezas.

ALGUIEN TENÍA QUE HACER ALGO

Al finalizar el mes de diciembre de 1941 el licenciado Mario de la Cueva, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, aseguraba en Monterrey a los directivos de la Federación Estudiantil Universitaria Neolonesa que el proyecto de una universidad autónoma para Nuevo León ya se había aprobado.

La presión era cada vez más fuerte: un proyecto de refundación de la universidad neolonesa, gestado entre gobierno estatal e iniciativa privada, que buscaría la aportación económica del gobierno federal; la petición vigorosa de la federación estudiantil recién fundada para crear una universidad autónoma; y la propuesta de otro grupo privado para establecer la Universidad de Monterrey.

Era imposible diferir más la solución al problema de la deficiencia en la enseñanza superior que padecían Monterrey y el Estado entero.

En abril de 1942 llegó a la ciudad el Secretario de Educación Pública, licenciado Octavio Véjar Vázquez y el día 22 se efectuó una junta en la que participaron autoridades, miembros del Consejo de Cultura Superior —que administraba las escuelas y facultades de la que había sido conocida como Universidad de Nuevo León y continuaba sin haberse reorganizado desde el fracaso del intento por convertirla en universidad socialista—, y hombres de negocios e industriales, que por la voz del licenciado Virgilio Garza Jr. aseguraron estar dispuestos a colaborar con el proyecto de establecer la universidad con su indispensable condición de autónoma.

El fruto de esa reunión fue designar una comisión que preparara en un mes el proyecto en sus aspectos técnico, económico y administrativo. Federación, Estado e iniciativa privada estaban representados en la comisión.

El licenciado Véjar Vázquez declaró a la prensa que en esa visita también expondría el proyecto de fundar un instituto tecnológico en Monterrey, con el apoyo de la iniciativa privada.

A pesar del entusiasmo inicial, cuando el ministro volvió a pasar por Monterrey en octubre, indicó que aún no recibía los estudios de la comisión y ya no se refirió al instituto tecnológico.

La penuria académica continuaba sostenida por su propia inercia y esperanzada en promesas de solución que tardaban en realizarse.

Sin embargo, lo que seguía pareciendo prometedor era la asociación de los gobiernos federal y estatal, y la iniciativa privada, lo cual presagiaba una organización más fuerte en lo económico y más compartida en cuanto a las futuras influencias y presiones sobre la autonomía.

En el proyecto más maduro, que miraba hacia el establecimiento de la nueva concepción de la universidad neolonesa, con la participación del gobierno y el apoyo privado, no se veía como una de sus características básicas la unidad, la monolítica organización en la que creía dogmáticamente Eugenio Garza Sada, quien desde su reducto de trabajo al que dedicaba su inventiva y energía, continuaba inquieto por un problema que afectaba específicamente al esfuerzo industrial por la mediocridad de la preparación universitaria y globalmente al total desarrollo social.

La inquietud por el grave vacío de la enseñanza superior recibió un estímulo adicional al fundarse el Centro Cultural *Carlos Pereyra* por un grupo de profesionistas católicos. En sus primeros Cursos de Invierno, efectuados de enero a marzo de 1943, participaron conferenciantes destacados: José Vasconcelos, Oswaldo Robles, Manuel Herrera y Lasso, Rafael Preciado Hernández, Carlos H. Stevens y Julio Jiménez Rueda. La efervescencia cultural derivada de esas conferencias era evidente.

Algo debía acontecer.

El 18 de agosto el Congreso local expediría un decreto en que se creaba la Universidad de Nuevo León.

Tres meses antes, Eugenio Garza Sada había llamado a un joven licenciado en Derecho que estaba entre los organizadores del Centro Cultural *Carlos Pereyra* y que, aun ha-

biendo estudiado su carrera universitaria en la ciudad de México, pertenecía a una familia de Monterrey.

Roberto Guajardo Suárez, moreno, de ojos vivaces tras los espejuelos, gruesos labios, hoyuelo en el mentón e incipiente obesidad, se presentó ante don Eugenio.

—Mire usted, licenciado, tengo en proyecto la constitución de un instituto tecnológico y quiero que me ayude.

—Con mucho gusto.

—Será una escuela particular, sin ninguna intervención del gobierno. Vamos a buscar el apoyo de los empresarios.

—Entiendo.

—Yo tengo una idea preliminar de este instituto, porque es un proyecto en el que he pensado durante mucho tiempo.

De hecho, años atrás, cuando el joven Eugenio Garza Sada estudiaba ingeniería en Boston, en el acreditado Massachusetts Institute of Technology, que era conocido entre sus ex-alumnos regiomontanos por las siglas MIT pronunciadas en inglés, había ido cultivando la idea de que una institución educativa superior similar a esa escuela que él apreciaba, se fundase algún día en México, concretamente en su ciudad, Monterrey.

Don Eugenio habló brevemente del proyecto y al fin le propuso la comisión a Guajardo Suárez.

—Usted que está en el medio cultural y que tiene buenas amistades profesionales en México puede ayudarme a localizar a la persona más apropiada para dirigir el instituto.

—Lo intentaré con mucho gusto.

—Apenas tenemos tiempo.

—¿Para cuándo echará a andar el proyecto?

—¡Ya!

—Pero, cuándo.

—En septiembre.

—¿Tan pronto?

—Sí, señor.

El licenciado Guajardo Suárez no se arredró. Esperó un momento para asimilar la responsabilidad que le asignaba. En un breve recorrido interior desfilaron algunas personas de su confianza.

—Ya sé a quién acudir.

—Muy bien.

—Pero necesito que me describa las características de quien ha de dirigir la escuela.

Don Eugenio le miró fijamente, con su inalterable rostro de padre de familia de la clase media.

—Necesitamos un técnico. Esta será una escuela técnica.

—Ingeniero, supongo.

—No sólo ingeniero. . . Alguien con prestigio en el medio académico.

—¿Algunos atributos personales?

—De moralidad intachable.

—Naturalmente.

—Entiéndame: su moralidad es tan importante como su capacidad profesional.

—Correcto.

Se levantó don Eugenio e hizo lo mismo el visitante. Fueron hacia la puerta.

—Muchas gracias por su ayuda, licenciado. Pongo en usted mi confianza.

—Se lo agradezco, señor.

EL ENCUENTRO DEL HOMBRE APROPIADO

Roberto Guajardo Suárez se movía en México como en su casa. Su violento traslado a la capital del país le volvió a situar en el agradable clima, el dinamismo de la gran ciudad, la riqueza cultural, las charlas de café y los gratos paseos por calles y avenidas conversando con los amigos de la Escuela Libre de Derecho.

Precisamente a un compañero de esa escuela acudió. Era la persona en quien había pensado para que le orientase. Se trataba del licenciado Luis Garay.

Si don Eugenio confiaba en el aspecto moral del licenciado Guajardo, éste confiaba en el licenciado Garay; esa confianza debía repetirse en el candidato que sugiriese.

—El ingeniero León Avalos Vez —sentenció Garay con total convicción.

—¿Le conoces bien?

—¡Claro! Mira, yo soy conuño de un hermano de él y tenemos cierta amistad.

—¿Por qué te parece apropiado?

—Ni mandado a hacer: es ingeniero mecánico egresado del MIT. . .

—Hombre —interrumpió Guajardo—, eso le va a gustar a don Eugenio.

—Durante diez años ha sido profesor de tiempo completo de la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica, del Instituto Politécnico Nacional.

—¡Magnífico!

—Y ahora es, precisamente, el director de esa escuela.

—Está bien, está bien. . . me convences. Pero ese es su aspecto profesional. ¿Qué hay de la parte moral?

—Me dijiste que reuniese las dos características, ¿verdad? Por eso te lo propongo. Es, además, un católico practicante.

—¡Hecho!

Había que conocerlo y proponerle la idea. A Guajardo, de temperamento inquieto y promotor nato, le excitaba la presión del tiempo.

Los dos amigos concertaron una cita con el candidato, quien les recibió con su afabilidad natural, la sobriedad monacal de su trato y la distinción de su esbelta figura. Parecía norteamericano o alemán, alto, delgado, con su tez blanquísimas y las primeras nieves en las sienes, frente amplia, ancho mentón y labios finos; usaba anteojos de ligera armazón metálica. El traje claro le daba un aire juvenil.

Guajardo explicó el proyecto.

La vinculación de la confiabilidad daba resultados iniciales; como Avalos confiaba en Garay y éste en Guajardo, le escuchó con una disposición muy positiva.

Hábilmente, Guajardo, conocedor de la ideología de Avalos, le planteaba una escuela que formaría personas totalmente identificadas con su pensamiento católico.

Para Avalos podía ser una difícil decisión: dejar la dirección de la principal escuela de ingeniería del país para probar fortuna en un proyecto nuevo. . . y en provincia.

Pero, antes y presidiendo su profesionalismo, estaba la personalidad de un idealista. Mientras Guajardo, con su facilidad de rápida expresión, seguía adornando el proyecto a base de credibilidad y entusiasmo, Avalos se decía a sí mismo sus propios argumentos: *Una escuela particular, con gente de mi misma ideología. . . puede ser una buena oportunidad. . . lo será para mí. . . quizás no para muchos otros. . . sí para mí. . . la consumación de mis ideales en la enseñanza.*

—Está bien, licenciado, me interesa —se sorprendió contestando.

—Me alegro; me alegro de verdad.

Al técnico lo había vencido el idealista.

Sin haber dado el sí definitivo, se encaminaba a una nueva e insegura aventura.

—Voy a comunicarle hoy mismo a don Eugenio su decisión, a ver qué indicaciones me da —terminó Guajardo.

Y don Eugenio salió en seguida para México. Estaba empeñado en un proyecto que acarició durante largo tiempo y, puesto en marcha, lo armaba a contra reloj.

Casi oculto en el asiento posterior del taxi pasó ante el Hotel Ritz, donde le pareció distinguir algún rostro regio-

montano. Prefirió hospedarse, en la misma calle Madero, al concluir ésta en el Zócalo, en el Hotel Majestic.

Cuando descendió frente al adusto edificio de cantera oscura y remembranzas novohispánicas, su figura pequeña de cabeza prominente y prematura calvicie, la nariz aguileña sobre la que descansaban unos espejuelos, el discreto vestir formal en oscuro y su recogimiento enemigo de toda ostentación, quedaban muy bien con el fondo arquitectónico que recordaba un pasado de andar tranquilo y predominio de la moderación.

Luego de registrarse, un lento elevador le condujo al piso donde se encontraba su habitación. Siguiendo al botones que llevaba su reducido equipaje pudo ver nuevamente con agrado los pasillos que rodeaban el patio interior; allá abajo, en el segundo piso donde había otro vestíbulo menos frecuentado, unos niños corrían e intentaban aquietar un poco sus voces naturalmente impulsadas hacia el grito. Después de todo, estar ahí era como no haber dejado totalmente la casa.

Entró a su habitación y un momento después salió al pequeño balcón que se somaba al Zócalo, la Plaza de la Constitución, corazón de esa ciudad y de la otra, Tenochtitlán; de esa nación y de Nueva España y del Imperio Azteca.

Inclinado vocacionalmente a la ingeniería en lo profesional y a los negocios como actividad plenísima, continuaba sensible a todo conocimiento. La Catedral y el Palacio Nacional le transportaban a un pasado de gran interés y a las variadas formas arquitectónicas de la época.

Disfrutaba la monumentalidad de aquel espacio abierto y las construcciones que lo rodeaban; en la provincia no había nada que lo igualase en magnitud. Su sobriedad personal no estaba reñida con las concepciones grandes.

Era mayo, y mientras en Monterrey no había cobijo suficiente para el verano siempre anticipado, en México el sol apenas acariciaba a los cuerpos que un clima privilegiado de eterna primavera mantenía frescos. Aquí, la camisa de manga larga, el cuello abotonado, la corbata ajustada y los trajes de gruesos casimires no se convertían en sacrificio impuesto por las buenas costumbres.

El licenciado Guajardo y el ingeniero Avalos fueron a ver a don Eugenio; estos dos últimos parecían provenir de un mismo origen genético, síquico, educativo, pues ambos eran

reservados en el trato, medidos en expresión, y ofrecían la imagen de bondad y humildad.

El encuentro fue afectuoso. . . con moderación.

Pero se percibió una afinidad que empezaba siendo física y en seguida se tornaba en anímica.

A las breves palabras del autor del proyecto seguían las breves indicaciones del hombre invitado a dirigirlo.

—El licenciado Guajardo me ha dado informes muy positivos de usted, ingeniero, y creo que es la persona indicada para dirigir el instituto tecnológico que vamos a fundar.

—Les agradezco que me consideren útil para este proyecto.

—Sí, señor. Por cierto que sobre el mismo ya le adelantó algunas ideas el licenciado, ¿verdad?

—Me lo explicó a grandes rasgos.

—Tengo la intención de fundar una escuela de alta calidad académica que forme muy buenos ingenieros y técnicos. Me parece que es posible, si contamos con una organización apropiada, planes de estudio comparables a los mejores, un profesorado dedicado a tiempo completo y el apoyo económico que requiere una escuela para iniciarse.

Avalos escuchaba y trataba de medir hasta dónde las buenas intenciones del expositor ya tenían algún soporte que asegurase su continuidad.

—La industria mexicana necesita urgentemente gente competente —continuó don Eugenio—. Nos encontramos en una etapa ascendente de nuestra economía, con un gobierno conciliador, hemos puesto en marcha nuevas empresas y tenemos planes de mayor crecimiento. . .

Se detuvo un instante.

Volvió al tema.

—Pero carecemos de técnicos competentes.

Avalos escuchaba con interés. Ya veía que la necesidad era real, como la carencia que apuntaba. El proyecto, por tanto, no era un impulso o un capricho. Su realización, sin embargo, aparecía aún como espejismo.

—Vamos a organizar un instituto en forma seria y tendrá el respaldo de las empresas de Monterrey. He tenido pláticas con varios amigos industriales que ven con interés el proyecto y lo apoyarán económicamente.

Avalos respetaba a aquella persona que acababa de cono-

cer, no sólo porque le habían puesto en antecedentes sobre la formalidad de sus tratos, sino porque exponía con honestidad y certeza al expresarse; aunque, justo era repetírselo a sí mismo como una inquietud, no era muy convincente.

Este hombre es confiable, se decía Avalos mientras el laconismo de don Eugenio seguía dejando frases ausentes de retórica.

Pero la idea no está madura, le decía el abogado del diablo arrinconado y alerta en su conciencia.

—Estamos hablando de una escuela privada, de principios morales rígidos, alta calidad académica. . . y quiero que usted sea el director.

Aunque esa era la invitación desde la entrevista que sostuvo con Guajardo y el motivo de la junta que tendrían en la habitación del Hotel Majestic, Avalos titubeó interiormente. Ni don Eugenio le había vendido la idea, ni él la compraba por motivos adicionales a los planes escuchados.

—Está bien, acepto —afirmó, sin saber si decidía intuitivamente.

—Muy bien, ingeniero, se lo agradezco.

—Tengo una duda, señor.

—Sí, dígame.

—La intención es buena, el proyecto también, pero. . . pero, ¿se hará?

Avalos había registrado con claridad que don Eugenio tendría el apoyo de otros hombres de negocios. Pero se lo comentó en pretérito. ¿Y si esas personas simpatizaban con la idea, pero luego no apoyaban con dinero?

—Este proyecto va en firme —sentenció don Eugenio—. Yo estoy interesado en realizarlo.

—Bien —expresó Avalos por no permanecer callado.

—Pero, si no se realizase, quiero que tenga la certeza de que se le indemnizará como es debido.

Avalos acabó convencido de que el proyecto no era la utopía de un idealista, sino que se ofrecía humano, realista, con ese su rasgo adicional de la inseguridad; inseguridad que confesaba el propio autor del proyecto y que cubría con su promesa de indemnización para no dañar a quien le acompañase en la aventura.

—Sí, señor, acepto.

Siguieron los detalles del contrato. Avalos percibiría in-

gresos similares a los que tenía en el Instituto Politécnico, pero dejaba la gran institución para probar suerte en una pequeña escuela superior de provincia.

—Bien, ingeniero, los dos tenemos mucho trabajo: le encargo la elaboración de los programas para las carreras que usted estime deban impartirse. Yo, mientras tanto, voy a constituir una sociedad que se responsabilice de la supervivencia del instituto.

—Esta bien. Me pondré a trabajar en seguida.

—Tenemos poco tiempo.

—Lo sé.

—¿Antes de un mes?

—Sí, señor. Le enviaré el plan antes de que termine el mes de junio.

Al quedar nuevamente solo en su habitación, don Eugenio decidió tomar el fresco del exterior y volvió al balcón. El ruido del tráfico no le distrajo: el aspecto académico ya estaba en un experto; él haría lo demás.

Mirando a ninguna parte, sonreía ligeramente.

UN BAUTIZO ADECUADO

El 4 de junio el licenciado Roberto Guajardo Suárez presentó en la Secretaría de Relaciones Exteriores un escrito solicitando permiso para constituir *en unión de otras personas* una asociación civil cuyo objeto sería *iniciar, promover, fomentar, estimular, patrocinar, o directamente administrar y dirigir toda clase de actividades educacionales, de investigación científica y de difusión de la cultura*. El nombre de la asociación era Enseñanza e Investigación Superior.

Para alcanzar ese objetivo, el escrito era muy explícito respecto de lo que podía realizar la asociación: a) *Iniciar, promover, fomentar, patrocinar, subvencionar o fundar, administrar y dirigir escuelas primarias, secundarias, prevocacionales, vocacionales, técnicas, de artes y oficios o de cualesquiera otras clases sin restricción alguna*; b) *Iniciar, promover, fomentar, patrocinar, subvencionar o fundar, administrar y dirigir universidades integradas por sus respectivos institutos de investigación, de escuelas y facultades*; c) *Organizar conferencias sustentadas por hombres de ciencia, mexicanos o extranjeros*; d) *Otorgar becas a estudiantes distinguidos para la iniciación o prosecución de sus estudios en México o en el extranjero*; e) *Iniciar, promover, fomentar, patrocinar, subvencionar o fundar y sostener bibliotecas, hemerotecas, museos, exposiciones*; f) *Editar boletines, periódicos, revistas, memorias, anales, libros y en general toda clase de obras impresas*; g) *Auxiliar en todas las formas y en especial pecuniariamente a toda clase de centros de enseñanza, que a juicio del Consejo de Directores sean acreedores a tal ayuda*; h) *La adquisición, construcción o posesión por cualquier concepto de todo género de bienes muebles e inmuebles y derechos reales necesarios para satisfacer los anteriores objetos*; i) *La celebración de todos los actos y contratos y la ejecución de las operaciones y el otorgamiento de los documentos que sean necesarios al cum-*

plimiento de los objetos antes indicados que en ningún caso tendrán por objeto obtener lucro, sino asegurar la menor y menos costosa prestación de los servicios sociales que forman el objeto de la asociación.

Asociación que no sólo intentaría participar en una actividad vital para el desarrollo nacional como la educación, sino que se presentaba con deseos de resolver las carencias con criterio de moderación económica al *asegurar la menor y menos costosa prestación de los servicios sociales* que ofrecería.

La Secretaría de Relaciones Exteriores otorgó el permiso a la nueva asociación civil, que se denominaría Enseñanza e Investigación Superior.

Para constituirla legalmente, ante el licenciado Emeterio Martínez de la Garza, Notario Público de la ciudad de Monterrey, comparecieron el 14 de julio los señores Agustín Bascave, arquitecto; Rodolfo Barragán, banquero; José Benítez, abogado; Andrés Chapa, comerciante; Bernardo Elosúa, industrial; Juan S. Farías, banquero; Rómulo Garza, industrial; Eugenio Garza Sada, industrial; Roberto Garza Sada, industrial; Virgilio Garza Jr., abogado; Roberto Guajardo Suárez, abogado; Alejandro Guajardo, industrial; Jesús J. Llaguno, industrial; José G. Martínez, médico cirujano; Ricardo Quirós, comerciante; Antonio L. Rodríguez, banquero; Joel Rocha, industrial; Andrés G. Sada, industrial; Hernán Sada Gómez, industrial; Roberto G. Sada, industrial; Ignacio A. Santos, industrial; Diego G. Sada, industrial; Miguel Vera, médico; y Jorge G. Rivero, industrial; quienes firmaron la escritura constitutiva, luego de *manifestar haber entregado ya el importe de su aportación*, que según estatutos era de cinco mil pesos, lo cual representaba una suma inicial de ciento veinte mil pesos.

El primero en firmar, a petición de los presentes, era el promotor de la asociación, don Eugenio.

En la misma acta se dejó constancia de que los comparecientes designaban para constituir el primer Consejo de Directores a los señores Eugenio Garza Sada, Ricardo Quirós, ingeniero Bernardo Elosúa, licenciado Virgilio Garza Jr., Jesús J. Llaguno, Andrés G. Sada y licenciado Roberto Guajardo Suárez.

El capital de la asociación era de veinticuatro mil pesos,

pero se aclaraba que *será variable y se aumentará con las cuotas que entreguen los socios patronos o cooperadores.*

Don Eugenio había hecho la parte de la tarea que se había fijado: constituir una asociación que patrocinase la fundación y operación del instituto tecnológico que deseaba crear. Con la misma diligencia, el ingeniero Avalos cumplió su compromiso, pues antes de concluir el mes de junio le envió a don Eugenio los programas de estudio que le solicitó.

Para don Eugenio, con magníficas relaciones entre industriales, banqueros, hombres de negocios y profesionistas de Monterrey, la tarea de asociar a un grupo interesado en su proyecto, aunque laboriosa, fue relativamente fácil, pues la idea se comprendía y apreciaba, y el promotor era confiable para todos.

Igualmente el compromiso de Avalos le resultaba relativamente sencillo porque conocía el medio académico de la enseñanza superior. Sus horas de investigación y reflexión se ilustraron con los recuerdos que tenía de los planes de estudio del MIT y su vivencia actual de la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica, cuya dirección acababa de renunciar. Así fue como elaboró un programa que contemplaba las carreras de Ingenierías Mecánica, Eléctrica, Química y la más novedosa de Ingeniero Administrador. Como su amigo el licenciado Luis Garay era particularmente competente en Economía le asesoró en esa área.

Don Eugenio le comunicó que le parecían bien los programas como base.

—Sobre esto comenzaremos a caminar —le dijo por teléfono.

El diseño de la nueva institución educativa que se pretendía iniciarse actividades dos meses y días después, tomó como modelos en lo académico y administrativo a esas dos escuelas, MIT y ESIME; no tuvo ninguna novedad, algo que la hiciese diferente. Los dos modelos conocidos, uno de gran prestigio aun fuera de Estados Unidos y el otro nacionalmente, garantizaban el acierto en la concepción técnica de la institución; solamente se hizo una aplicación nueva en una fundación nueva. No fue algo original, sino una nueva institución educativa dentro de lo común en ese tiempo y lo que tenía de especial en México era su condición de ser fundada por la iniciativa privada, con la ideología propia de ese sector

social; en ese momento histórico con un claro matiz católico.

El ingeniero Avalos marchó a Monterrey para participar activamente en la organización de la escuela. Largas sesiones de análisis y crítica le esperaban. Don Eugenio mantenía la idea de preparar técnicos mexicanos calificados para resolver las necesidades de la industria. Su sentido práctico le ordenaba buscar solución a un cuello de botella humano que estancaba e impedía el crecimiento.

—Tenemos que decidir el nombre de la escuela —planteó don Eugenio al ingeniero Avalos y al licenciado Virgilio.

—Sí, porque ya vamos a empezar a comunicarnos y hay que preparar la papelería —enfaticó Avalos.

Coincidieron en la necesidad de incluir la técnica en la denominación. También estaba claro que la institución lo sería de enseñanza superior y esto debería consignarse. Fueron planteándose diversas alternativas hasta llegar a la propuesta de Instituto de Estudios Técnicos Superiores, y sobre ello dialogaron largo rato.

A don Eugenio, sin embargo, se le ocurrió una nueva denominación que incluyese a la ciudad donde se establecía la nueva escuela; propuso que se llamase Instituto Tecnológico de Monterrey. Era evidente, otra vez, la influencia del MIT, que traducido era Instituto Tecnológico de Massachusetts, sin agregados ni adornos.

—Me parece incompleto —objetó el licenciado Virgilio.

—Queremos preparar técnicos, ingenieros, contadores, administradores, ¿no?; entonces puede bastar con identificarlo como Tecnológico —aclaró su posición don Eugenio.

Avalos estaba de acuerdo. También él era ingeniero y esperaba enseñar a muchachos que fuesen a dedicarse a profesiones técnicas.

—No, no —el licenciado Virgilio hizo resonar su brillante voz de barítono—. Hay que dejar bien clara su intención humanista. Está bien que deseamos preparar muy buenos ingenieros en las materias propias de sus especialidades, pero también vamos a enseñarles filosofía, literatura, arte, ética. . ., será una educación más completa.

—Sí, es verdad —reflexionó don Eugenio—. Y yo he sido el primero en aceptar que haya estas materias humanísticas en el plan de estudios.

—Pues, entonces, debe constar en el nombre de la escuela.

—Estoy de acuerdo —apoyó Avalos.

A don Eugenio le preocupaba detener la marcha rápida que llevaban y que requería la organización.

—Pero, mire usted, licenciado, el nombre no es tan importante. Con un programa que ofrezca una educación integral, basta.

—Solamente que el nombre ayuda.

—Pues, no me parece que debemos entretenernos en eso.

—No, claro; hagámoslo ya —y empezó de inmediato a procurar una respuesta a la inquietud que había planteado.

Los tres intentaron encontrar una denominación más apropiada.

Don Eugenio rompió el silencio.

—Bueno, licenciado, usted es quien propone algo que exprese mejor nuestro intento. . . —le invitó.

—A ver, a ver. . . —pensaba en voz alta el licenciado Virgilio—, que les parece a ustedes algo que, sin ser explícito, incluya este propósito de abarcar enseñanza de altas materias humanísticas. . ., algo como. . . de Estudios Superiores.

—Además de su condición tecnológica, ¿verdad?

—Naturalmente. . . Sería: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores. . . y agregaríamos su ubicación. . . de Monterrey.

El mismo licenciado Virgilio repasó mentalmente su propuesta para analizarla. Le agradaba.

El ingeniero Avalos afirmaba su conformidad con movimientos de cabeza apenas perceptibles porque también se repetía interiormente el nombre propuesto.

Don Eugenio, con su caligrafía de trazos rápidos y esquemáticos ya lo había escrito y lo analizaba.

—Está bien. . . —siguió leyéndolo hasta sentir que le era familiar—; está bien. . .

El hijo acababa de ser bautizado.

YA TENEMOS CINCO

El director del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey era casado y padre de cuatro hijos. Al decidirse por el trabajo en la capital neolonesa debió viajar solo, pues su esposa estaba embarazada y el nacimiento sería a finales de agosto o principios de septiembre.

Sus nuevos amigos de Monterrey no encontraron casa apropiada al ingeniero Avalos y debió contratar dos bungalows o departamentos en el Regina Courts, alojamientos tipo hotelero especialmente para turistas norteamericanos que viajaban en automóvil, pues se encontraban en la Carretera Nacional, en su tramo entre Monterrey y Nuevo Laredo. La ciudad hacia el norte tenía cierta continuidad constructiva hasta la avenida Madero y luego, aunque seguían viviendas y algunas empresas, el panorama urbano se hacía más disperso e irregular. Adelante de Cervecería Cuauhtémoc eran menos aún las construcciones y, precisamente ahí donde de hecho concluía la ciudad y empezaba la carretera, a unos tres kilómetros de la Cervecería, se encontraba el Regina Courts; en aquel lugar vivió el director del Instituto durante un mes y luego se mudó a otro establecimiento hotelero muy próximo, California Courts, más moderno y confortable.

La fuerte presión de aquel trabajo apresurado hacía olvidar al ingeniero Avalos la separación de su familia y el desagradable calor del verano regiomontano.

El instituto que seguían diseñando apenas en el papel seguía pareciéndole muy pequeño, comparado con lo que había dirigido en México; no era el sueldo, sino la importancia de una institución arraigado frente a la expectativa de otra que ellos deberían poner en marcha.

Don Eugenio le iría descubriendo después a Avalos, poco a poco, sus planes para el futuro. Pero en aquel verano incierto de 1943 el proyecto era muy modesto. Imposible

entonces pensar en crecimiento cuando ni siquiera se había podido conocer la respuesta de la comunidad regiomontana al ofrecimiento de una nueva institución de enseñanza superior.

En ocasiones también le asaltaba a Avalos la inquietud sobre el soporte económico que se requeriría ya en esas semanas. Pero un día don Eugenio le invitó a que visitaran cinco o seis industriales porque les iba a solicitar donativos y pudieran pedir información académica; además de que creía conveniente que conociesen al director del Instituto que abriría sus puertas en septiembre. Conduciendo él mismo su automóvil, fue don Eugenio de una a otra fábrica y en un día reunió un millón de pesos. Con esa suma se inició el Tecnológico. En el informe del año lectivo 1942-1943 presentado por el Consejo de Cultura Superior que administraba la universidad neolonesa se asentaba que el presupuesto gubernamental asignado para la enseñanza universitaria era apenas de algo más de medio millón de pesos.

La reunión de los primeros fondos y los que siguieron se hacía por colectas, después de estudios en que se analizaban capitales y utilidades de las empresas. Desde que don Eugenio habló de formar una asociación, los sitios para las reuniones en que ésta se iba organizando eran la Cámara de Comercio o el Banco Capitalizador, donde tenía su oficina Juan S. Farías.

—¿Cuándo tendremos reunión para el asunto de la organización del Instituto Tecnológico?—preguntaba don Eugenio por teléfono a Farías.

—Cuando guste.

—Cítelos, llámelos.

Don Eugenio procuraba no aparecer, mucho menos como líder; pero con suavidad y firmeza mantenía los impulsos a través de los contactos con algunas personas, según fuera el proyecto. Estaba siempre enterado de todo y sugería intervenciones con el pequeño memorándum o la llamada telefónica. Esto iba moviendo las voluntades.

Para contar con recursos económicos luchaba mucho, porque algunos industriales y hombres de negocios eran reacios a planes culturales o educativos. Pero ponían el ejemplo, como siempre, Cervecería Cuauhtémoc, Vidriera Monterrey, Ladrillera Monterrey, Textiles del Norte, Ce-

mentos Mexicanos, Fundidora Monterrey; los negocios de los hermanos Santos y de los hermanos Chapa; y los donativos personales, de don Domingo Valdés, don Rodolfo García, don Mariano Hernández. . . Hombres y empresas que irían aumentando al comprobar el paso del nuevo instituto.

En toda esa operación buscando procurarle consistencia financiera en el primero y siguientes impulsos, algo se daba por entendido en los medios bancarios, comerciales e industriales de Monterrey: don Eugenio, con el apoyo de su hermano Roberto, estaban de acuerdo en respaldar al Instituto cuando se necesitara. Desde los inicios la creencia general era que don Eugenio no sólo había comprometido a los negocios que dirigían sino que lo hacía también en forma personal.

Paralelamente a la búsqueda del apoyo financiero y de la organización académica y administrativa, se realizó una operación de publicidad relámpago para interesar a la gente; se editaron folletos explicando la intención del Instituto, fueron enviadas cartas y viajaron a varias partes del país llevando el mensaje.

A pesar de aquel primer millón reunido, la concepción iba a ser modesta, aunque digna, con los pies firmes en la tierra. Se rentó una casa en el centro de la ciudad, que fue la sede de las actividades y empezó a acondicionarse para escuela. Encontrarla significó una tediosa búsqueda durante semanas, pues por la localización, el tamaño, la conservación de muchas que fueron visitadas, resultaban inapropiadas.

Para apoyar la organización el licenciado Guajardo fue designado secretario y se contrató al contador bancario Ricardo Medrano como tesorero; ellos recorrieron apresuradamente la ciudad durante el mes de agosto para tener todo listo al inicio de cursos. Pero en aquellos días estalló una huelga de luz y los carpinteros que hacían el mobiliario repetían que les afectaba y no podían entregar a tiempo. Diez días antes de la apertura del Instituto la casa carecía del mobiliario completo.

Mientras tanto, iban llegando a Monterrey los profesores contratados. Habían sido escogidos con el criterio de que ya tuviesen prestigio académico. Avalos seleccionó a los catedráticos de Ingeniería, Guajardo a quienes impartirían materias humanísticas y Medrano a los maestros de Contabilidad. La

calidad que se buscaba era compensada económicamente con sueldos que se procuró fuesen semejantes a los que se percibían en la ciudad de México.

Las inscripciones fueron pocas y lentas.

Cuando tuvieron los primeros alumnos, Avalos exclamó:

—¡Hombre, ya tenemos cinco!

Y, al día siguiente, al inscribirse otro más alguien no hizo comentario:

—¡Ah! —se asombró solamente.

Al terminar el mes de agosto el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey tenía una organización presidida por el director, ingeniero León Avalos Vez, quien también se hacía cargo de la dirección de la Escuela de Ingeniería; el secretario, licenciado Roberto Suárez, que fungía además como director de la Escuela Preparatoria, y el tesorero, contador bancario Ricardo Medrano, director de la Escuela de Comercio y Administración; un cuerpo de profesores competentes; una filosofía educativa que se pondría a prueba; instalaciones incompletas; alumnado.

Empezarían.

Por respeto jerárquico y como medida de relaciones públicas, el ingeniero Avalos firmaba un telegrama el 2 de septiembre dirigido al presidente de la república.

Atentamente comunicamos a usted apertura Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey lunes seis para estudios ingeniería y contaduría; patrocinado iniciativa privada según recomendaciones su mensaje presidencial Cámaras. Solicitamos usted apoyo moral. Prospectos y demás datos correo. El Director.

El mismo día se había hecho un paquete con folletos y una carta que firmaban director y secretario, en los siguientes términos:

Excmo. Sr. Presidente:

Hacemos de su conocimiento la apertura de clases en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, el próximo 6 de septiembre del corriente.

El Plantel comprenderá tres escuelas: Escuela de Ingeniería Industrial, Escuela de Bachilleres y Escuela de Estudios Contables. Lo patrocina la Asociación Civil denominada Enseñanza e Investigación Superior, que tiene por objeto fomen-

tar y auspiciar las actividades culturales, con carácter no lucrativo.

Conocido su interés por el esfuerzo de la iniciativa privada en las tareas educativas, al informar a Usted sobre la apertura del Instituto, que proporciona a los jóvenes la oportunidad de dos carreras nuevas en México: Ingeniería Industrial y Administración de Negocios, esperamos contar con su simpatía y apoyo moral, que nos servirá para fortalecer nuestro optimismo hacia la obra iniciada.

Adjuntamos prospectos explicativos de los sistemas de enseñanza y planes de estudio.

Nos es grato suscribir las seguridades de nuestra consideración y respeto. Atentamente.

Cubiertos todos los requisitos, no podía fallar.

EL PRIMER DÍA DE AQUELLA SEMANA

—Oye, vieja, ¡no habrá tortillas! —gritó el marido desde su sillón.

Desaliñada, sin peinar, en bata y con pantuflas, la esposa asomó sus ojos lagañosos aún.

—¡No me digas! —exclamó incrédula.

Un mal modo de empezar la semana.

—Sí, mira, aquí lo dice el periódico. Te lo leo: *Los propietarios de las distintas tortillerías, avisaron a todos sus clientes, que desde hoy lunes ya no habrá tortillas en vista de la escasez de maíz, . . .*

Era el lunes 6 de septiembre de 1943.

—Pero fíjate, oye esto: . . . *haciendo la advertencia que para seguir surtiendo los acostumbrados pedidos, tendrían que pagar a cinco centavos cada tortilla.*

—¡Qué desgraciados! —se quejó la mujer, despertando plenamente.

—Cinco centavos. . . , cinco centavos por esas mugres. . . , ¡te das cuenta!

El vecino también leía el periódico, pero siempre lo empezaba en las noticias deportivas, que después de todo eran las únicas que le interesaban.

—¡Jajay! —lanzó un grito triunfal.

—¿Qué pasa. . . , qué pasa? —su menudita esposa tenía un temperamento tranquilo que moderaba los impulsos del hombre de la casa.

—Ganaron los *Sultanes*. . . ; le dieron al Veracruz. . . cuatro a una. . . Mira lo que dice: *con lo cual se anotaron la serie del fin de semana por la convincente vía de la limpia completa.*

—¡Ah! —la mujercita no entendía ni tenía interés en llegar a comprenderlo.

—Limpia, vieja. . . , por limpia. ¡Jajay! —volvió a gritar.

—Que bueno.

El marido leyó otro encabezado abajo del que celebraba el triunfo del equipo de beisbol de Monterrey.

—¡Y ganó Somohano! —se alegró aún más.

La esposa no se inmutó.

—Dice. . . , dice. . . : *el clavadista regiomontano Gustavo Somohano, ganó el primer lugar en el evento de clavados de la plataforma de diez metros correspondientes al Campeonato Nacional de Natación, batiendo el récord nacional con un total de 132 puntos y destronando al capitalino Antonio Mariscal que era el campeón desde hace ocho años.*

—Está bien —comentó la displicente compañera.

En otra parte de la ciudad, alguien tomaba con cuidado el primer café hirviente del día. Sacudía la cabeza en señal de inconformidad. El amigo que le acompañaba apreció su disgusto.

—Qué hay.

—No hombre, este Rubén Salazar Mallén que en su editorial iba muy bien y luego se echa contra la oposición. Mira, en esta parte: *Como era de esperar, la farsa electoral concluyó, hasta en su último acto con el triunfo aplastante del Partido Oficial, del P.R.M.*

—Ahí va bien, ¿no?

—Pero luego arremete así: *Se diría que los mismos que protestan están de acuerdo con el P.R.M. para, por medio de sus protestas, dar la impresión de que existe la democracia en el país. Es decir, los que protestan, hacen el juego, o parecen hacerlo, al P.R.M.*

—Ya sabes que los editorialistas se oponen de todos modos.

—Pero es injusto. Sobre todo que su inconformidad se la deja caer al Partido Acción Nacional.

—Ahí te dolió.

—Tu sabes que simpatizo con el P.A.N. y mira lo que dice: *Los candidatos que postuló no supieron defenderse, a pesar de que algunos tuvieron acceso a la tribuna del Colegio Electoral.* ¡No lo creo!

—A lo mejor fue cierto.

—Y luego quiere sacar esperanzas del desaliento escribiendo esto: *Ya se oyen entre los que a la Cámara de Diputa-*

dos llegaron, nombres de gente nueva, de esos que no proceden de los campos de batalla.

—Uh, todavía se acuerda de los revolucionarios millonarios —interrumpió el amigo.

— . . . que no proceden de los campos de batalla ni de la demagogia que sucedió a aquéllos. Y, mira lo que espera Salazar Mallén: *¿Será pasiva, indiferente esta gente? Con toda certeza no, con toda certeza que buscará su destino, con toda certeza debe afirmarse que su papel no será el de una espectadora indiferente.*

—Bueno —intentó filosofar el amigo—: esperemos que el autor viva lo suficiente para observar como actúa *esta gente*.

Las opiniones editoriales en la prensa no eran todas tan solemnes. Algunos lectores disfrutaban las *Charlas de Sobremesa* que firmaba P. LUSSA en *El Porvenir* y, que el lunes 6, hacían crítica festiva: *Echando una ojeada a nuestro circo nacional. . . Maíz: donde no falta, escasea. Frijol: nos queda poco en grano y menos aún en vaina. Ganado: lo hemos perdido casi todo. . . Leche: poca, pero ajustamos bien cuando no falta agua en las cañerías. . . Gallinas: en mi casa sólo hay unas muy bonitas, pero. . . están en un cuadro al óleo. La señora dice que las dejemos para el último. . . Agricultura: se acabó, afortunadamente, con la época en que gobernaba la reacción. Ahora es un recuerdo de pasadas épocas de opresión y esclavitud, y una realidad presente de agraristas vendiendo pasturas en ratitos, y en ratitos durmiendo debajo de un árbol. Industria: poca y. . . mucha. Poca de la que produce comestibles, ropa y otros artículos de primera necesidad, y mucha de la que produce políticos, candidatos a puestos públicos, parásitos del presupuesto gubernamental, etc., etc., etc.*

—Ayer se inauguró el Séptimo Congreso de la Federación de Trabajadores de Nuevo León —comentó en el taller el mecánico que siempre leía el periódico.

—Son los que están adheridos a la CTM, ¿verdad?

—Sí, ésos —el lector no despegaba la vista de la información—. El secretario de educación de esa Federación señaló que *los principales problemas que se presentan a los trabajadores en toda la república*, son. . . , son —y empezó a leer a saltos lo que creyó más relevante—: salarios, sobre los cuales ya se está solicitando aumentos y. . . y. . . *carestía de las subsistencias*.

—Pos, tiene razón.

—Dice además que se refirió al caso local del sindicato de la galleta. Dijo también que en la actualidad los trabajadores de Monterrey están siendo objeto de una embestida patronal, la que se ha iniciado con el sindicato a que se refiere. . . y los demás seguirán por lo que había que pararla en seco.

—¡Andale!

—Pararla en seco. . . ¡muy bueno!

Antes de quitarle el forro a su máquina de escribir, el empleado de oficina, aprovechando la ausencia del jefe que siempre empezaba la jornada matinal yendo al baño, hojeaba el periódico en busca de novedades en el caso de los chinos Rafael Chiang y Chang Loo, quienes hacía tres días habían sido detenidos al descubrirse que alteraron un cheque del Banco Nacional de México, expedido por dos mil quinientos pesos y que ellos hicieron efectivo por doscientos cincuenta mil pesos.

La única información sobre el caso se debía al agente del Ministerio Público, licenciado León A. Flores Jr., quien declaraba a la prensa que ya habían transcurrido las 72 horas, plazo constitucional para consignar y, sin embargo, la Jefatura de Policía no lo había hecho; el funcionario suponía que porque no sabían si era de competencia federal o estatal.

—¡Va! —se expresó en voz alta el lector, justo cuando regresaba el jefe.

—¿Mande?

—Nada, señor —dobló el periódico y lo metió en un cajón. La oficina reinició su rutina.

—A que pelao más aventado.

—¿Pos quién, tú?

—Roberto Sosa. . . , Sosa, así dice. . .

—¿Y qué hace ése?

—Paracaidista.

—¿Es soldado?

—No, hombre, deportista. Tirarse del avión con paracaídas es un deporte.

—¡Ujule!

—En el festival aéreo de ayer por poco se mata.

—¿Y dónde fue eso?

—Allá en La Décima.

La Décima era llamada una tierra de labor al poniente de

Monterrey, donde habían una pequeña pista y un hangar.

—No, pos muy lejos para haber ido.

—*Las proezas de valor y sangre fría. . . hicieron crispár los nervios a los numerosos espectadores. . .* —leyó en voz alta.

—¡Qué padre!

—*Muy especialmente cuando desde un avión del señor Guajardo se dejó ir al vacío en paracaídas, el competente y más que todo valiente paracaidista mexicano Roberto Sosa, quien estuvo a punto de perder la vida por virtud de que al lanzarse al vacío y abrir el paracaídas, se rompió. . .*

—¡Qué bárbaro!

—*Espera. . . , espera. . . , déjame seguirle: . . . lo que hubiera tenido como resultado final, la muerte del piloto aviador; pero la sangre fría y conocimientos de Sosa, evitó el siniestro. . .*

—Sí, como no. . . , ¡sin paracaídas!

—¡Cállate! . . . ya que ante el estupor de los espectadores, vieron cómo se dio habilidad para recomponer el paracaídas en el espacio. . .

—¡Híjole!

—*. . . y así logró aminorar la velocidad y hacer que el golpe no fuera desastroso. . .*

—Pero se golpeó. . . , se golpeó. . . , ¿qué le pasó?

—No comas ansias. Aquí lo dice: *. . . resultando sólo con una lesión en una de las piernas, pero sólo debido, como antes decimos, a que sabe hacer las maniobras.*

—Oye, qué bueno que no se mató. . . —se rascó la cabeza mientras repetía en su imaginación la proeza—. Oye. . .

—¿Sí?

—Se me hace que ya lo tenían arreglado.

—¡Cómo serás!

En aquel festival se entregaron premios; el primero al señor Jorge R. Garza, propietario de La Décima, *quien recibió una copa de plata, donada por el presidente de la república*; el segundo y tercero a los pilotos aviadores Ovidio Elizondo y licenciado Mario García Rueda.

—Fíjate lo que dice el periódico: *en un futuro muy próximo, este medio de comunicación tendrá que imponerse a los demás ya conocidos. ¿Eh?, ¿cómo la ves desde a'hi?*

—Pura profecía, cuñao.

—Pero la proeza de Sosa allí queda.

—¡De película!

Y tratándose de cinematografía, el Cine Rex, por la calle de Zaragoza, entre las de Allende y 15 de Mayo, presentaba un formidable programa doble MGM: *Mi Chica y Yo*, con Judy Garland, *la consentida de los públicos* y George Murphy. Se sugería un atractivo ambiguo y universal: *la película que tiene todas las emociones para todos los gustos*. Además se ofrecía *la chispeante comedia* con Red Skelton y Ann Rutheford, *Huyendo del Aire*, que prometía *espantos que causan risa y careajadas que traen lágrimas*. El Cine Rex, transformación modernísima del Teatro Juárez, se había dado un lema: Tradición y Progreso.

El Cinema Encanto —con el lema de Un Encanto de Cinema—, nuevo de todo a todo, enclavado en un sector popular, la calle Villagrán, presentaba a su público de clases media y alta *Un magno programa doble estrenado con singular éxito*: *Infierno en la Tierra*, traducción artificial de su título original *China Girl*, con Gene Tierney, George Montgomery y Lynn Bari; se agregaba un anticipo argumental: *Como una pantera lucha por el hombre que le robó el corazón*. La otra película *Jugador Fenómeno*, en inglés *Rise and Shine*, la interpretaban Linda Darnell y George Murphy. Los adultos pagarían \$ 2.00 en Luneta Baja y \$ 1.40 en la Alta; y los niños, \$ 1.25 y \$ 0.80; precios que ya incluían los impuestos.

Para el día siguiente, martes 7, el Encanto de Cinema presentaría una Avant Premiere por único día, con la película Universal, *La Salvaje Blanca*, interpretada por María Montez, John Hall y Sabú. Se ofrecía un adelanto técnico: *El más fastuoso espectáculo hecho hasta ahora en technicolor, con la única lente especial para technicolor que hay en Monterrey*. Además de la invitación con argumentos técnicos, los eróticos: *¡Me llaman Salvaje. . .! Pero el hombre que gane mi amor, encontrará en Tahia una amante fiel y tierna. ¡Tempes- tuosa! ¡Tentadora! ¡Martirizando a los hombres con el látigo de sus encantos primitivos!*

Y junto al Cinema Encanto, en el Bernardo Reyes: *Yo Dormí con un Fantasma*, con Frances Dee; y *El Tiempo de Tazán*, con Johnny Weissmuller; este programa también se exhibía en el Zaragoza. El Rodríguez presentaba *Camino de Marruecos*, con Dorothy Lamour; y *Belleza, Ritmo y Amor*, con Bob Hope y Paulette Goddard. En el Lírico: *Las Aventu-*

ras de Martín Eden, interpretada por Glenn Ford; y, ¡Que Viene el Ogro!, con la pareja del terror, Boris Karloff y Peter Lorre. En el Alameda, Anne Sheridan y Dennis Morgan, en una película bélica, Alas para el Aguila; y Humphrey Bogart en El Amo del Arrabal. El viejo cine Cosmos presentaba Cristóbal Colón, película nacional interpretada por Julio Villarreal y Consuelo Frank. En el Florida, otra película mexicana: No Matarás, con Sara García y Emilio Tuero.

El estudiante de Derecho tenía especial predilección por las noticias policiacas. Era una mezcla de morbosidad y sentido del humor. Al compañero de cuarto en la casa de asistencias le agradaba que leyese las noticias que seleccionaba para reírlas juntos.

—Echate ésta: *Fueron detenidos en la Inspección General de Policía, Librado López Martínez y Antonio Juárez López, por calumniar al Policía número 60, diciendo que los había despojado de cinco pesos.*

Luego de la risa en común, el comentario:

—Tú crees, ¿eh?

—Ahí va otra: *Antonio Guerrero Martínez fue detenido en la Inspección General de Policía a pedimento de su madre diciendo que le es imposible aguantarlo, por lo que suplica la señora le den un correctivo que bien lo necesita.*

—¡Qué poca. . .!

Volvieron a reír en grande.

—¿Que poca de quién?

—Bueno, de los dos.

La risa otra vez.

—Escucha ésta: *Martín Rodríguez López fue internado en los separos de policía, porque además de que le gusta el vino, goza escandalizando en público y al llamarle al orden un policía, lo insultó, por lo que pagará su correspondiente multa o pasará a hacer el aseo de la ciudad por algunos días.*

—No aguantan nada.

—Ya no eches papeles en la calle porque los tendrá que recoger Martín.

Volvieron a reír.

—Oye —el que escuchaba señaló junto a las notas de policía— ¿a qué hora es el Dr. I.Q.?

—Al quince para las nueve.

La programación de la estación radiofónica XEFB, que

pregonaba su condición de *afiliada exclusiva a XEW y NBC*, incluía, además del célebre programa de preguntas y premios con el Dr. I.Q., cantantes de moda como Emilio Tuero, María Luisa Landín, Miguel Aceves Mejía, Toña la Negra, Chela Campos, Lucha Reyes, los Hermanos Martínez Gil, Ramón Armengod y Hugo del Carril; y orquestas como las de Xavier Cugat, Néstor Mesta Chayres, Hermanos Domínguez, Daniel Pérez Castañeda, Absalón Pérez, Freddy Martin y Mahon Merrick; para los niños Cri-Cri, El Grillito Cantor; y para todos, la radionovela *La Vida de Pancho Villa*.

—Hay que entrarle a la Lotería.

—¿Cuál es el premio mayor?

—Dos millones.

Dos millones de pesos era mucho dinero, si se comparaba con las cifras que aparecían en Avisos de Ocasión: *solicitado socio con \$ 10,000.00 para negocio productivo; Apartamentos amueblados, \$ 60.00. Familia honorable; El precio básico de terreno urbanizado en Monterrey es \$ 15.00. La Colonia Paraíso le ofrece terreno urbanizado a \$ 7.00 M.², desde la Quinta San Jemo, en San Jerónimo, al poniente de la ciudad, solicitaban cocinera competente y el sueldo sería de \$ 60.00 mensuales y era inútil presentarse sin referencias; una librería de México ofrecía la obra *Dos Españas, creación máxima del genial escritor Rafael Pérez y Pérez*, libro de 550 páginas y con un precio de \$ 7.00; las medias americanas Chiffon se ofrecían de varios precios, desde \$ 3.50 a \$ 7.00; un generador Allgemeine, de 90 voltios, 175 amperes y 700 revoluciones por minuto, en \$ 5,000.00; los transportes Monterrey-Salttillo, con *dieciséis corridas diarias* cobraban en Primera Clase \$ 2.45 el viaje sencillo y \$ 4.40 el redondo. En la oferta de servicios profesionales: con dirección en Berlín 8, de México, D.F., se anunciaba el conocido escritor neolonés licenciado Nemesio García Naranjo en su faceta de abogado con *negocios mercantiles y administrativos*; y, en Monterrey, el licenciado Eduardo Livas.**

—¿Ya viste este nuevo instituto?

—¿Cuál?

—Este. . . —e indicaba al desplegado de media plana, con

* El licenciado Eduardo Livas fue gobernador de Nuevo León de 1961 a 1967.

cuatro columnas por todo lo alto, en la bien escogida página impar cinco, que, con tipografía del propio periódico *El Porvenir*, decía:

El Instituto Tecnológico y de
Estudios Superiores de Monterrey
inicia hoy lunes 6
de septiembre
LAS ACTIVIDADES DE TODAS SUS
DEPENDENCIAS:
ESCUELA PREPARATORIA

ESCUELA DE INGENIERÍA
INDUSTRIAL

ESCUELA DE ESTUDIOS
CONTABLES

INTERNADO

El Instituto ofrece una variedad de carreras fundamentales para el desarrollo científico y económico del país.
Abasolo 853 Ote. Monterrey, N. León.

—Y más o menos dónde queda eso.

—Pues, debe ser cerca de Catedral.

El lector adelantó las páginas. Al llegar a la ocho, un pequeño aviso de dos columnas por 7 centímetros informaba que el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey *participa a los empleados y obreros de las empresas que deseen ampliar sus conocimientos en Electricidad, Mecánica y Química, que se han establecido las siguientes ramas: TÉCNICO EN ELECTRICIDAD, en cuatro años; TÉCNICO EN MECÁNICA, en cuatro años; TÉCNICO EN QUÍMICA, en cuatro años. Sólo exigían como requisito la presentación del certificado de enseñanza Primaria Superior.*

—Oye, así que además de ingenieros y contadores también prepararán técnicos.

—Eso dice. La cosa va en grande, parece.

El lector regresó las hojas.

—Ahora entiendo una felicitación que viene en la primera

página. . . Aquí. . . : *El Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México dice: Estoy convencido de que solamente mediante la cooperación de todas las fuerzas del gobierno con las de la iniciativa privada podrá consumarse la tarea gigantesca de educar al pueblo mexicano. La noticia de la fundación del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey me ha llenado de regocijo. Suplícole hacer presente a todos los fundadores de dicha Institución mi más calurosa felicitación. Pueden estar seguros ustedes los señores Profesores y los Estudiantes de ese Plantel de que cuentan no solamente con mi apoyo moral sino con mi simpatía ilimitada. Atentamente.* Y fíjate, firma el rector, el doctor Rodolfo Brito Foucher.

Era un desplegado de dos columnas por 6 y medio centímetros que, evidentemente, había mandado insertar el propio Instituto y que sería la respuesta al comunicado oficial de apertura.

Pero la información a la ciudad no se limitaba a esos tres desplegados. Un suplemento de cuatro páginas se había agregado a la edición del día.

En un recuadro junto al cabezal del periódico se leía *Número Especial del Instituto Tecnológico.*

EL INSTITUTO HACE PUBLICIDAD

En una población de unos doscientos mil habitantes, el reducido grupo de estudiantes inscritos en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey significaba una pobre penetración de la nueva institución educativa, aunque el conocimiento sobre la existencia de la misma se multiplicase por el número de familiares y amigos enterados.

El lunes 6, mientras se iniciaban actividades en el Instituto, miles de regiomontanos conocían su nacimiento a través de amplia información en los periódicos matutinos *El Porvenir* y *El Norte*. El primero había editado un suplemento con cuatro páginas, que contenía ocho artículos y tenía once desplegados de felicitación, del Banco Mercantil de San Luis, Librería México, Centro Cultural *Carlos Pereyra*, Escuela Preparatoria *Carlos Pereyra* (Torreón), Salinas y Rocha, S.A., Ateneo Fuente (Saltillo), Cámara Nacional de Comercio de San Luis Potosí, Cía. General de Aceptaciones, S.A., Cafés Nacionales, S.A., Universidad Autónoma de San Luis Potosí y Cámara Nacional de Comercio de Monterrey. El periódico *El Norte*, en su segunda sección dedicaba cinco páginas, con catorce artículos, una entrevista y breve semblanza del licenciado Roberto Guajardo Suárez, incluyendo quince desplegados de felicitación, en donde aparecían firmas que no estaban en *El Porvenir*: Sociedad de Ingenieros y Técnicos de Monterrey, Cía. Cigarrera La Moderna, S.A., Cía. Mantequera de Torreón, S.A., Cementos Mexicanos, S.A., Centro Bancario de Monterrey y Cámara de Propietarios de Bienes Raíces del Estado de Nuevo León.

En el suplemento de *El Porvenir*, la información y comentarios se iniciaban con una cabeza a ocho columnas: IDEAS SOBRE EL INSTITUTO, SUS PATROCINADORES, SUS FUNCIONES Y SUS FINALIDADES, que pre-

tendía ser una declaración oficial en donde se explicaba de una manera condensada la nueva escuela.

El contenido era el siguiente:

El Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey es una institución fundada con el objeto de propugnar por la cultura, y al mismo tiempo, formar técnicos capaces de tener en sus manos la dirección y administración de las empresas industriales, comerciales y bancarias. De este modo, el Instituto llena una necesidad del centro industrial más grande de la República, que es la ciudad de Monterrey; pero también, satisface una necesidad nacional al preparar hombres eficaces y de moral íntegra que sirvan a las empresas del país entero.

La Asociación Civil denominada ENSEÑANZA E INVESTIGACIÓN SUPERIOR, que es la patrocinadora del Instituto, no persigue fines lucrativos; su propósito es dotar al Estado de Nuevo León de una fuente de cultura y conocimientos que permitan a los jóvenes una mejor actuación en la vida y paralelamente, eleven el nivel medio cultural.

La organización del Instituto se ha hecho observando detenidamente los problemas básicos de la región. Las industrias neolonesas han adquirido un desarrollo extraordinario, que demanda la existencia de técnicos aptos que puedan sostener el complicado mecanismo de esas negociaciones.

De esta manera el Instituto ha establecido la carrera de Ingeniero Industrial, que cuenta con cuatro especialidades:

Ingeniero Industrial especializado en Química.

Ingeniero Industrial especializado en Mecánica.

Ingeniero Industrial especializado en Electricidad.

Ingeniero Industrial especializado en Administración.

El antecedente básico de estas carreras lo es la Escuela Preparatoria, que también existe como parte integrante del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

En la misma medida del crecimiento industrial existe un desarrollo de empresas comerciales y bancarias, por lo cual el Instituto ha decidido establecer las carreras de Contador y Administrador de Negocios; la primera con cuatro especializaciones:

Contador Privado.
Contador Bancario.
Contador Industrial.
Contador Público.

La carrera de Administrador de Negocios tiene como finalidad la preparación de personal directivo para las empresas.

En la misma primera página de aquel suplemento, otro escrito se titulaba: Educación Integral de los Alumnos en el Instituto Tecnológico. Y se explicaba así: *Será una educación integral, es decir, comprende la educación del cuerpo y la del espíritu. En cuanto a la primera, su desarrollo abarca varias disciplinas, a saber: cultura física, educación militar, talleres, dibujo y prácticas de laboratorio. Más adelante, decía: Con respecto a la educación del espíritu, el Instituto Tecnológico pretende no solamente instruirlo, sino educar sus tres facultades esenciales: la memoria, la inteligencia y la voluntad. La memoria servirá a los futuros ingenieros industriales, para recordar los principios que sustentan a la ciencia, las conclusiones alcanzadas en cada rama de ella; pero hablando en términos generales, el Instituto combatirá en los alumnos la tendencia exagerada a memorizar, adquirida muchas veces en estudios anteriores. La inteligencia se encargará de pasar de los principios a las conclusiones, y de interpretar los fenómenos observados en el laboratorio y el taller. La voluntad, motor de las acciones, será educada convenientemente para acostumar a los discípulos al estudio sistemático e intenso, al orden en sus trabajos, al respeto a los superiores y a observar una conducta encomiable dentro y fuera del plantel.*

Las especialidades técnicas que absorberán el tiempo de los futuros ingenieros industriales, no serán obstáculo para que se afiance su cultura general, teniendo como base las tres disciplinas en que se apoya toda la cultura verdadera: la Filosofía, la Literatura y la Historia. De esta manera el especialista técnico no será un inadaptado, sino un ser profundamente social y comprensivo, abierto a todas las inquietudes, disciplinado en el trabajo y en sus relaciones con los demás, pero inquieto y audaz en las especulaciones y en los descubrimientos, verdadero factor de adelanto y progreso en el cuerpo social.

Para el profesor Ricardo Medrano, C.B., quien fungía como tesorero de la nueva institución educativa, en su cola-

boración titulada *Importancia del Procedimiento Contable en las Empresas*, la contabilidad produce estados financieros que ilustran a los directores de negocios, a los inversionistas, a los banqueros, a clientes y proveedores, acerca de la situación económica de las empresas; tratándose de las operaciones y política interior de la negociación, la contabilidad produce informaciones acerca de cada uno de los valores, su monto, sus variaciones, sus alcances, de manera que, en vista de los datos anteriores, se puede seguir una norma de actividad futura; además, en todo momento, las referencias relativas a datos de operación, el control de todos los valores y las variaciones de los mismos, son datos de positivo interés para la administración de las empresas, facilitando enormemente ésta.

El contador es, pues, un profesionalista dedicado con exclusividad a la actividad de las empresas; consagra su esfuerzo a la organización, vigilancia y sostenimiento del sistema apropiado para la negociación; presenta periódicamente los estados financieros de rigor, asesora a la dirección, emite su opinión sobre las ventajas o desventajas económicas de las operaciones y, en una palabra, es quien tiene en sus manos el control y la vigilancia de las empresas. El Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, considerando la enorme importancia de este profesionalista dentro de las actividades actuales, ha creado la carrera de contador con la finalidad definida de que puedan encargarse de las labores antes señaladas. . . Era un nuevo lenguaje, la visión de empresa presente en una antigua profesión.

Junto al comentario técnico, el localismo de Eduardo Martínez Celis en su artículo titulado *Qué es lo que Significa la Fundación del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey*: viene a colmar las aspiraciones de aquellos que, como se ha dicho al principio de estas líneas, hemos soñado siempre en un Monterrey que sea no solamente expresión, paradigma, de supremacías en los planos de lo material sino también de lo espiritual, en un Monterrey con músculos de hierro y acero pero con alma y pensamiento, en un Monterrey donde los hombres se afanen no únicamente por acrecentar la riqueza estableciendo cada día una fábrica, sino por ensanchar también el cerco, los horizontes de la sabiduría, aportando su contingente para la formación de nuevos centros de enseñanza.

La contabilidad volvía a ocupar espacio en la primera página interior de aquel número especial, y que correspondía a la doce de la edición de ese día, dedicando casi media plana al tema, encabezándolo como LA CONTABILIDAD MODERNA Y LAS INDUSTRIAS. Ahí, la insistencia: *La contabilidad constituye una positiva necesidad dentro del marco de labores de las empresas modernas. . . ; el contador es el técnico capaz de organizar un sistema contable, en vista de las necesidades de la empresa. . . ; el adelanto de las actividades económicas ofrece al contador un cuerpo de operación ilimitado. . .* Y en la misma información, comentarios sobre la nueva carrera de Administrador de Negocios: *La idea que se persigue al establecerla es formar individuos capacitados plenamente para manejar, administrar y dirigir las negociaciones. . . ; la carrera que nos ocupa cuenta dentro de sus planes de estudio con materias de administración: organización de oficinas y de empresas, contabilidad, publicidad y ventas, mercología.* Pero se repetía la idea de la educación integral: *conjuntamente con los conocimientos técnicos indispensables para que el profesionalista pueda actuar en su medio, se imparten diversas materias de cultura general, que permitan al individuo un mayor desenvolvimiento, una mayor capacidad y conocimiento de la vida, a través del pensamiento y la actividad de otros hombres que han vivido sobre la tierra en el transcurso de los tiempos y han creado para la humanidad formas de pensamiento e interpretación de la vida.*

El Ing. Químico Lucio Ruiz firmó un artículo titulado LA CARRERA DE INGENIERO QUÍMICO, donde aseguraba que *tendrá unos treinta años de existencia y, por tanto, es poco conocida y sus actividades no se comprenden con la debida amplitud.* Para después hacer su apología: *Una vez creada la carrera de ingeniero químico este profesionalista abarcó las actividades que eran imprescindibles en la industria. Es palpable el beneficio que ha recibido la industria con la creación de esta carrera.*

Las materias humanísticas se hacían presentes en el comentario Excelencia de la Filosofía, que firmaba el Dr. Alejandro Ojeda. Basándose en el pensamiento sobre la filosofía como ciencia general la situaba por encima de las ciencias particulares, porque *el que sabe la generalidad, sabe también,*

en cierta medida, todos los casos particulares que ella comprende.

La información encabezada Comienzan las Clases en el Instituto Tecnológico, destacaba la importancia del mismo *para una ciudad como Monterrey en donde el noventa por ciento de las energías del trabajo humano en sus diferentes manifestaciones, están dedicadas por completo a la producción industrial.* Y, en seguida, daba la razón para haberlo fundado: *El nuevo plantel forjará a los técnicos capaces que afiancen y prosigan el desenvolvimiento de las industrias ya establecidas, y estudien y proyecten la creación de otras nuevas. Hasta ahora, los técnicos venían de fuera o aquí se improvisaban; pero con las naturales pérdidas de tiempo y rendimiento eficaz, porque el aprendizaje en tales condiciones, es largo y costoso. En lo sucesivo, las industrias recibirán el impulso de los técnicos debidamente preparados que reciban capacitación en el Tecnológico, con ahorro de experiencias costosas y tardadas.*

La información y comentarios en el periódico *El Norte* mantenían un contenido y un tono parecidos.

Había, sin embargo, aspectos diferentes, como en el artículo titulado *Educación Espiritual y Educación Cultural.* . . , en donde al referirse al trabajo que harían los alumnos en talleres se decía que en ellos aprenderían *a no despreciar el trabajo manual como indigno del intelectual* y agregaba: *En los talleres los alumnos se dan cuenta del esfuerzo que se necesita desarrollar para efectuar determinado trabajo, con lo cual en su vida profesional no se sentirán inclinados a valorizar en menos el trabajo del obrero, que textualmente se ve obligado a ganar el pan con el sudor de su frente. De este modo conseguimos formar profesionistas más humanos.*

En el artículo *Cómo es la Enseñanza Técnica en el ITESM*, se aseguraba que *los sistemas de enseñanza técnica que empleamos son parecidos a los usados en escuelas similares de Europa y Norteamérica; pero adaptados al modo de ser de los jóvenes latinoamericanos.* Ahí mismo se daban algunos datos sobre la operación del nuevo instituto: *Los padres o tutores de los alumnos serán informados mensualmente, por la Dirección de Asistencia y Aprovechamiento de sus pupilos, mediante una tarjeta especial que se les enviará por correo.*

Los alumnos disfrutarán de dos períodos de vacaciones al año. Los días de asueto serán reducidos al mínimo.

La persona ajena al Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey que entrevistó el periódico *El Norte* fue el señor Miguel Margain Zozaya, gerente de la Cía. General de Aceptaciones, S.A., quien aventurando una predicción declaró: *Tengo para mí que gracias a los futuros técnicos formados en el Instituto, Monterrey logrará, en ocho o diez años, un crecimiento industrial parecido al que ha conquistado en lo que va del presente siglo, pues se podrán establecer industrias manufactureras y tendremos en México productos de elaboración nacional que hasta hoy han sido importados.*

El espacio concedido a la nueva escuela superior en aquel periódico concluía con un artículo titulado *Un Nuevo Ejemplo del Tesón Regiomontano*, en donde a lo informativo se le agregaba el ingrediente crítico y localista: *Mientras nuestros políticos profesionales se deshacen en promesas y en ampulósidades oratorias, hay hombres que prefieren la acción al discurso literario. Nuevamente tenemos que poner de relieve el ejemplo de Monterrey, donde la actividad industrial se está juntando a los esfuerzos levantados y efectivos por la elevación de la cultura. Y agregaba un aspecto particularmente relevante de la nueva institución: Se iniciará la tradición de los maestros de planta y de carrera, tantas veces solicitados por los auténticos amigos de la cultura, y se les hará posible la vida física decorosa, mediante un sueldo justo.*

Y se recordaba: Hasta ahora en México nadie ha podido vivir de la cultura. . .

EL PRIMER DÍA DE CLASES

A las ocho de la mañana se inició la actividad académica. Era el lunes 6 de septiembre de 1943. Mañana de verano, brillante como casi todas, anunciadora del calor siempre repetido del estío.

Doscientos veintisiete jóvenes de diversas edades confluieron hacia el corazón de la ciudad, a su paseo tradicional, al sitio que había sido vértice de todo crecimiento a partir del año 1611, cuando al desbordarse los Ojos de Agua de Santa Lucía, cuatro cuadras más abajo hacia el norte, la ciudad modestísima apenas iniciada como promesa en 1596 tuvo que encontrar protección en las alturas próximas con una garantía discutible de unos cuantos metros de elevación que ofrecía la topografía en suave desnivel.

Llegados desde diversos barrios y colonias de Monterrey, provenientes de las variantes propias de las clases media y alta, fueron pasando por la Plaza Zaragoza, el patio grande de la ciudad en desarrollo. Y con la misma naturalidad que el imán de la plaza de armas era centro de atracción para aquellos muchachos, lo fue su avance apresurado por la única salida hacia el poniente, la calle Abasolo, encerrada entre el Sagrario de Catedral, y el muro con ventanales del Casino.

Al mediar la segunda cuadra, en la acera sur, la casona que sería albergue de un proyecto académico con originalidades propias dentro de la educación superior mexicana y para esos jóvenes que habían creído en su llamado. Espléndida mansión de doble piso, con fachada henchida de ventanas verticales, seis en la planta baja y siete en la alta, sucedidas con simetría que pareciese anunciar también las intenciones de orden, disciplina. . . e ingeniería de la nueva institución. Bajo la ventana central del piso alto, el portón de acceso, apenas un poco más ancho que todas las idénticas

ventanas, las cuales se protegían hacia la banqueta con vigorosos enrejados ausentes de filigranas, mientras se adornaban sin lujos en los barandales de la planta alta, donde asomaban brevísimos balcones. En medio de lo alto de cada ventana de la primera planta, pequeños adornos simulando medallones; en la segunda planta, en cambio, el alarde de un recuadro exterior de suaves cubos alrededor de cada ventana y el coronamiento de adornos que en la ventana central eran remedo de frontispicio, mientras en las seis laterales se deformaba el triángulo en un deseo de ondulación. Todo el edificio quedaba rematado por un barandal decorativo que se suspendía en el centro para mostrar un triángulo con alto relieves de escaso valor plástico. El portón se elevaba en arco de medio círculo, arriba del cual y sujeto al balconcillo de la ventana central y, parcialmente a los otros dos que lo flanqueaban, un letrero de lámina anunciaba: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. Era el número 858 de la calle Abasolo, por donde entraron aquellos doscientos veintisiete estudiantes y sus educadores para empezar a verse los rostros, con respeto y curiosidad, la mañana que se iniciaban las clases.

Al nerviosismo del alumno, que cada vez que enfrenta un nuevo ciclo escolar, sufre de inexplicables presagios, percibidos en un nudillo en el estómago y otro menor en la garganta, se agregaba el estado de ánimo de algunos de aquellos primeros profesores, venidos de otras partes del país, de entre ellos varios recién egresados, y que unos días antes habían llegado a Monterrey por primera vez, se alojaban impersonalmente en hoteles y, desarraigados de sus poblaciones, familias y ambientes, sintieron al principio el sobrecogimiento de lo nuevo y una gran soledad, que iban soportando por la ilusión de ser fundadores y, poco a poco, por la voráGINE de las clases y laboratorios, la preparación de las materias, las juntas de planeación, análisis y crítica, y el enriquecedor encuentro con jóvenes interesados en aprender. Pronto, muy pronto, la amistad engendrada en la tarea común, iría llenando el vacío; sería el diálogo fecundo con otros profesores y el apoyo brindado a los alumnos, tanto académicamente como en la orientación de sus problemas personales y la visión social, lo que crearía la atmósfera para la comunicación primero y la identificación en seguida. Eran

profesores de planta, y esta novedad significaba entrega de veinticuatro horas cada día, con tiempos intensivos en la cátedra y el laboratorio, y disponibilidad después.

Por el patio central de la casona habían llegado los jóvenes, con tiempo suficiente unos y apurados otros, pisando irregularmente las grandes baldosas recién barridas. Así como la fachada lucía remozada, el interior estaba pintado, las puertas y ventanas pulidas y brillantes. Los salones de clase se numeraron discreta y claramente en las puertas. Pero como todo era aún algo improvisado, en las clases con auditorio más numeroso los muchachos acabaron sentados en modestas sillas de tul, y algunos se desbordaban de los límites del salón, quedando instalados hasta en los pasillos. A pesar de ello, no decayeron orden e interés.

Ahí se emprendía una experiencia sociológica al reunirse junto a jóvenes provenientes de las clases media y alta, algunos de menor condición económica. La institución ya estaba clasificada por la ciudad como escuela de ricos, pues su matrícula de diez pesos y las colegiaturas mensuales de treinta pesos para la Escuela Preparatoria y cincuenta para la de Ingeniería se consideraban altas. Un grupo de seis estudiantes que provenían de la Escuela Alvaro Obregón, para técnicos, y deseaban hacer estudios de Ingeniería habían solicitado y obtenido las primeras becas otorgadas por el Instituto; llegaban con mejor preparación en Matemáticas, Química y Física, que los compañeros provenientes de otras escuelas, así que eran consultados y esto los iría acercando con lo cual las aparentes diferencias, visibles en el vestir, quedaron superadas en una serie de nuevos intereses comunes.

Una semana después de iniciadas las clases, ante la evidente explosión estudiantil debió contratarse el tercer piso del edificio del Banco de Nuevo León, en la avenida Morelos entre las calles Emilio Carranza y Parás, donde se impartieron los cursos contables.

Pero el lunes 6, con toda la tensión del arranque, había sido el día más largo en el proyecto relámpago que puso en marcha al Instituto. En el tumulto de consultas y decisiones, el ingeniero Avalos apenas pudo disfrutar hasta el anochecer, cuando fue a descansar en la soledad de su apartamento del California Courts, la buena nueva: ese día había nacido su hijo en la ciudad de México.

EL MUNDO SIGUIÓ SU CURSO

El precio de la grandeza es la responsabilidad, afirmó el lunes 6 de septiembre de 1943 el primer ministro británico, Winston Churchill, en el Teatro Sadlers de la Universidad de Harvard en Cambridge, Estados Unidos, a donde asistió para recibir el grado honorario de doctor en leyes. Aseguró que *el don de una lengua común*, compartida por británicos y norteamericanos, era *una herencia implacable* para sus pueblos y *nos ha capacitado para hacer la guerra juntos, con una intimidad y armonía nunca antes alcanzadas entre aliados*. Y su razonamiento le hacía concluir una aparente utopía: *Bien puede convertirse en la base de una ciudadanía común*.

Adjunto al título que se le entregaba, una explicación de los merecimientos: *Winston Leonard Spencer Churchill. Historiador que ha escrito una página gloriosa en la historia de Inglaterra; un estadista y guerrero cuya tenacidad y valor conjuraron la marea en la hora más negra de la libertad*.

Al aceptar el título, el ya legendario primer ministro británico fue aclamado y aplaudido durante dos minutos.

Y *la guerra juntos* de que hablaba Churchill seguía adelante en el cuarto día de la invasión del continente europeo a través del Estrecho de Messina, pues mientras el líder británico hablaba en una universidad norteamericana, las tropas de su país y las canadienses habían avanzado diez millas tierra adentro desde su cabeza de playa de 40 millas en la punta de la bota italiana. La radio de Roma ese día lunes 6 preguntaba a Estados Unidos e Inglaterra si estaban dispuestos a garantizar las fronteras italianas de 1919: *No deseamos discusiones mínimas sobre palabras. Estamos preparados para enfrentarnos a la dura realidad. . . Por tanto, nosotros interrogamos a Inglaterra y a América: ¿intentan ustedes respetar la independencia y unidad de nuestro infortunado país? Los objetivos de guerra y de paz de los anglosajones, ¿garantizan*

las fronteras italianas de 1919 o significan más amputaciones? Luego, ponían en duda las intenciones del enemigo, pues exigía la rendición incondicional.

Mientras tanto, el ejército soviético, en su avance hacia la capital de Kiev, el mismo día llegaba a las goteras de Stalino.

Pero el lunes 6 los cables avisaban también sobre noticias que no olían a pólvora, como el empate del récord de la Liga Nacional de beisbol norteamericano por Woody Williams quien conectó su décimo hit sin interrupción.

La guerra, sin embargo, también llegaba a México en el luto que ensombrecía la vida de la familia del general Alberto Salinas Carranza, director de la aviación civil, quien recibía en la ciudad de México el cadáver de su yerno, el subteniente de la fuerza aérea norteamericana, James K. Leon, quien había muerto el viernes anterior en un choque de un bombardero Liberator en el aeropuerto de Fort Worth, Texas.

Y el estado de guerra se convertía en tema y argumento obligados. El lunes 6 se había reunido en el Salón Panamericano de la Secretaría de Hacienda la misión designada para estudiar las medidas que debían tomarse para el mejor control de la economía nacional. Se estudiaron y discutieron las soluciones para las fuentes productoras, especialmente el maíz, pues el deseo del presidente Avila Camacho era que cada gobernador aumentase las áreas cultivables para resolver la crisis de ese producto. Solamente que el gerente de la Nacional Distribuidora y Reguladora aclaraba que esa intención no quería decir que habría grano en abundancia, pues como México estaba en *situación de beligerancia* necesitaba hacer sacrificios para *ceder diversos productos a las naciones democráticas*.

El mismo primer día de la semana se habían conjurado los paros anunciados para el martes en los Ferrocarriles Nacionales de México al reunirse los representantes del sindicato y el gerente de la empresa quien les anunció que, por indicaciones del presidente, consentían en conceder aumento de salario, que se determinaría en pláticas posteriores.

La cotización del dólar se operó a \$ 4.80 a la compra y \$ 4.85 un octavo a la venta; y el centenario, a \$ 4.41 y \$ 4.43.

Mientras los doscientos veintisiete jóvenes que decidieron iniciar su preparación en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey emprendían la aventura de su

primer día de labores, la Séptima Semana Médica organizada por el Sindicato Nuevoleonés de Médicos Cirujanos se inauguraba en el Hospital Civil desarrollándose cuatro sesiones clínicas a cargo de los doctores Fernando Latapí, Hermilo L. Castañeda, Esteban Pous Cházaro y Eduardo Echeverría Alvarez; y una sesión quirúrgica por el doctor Clemente Robles.

A pesar de los acuerdos que se estaban celebrando en la capital del país y que no serían conocidos en Monterrey hasta el día siguiente a través de las informaciones de prensa, en la ciudad se mantuvo la tensión ante la amenaza de huelga de los sindicatos de trabajadores petroleros y ferrocarrileros que desquiciarían la economía; se difundió la versión de que intervendría el presidente para evitarlas y de que detrás de esos movimientos estaba el Partido Comunista. La inquietud era derivada del anuncio sobre un primer paro ferroviario al día siguiente, aunque aquel lunes se advertían en el gremio divisiones respecto de adoptar tal medida.

Dentro del mismo medio laboral el día 6 se efectuó con relativa tranquilidad la primera parte de la segunda sesión del Séptimo Congreso de la Federación de Trabajadores de Nuevo León, perteneciente a la Confederación de Trabajadores de México, CTM.

En el informe rendido por la Secretaría General se destacaron los triunfos políticos alcanzados en su año de gestiones. Varios candidatos apoyados por la Federación y la Confederación habían ganado en las recientes elecciones: en las municipales de Monterrey el alcalde, tres regidores y un síndico; en las estatales el gobernador, licenciado Arturo B. de la Garza; para la legislatura local, el diputado por el primer distrito electoral, José F. Arizpe; y para el Congreso de la Unión, un diputado Rodolfo Gaytán.

El ambiente hotelero estaba de plácemes, pues ese lunes reportaban a la prensa abundancia de turistas norteamericanos en la ciudad. Los Apartamentos Regina y California, donde el ingeniero Avalos se hospedó en forma provisional y definitiva respectivamente al llegar a Monterrey, informaban tener una ocupación total de norteamericanos que en su mayoría permanecían en la ciudad al no poder seguir viaje al interior del país por la escasez de neumáticos.

Los falsificadores chinos Rafael Chiang y Chang Loo fueron internados en la Penitenciaría del Estado y declararon a

la prensa que sus paisanos de Monterrey no querían verlos ni les llevaban alimentos por temor a que los considerasen implicados. Chiang, quien aseguraba que su amigo Loo no tuvo que ver en el delito, confundió a un reportero con una persona que le llevaría dinero enviado desde Campeche y le confió que esperaba el favor de dos funcionarios públicos.

—Sobre todo —le pidió—, yo quelel hablal con abogado antes que yo declalal ante juez, pelo plocule conseguilme un buen abogado que ponelse de acueldo con funcionalios que me ayudalán.

En la Penitenciaría seguía su curso aquel drama, y en la Inspección General de Policía era dado de baja el policía número 15, por haber cometido actos indignos: en completo estado de ebriedad y bajo los efectos de la marihuana se había introducido a una casa y amenazado a toda la familia con su pistola calibre 38 especial.

Mientras en la casona de Abasolo trabajaban los estudiantes de la nueva institución en su primer día de clases, el gobernador interino, licenciado Armando Arteaga Santoyo, atendía un problema estudiantil que le planteaban varios padres de familia: un grupo reducido de alumnos de la Escuela de Bachilleres de la Universidad de Nuevo León estaban rapando a los muchachos de nuevo ingreso y a veces los golpeaban.

—El director de la escuela había girado órdenes en el sentido de que ya no se practicasen las novatadas —dijo enojado uno de los padres.

—¿Y sabe por qué lo hacen, sabe por qué? —chilló una de las señoras—. Es para presionar a los profesores para que no les exijan en su desempeño a esos flojos muchachos.

—Por favor, señor licenciado, intervenga usted para detener esos abusos que cometen con nuestros hijos.

Aquel lunes 6 de septiembre, el joven Eugenio Garza Lagüera* era felicitado ruidosamente por sus amigos en su onomástico. Y al concluir el día, su padre, don Eugenio, recibiría a familiares y amigos por el mismo motivo.

* Eugenio Garza Lagüera fue designado presidente del Consejo de Enseñanza e Investigación Superior el 1º de octubre de 1973.

FUERA DE CASA

Una de las grandes sorpresas de los días de inscripción la había dado el joven Luciano Fernández.

—¿De dónde?

—De Torreón —contestó.

El Instituto tenía un estudiante que había viajado cerca de 400 kilómetros por la aridez semidesértica de Coahuila para hacer su carrera en Monterrey. No estaba mal. Nada mal. Pero la organización debió considerar un internado, pues los padres preferían muchas veces la disciplina dependiente de la escuela, a las libertades mayores de la casa de huéspedes.

Mientras se exploraba la ciudad buscando un lugar apropiado en el centro para improvisar las aulas, debió encontrarse también el sitio para hospedar internos. Aunque sólo hubiese uno inscrito, tenía que dársele solución a la petición paterna. También la matrícula para clases se inició con cinco alumnos y luego fue creciendo. Podría predecirse algo similar en la demanda de internado.

Luego llegaron Raúl Hoyos, también de Torreón; Fernando Gochicoa, de Orizaba, Veracruz; Luis Gutiérrez Vela, de Nuevo Laredo, Tamaulipas; Raúl Degetau, de la capital; Enrique Elizondo, neolonés de Linares; Ramiro Dávila, de Saltillo, Coahuila; Víctor Sánchez, otro joven de Torreón; Salomón de la Garza, tamaulipeco de Matamoros; Gilberto Garza Guerrero, también tamaulipeco, pero de Reynosa. En octubre llegaría Mauricio Gómez Morín, de la ciudad de México y algo después, igualmente de la capital, José Suárez de Villa.

El reducido grupo ya tenía cierta representatividad nacional, con orígenes en cuatro estados y el Distrito Federal. Pero de aquellos doce primeros huéspedes, solamente nueve estudiarían en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores

de Monterrey, mientras que tres lo harían en otros planteles educativos de la ciudad.

La casa escogida para ofrecer el servicio había sido antes el Hotel Plaza, en la avenida Morelos, entre las calles de Zuazua y Doctor Coss, al mediar la cuadra en la acera norte. Se encontraba a sólo dos cuerdas del edificio principal de Abasolo y a tres y media del Banco de Nuevo León. Fue acondicionada con cierta facilidad, considerando su anterior giro. Y se le dio el nombre de Internado Profr. Pedro de la Garza.

Quedó abierto el día primero del mes de septiembre.

El reglamento pretendió combinar el control de los internos con cierta libertad de acción. Estaban determinadas las horas de entrada y de salida; vigilados los lugares que frecuentaban, sus distracciones y pasatiempos, amistades y relaciones; se observaban sus aptitudes e inclinaciones; la salud era cuidada. Todo se registraba informando puntualmente a padres y tutores, para que ellos determinasen si estaban de acuerdo con la vida de los jóvenes fuera de sus hogares, o indicasen lo que deseaban.

—Hacen una vida muy alegre también —explicaría el prefecto al padre que indagaba sobre el ambiente del internado.

—Estoy de acuerdo. Son jóvenes y este no es un convento.

—Tienen un trato jovial y de confianza con nosotros, aunque acatan nuestra autoridad. Aquí juegan, cantan. No hay represión, ni pedimos caras adustas. Tratamos de ayudar a la formación de jóvenes, no de viejos o delincuentes. El Instituto estimula sus bailes y reuniones sociales.

—Me parece muy bien.

Y ese era el ambiente, al que se sumarían las mismas autoridades, pues en los inicios y conclusiones de semestres se instituyó la costumbre de celebrar cenas con los internos presididas por el propio don Eugenio, el ingeniero Avalos, el licenciado Guajardo y algunos maestros. En esas reuniones los alumnos cantaban e interpretaban melodías al piano, actuaban números jocosos, lanzaban porras por mil motivos y, al final, escuchaban atentos algunos breves discursos de los profesores. También celebraban fiestas como el Día de la Raza, o la Navidad, antes de marchar a sus casas.

El Instituto creía en esa fórmula de la disciplina y la

libertad, y así lo haría constar en una publicación posterior, al asegurar: *Y como frutos tangibles y felices, los estudiantes rebosan salud de cuerpo y espíritu, adquieren o perfeccionan su sentido de responsabilidad, conforman su carácter y sus inclinaciones personales dentro de la convivencia ordenada y justa, encauzan su inquietud y su brío hacia los objetivos del estudio y la dignidad moral.*

Debió ser apreciada la vida como interno del Tecnológico, ya que para el segundo semestre, en febrero de 1944, el número era de dieciocho. Se recibió entonces una invasión de San Luis Potosí representada por Carlos López, Arturo Astaburuaga, Jorge Meade y Francisco Delgado Maldonado; otro nuevo interno de la capital, Jorge Degetau, y alguien más de la vecina Saltillo, Benjamín Díaz Malacara. La demanda continuaría: en septiembre, sesenta internos; en febrero de 1945, ciento dos; y al concluir el cuarto semestre, en junio de ese año, volvían a sus casas noventa y nueve internos, provenientes veinticinco de la ciudad de México, dos del mismo Monterrey, tres de otras poblaciones de Nuevo León, veinticinco de Tamaulipas, diecisiete de Coahuila, cuatro de Chihuahua, uno de Baja California, ocho de Durango, uno de Veracruz, uno de Puebla, cinco de Jalisco, ocho de San Luis Potosí, dos de Yucatán, y hasta uno procedente de Estados Unidos, de Oakland, California. La proyección nacional aumentaba.

El antiguo hotel resultó insuficiente, al igual que había sucedido con la primera casona de aulas. Hubo que contratar nuevas casas, una de las cuales se le conoció por Hidalgo Vieja, y se encontraba en la calle de ese nombre, en el número 214, a una cuadra y media hacia el poniente del Hotel Ancira. Antigua residencia en la década de los años veinte, tenía tal extensión en profundidad que su fondo colindaba con lo que se denominaban las márgenes del río Santa Catarina porque hasta ahí habían llegado sus aguas en las inundaciones; de hecho su fachada posterior se alineaba con la del Hotel Ancira, sólo que la calle Ocampo aún no se había continuado hasta allá. En aquella antigua mansión el internado ocupó la planta alta, pues en la baja se encontraba una fábrica de ropa. Los internos dispusieron de seis cuartos amplios, de altos techos, grandes ventanales y balcones y de un baño general. En los cuartos, según su amplitud, se ali-

neaban dos, tres o cuatro camas metálicas, mesas pequeñas para trabajar y roperos bajos; en las paredes, banderines de los colegios donde habían estado los jóvenes, daban el toque estudiantil; en las paredes también raquetas de tenis como decoración. El comedor tenía mesas para cuatro internos, cubiertas con manteles de hule en cuadrícula pequeña blanca y roja; la uniformidad se complementaba con sillas *Malinche* de madera, diseño rígido y funcional, que habían penetrado los hogares y oficinas de la ciudad.

Una señora responsable les preparaba la comida y un señor de modesta condición era el severo vigilante que cerraba el portón principal a las nueve de la noche. Con una ciudad pequeña, tranquila y en calma a esa hora, los jóvenes huéspedes se ponían seriamente a estudiar. Bueno. . . , no todos.

—¡Aguas!, cuidado.

—¿Qué pasa?

—Espera. . . , espera. . .

—Ya voy a saltar.

—Un momento, creo que viene alguien por la esquina.

—No nos ve.

—¡Ahora! —daba finalmente el aviso.

Eran dos o tres los desvelados que, descolgándose por los balcones y ya en la banqueta marchaban jubilosos a los cabarets próximos, en la zona de hoteles. Algún cómplice quedaba como vigía para el regreso.

Se escuchaba el silbido acordado.

Al asomarse y comprobar que eran los jueguistas les lanzaba unas sábanas atadas para que ascendiesen. Esta era tarea fácil para sus energías juveniles y sus limitados kilos, sólo que en ocasiones, cuando alguien traía copas de más, la faena tenía sus riesgos y una fuerte carga de emoción y regocijo reprimidos por temor al vigilante.

Pero el vigilante despertó más de una vez y espío la acción, levantando su airado aunque comprensivo reporte a las autoridades, que reprendían a los libertinos.

Aquellos primeros muchachos que habían llegado a Monterrey desde varias poblaciones del país trabaron entre sí estrecha amistad, mucho más íntima y cordial que la que podía iniciarse en la relación de las aulas. Los que vivían bajo el mismo techo en cada casa improvisada de internado pasa-

ban muchas horas juntos, conversando, jugando, estudiando. En el salón de clase cada uno de ellos podía ser compañero de otros cuarenta muchachos y, sin embargo, solamente hacer amistad con ocho o diez. Pero en la casa, eran una familia.

Los padres que empezaron a decidirse por el Tecnológico aunque estuviese a cientos de kilómetros de distancia creyeron que sería una solución educativa para sus hijos. Pero éstos llegaban a una ciudad extraña, con un ambiente social muy cerrado, que ellos debían abrir con su presencia primero y su comportamiento después. Para algunos internos que ya conocían a muchachos de Monterrey, como los que habían estudiado en San Luis Potosí, nada más tocaron las puertas de las casas de sus amigos regiomontanos y éstas se abrieron con fiadamente.

—Mire, he pensado en enviar a mi hijo a Saltillo para que estudie y a ver si se compone —comentaba el padre de un chico problema con el amigo empresario de la capital de Coahuila.

—Yo le recomiendo mejor que lo mande al Instituto Tecnológico que se acaba de abrir en Monterrey —recomendó—; mis hijos ya están inscritos.

El consejo se siguió y Arturo Astaburuaga fue a Monterrey. . . , con el mismo gusto que lo hubiese hecho a Saltillo, pues tenía un espíritu alegre y sociable.

Al día siguiente de llegar hubo un baile en casa de su amigo Jaime Gutiérrez, a quien había conocido en el Instituto Potosino; ahí estaban Eugenio y Alejandro Garza Lagüera, hijos de don Eugenio, el fundador del Tecnológico. Las hermanas, las primas, las compañeras de los amigos regiomontanos hicieron más fácil la rápida ambientación.

La presencia de los nuevos galanes llegados de tantas partes ofreció un panorama estupendo a las muchachas de las alta y media sociedades, las cuales se presentaban a lucir sus encantos en la avenida Morelos, caminando hasta agotarse en la cuadra comprendida entre Escobedo y Emilio Carranza, o yendo a tomar un refresco interminable en el patio central de Sanborns, el restaurante de moda; otras, quemaban combustible sin bajarse de sus coches. Las chicas manejaban bien la competencia que se creaba entre los rostros apreciados pero ya muy vistos y las enigmáticas personalida-

des de los recién llegados. Algunos competidores por una misma indecisa jovencita acabaron a golpes para repartirse un ilusorio botín, pero ni aquellas esporádicas explosiones terminarían en agrias desavenencias.

Los que eran calificados como *de relaxo* no perdían cena, baile, fiesta, día de campo organizados por las familias de Monterrey para apuntarse como asiduos invitados; también se dejaban querer por algunas audaces que pasaban en sus coches a recogerles en los internados y acompañarse al cine. Estos pocos que apreciaban más la diversión que el estudio eran visitantes obligados de los cabarets las noches de sábados y domingos, aunque fuese después de que concluían las fiestas en las casas.

—Mira como el De Efe no hay nada —blofeaba el capitalino con su acento cantarín.

—Qué te pasa. Aquí está lo mejor —repelaba en su lengua golpeadora el regiomontano—, ¿y si no por qué te mandaron al Tecnológico?

—Es que mi jefe no me aguantaba, mano.

—¡Bah!

—En la capirucha todo es mejor y en grande.

—Pero aquí estás, güey.

El diálogo que parecía amargo nunca agrietaba las amistades que se empezaban a forjar; y el capitalino orgulloso, que quizás no dejase nunca de serlo, de todos modos apreciaba poco a poco la ciudad y la gente que empezaba a tratar íntimamente.

Los muchachos de provincia reconocían a Monterrey su condición de ciudad importante y no chocaban con sus compañeros regiomontanos.

En cualquier forma, el Instituto era una fragua de mexicanos conocedores de otros mexicanos.

Al mediar el año de 1945, la renta de la casa internado conocida como Hidalgo Vieja, que sólo era de \$ 450.00 fue aumentada hasta \$ 1,000.00 y el Consejo decidió ofrecer solamente \$ 700.00, no llegándose a un acuerdo; esta presión económica y la que planteaba el mismo crecimiento de la demanda obligó a acelerar la negociación para rentar los Apartamentos La Silla, ubicados hacia el Cerro de la Silla por la Carretera Nacional fuera del área construida de Monterrey aunque aún dentro de los límites municipales.

La intención fue concentrar ahí a todos los internos dispersos en varias casas del centro de la ciudad. El área que ocupaba aquel centro para hospedaje de turistas correspondía a unas cuatro manzanas pequeñas; tenía un edificio principal de dos pisos frente a la carretera y sesenta y ocho bungalows o pequeñas casas, de alegre estilo californiano, techadas con teja, con calefacción para el invierno y espléndida ventilación para el verano. Cada casita tenía jardincillo al frente y calles interiores comunicaban todo el conjunto.

Desde las siete de la tarde del 8 de septiembre de 1945 se realizó un anunciado baile en el salón del edificio principal del nuevo internado La Silla para inaugurarlo. Con lo mejor de su repertorio, amenizó la Orquesta Casino, dirigida por el conocido don Alejandro. El comité organizador lo integraron Fernando Madero, José Domene y Enrique Madero.

La pequeña ciudad de internos tuvo su alcalde y para consignarlo fue levantada una acta por los prefectos:

En la muy noble y muy leal Ciudad Estudiantil La Silla, siendo las catorce horas treinta minutos del día veintiséis de octubre del año del Señor de mil novecientos cuarenta y cinco, reunidos en cónclave, con poderes escrutadores, los suscritos maestros del Internado, escrupulosamente revisadas las actas levantadas en cada uno de los tres Distritos Electorales, atentamente recontados los votos libremente emitidos por cada uno de los internos de esta Ciudad Estudiantil, hacen constar, para los fines conducentes, el resultado obtenido. . .

. . . Por mayoría de 66 votos contra 60 obtuvo el triunfo electoral la planilla que postuló Alcalde al señor Alfonso Romo. . .

. . . quedará en funciones durante el período que comprende el presente semestre. Y firmaban el licenciado Rafael Prieto, José Ma. Garza Salinas y Celso Vizcaya.

La camaradería inicial de aquella primera gran concentración de internos seguiría repitiéndose, pues cada nuevos cursos los residentes antiguos ofrecían una tertulia a los nuevos huéspedes.

Allá también fue el despreocupado libertinaje de algunos muchachos que ignorando la vigilancia de los veladores en la puerta principal, pasaban bajo la cerca de alambre al fondo del terreno y, luego de sacudirse el polvo, se presentaban en

el restaurante Alhambra, que estaba enfrente y que durante la noche se transformaba en cabaret.

—Se pone re bien. Van muchas gringas y puedes tomar la copa —invitaba uno de los escapados.

LOS LUNES A MEDIODÍA

Los lunes a mediodía era la junta del Consejo de Enseñanza e Investigación Superior a la que asistía siempre su presidente, don Eugenio, y algunos consejeros, siendo los más asiduos el licenciado Virgilio y el ingeniero Bernardo Elosúa. A esas reuniones también iban el ingeniero Avalos, el licenciado Guajardo y el señor Medrano.

En un ambiente cordial, aquellas eran realmente juntas de trabajo. Don Eugenio escuchaba opiniones y si estaban bien fundamentadas las aceptaba; pero su decisión era la última y no ocultaba su estilo autoritario para resolver la marcha del Instituto, que se iba acordando en esas juntas. Alguna vez el ingeniero Avalos propondría la creación de la carrera de Ingeniero Arquitecto a lo que don Eugenio, instintivamente, respondería con un tajante no. Pero dos semanas después de aquella junta enviaría al ingeniero Avalos una de sus lacónicas notas diciéndole que había estado considerando el asunto de la nueva carrera y que le parecía bien, pidiéndole que le aportase más datos.

Fruto inmediato de las juntas de Consejo fueron las actas que el secretario escribiría después; en la primera de las cuales, fechada el 20 de octubre de 1943 se consignaba que el ingeniero Avalos informó: *ha sido necesario establecer segundos cursos para el 1er. año de Técnicos y el 1er. año de Bachilleres*. Y apenas tenía el Instituto un mes y medio de actividades. En aquella primera junta el propio director *presentó al Consejo un proyecto sobre las necesidades del nuevo edificio*. No estaban satisfechos con la dispersión en casas acondicionadas para escuelas e internados.

En octubre se decidió que el número de becas concedidas no podría exceder del 10% de los alumnos inscritos; se aprobó una partida de \$ 1,800.00 para adquirir el laboratorio de física; se contrató a la Sra. Angela Lozano Vda. de García para

llevar la contabilidad del Instituto, con sueldo de \$ 275.00 mensuales.

En noviembre se decidió invertir \$ 150.00 anuales para comprar revistas técnicas; se extendieron recibos por aportaciones de \$ 10,000.00 a Cía. Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, Vidriera Monterrey, Salinas y Rocha, y Cementos Mexicanos; por \$ 5,000.00 a Textiles del Norte y Cía. Cigarrera La Moderna; y por \$ 3,000.00 a Ladrillera Monterrey.

En diciembre se encomendó al ingeniero Armando Ravizé que preparase un estudio *conteniendo las necesidades básicas del Instituto*, que serviría de base para redactar la convocatoria invitando a concursar en el proyecto de construcción de los edificios del Tecnológico.

Concluirían las juntas del año de 1943 fijándose las colegiaturas para el semestre de febrero de 1944: Escuela de Ingeniería, \$ 50.00; Preparatoria y Escuela de Estudios Contables, \$ 35.00; Escuela de Técnicos, \$ 30.00; Internado, \$ 140.00.

La primera Navidad en la vida del Instituto se celebró como en familia, sin excluir a nadie. Asistieron a la cena, profesores, alumnos y empleados. El salón de fiestas de Sociedad Cuauhtémoc y Famosa, asociación que agrupaba a los empleados y trabajadores de Cervecería Cuauhtémoc y sus empresas filiales, fue decorado con una enorme rosca y grandes listones; abajo de los motivos navideños una larga mesa y, perpendiculares a ella, se extendían por el salón tres mesas más largas aún, con los comensales a ambos lados de cada una. Todos asistieron formalmente vestidos, la mayoría en tonos oscuros, y algunos con suéteres-chaleco, pues era una noche fría. Algunas muchachas, estudiantes y del personal administrativo, rompían la monotonía varonil.

Las juntas de Consejo de los lunes siguieron generando decisiones. Entre los asuntos prioritarios continuaba la construcción de los edificios, proyectándose *una escuela para varones, exclusivamente* en una construcción que pudiese adaptarse hasta para 5,000 alumnos y el cálculo aproximado de costo era de 2 millones de pesos. La decisión fue invitar a tres arquitectos de la ciudad de México: Enrique de la Mora, Enrique del Moral y Carlos Lazo, a quienes se pagarían \$ 3,000.00 por cada anteproyecto y con ellos el ingeniero

Ravizé haría un proyecto definitivo. A los socios de Enseñanza e Investigación Superior se les pidió, democráticamente, emitiesen su voto *para elegir el anteproyecto más conveniente*, y el arquitecto De la Mora obtuvo 13 votos y Del Moral solamente 2, mientras que Lazo no participó.

La ingerencia del Consejo iba a todos los rincones de la vida administrativa y académica, pues decidió suprimir el artículo que el alumno Jesús Rodríguez había preparado para la recién fundada revista *Onda* y se fijó un lineamiento general: *durante los primeros números no publicar ningún artículo que pueda comprometer al Instituto.*

La censura se compensaba con el apoyo a la tarea creativa del magisterio, pues se decidió patrocinar *la edición de todas aquellas obras que sean escritas o traducidas por profesores*, a quienes además se resolvió pagar el sueldo íntegro en vacaciones si eran de planta, no así a los profesores auxiliares; para hacer frente a ese gasto se cobrarían los meses de vacaciones a los alumnos y a los internos un mes. En junio de 1944, además, fue resuelto un aumento general de sueldos a los profesores de planta, del 10% al 20%.

Después de visitar en Saltillo al doctor Alfonso Caso en el mes de mayo, para consultarle sobre la validez oficial de los estudios del Instituto, el ingeniero Avalos tenía su propia opinión del asunto.

—Creo que conviene esperar tres o cuatro semanas —informó al Consejo.

—¡Por qué! —don Eugenio se alarmó del retraso.

—Mientras la Secretaría de Educación da a conocer el proyecto de reorganización del Instituto Politécnico.

—No vamos a estar sujetos al destino del Politécnico. Hay que activar las gestiones inmediatamente. Si la Secretaría propone cambios a nuestros planes de estudio que afecten seriamente el espíritu universitario del Instituto, no acepten esos cambios.

Siguiendo las indicaciones de don Eugenio se continuaron los trámites y el 19 de septiembre, con firma del Secretario de Educación, Jaime Torres Bodet, se obtenía la validez oficial de los estudios.

El día 20 de ese mes, aniversario de la fundación de Monterrey, el Instituto tuvo en el Teatro Rodríguez la primera solemne inauguración de cursos, correspondiente a su

segundo año de vida, por medio de una velada literario-musical; además se entregaron diplomas y libros a los *alumnos más aprovechados* del año escolar 1943-1944, primero en la historia del Tecnológico.

El ingeniero Avalos rindió un informe sintético sobre las actividades desarrolladas y presentó algunos de los proyectos para el futuro próximo, entre los cuales destacó la construcción de los edificios propios del Instituto.

El profesor Pedro Reyes Velázquez, delgado, de mediana estatura, moreno, vivaz y de naturales aptitudes oratorias, ofreció sus conceptos en un discurso que inició así: *Si alguna vez llega a escribirse la historia del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, habrá mucho que referir en torno a su primer año de vida. Tendrá que decirse cómo nació esta idea generosa, cómo tomó forma e impulso, cómo alcanzó realización. Tendrá que mencionarse cómo se hizo la selección de planes de estudio, cómo se integró el cuerpo de profesores, cómo llegaron los primeros alumnos.*

Y quien dice historia, dice tradición. Los alumnos que llegan a este segundo año de vida para el plantel, se encuentran iniciada ya una tradición a la que deben sumarse.

Fijó también la posición pedagógica: *Debemos amar la ciencia, e hizo una pausa para agregar: pero no debemos adorarla. Y continuó: Otros valores más altos tienen primacía en la escala humana, y si olvidamos esa jerarquía traicionaremos el destino de nuestra cultura. La ciencia sin objetivo social y sin normas de moral, se convierte en egoísmo y destrucción.*

Y concluyó ese pensamiento con intención emocional: *Debemos amar la ciencia, pero debemos amar más a nuestros semejantes.*

Después habló el joven Luis J. Prieto*, alumno del primer año de Ingeniería, quien felicitó a quienes habían sido premiados y pidió a cada quien *que reflexione si durante el año que pasó puso todas sus facultades, todo su tiempo, todo su empeño en el exacto cumplimiento del deber.*

Indicó: *Bien sabemos que en nuestra patria hay mucho que hacer; pero también sabemos que nunca se hará algo de la*

* El ingeniero Luis J. Prieto fue alcalde de San Nicolás de los Garza, municipio del área metropolitana de Monterrey, de 1974 a 1976.

nada. Se necesitan elementos aptos, fines concretos, planes factibles de realización.

La parte artística estuvo a cargo de las señoritas Graciela Herrera y Micaela Gómez, quienes interpretaron una canción cada una, y de la banda del Instituto Regiomontano, escuela privada.

La solemnidad académica de la institución tenía su versión estudiantil diez días después en el Baile de Aniversario, celebrado en el Casino Monterrey, con un lleno completo del elegante salón iluminado profusamente con sus brillantes candiles de prismas y en la atmósfera luminosa de sus blancas paredes desnudas de ornato. La asociación de estudiantes celebraba en un ambiente distinto, informal y con cena regional el Día del Maestro, en la Quinta Calderón. La Sociedad de Alumnos proporcionaba distracciones sanas, fomentaba el espíritu de unidad y las relaciones con jóvenes de otras escuelas. La actividad festiva era vigilada por el Instituto, que intervenía moderadamente para que la periodicidad de los eventos no afectase la *tarea fundamental del estudio*; los profesores participaban en esas fiestas estudiantiles para impartirles *respectabilidad*.

También se expresaba la religiosidad de los estudiantes. En diciembre de 1944 la Sociedad de Alumnos pidió autorización al Instituto para organizar la primera peregrinación a la iglesia dedicada a la devoción de la Virgen de Guadalupe y asistieron doscientos cincuenta estudiantes a esa manifestación pública de fe.

Aunque el Tecnológico insistía en su deseo de *formar técnicos aptos para el manejo de la industria, la banca y el comercio, que coadyuven a realizar la anhelada industrialización de México*, sin embargo también se declaraba en impresos de publicidad que *nuestro propósito no es formar especialistas ajenos a toda manifestación cultural*. Por eso, además de la vida académica cubriendo planes de estudio, en el segundo año de actividades el Instituto patrocinó variados actos culturales: la conferencia el Arte Indígena y el Arte Colonial, por el maestro Angel Zárraga; recital por el pianista jalisciense Carlos Vázquez; velada literario-musical a cargo de la misión del Seminario de Cultura Mexicana, con el maestro Manuel M. Ponce, Fanny Anitúa, el maestro Aurelio Fuentes y Oralia Domínguez; conferencia sobre pintura

moderna, por Angel Zárraga; recital poético con Maritza Alonso; tres conferencias sobre los problemas económicos de México, sustentadas por Juan Varthaliti; conferencia Antecedentes y Desarrollo de la Profesión de Contador Público y Auditor, dictada por Alfonso Ochoa Ravizé; un ciclo de seis conferencias sobre Monterrey, donde el ingeniero Bernardo Elosúa trató La Planeación como Factor Histórico, el licenciado Santiago Roel se refirió a Necesidades del Municipio de Monterrey, José P. Saldaña habló sobre Las Plazas de Monterrey, el licenciado Virgilio Garza Jr. se ocupó del Desarrollo Económico de la Ciudad de Monterrey, el licenciado Ricardo Margain Zozaya sobre el Urbanismo de la Ciudad de Monterrey, y el licenciado José Rodríguez Quirós de Las Diferentes Etapas de la Ciudad de Monterrey.

El Instituto, consciente además de la deficiencia en los textos para clases, especialmente los técnicos, y en que había que acudir a autores extranjeros, no siempre traducidos y ajenos a la realidad mexicana o a la práctica usual en el país, alentaba a sus profesores para que escribiesen sobre las materias que impartían. Así fueron apareciendo libros: en colaboración con la Editorial Jus, Fundamentos de Contabilidad, de Ricardo Medrano C.B.I.; del doctor Joaquín Rodríguez y Rodríguez, Documentación Mercantil, fruto de sus clases dictadas en el Tecnológico, y Derecho Bancario; Cosmografía, del ingeniero Alfredo Sanjuán; y una traducción de The Mathematics of Finance, de Charles Hulvey. En mimeógrafo se publicaron el primero y segundo cursos de Derecho Mercantil, del doctor Joaquín Rodríguez y Rodríguez; Contabilidad de Sociedades, de Enrique Gossler Ysla C.P.T. y Ricardo Medrano C.B.I.; primero y segundo cursos de Cálculos Mercantiles, del ingeniero José Ma. López Barañano; Etimologías, del profesor José Ma. Garza Salinas; y otros.

El Instituto, que consolidaba su estructura académica y empezaba a prepararse para tener su campus, había obtenido la aprobación oficial de estudios en septiembre de 1944; en octubre, el ingeniero Avalos visitó al Dr. Enrique C. Livas, rector de la Universidad de Nuevo León, para solicitarle la revalidación de los certificados expedidos por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. El Consejo Universitario lo aceptó.

Los sucesos eran rápidos y contradecían las profecías que

se adjudicaban al gobernador del Estado, Arturo B. de la Garza. Se aseguraba que mientras los sectores privados de la ciudad se entusiasmaban con la nueva institución de enseñanza, el funcionario la menospreciaba.

Será una cueva de reaccionarios, decían que decía. Ahí solamente formarán profesionistas que seguirán explotando a los trabajadores, aseguraban que aseguraba. No durará, dijeron que sentenció.

TRES EN VIAJE DE ESTUDIOS

El plan de construir los edificios propios iba en serio.

En octubre de 1944 el Consejo decidió pagar \$ 10,000.00 de honorarios al arquitecto Enrique de la Mora por los estudios previos y el plan de conjunto, descontándosele \$ 3,000.00 que ya se le habían entregado por su participación en el concurso. También aprobó efectuar una campaña especial para recaudar fondos.

Con la misma intención se pidió al arquitecto De la Mora, al ingeniero Ravizé y al ingeniero Avalos que hiciesen un viaje a Estados Unidos para *tomar ideas que puedan aprovecharse en los edificios*.

Los tres profesionales salieron el 10 de noviembre para visitar universidades en Washington, Filadelfia, Nueva York, Boston y Chicago. Estudiarían la arquitectura de los edificios, los laboratorios, talleres, campos deportivos y salones de clase, para enterarse de los últimos adelantos. Pretendían también conocer las organizaciones, aunque fuera someramente, e iniciar relaciones con las instituciones que los recibirían.

En Washington visitaron primero la Universidad Católica de América, dedicada a la enseñanza de la Filosofía, Teología, Historia, Literatura y Lenguas; situada en las afueras de la capital norteamericana, sus edificios se encontraban diseminados en una superficie de sesenta hectáreas, aproximadamente.

—Miren ustedes, aquí los religiosos pueden usar sus hábitos —observó uno de los visitantes.

—Además se les ve departir amigablemente con los muchachos.

—Y con las muchachas.

Ciertamente, para los ojos mexicanos era muy novedosa aquella expresión adicional de la educación mixta.

—Las religiosas también llevan sus vestidos especiales.

—Es cierto.

—Se ve que aquí la libertad religiosa es completa.

Aunque el equipo de los laboratorios de la Escuela de Ingeniería no era lo más actual, sin embargo llenaba los fines de enseñanza.

El director de la biblioteca, reverendo James J. Korten, les mostró los siete pisos que contenían unos 400 mil volúmenes, indicándoles que los anaqueles descansaban directamente sobre la estructura del edificio, así que los pisos no soportaban la carga.

—Después de la guerra, las bibliotecas se transformarán radicalmente —les explicó el padre Korten—, pues se introducirá la fotografía microscópica de los libros.

—¿Cómo es eso?

—Se fotografiarán los nuevos libros a un tamaño muy reducido y el lector podrá leerlos por medio de microscopios especiales.

—Muy interesante.

En el internado constataron la amplitud de los cuartos para dos muchachos y la libertad con que vivían, aunque había cierto control de su moralidad por parte de los prefectos.

Luego visitaron la Universidad Georgetown, dirigida por sacerdotes jesuitas, que preparaba especialmente oficiales del ejército y diplomáticos.

Siguieron a Filadelfia y conocieron la Universidad de Pennsylvania, que tenía varios edificios en su campus, además de casas particulares y otros edificios en la ciudad.

Al ser invitados a comer con los profesores, luego de visitar la Escuela de Ingeniería, laboratorios y talleres, les llamó la atención que el comedor tuviese mesas alargadas.

—El objeto es que los profesores se conozcan —les explicaron—. Cada día pueden sentarse con un profesor distinto.

A tono con la magnitud de la gran ciudad, en Nueva York visitaron siete instituciones educativas.

En el Instituto Politécnico de Brooklyn conocieron la modalidad de cursos nocturnos de post-grado en Maestrías y Doctorados en Ingeniería. Los laboratorios se dedicaban a trabajos de investigación como tesis de los alumnos.

En Broadway y la calle 110, la Universidad de Columbia, con sus 10 mil estudiantes diurnos, 10 mil nocturnos y 10 mil en cursos de verano. Aun siendo famosa por sus escuelas de Derecho y Medicina, ellos visitaron con mayor detenimiento la de Ingeniería, donde les llamó particularmente la atención un gran salón de exhibición de modelos de maquinaria seccionados, donde estudiaban los alumnos.

—Al construir sus edificios —les aconsejó el director de la Escuela de Arquitectura—, tengan cuidado de que sean elásticos. . . Quiero decir que puedan crecer si se necesitan futuras ampliaciones.

En el Bronx, la Universidad de Nueva York. Los laboratorios de ingeniería mecánica y eléctrica estaban muy bien equipados.

—Miren nada más qué adelanto: un equipo completo de acondicionamiento de aire y de refrigeración.

—Y no está como exhibición, sino para que experimenten los alumnos.

Su guía, el profesor Giannini, les recomendó equipar los laboratorios del Tecnológico con máquinas pequeñas y medianas.

—Cuestan menos y sirven como las grandes para el trabajo experimental.

El profesor David B. Porter les mostró sus análisis con una cámara cinematográfica filmando el movimiento de las manos de los obreros para mejorar su eficiencia.

Con veinte pisos de altura, en el cruce de Park Avenue y la calle 68, el Colegio Hunter, construido por el municipio hacía unos tres años, se dedicaba a diversas carreras para la mujer. El edificio era soberbio, los salones amplios y bien iluminados, con aire acondicionado y de doce a quince elevadores. Se comunicaba por subterráneo con el Metro.

Dedicado a preparar mecánicos para la industria, el High School Vocational, ubicado en el número 320 de la calle 96, tenía cursos de tres años, enseñanza práctica en talleres y materias culturales complementarias. Posteriormente, con un año adicional de preparación, esos alumnos podían ingresar a universidades tan exigentes como el Tecnológico de Massachusets. Un veinte por ciento de los estudiantes continuaban estudios profesionales.

La visita a la Universidad de Forham no fue del todo fructífera, pues una intensa nevada les impidió conocer los diversos edificios, concentrándose en sólo uno.

En el último lugar visitado en Nueva York, el Colegio de Brooklyn, advirtieron gran similitud con el Hunter.

Siguieron a Boston. Su instituto tecnológico era uno de los puntos de mayor interés en el viaje. Para el ingeniero Avalos se convertía en el regreso a la casa conocida.

Considerada como una de las mejores escuelas de ingeniería, el Massachusetts Institute of Technology, con sus veinte diversas ramas de la ingeniería y más de cien laboratorios dedicados a múltiples especialidades, fue una experiencia importante.

Durante una hora conversaron con los deanes de Ciencias, Graduados, Ingeniería y Humanidades.

A la exposición de los planes de estudio del Tecnológico de Monterrey, ellos opinaron que eran muy completos.

—Si nos los envían en inglés, les ofrecemos darles los comentarios de algunos de nuestros especialistas con más detalle.

—Así lo haremos —ofreció el ingeniero Avalos.

—Podemos adelantar que si esos planes de estudio se llevan a efecto, sus alumnos no tendrán dificultad con los estudios del MIT si deciden venir a Boston.

—Si llegan con una buena base de inglés —aclaró uno de los anfitriones.

—Por supuesto.

Durante el recorrido por las instalaciones pudieron observar que ya empezaba a generalizarse el uso del microscopio especial para la lectura de libros en microfotografía.

El ingeniero Avalos sintió cierta emoción al pasar por las oficinas de profesores que habían escrito libros que eran usados en el Tecnológico de Monterrey, tales como Russel, Lawrence, Berry, Timbie, McAdams, Taylor, Phylips, Johnson, Smith y otros.

Entre los estudiantes extranjeros, unos cuarenta chinos, hindúes, latinoamericanos y hasta cuatro regiomontanos.

El profesor John W. M. Bunker, dean de graduados, invitó al ingeniero Avalos para que pasase las vacaciones de verano en el MIT.

—Será nuestro huésped —le expresó afectuosamente—.

Podrá conversar con nuestros profesores, ver los laboratorios y asistir a conferencias y clases.

El domingo siguiente a la visita del MIT, fueron a conocer una fraternidad vinculada a dicho instituto, la Casa Latina, donde se hospedaban una veintena de estudiantes latinoamericanos.

—Hay que mantener la relación con estos muchachos —se dijeron al salir.

—Ellos podrían dar a conocer al Tecnológico en Sudamérica.

Continuaron a Chicago, donde fueron recibidos primero en el Instituto Tecnológico de Armour, que formaba parte del Instituto Tecnológico de Illinois. Era un conjunto de laboratorios de experimentación e investigación que daban servicio por contrato a las industrias y al gobierno. Sus modernos edificios habían sido diseñados por el arquitecto Mies Van Der Rohe. Les impresionó un aparato desarrollado por un alumno que servía para grabar magnéticamente el sonido sobre un alambre muy delgado y de gran longitud, que se enredaba en un carrete.

—Esto podrá reemplazar a los discos fonográficos en la post-guerra —les explicaron.

—Y a los dictáfonos de oficina —se amplió el comentario.

También en Chicago conocieron el Instituto Tecnológico de la Universidad de Northwestern, concluido hacía dos años.

Era un edificio compacto de cuatro pisos, con salones de clases, laboratorios, talleres y salas de conferencias. Su capacidad era para mil 200 alumnos y había costado seis millones de dólares.

—Este edificio es magnífico —comentó el arquitecto De la Mora.

—El mobiliario es de mucha calidad —observó el ingeniero Ravizé—, y los alumnos disfrutaban de comodidades; ahí están las instalaciones para calefacción; y estas rejillas en los pizarrones retienen el polvo. La iluminación es abundante, vean que utilizan luz fluorescente.

—Parece un modelo ideal de arquitectura —señaló el ingeniero Avalos.

—Eso creo. . . , así parece. . . —reflexionó el arquitecto De la Mora.

Había concluido la visita a Estados Unidos.

Al regresar, los tres profesionales hacían resumen de lo observado.

Ya en Monterrey, el ingeniero Avalos presentó a don Eugenio y a los consejeros que asistieron el primer lunes luego de su arribo, una reseña del viaje, cuyas conclusiones eran las siguientes:

1. *Las universidades antiguas están instaladas en edificios separados, pero se quejan de incomodidades para la comunicación entre ellos, y sobre todo cuando se trata de clases o laboratorios de una misma facultad.*

Las escuelas más modernas que visitamos tienen en un solo edificio todas las clases, talleres y laboratorios que necesitan los alumnos de una misma escuela.

2. *Existe un solo edificio para las diversas ramas de ingeniería que se imparten.*

3. *En ningún caso vimos los dormitorios o el comedor de los alumnos en el mismo edificio que la escuela propiamente dicha, estando siempre separados un edificio del otro.*

4. *En ninguna universidad nos recomendaron el sistema de dormitorios con gran número de alumnos, sino cuartos con un máximo de 2 alumnos y preferiblemente de un alumno.*

5. *Los colegios de ingeniería que visitamos constan de 2 clases de laboratorios; unos de ellos son los laboratorios generales que no pueden faltar en ninguna escuela de ingeniería y que son por ejemplo: Lab. de Ingeniería Mecánica, Lab. de Ingeniería Eléctrica, Lab. de Ingeniería Química, Lab. de Ensayo de Materiales, Lab. de Hidráulica, Lab. de Física, Lab. de Química, Lab. de Electrónica, y además de éstos, de un conjunto de laboratorios de menor tamaño que sirven bien, sea como de investigación o para algunas especialidades que apenas se están desarrollando.*

En general conviene dar suficiente elasticidad a los laboratorios, para que se puedan poner con el tiempo todos estos pequeños laboratorios.

6. *Los profesores de planta de los colegios de ingeniería, y son de planta la mayoría de ellos, tienen oficinas dentro*

del instituto, de diverso tamaño según las actividades a que se dedican. Algunas de estas oficinas se han convertido en pequeños laboratorios de investigación de los distintos profesores.

7. Las oficinas de los profesores están repartidas sin orden alguno en el edificio, pero buscando la proximidad de los mismos a los laboratorios con los cuales tienen mayor contacto.

JUGANDO AL PERIODISTA

—Vamos a echarnos un periódico —propuso alguien.

—Sí, hombre, para decir lo que queramos.

—Y meterle ideas.

—Pero también relajo, no te vas a intelectualizar.

—'Orale.

Los muchachos siguieron madurando la idea de una publicación estudiantil. Luego pensaron que algunos profesores les podrían orientar.

—Miren: lo que le da personalidad a un periódico universitario es su contenido.

—Conviene que exprese el pensamiento universitario.

—Investigación y especulación.

—Crítica social de altura.

—Humanidades y ciencias.

Los profesores iban concibiendo la publicación como un órgano de sus inquietudes culturales.

Y los alumnos, por fatalismo ante los razonamientos superiores de sus superiores, acabaron por convencerse. . . , o por aceptar.

Así nació *Onda*, con formato de revista y la intervención de estudiantes y maestros, pero orientada más a lo científico que éstos últimos escribían.

La publicación llegó a tener más de setenta páginas y, además del editorial, contaba con secciones permanentes de Filosofía, Literatura, Historia, Sociología, Ingeniería, Matemáticas, Química, Contabilidad y Organización, Derecho, y notas culturales, sociales y deportivas. El propósito continuaba siendo que los estudiantes no sólo la leyeran, sino que colaboraran en ella.

Sería órgano oficial del Instituto y se consultaba al Consejo para que orientase sobre el tono de los artículos que pudiesen considerarse conflictivos.

En el Consejo el criterio era muy definido.

—No debe ser un órgano de combate contra el gobierno —expresó don Eugenio.

—Pero podrán ventilarse ahí temas políticos.

—No me parece conveniente.

—Sin tomar partido ni hacer crítica. . .

—De ninguna manera. El Instituto no debe propiciar ataques que le hiciesen por haber intervenido en asuntos que no son de su incumbencia en una publicación oficial.

Onda siguió su camino de aportación cultural, mientras los estudiantes iban quedando al margen de su espléndida tarea.

—Pos, a mí Onda no me convence —volvieron las inquietudes en la Sociedad de Alumnos.

—Es buena revista, nomás que suena muy de maestros.

—Yo la veo como si fuese otro libro, o unos apuntes de clase.

Estaban inconformes porque no tenían algo propio.

—Hay que hacer un periódico de la raza.

—Sí, hombre, de veras estudiantil.

El jueves 22 de febrero de 1945 apareció *El Borrego*, donde se advertían al fin la sensibilidad y el humor juveniles con olor a tinta.

Su nombre provenía de la mascota que se había adoptado para las actividades deportivas del Instituto, costumbre que era una evidente influencia del ambiente universitario norteamericano. Para decidirse por una mascota se convocó a todos los alumnos a través de una hoja impresa en mimeógrafo. Las propuestas fueron diversas y varias de ellas esperadas, tales como león y tigre. El gallo gustaba por su bravura cuando es de pelea y la abeja por su laboriosidad. Muchos se inclinaban por el cabrito, animal propio de la región y platillo muy apreciado; pero hubo de rechazarse porque se prestaría a bromas al convertirlo en aumentativo. Así que la decisión se inclinó por el borrego. . . , aunque no convenció jamás a todos.

Y con el nombre de la mascota nació la publicación estudiantil por excelencia, en papel periódico, con un espacio impreso en 36 centímetros de alto por 27 de ancho. Sus responsables eran Guillermo Junco, director, que era además el presidente de la Sociedad de Alumnos; gerente, Víctor

Rivero; redacción, Jorge Degetau y Jesús Rodríguez Álvarez; circulación, Luis Moragrega Baquer y Juan Jorge Collignon; publicidad, Manuel Morales Gómez y Alberto Roel Ornelas; colaboradores, Rogelio Castillo, Luis J. Prieto y Librado Rosales.

Los propósitos de la publicación quedaron declarados en un artículo con sabor editorial: *Nuestro propósito al editar este periódico es ofrecer una interpretación jocosa, alegre, de la vida del Tecnológico que comienza a ser inquieta.*

Al publicarlo sólo pretendemos crear un órgano en el que se retrate bulliciosamente la vida cotidiana de quienes todavía sentimos la alegría de la juventud.

Por eso pedimos a ustedes su benevolencia y colaboración. . .

. . . su fin principal es llegar a ser instrumento a través del cual todos los jóvenes puedan dar a conocer libremente sus habilidades, así como exteriorizar también libremente sus ideas.

La vinculación con la administración del Instituto se percibía en un artículo de primera plana titulado Los Tres Grandes del Tecnológico; y se referían al director, que en el pie de su fotografía era descrito como *Asiduo luchador por el mejoramiento del Instituto*, al secretario, calificado como *Entusiasta y comprensivo con los muchachos* y al tesorero, *joven dinámico y gran catedrático*. En el mismo artículo aseguraban que *la idea que desde un principio inspiró la fundación del Tecnológico, fue la de la formación de una escuela en México, que llenara las necesidades de los estudiantes y evitara su salida al extranjero, luchando a la vez por la formación de individuos capaces de dirigir y encauzar convenientemente la riqueza y los recursos del país, y evitar así la necesidad de recurrir a los técnicos y especialistas extranjeros.*

Desde el primer número se dejó sentir el humor, como en la colaboración titulada Impresiones de un Pocho de Jalisco, que firmaba el seudónimo, cómico también, T. Majió, que quería significar, te burló. El artículo decía: *No sé cómo pude hacerlo, pero con trampas logré que me validaran los semestres anteriores de Inglés, pudiendo así dedicar esa hora a tomar un suculento desayuno en Sanborns o a dormir un poco más, ambas muy buenas para la salud y recomendables en todos sentidos.*

Y este semestre me preparaba a hacer lo mismo. . . pero oh desilusión, llegó de la secretaría la triste noticia de que ya no revalidarían Inglés a nadie.

Nunca me ha gustado estudiar idiomas y esta noticia, como ustedes pueden imaginarse, me causó un profundo pesar, se me veía deambular por los pasillos del Tec, agobiado por esta gran pena, adelgacé diez kilos y perdí muchas horas de sueño.

Pronto comprendí que esto no traía ventaja más que para el Internado, que ahorra mi comida y para mis compañeros que valiéndose de mi lamentable estado de ánimo gorroneabanme todo el día los cigarros.

No me quedó más remedio que comprar mi librito y asistir a clase.

Desde el primer día comprendí lo trágico de mi situación, doce de los dieciséis alumnos habían vivido en los Estados Unidos, tres habían estudiado o el Espíritu Santo los inspiraba, no sé, el caso es que hablaban mejor que Roosevelt; y yo —pobre de mí— no entendía ni media palabra.

Comenzó la clase, hicieron a un lado el libro y se pusieron, profesor y alumnos, a hablar y hablar y cuando se cansaban de tanto hablar se ponían a platicar un rato. Reían y reían, parecía la clase de uno de esos programas de radio en que un gringo dice tres palabras y mil gentes se rien, vuelve a decir otras tres palabras y vuelven a reírse. Yo hecho un perfecto idiota veía a mi vecino, y luego al profesor e insisto no entendía absolutamente nada. Había veces que el maestro se enojaba (eso lo deducía de que se le caían los anteojos, y la peluca y los zapatos al mismo tiempo que gritaba como un diputado en la Cámara de ídem). Algunas veces fui yo el que recibía sus regaños, nunca supe por qué, ni qué me dijo; lo único que hacía era poner cara de angelito inocente que pronto calmaba sus furias —y me aburría— pero un día tuve una idea luminosa, rematé el libro de inglés y con el producto de la venta compré Chamacos, Pepines, Paquitos y (el nombre de esta revista fue prohibida por la censura. . .), chicles y pistachos, ¡qué clase más deliciosa! no hubo historieta de monitos que no devorara en mis ansias de erudición. ¡Cómo gocé con todas ellas —pero no hay rosa sin espinas— para mi casa fue una calificación con cero en inglés y de mi casa vino una carta de diez hojas diciendo que, prefiero no recordar.

Pero si hay alguien listo en este mundo, somos los estudiantes, y encontré la solución, me conseguí una gringuita, una de esas güeras que vienen de la frontera de allá del otro lado, una verdadera preciosidad y me hice amigo de ella, prometió enseñarme inglés, pero me enseñó todo menos ese difícil idioma, sólo aprendí a decir I love you, kiss me again y otras palabras por el estilo que nunca me las preguntan en el examen; sigo sacando ceros.

No he aprendido inglés, pero ya es un gran adelanto que no me caiga mal quien habla ese idioma, sobre todo si es alguien con faldas o aunque sea con los modernos slacks.

Se hacían bromas a los compañeros y chistes breves, en forma de notas periodísticas, como el encabezado Cambios de Clima: Todos los estudiantes de Monterrey pasamos por una situación precaria; a nuestros ya múltiples problemas económicos vienen a sumarse los inesperados cambios de clima, pero usted dirá, ¿qué relación hay entre los cambios de clima y los apuros económicos de un estudiante? . . . Pues le parece poco, como un día hace frío al día siguiente calor, ya no sabemos que ropa empeñar.

Ni autoridades ni profesores escapaban al humor estudiantil. En el No. 5, el pie de una fotografía referida a una visita a la Cervecería Cuauhtémoc, decía: He aquí una foto en la que aparecen las autoridades del Insituto Tecnológico y un alto empleado de la Cervecería Cuauhtémoc. De izquierda a derecha: Ing. Ramírez Caraza, Ing. León Avalos Vez, don Guillermo Zamacona, Dr. Bustamante e Ing. Remigio Valdés. El encabezado de la gráfica era un acierto de observación: Mientras unos Esperan; Otros Comen; Alguien Habla; Unos Piensan y Otros Ven, lo cual seguía de izquierda a derecha también la acción de cada uno captada por la instantánea.

En el No. 27, una noticia: Se nos casa el Lic. Régulo Hernández el Próximo Sábado 14 del Presente. Y la información: Los profesores solteros del Instituto se encuentran sumamente preocupados por la actividad que en su contra ha desarrollado, en los últimos meses el señorito Cupido, diezmando considerablemente las filas del FUSI (Frente Unico de Solteros Incasables), asociación a la que pertenecen gran número de maestros del Tec.

Ahora tenemos que en las oficinas del FUSI, se ha recibido la renuncia como miembro de esa institución del Sr. Lic. Régulo Hernández (Secretario de las escuelas de Ingeniería y de Técnicos), el cual solicita se le dé de baja de ese frente, pues desde el próximo día 14 del actual ingresará a las filas de la AMOR (Asociación de Maridos Oprimidos Rigurosamente). Y luego lo felicitaban.

De vez en cuando, la crítica política, como en el primer cartón cómico, aparecido en el No. 7 y titulado Las Calles de México. Un hombre con revólver asaltaba a una mujer, mientras un policía le preguntaba al delincuente: *Caballero, tenga la bondad de decirme si es usted diputado, para retirarme.*

No se perdonaban ni a sí mismos en la burla. A partir del No. 2 aparecía un pequeño recuadro:

Compre Ud. El Borrego

Edición Mundial 15,600,940 ejemplares

Impreso en nueve idiomas

El Borrego sólo cuesta 10 centavos

no pague más (tampoco pague menos porque no se lo entregan)

Compre el suyo con tiempo, evite colas.

P.D. La administración se declara ajena al acaparamiento y Mercado Negro de El Borrego.

Poco a poco fue incorporando las noticias sobresalientes de las actividades escolares: cursos, seminarios, cambios académicos, viajes de estudio de profesores, visitas a empresas, información sobre personalidades que visitaban el Instituto, elecciones de reinas, deportes, etcétera. Pero colaboraciones especiales y columnas de chismes mantenían el humor sobre la vida y pensamiento de los alumnos. Entre las entrevistas realizadas a personas destacadas en la cultura y las artes, solamente en sus primeros dos años y medio de vida. *El Borrego* había logrado acercarse a Amanda Ledesma, cantante argentina de la radio; Maritza Alonso, declamadora cubana; doctor Juan García Baca, filósofo; licenciado Jaime Torres Bodet, secretario de Educación Pública; ingeniero Gustavo P. Serrano, secretario de Economía; José Vasconcelos, filósofo y escritor; Salomón Lefchetz, norteamericano, doctor en matemáticas, uno de los padres de la Topología;

Pedro Vargas, el popular cantante; Adolfo Luque, manager del equipo de beisbol Pericos de Puebla; y otros.

El Borrego, que era el órgano estudiantil del Tecnológico, sin embargo, incorporaba en sus páginas información de otras escuelas de la ciudad. Periódicamente aparecían noticias del English Commercial Institute, Colegio Mexicano, American School, Colegio México, Colegio Franco Mexicano; de algunas escuelas y facultades de la Universidad de Nuevo León; y hasta de clubes sociales, como el Club Asturias.

A los dos años y medio de fundado, editaba cinco mil ejemplares que no sólo circulaban en el Tecnológico, sino en otros colegios de la ciudad.

La publicación se financiaba con la venta de anuncios y de ejemplares.

El Borrego se editaría durante siete años con el formato tabloide y de manera constante. Luego aparecería en varios formatos y sin continuidad hasta mediados de la década de los años setenta.

EL AMOR A LA CAMISETA

El Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey empezó a conocerse bien pronto por expresiones más reducidas de su extenso nombre: Instituto Tecnológico de Monterrey, Tecnológico de Monterrey, o simplemente Tecnológico (según lo consignaba el propio secretario del Consejo al redactar el acta del 13 de diciembre de 1943), y por sus siglas ITESM (como lo abreviaba en el acta del 30 de octubre de 1944), y hasta nada más como Tec.

El Instituto además necesitaba un escudo, pues solamente estaba usando sus siglas entrelazadas como identificación, donde dominaba la M como principal elemento gráfico; así que convocó a los alumnos para que presentasen sus bocetos. Se aceptó el de David Antonio Aldape, que estudiaba de noche en la Escuela de Técnicos y de día trabajaba como dibujante en la empresa Troqueles y Esmaktes. Aquella idea fue la base, aunque sufrió algunas modificaciones. El escudo sería un círculo azul, con otro menor en su interior; en éste, una probeta, un tubo de ensayo, un matraz al que le llegan dos descargas eléctricas, y un engrane. Entre ambos círculos, el nombre de la institución abreviado en Tecnológico de Monterrey; afuera del círculo y arriba de él, un libro abierto, una mano con antorcha y dos ramas de laurel.

Los colores se definieron por azul y blanco.

En marzo de 1946 se convocó para que los estudiantes propusieran un lema. Las bases establecían que todos los alumnos podrían participar, enviando uno o varios, redactados en español, latín o griego, que debían tener *en breves palabras un significado amplio*. Los premios serían de \$ 50.00 para el mejor lema y \$ 25.00 para el segundo. El jurado lo integraron el licenciado Guajardo, el licenciado Luis Astey, el licenciado Alfonso Rubio y Rubio, el profesor Pedro Reyes

Velázquez y un representante de la redacción de *El Borrego*, quienes declararon desierto el premio.

El Instituto ostentó solamente un escudo y unos colores oficiales, con los cuales fueron compitiendo sus equipos representativos a partir de su segundo semestre de actividades.

El deporte se inició, con poca organización y participación, desde el primer semestre de vida del Tecnológico. Entonces se integró el primer equipo de basquetbol para competir en el Campeonato Cruz de Malta, organizado por el prestigiado Círculo Mercantil Mutualista de Monterrey donde se encontraba el mejor gimnasio y la más moderna cancha, lugar en que se escenificaban encuentros de gran calidad profesional con equipos provenientes de varias ciudades del país. El equipo del Tecnológico lo formaron Pedro Treviño Madero, Fernando Bueno González, Raúl Hoyos, Terencio Monteverde, Luciano Fernández, Gerardo Páez, Luis J. Prieto, Arnoldo Frías, Rafael González, Homero Salinas Garza y Fernando Ferrara; el entrenador era Antonio González. Los entusiastas primeros deportistas del Instituto apenas obtuvieron un modesto cuarto lugar.

El primer equipo que usó los colores azul y blanco en su uniforme fue el de futbol soccer que compitió en la categoría de segunda fuerza en la ciudad, durante la primera mitad del año 1944, conservándose invicto durante todo el torneo y coronándose campeón.

Los trofeos seguirían llegando: el equipo de basquetbol de tercera fuerza en 1944; y los equipos de tercera y cuarta fuerza en basquetbol y en segunda fuerza de futbol, en 1945-46. También en 1946, el equipo de atletismo triunfó en el evento organizado por el Club Acero, patrocinado por la Cía. Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey. En el Campeonato Oficial de Futbol Soccer de esa misma temporada resultó campeón el equipo del Tecnológico integrado por José Suárez, Salvador Rojo, Ramón Vázquez, Benjamín Lara, Guillermo Mossig, Gustavo Petriccioli, Mauricio de la Cruz, José D. Lavín, Salvador Saucedo, Antonio Casas y Santiago Zubieta. En el Campeonato Cruz de Malta ganaron los equipos de tercera y cuarta fuerza.

En la temporada siguiente, campeonato de futbol soccer de primera fuerza y de futbol americano de segunda fuerza.

El futbol americano llegaría a ser el deporte por el cual se

identificaría más a la institución. El colaborador de *El Borrego* que se firmaba S. MIRON en su columna Borregoscopio Deportivo escribía el 16 de noviembre de 1945: *El fútbol americano pronto estará listo para su primer encuentro.*

Como equipo benjamín participó en la temporada 1945-46 y S. MIRON era comprensivo y paciente, pues el 18 de diciembre, cuando ya tenía su primera derrota propinada por la Universidad de Nuevo León, escribía: *Es un equipo joven y mucho juega en relación a la práctica que tiene. Su adelanto es asombroso, pues solamente tiene dos meses de prácticas y ya se le ve en buenas condiciones. De continuar así, estamos seguros que llegará a figurar en un lugar honroso.*

El 12 de enero de 1946, la Universidad volvió a derrotarlo por 12 a 7. Concluía la temporada 1945-46 en último lugar.

Pero se había sembrado. Y no solamente en la preparación de un equipo, sino en afición por el fútbol americano. El Parque de la Sociedad Cuauhtémoc y Famosa, donde se efectuaban los encuentros, tenía un ambiente de fiesta social en cada juego. Los muchachos y las chicas de las clases media alta y alta iban a apoyar al equipo. Además de fiesta deportiva, lo era de la amistad; el parque se convertía por unas horas en el sitio de reunión social. La juventud vinculada al Tecnológico dejaba la avenida Morelos, en su tramo entre las calles Escobedo y Emilio Carranza, para ir a conversar, flirtear y lanzar gritos en las gradas mientras algunos de sus compañeros empujaban fuerte por retener o capturar una pelota.

En octubre de 1946 se nombró nuevo entrenador al ingeniero Francisco Raúl Álvarez, que era catedrático de la Escuela de Ingeniería. En 1936 se había iniciado en el atletismo dentro del Pentatlón Juvenil Universitario, obteniendo primer lugar en lanzamiento de bala y el campeonato en la competencia de salto largo; en la Universidad Nacional Autónoma de México fue campeón de salto triple y después subcampeón en el Distrito Federal. Sus primeros contactos con el fútbol americano los había hecho el año 1937 en el equipo de la Universidad Nacional Autónoma de México, aunque no compitió en campeonato por haberlo hecho en atletismo. Para crear un ambiente propicio al deporte en el que se iniciaría como entrenador escribió una serie de artículos en *El Borrego* que dieron conocimientos técnicos a los alumnos

que no lo jugaban y mayores motivos para seguir apoyando a su equipo.

El sábado 7 de diciembre de 1946 el equipo del Tecnológico obtuvo al fin su primera victoria sobre la Selección del Estado de Nuevo León, por 6 a 0. Se anunciaban tiempos buenos y la euforia fue enorme.

Pero en el mismo escenario, una semana después, la Universidad de Nuevo León volvía a derrotar al Tecnológico por 18 a 6.

De hecho, el rival sería la Universidad. Lo era no solamente por su rango de escuela superior, sino porque antes de los enfrentamientos deportivos ya existía rivalidad por celos o envidia que empezaban a provocar los *chicos del Tec*, como se les llamaba con intención peyorativa. Era la imagen de jóvenes ricos la que molestaba a algunos estudiantes universitarios originarios de estratos sociales más bajos.

Algún mal día, la porra universitaria, en lugar de sólo apoyar a su equipo, decidió agredir verbalmente a los contrarios y durante años se escuchó el grito a coro que no se refería al deporte ni a la capacidad del contendiente, sino a la visión social general que despertaba en los universitarios el joven del Tecnológico. Rugían las gargantas: *Apretados, popofones, presumidos y sangrones*.

Cuando se acercaba el encuentro clásico entre los dos equipos, el ambiente se caldeaba. Por las calles de Monterrey, grupos de partidarios exaltados de ambas instituciones, hacían las ceremonias de las quemas del borrego y del tigre, este último animal representativo de los universitarios. Generalmente eran fiestas alegres que solamente entorpecían el reducido tráfico de vehículos al situarse precisamente en el cruzamiento neurálgico de la avenida Morelos y la calle Zaragoza. Pero en otras ocasiones los ánimos se caldeaban y los muchachos llegaban al insulto e intercambio de golpes. En febrero de 1948, algún domingo en la noche, cuando la juventud se encontraba en la Plaza Zaragoza como era costumbre, la inminencia del siguiente clásico originó una batalla campal; las chicas huyeron despavoridas, de los árboles fueron arrancadas naranjas y utilizadas como proyectiles. Enterado el licenciado Guajardo, que se encontraba con amigos en el Casino, cruzó a la plaza para calmar los ánimos pero también fue atacado a naranjazos, por lo que debió de

replegarse prudentemente. El incidente subió de tono y tuvo que hacerse una publicación en los periódicos de la ciudad, firmada por el Instituto y la Universidad lamentando los desórdenes contrarios al espíritu de ambas instituciones y al criterio deportivo del estudiantado. Precisamente ese año el equipo de primera fuerza se coronó campeón.

Los incidentes callejeros y pequeños encuentros en tribunas o al término de los juegos, no afectaban el resultado positivo de haber encontrado un deporte que unificase a la mayoría del estudiantado en un interés común, sin afectar el desarrollo académico ni el orden dentro del Instituto.

Por tanto, seguiría recibiendo la mayor atención y apoyo.

HOMENAJE A LA BELLEZA

Era el mes de marzo de 1945.

Aquello no llegó a ser una gresca, pero tampoco se lograba la unificación de criterios.

—Es que si de veras queremos que la reina represente al Tecnológico debe ser una de nuestras compañeras —declaraba convencido un representante de grupo.

—No, hombre, ¡qué tienes!, no hay ni dónde escoger.

—Tampoco. . . , tampoco. . .

—Yo estoy de acuerdo.

—Pero, ¿con qué?

—Nada más las alumnas.

—¡Estás loco!

—A ver, a ver. . . ¿quiénes prefieren que sea electa solamente entre estudiantes?

—Yo

—Yo también.

—No. . . , no. . .

—Tampoco me parece. Hay muchachas muy chulas que así no van a concursar.

—¡Ni modo!

—Bueno, esa es tu opinión.

—Pues, sí.

La directiva de la Sociedad de Alumnos advirtió que ninguna de las dos alternativas alcanzaba mayoría. Empezaron a rumiar una solución.

—Hagamos un plebiscito —declaró alguien solemnemente.

Hubo un largo silencio.

—Cada alumno opinará qué desea —se extendió.

Murmullos aprobatorios.

Se preparó la encuesta.

Los alumnos responderían a dos preguntas: a) *¿La reina debe ser elegida entre las alumnas del Instituto, únicamente?*;

b) *¿Se les puede dar oportunidad de ser reinas del Tecnológico a las muchachas de otros colegios, efectuando una votación en que intervengan candidatas de dentro y fuera del Instituto?*

La Sociedad de Alumnos se inclinaba más por la segunda propuesta, ya que en la convocatoria al plebiscito, aclaraba: *La idea de la segunda proposición es hacer llegar el nombre de nuestra Alma Mater al corazón de la gente que nos rodea, y despertarle cariño y atención a lo que nosotros, los que somos sus hijos, sentimos desinteresada querencia.*

El plebiscito, que la Sociedad de Alumnos misma calificaba de democrático, se inclinó por dar entrada a toda la belleza femenina posible e imaginable, pues en el Instituto apenas llegaban a una veintena si acaso las muchachas.

Las bases para la elección de reina eran las siguientes:

1. *La postulación para reina será libre, es decir podrá ser candidata tanto una alumna como cualquiera otra damita que no lo sea.*

2. *Los votos únicamente deberán estar firmados por alumnos del Instituto.*

3. *Las seis primeras señoritas que obtengan mayor número de votos después de la reina serán princesas.*

4. *La reina y las princesas presidirán las funciones sociales y deportivas del Tecnológico.*

5. *Cada voto tendrá el valor de \$ 0.01 (un centavo).*

6. *Aparecerá un cupón por diez votos en cada número de El Borrego.*

7. *La venta de cupones se llevará a cabo en las secretarías de los edificios del Instituto.*

Abasolo No. 858 Pte.

Ocampo No. 460

Banco de Nuevo León 3er. Piso.

8. *Se organizará un baile especial para la coronación de la reina.*

9. *El jurado estará integrado por el Profr. Pedro Reyes Velázquez, el Dr. Alejandro Ojeda y el Lic. Roberto Guajardo Suárez, quienes se encargarán de hacer el cómputo de los votos y darán a conocer el estado de la votación periódicamente.*

La votación se iniciaría el 21 de abril para concluir el 31 de mayo.

En el periódico *El Borrego*, que costaba diez centavos, aparecía un cupin que valía diez votos y debería estar firmado al entregarse, señalando por quién se votaba.

Pero como los votos podían comprarse, llegaron los apoyos económicos según las simpatías.

Los diversos comités que postulaban candidaturas no sólo llenaron de propaganda los edificios que ocupaba el Tecnológico, sino que en el centro de la ciudad distribuyeron cartones en comercios y oficinas con fotografías desde donde sonreían las muchachas propuestas. Además, organizaban bailes y festivales para recabar fondos; Javier Garza, jefe del comité que postulaba a María Elizondo, organizó un baile en los jardines del Country Club; y José Harrison, del comité pro Bertha Guerra, organizó un torneo de box.

Las chicas inicialmente postuladas habían recibido el 14 de mayo la siguiente votación: Elsa Ferrigno 560 votos; María A. González 510; Irma Lingow, 460; Angélica Segovia, 210; y Laura Padilla, 140.

El 25 de mayo la votación cambiaba el panorama y había más concursantes: Angélica Segovia 5,140 votos; Anita Rodríguez 5,125; Aurora Valdés 4,435; María Elizondo 4,010; Rosalinda Cantú 3,560; Bertha Guerra 2,440; Aurora González A. 1,880; Cristina Viesca 1,880; Laura Padilla 1,180; y Ma. Teresa Serrano 1,000.

Para el 8 de junio Bertha Guerra ocupaba el primer lugar con 5,000 votos más sobre su próxima competidora, Angélica Segovia.

El cómputo final se efectuó el martes 12 de junio a las 8 de la noche en la Escuela de Estudios Contables, en el tercer piso del edificio del Banco de Nuevo León. El baile de proclamación estaba señalado para el 8 de junio, pero fue pospuesto hasta el miércoles 13 porque había muerto un estudiante, Sergio Castañeda Pérez.

Resultó electa Rosalinda Cantú y coronada como Rosalinda I en un suntuoso y alegre baile efectuado en la terraza del Casino Monterrey.

Una tradición se iniciaba.

Más adelante se modificaría el sistema: en lugar de vender votos sólo se concedería uno por estudiante.

LOS QUE NO ERAN DE MONTERREY

El 22 de enero de 1945 se había asentado en el acta número 41 del Consejo: *Se informa que de varias partes de la república han estado solicitando la escritura constitutiva de la asociación civil Enseñanza e Investigación Superior, con el fin de inspirarse en ella para constituir otras escuelas. Se aprobó que se envíe copia de dicha escritura a todo el que la solicite.*

El Tecnológico y la asociación que lo patrocinaba eran conocidos en muchas poblaciones del país.

Echada a andar la campaña financiera en Monterrey para obtener fondos destinados a la construcción de los edificios propios, era el momento de buscar apoyo en la ciudad de México donde ya había simpatía por la obra.

Aprovechando el entusiasmo del licenciado Carlos Prieto, director de la Cía. Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, se efectuó una junta en la sala de sesiones de las oficinas de la empresa en la ciudad de México, a la que asistieron algunos de los más destacados hombres de negocios capitalinos, empresarios españoles establecidos en México y regiomontanos prominentes residentes en la gran ciudad. Por el Tecnológico estuvieron presentes don Eugenio, el licenciado Guajardo y don Rómulo Garza, también consejero.

Se formó un comité para recabar fondos, en donde aparecían como directores, además de don Carlos Prieto, los señores Rodrigo Gómez, gerente del Banco de México; licenciado Aarón Sáenz, presidente de Azúcar, S.A.; Maximino Michel, director de El Puerto de Liverpool; y el licenciado Virgilio Galindo. Como vocales: Evaristo Araiza, Ramón Aréstegui, Gastón Azcárraga, Rogelio Azcárraga, Emilio Azcárraga, Raúl Bailleres, Cayetano Blanco Vigil, Eduardo Bustamante, licenciado Max Camino, Arnulfo T. Canales, Onésimo Cepeda Villarreal, José Cruz y Celis, Alejandro Cumming, Jorge Degetau, Alfonso Díaz Garza, Mario Domínguez, li-

cenciado Francisco Doria Paz, Juan Durán y Casahonda, Eustaquio Escandón, licenciado Francisco Fernández Cueto, Fernando de Fuentes, Valentín Garfías, Carlos González, Fernando A. González, Guillermo Guajardo Davis, Luis Iturbe, Federico T. de Lachica, José D. Lavín, Luis Legorreta, ingeniero Aurelio Lobatón, ingeniero Emilio Madero, Raúl Madero, Luis Montes de Oca, José de la Mora, Carlos Osuna, Roberto Pesqueira, Manuel Plaza, Roberto R. Rivera, Valentín Rivero, Antonio Ruiz Galindo, Joel Rocha Jr., ingeniero Alfonso Romo Gandoulf, Enrique Sada Muquerza, Hugo Salinas, Ernesto Santos Galindo, César Santos Galindo, Manuel Suárez, Roberto Ugarte, Salvador Ugarte, Angel Urraza, Raúl Valdés Villarreal, Viviano Valdés, Enrique Vignau y Bölling S. Wright.

En plena sesión se recibió un radiograma.

Don Carlos Prieto lo abrió.

—Señores, aquí se aportan los primeros treinta mil pesos —dijo con entusiasmo.

La reunión no quedaría en lista de nombres.

Un momento después don Manuel Suárez le acercó un papel doblado a don Carlos. Este leyó para sí: *Por ahora, a reserva de aumentar esta cantidad, doy \$ 100,000.00. Desde luego, la tercera parte.* Don Carlos sonrió al concluir la lectura de la breve nota: *Y no soy de Monterrey.*

El Tecnológico empezaba a ser una obra de muchos esfuerzos originados fuera de Monterrey.

¿Por qué interesaba el Instituto? ¿Qué pensaban de él quienes estaban enviando a sus hijos desde otras partes del país?

El Borrego quiso indagarlo y preguntó.

El *entusiasta hombre de empresa* Enrique Madero dijo: *Porque el Tecnológico es un plantel que reúne dos características valiosas: seriedad y eficiencia. Y porque prepara a los alumnos para nuevas carreras de gran utilidad, tales como ingeniero, administrador y otras de gran porvenir.*

Raúl Madero, de la Cámara de Fomento Minero, declaró: *Quise para mi hijo Raúl un ambiente serio y al mismo tiempo verdaderamente estudiantil. Y encontré que el Instituto Tecnológico reúne ambas cosas, junto a ventajas indiscutibles: un magnífico profesorado, de gran espíritu de comprensión para los muchachos. Por otra parte, el ambiente de moralidad y*

trabajo de la misma ciudad de Monterrey ayuda grandemente a la disciplina de los estudiantes.

Alejandro Cumming, alto funcionario de la General Electric, dijo: *No soy de Monterrey pero es una ciudad que conozco y quiero y cuyo ambiente me gusta. Tuve muy buenas referencias del Instituto, me enteré de su buen profesorado y de las distintas carreras de tanto porvenir que ahí se cursan.*

José Domingo Lavín, de la Cámara Nacional de la Industria de Transformación, comentó: *Encontré un ambiente de orden y disciplina, y un competentísimo profesorado, muy difícil de encontrar en algún otro lugar de la república.*

Roberto Pesqueira, dirigente de la Compañía Mexicana de Aviación, opinó: *Basta ver sus planes para darse cuenta de lo bien estructurados que están ahí los estudios. Y creo que, para llevarlos a cabo, el ambiente de seriedad y trabajo de Monterrey es muy propicio.*

El ingeniero Alfonso Romo Gandoulf, dijo: *Por dos razones preferí esta institución para mi hijo. Primero porque el medio y el ambiente estudiantil de Monterrey me parecieron muy buenos, y segundo por el magnífico profesorado del Instituto.*

Manuel Suárez, de Eureka, S.A., expresó: *Siendo una obra emprendida por los hombres de Monterrey tenía que ser buena y de muy buenos resultados, como todas las empresas que aquéllos emprenden.*

Una fama vieja: Monterrey; un incipiente prestigio: el propio Instituto. Y apenas era septiembre de 1945, dos años después de haber iniciado actividades, cuando así hablaban desde la capital del país profesionistas y empresarios.

JUNTO AL CERRO DE LA SILLA

En dos años de actividades la población del Tecnológico había creado su propio bello mundo en el corazón de la ciudad. El vértice de su presencia era una cuadra de la avenida Morelos, en la acera sur, entre las calles de Escobedo y Emilio Carranza.

Aunque la actividad académica acontecía en diversos edificios, de aulas e internado, sin embargo la vibración social de alumnos y profesores latía a partir de esa mínima zona, porque por ahí concentraban las clases media alta y alta sus legítimos ocios luego de las fecundas horas en las aulas y en el estudio posterior a los horarios escolares.

Nos vemos en Sanborns, era la consigna.

Ahí, estudiantes ruidosos y profesores reflexivos. Los primeros riendo, coqueteando, haciendo planes; los segundos, componiendo el mundo. Todos pasando un buen rato provinciano.

Los muchachos nunca calentaban un lugar. Iban de las casas donde estaban los salones de clases o las habitaciones de los internos, a la calle mágica en que podían encontrar a la amiga preferida o para ver pasar a la *apretada* que nunca se bajaba del coche; y del paseo de Morelos, al cine Rex, a tomar café en Sanborns, a dar una vuelta por el Hotel Ancira, lustrarse el calzado en la próxima Plaza Zaragoza y asomarse en el Casino Monterrey; los piadosos, que también los había, se reconciliaban con Dios confesando sus faltas en la Catedral, frontera a la plaza de armas y al Casino.

No importaba cuánto se abriesen los círculos expansivos de la energía y dinámica juveniles, pues llegarían cuando más por el norte hasta el correo, el Palacio Federal; por el poniente, la plaza de La Purísima y las colonias El Mirador, María Luisa y, para los muy aventureros, el Obispado con sus residencias dispersas; por el sur, el mismo cercano cauce del

río Santa Catarina, a unos pasos más allá del Hotel Ancira, ya les marcaba el límite; hacia el oriente, la propia casona de Abasolo, matriz física del Instituto, se encontraba casi en los confines del área construida y visible. No importaba, pues, la onda explosiva del andar y el quehacer juveniles, porque la vibración era reducida y, por lo mismo, ese su centro en la avenida Morelos se había convertido en el hogar común.

Los jóvenes, y también los profesores, disfrutaban las ventajas de la cercanía. Tenían una permanente impresión de estar en una pequeña ciudad donde todo se podía recorrer a pie y en pocos minutos.

Pero esa percepción quizás no era plenamente consciente, sino una simple vivencia.

Una decisión les hizo apreciar más lo que habían gozado. Fue la adquisición de los terrenos para construir los edificios del Instituto.

—¡Ya nos fregaron!

—Sí, hombre, qué puntadas.

—Bueno, para los internos que van a mandar a La Silla va a estar bien.

—¿Y nosotros?

—Aquí estábamos a todo dar.

—Nomás que cada vez más incómodos.

La ciudad se extendía hacia el oriente por dos o tres cuadras después de la casona de Abasolo y la circulación de vehículos descendía al lecho generalmente seco del río Santa Catarina por un vado; luego subía hacia el Nuevo Repueblo, sector habitado por clase trabajadora y, cercana a ese barrio empezaba la Carretera Nacional en su tramo entre Monterrey y México.

A tres kilómetros del vado, en una zona de tierras de labor y dispersas construcciones fue adquirido un terreno de 20 hectáreas, con 500 metros de frente a la carretera.

Los vientos permanentes del Cañón del Huajuco, formado por el amplio espacio entre la Sierra de La Silla y los lomeríos cercanos a la Sierra Madre Oriental, convertían aquel lugar en un agradable paraje casi recostado en la majestad del Cerro de La Silla, símbolo de Monterrey.

Como referencia postal se daría el kilómetro 991 de la carretera México-Laredo.

El 7 de junio de 1945 se iniciaron los trabajos sin ninguna

ceremonia siguiendo la decisión del Consejo, que en octubre del año anterior había convenido en posponerla hasta que estuviesen al menos los cimientos.

Los hombres que fueron cavando llevaban todo lo indispensable, pues laboraban como en el campo, sin tener a la vista un tendajo, una cantina, una taquería. Sólo hacia el sur, por la misma carretera, como un oasis se destacaban las construcciones encaladas del que había sido albergue para turistas, los Apartamentos La Silla, y que el Tecnológico rentó para sus internos.

El 17 de junio, antes de que concluyesen las clases y empezase el éxodo, se efectuó la ceremonia para dar por inaugurados los trabajos.

Cercana al sitio donde ya se apreciaba la obra de cimentación, fue preparada una sólida estructura de madera con techo del mismo material. Tenía que protegerse a la concurrencia del sol candente del verano siempre anticipado. Se colocó un entarimado y frente a él la sillería.

Tras una pequeña mesa, don Eugenio, el ingeniero Avalos, el licenciado Guajardo y el señor Medrano. A ambos lados, representando a los profesores, Pedro Reyes Velázquez, y a los estudiantes, Luis J. Prieto.

En el público, estudiantes en mangas de camisa y profesores que se habían despojado del saco pero aún soportaban estoicamente las corbatas. En el presidium todos formalmente con traje. Entre el público, en primera fila, Rosalinda I, la reina del Instituto, con sombrero y guantes.

El ingeniero Avalos explicó la historia y peripecias del proyecto, dando detalles sobre el mismo.

—Aunque de momento se construirán solamente los edificios necesarios para nuestra actual población escolar, contamos con un plano regulador para ordenar el crecimiento de diez a veinte años.

El público comprendió que los directores estaban pensando en grande.

—Los edificios tendrán una forma alargada —extendió sus brazos el expositor—. Esto tiene por objeto lograr una ventilación muy eficiente en los salones de clase y laboratorios, y presentar un mínimo de superficie de pared hacia el oriente y el poniente, pues serían difíciles de defender contra la radiación solar.

El público entendía, sobre todo a media mañana, cuando el sol rebotaba en la generosa tierra y les estaba irradiando en ese momento un insoportable calor.

—Lo máximo de frentes en nuestros edificios quedarán orientados al norte y al sur; los primeros no ofrecen gran problema de protección contra el sol y hacia el sur quedará protegido por amplios corredores que servirán a su vez de circulación.

El público trataba de imaginar un largo edificio con brillantes corredores donde el aire fuese una realidad. Algún tímido vientecillo los volvía a la circunstancia actual bajo un techo de madera y a la que regresarían después, en casas congestionadas de estudiantes.

El ingeniero Avalos fue explicando en seguida los edificios contenidos en el plano regulador: el central, que se destinaría a ingeniería; el internado; el gimnasio; los talleres y laboratorios de tipo pesado; el teatro; otras escuelas y facultades; residencias para profesores de planta; las áreas que se dedicarían a deportes.

Cuando más ilusionados estaban los oyentes, se dejaba claro que aquel espléndido conjunto sería para el futuro, y éste no se precisaba.

Pero el primer edificio era un hecho y se estaba construyendo junto a ellos. Constaría de tres pisos, con salones de clase en una superficie de 2,586 metros cuadrados, mientras que 2,816 metros cuadrados serían dedicados a laboratorios tipo ligero.

El expositor aclaró:

—Aunque éste será el edificio para las especialidades de Ingeniería, por el momento también estarán Bachilleres y Estudios Contables.

El público no encontraba que aquello fuera tan malo. La visión del magnífico edificio superaba la modesta contemporaneidad y eso bastaba.

Luego el ingeniero Avalos se refirió al futuro, dando detalles sobre el cuerpo de edificios dedicados a la administración del Instituto, con galería de honor, salas de conferencias, aulas que se oscurecerían para proyecciones cinematográficas, biblioteca; y en un ambiente increíble de aire acondicionado.

También comentó los talleres.

—El internado podrá alojar trescientos internos —continuó con el asombro de los internos que le escuchaban y vivían en casas pequeñas—. Tendrá cuatro pisos y los servicios de cocina, lavandería, enfermería y un comedor arreglado para servicio individual, siguiendo el sistema de las cafeterías norteamericanas.

La idílica visión continuó en la descripción del teatro, el gimnasio, la piscina olímpica, las canchas de tenis y basquetbol, el campo de beisbol, el estadio, los frontones.

—Los edificios todos serán de estructura de concreto, siguiendo una arquitectura moderna. Los pisos serán de mosaico y todos los salones de clase y dormitorios contarán con calefacción para el invierno y ventilación natural en el tiempo de calor. La iluminación natural será abundante y la artificial a base de luz fluorescente con los últimos adelantos de la técnica. El recubrimiento de las fachadas se hará con piedra basáltica de Guanajuato.

Si alguno de los presentes renegaba aún de la distancia que habría de recorrer cada mañana para llegar hasta ahí, su rechazo empezó a moderarse.

—Al terminar la primera parte, cuyas obras podrán visitar dentro de un momento, se seguirán construyendo los demás edificios según se vayan necesitando. Habrá suficiente distancia entre ellos para lograr una buena ventilación y dedicaremos espacios a arboledas y jardines.

Detuvo un momento la explicación del proyecto que tanto le entusiasmaba. Debía concluir.

—Podemos asegurar que estos edificios se podrán equiparar a los de las mejores y más modernas universidades norteamericanas —terminó convencido.

En su modestia casi no escuchó la cerrada ovación y fue mejor, pues estudiantes y profesores más que sus palabras aplaudían la obra que les había descrito.

Por el Consejo habló brevemente el licenciado Virgilio, quien se refirió a los ideales que perseguían los fundadores del Instituto, cuyos frutos esperaban que favoreciesen a todo el país.

A nombre de los catedráticos habló el profesor Pedro Reyes Velázquez, y por los alumnos Luis J. Prieto.

A la conclusión de los discursos, la concurrencia alineada en sillas rompió el rigorismo de la ceremonia e inició una

convivencia informal, mientras un grupo de diligentes meseros les ofrecían emparedados y cerveza.

Luego, con el recuerdo vivo de las palabras, fueron a recorrer el terreno donde se sugería apenas una esperanza.

EL FIN DEL PRINCIPIO

Mientras el nuevo edificio para aulas y laboratorios se convertía en realidad, en el mes de septiembre de 1945 hubo que hacer algunos cambios en las casas donde se atendía a los estudiantes: las Escuelas de Ingeniería y de Técnicos continuaron en la calle Abasolo; la Escuela de Bachilleres fue instalada en la casa ubicada en la esquina noroeste de las calles Hidalgo y Emilio Carranza, donde antes había funcionado uno de los internados; la Escuela de Estudios Contables siguió disponiendo del tercer piso del edificio del Banco de Nuevo León pero, por necesidad de crecimiento, también ocupó la casa número 460 de la calle Ocampo, atrás del Hotel Ancira, misma en la que había estado otro internado; los que se habían conocido como Apartamentos La Silla, por la Carretera Nacional, cercanos a las nuevas edificaciones del Instituto, fueron contratados para internado. El crecimiento de la demanda de hospedaje para estudiantes foráneos obligaría en febrero de 1946 a operar un nuevo internado, en Zaragoza 620 sur, junto al Gran Teatro Rex, construcción ocupada anteriormente por el Hotel Principal; contaba con treinta amplios y bien ventilados apartamentos, con grandes ventanales hacia la calle.

En marzo de 1945 se decidió filmar una película sobre el Tecnológico para exhibirla durante el tiempo que durase la campaña para recaudar fondos para la construcción de los edificios. Casi un año después, en enero de 1946, el presupuesto de publicidad para el semestre que se iniciaría era de \$ 1,500.00, que se destinarían a colocar anuncios en los periódicos *Excélsior* y *El Universal*, de la ciudad de México, y *El Norte* y *El Porvenir*, de Monterrey. Pero en noviembre se determinó efectuar un gasto publicitario hasta por \$ 11,000.00 para el semestre de febrero de 1947, aplicable a

filmación en un noticiario y publicaciones y gacetillas en *Excélsior*, *El Universal* y varios periódicos de los estados.

La contratación de nuevos profesores fue constante, pues el aumento de alumnos y de grupos lo iban exigiendo. En abril de 1945 era propuesto al Consejo el ingeniero Fernando García Roel¹ como profesor de planta para el Departamento de Química; *se acordó investigar sus antecedentes como estudiante y catedrático antes de resolver en definitiva*. Sería hasta junio cuando se le contrataría. Mientras que en agosto era aceptado *en principio* el ingeniero Víctor Bravo Ahuja² como profesor de Física y Mecánica. La ingerencia del Consejo de Enseñanza e Investigación Superior en la contratación de profesores tuvo una definición precisa en enero de 1946: *El Consejo sólo aprobará el número de profesores que deben contratarse cada semestre y los emolumentos que dichas personas reciban; pero la selección de los catedráticos debe ser a juicio de las autoridades del Instituto*.

Los emolumentos, considerados elevados en el medio académico universitario, eran entonces de \$ 900.00 mensuales para el ingeniero Fernando García Roel y de \$ 1,200.00 al ingeniero Víctor Bravo Ahuja; y fueron aumentados a \$ 1,000.00 y \$ 1,500.00, respectivamente, seis meses después. En noviembre de 1946 fue contratado como profesor de planta del Departamento de Derecho el licenciado Eduardo Elizondo³ con sueldo de \$ 1,000.00 mensuales.

Iba definiéndose una política de sueldos aun en casos extraordinarios como el de un profesor auxiliar que había prestado servicios de septiembre de 1945 a enero de 1946 y luego no se le contrató; entonces *pidió una gratificación por no tener ya ninguna clase este semestre y estar en muy mala situación económica*. El Consejo decidió *se diera una gratificación de \$ 300.00, equivalente a dos meses de sueldo, aclarándole que se trata de una verdadera excepción, ya que el Instituto contrata a los profesores auxiliares solamente por semestre y en ninguna forma está obligado a mantenerle sus clases de un semestre a otro*.

En diciembre de 1945 se aprobaron gratificaciones de Navidad: un mes de sueldo a profesores que habían ingresado antes de ese año; medio mes a los que lo hicieron en enero y febrero; un cuarto de mes a los incorporados al plantel en agosto y septiembre de 1945. El mismo criterio se siguió con

los empleados. A los profesores auxiliares se les entregaría una canasta con alimentos. Para la categoría clasificada como *sirvientes*, una quincena de sueldo a quienes ya hubiesen cumplido un año. En la Cena de Navidad de ese año debutó la orquesta del Tecnológico, Borregos del Ritmo, conjunto musical moderno compuesto por una veintena de estudiantes. También se organizó el Son Tecnológico, intérprete de música tropical, integrado por once muchachos.

La despensa para profesores de planta y empleados fue establecida en mayo de 1946. Se venderían alimentos de primera necesidad al precio que tenían en 1944, se entregarían una sola vez al mes con la camioneta del Internado y el costo se descontaría en dos partes al pagar quincenalmente los sueldos.

En el mismo mes de mayo se inició el estudio de la solicitud que presentaron varios profesores para que el Instituto financiase la construcción de sus casas, y se solicitó al arquitecto De la Mora que preparase un proyecto de la Colonia de Profesores. Mientras tanto, en octubre se aprobó ayudarles de la siguiente manera: el profesor pagaría de su sueldo hasta el 20 por ciento por concepto de renta de casa; la diferencia entre ese 20 por ciento y \$ 300.00 sería pagada por el Instituto.

Como un alto porcentaje de profesores eran aún solteros y había la amenaza de que se casasen durante los cursos, se acordó regalarles un mes de sueldo a quienes contrajesen matrimonio durante las temporadas de vacaciones.

En junio de 1946 fue decidido que los profesores que escribiesen apuntes para clases y fuesen usados como textos recibirían el 10 por ciento sobre el precio de la venta.

Mientras el Instituto procuraba mantener un alto nivel de sueldos e interesantes prestaciones, las cuotas eran consideradas como *nominales*, pues al solicitar de las industrias el pago de becas pedían que les diesen *el costo real que es el doble de las cuotas nominales*. Y éstas eran en el curso 1945-1946: Internado, \$ 175.00; matrícula general, \$ 20.00; Escuela de Estudios Contables (Administrador de Negocios y Contador), 1o y 2o años, \$ 35.00; 3o y 4o años, \$ 40.00; 5o, 6o y 7o años. \$ 50.00; Bachillerato, \$ 40.00; Escuela de Ingeniería Industrial, 1er año \$ 60.00; 2o año \$ 70.00; 3er año \$ 80.00; 4o año \$ 90.00; Escuela de Técnicos, \$ 35.00. Pero

para febrero de 1946 hubo modificaciones: Bachillerato, \$ 50.00; Ingeniería Industrial, \$ 75.00. Y las cuotas de Internado fueron, para las casas en la ciudad \$ 200.00 por interno; en La Silla, cuarto para seis \$ 210.00, para tres \$ 220.00, para dos \$ 240.00, y para uno \$ 260.00.

En la selección y aceptación de nuevos alumnos, sobre los cuales se habían estado pidiendo informes en las escuelas de las que provenían, se decidió modificar la investigación buscando *alguna persona amiga en cada ciudad, que sea la encargada de acercarse al director de dicha escuela con el fin de obtener la información completa sobre los antecedentes morales de los alumnos que deseen ingresar*. Aunque el promedio mostraban calidad y aptitudes, algunas ovejas negras empezaban a causar preocupación. Así que en julio de 1946 se decidió expulsar a *los alumnos a quienes se compruebe haber ocasionado deterioro a los muebles y demás equipos escolares*. Y en septiembre, ante la denuncia de robos en el Internado, se acordó contratar a un detective privado y que quienes resultasen culpables fueran expulsados de inmediato.

Pensando en la educación de los estudiantes sobre el buen uso de su dinero, el licenciado Guajardo presentó un proyecto de Caja de Ahorros para ellos.

—Creo que es conveniente fomentar el ahorro entre los muchachos —planteó ante el Consejo—. Pero, además, si la Caja de Ahorros es manejada por estudiantes de los años superiores de Contabilidad y Administración les servirá de laboratorio de experimentación.

El proyecto fue aprobado.

Como el envío de un número importante de internos a las afueras de la ciudad, a los Apartamentos La Silla, les provocaba graves dificultades de transporte, don Eugenio propuso la adquisición de un camión de doble piso, ya usado, que pudo comprarse en \$ 23,000.00. El vehículo parecía extraño animal antediluviano al desplazarse por las calles de Monterrey repleto de estudiantes y profesores. Viajar en su segundo piso, que carecía de techo, era una alegre experiencia, aun en los más feroces fríos del invierno. Llegar hasta el segundo piso por la estrecha escalerilla de caracol era una emoción que podía recordar los castillos feudales creados por Hollywood.

Pensando en aquel grupo de felices exiliados en La Silla

empezó a estudiarse la construcción de *una pequeña iglesia de madera para el servicio religioso*, en terrenos inmediatos al oasis de los internos.

En mayo de 1946 se recibió una primera prueba del aprecio que la comunidad de trabajo empezaba a tener por los estudios que se impartían en el Tecnológico, cuando el ingeniero Martínez D'Meza ofreció al Instituto dar trabajo a estudiantes durante las vacaciones de julio y agosto. Requería dos de Ingeniería Mecánica, dos de Eléctrica y dos de Química, ofreciéndoles un sueldo de \$ 300.00 mensuales.

Con el fin de aumentar el número de becas fue escrita una carta *a los padres de alumnos cuya situación económica sea bonancible pidiéndoles paguen una beca para aquellos alumnos que no tengan recursos económicos suficientes para continuar sus estudios.*

Alguna influencia dejaba la Guerra Mundial, recientemente concluida, porque la problemática del comunismo triunfante en media Europa ponía alertas a las autoridades del Instituto, que se esforzaban por evitar el ingreso de estudiantes o profesores con esa ideología.

Resabios de aquella lucha también lo era la alarma causada por una información que llegó al ingeniero Avalos.

—Tengo el conocimiento de que grupos de judíos intentarán ingresar al Tecnológico —avisó al Consejo.

—Pero, ¡cómo!

—¿Es seguro?

—He recibido informaciones de diversas fuentes.

El fantasma del judaísmo internacional infiltrándose y controlando lugares clave debió preocupar a todos.

—Pero ya tenemos muchachos judíos. . .

—Ahora se trata de grupos, verdaderos grupos.

—¡Ah, caramba!

No había más que versiones y, sin embargo, de presentarse el problema deberían tener una solución.

—Debemos dejar claro, en primer lugar, que no se admitirán grupos de judíos.

—Bien.

—Habrá que darles diversas clases de excusas para no aceptarlos.

—Muy bien.

El fantasma de la post-guerra también llegaba al Tecnológico. Al mes de creado el Departamento de Acción Extra Escolar para realizar una serie de actividades donde se buscaba una relación más estrecha entre sociedad y universidad a través de labores de extensión y difusión cultural, el Consejo objetó una conferencia.

—Nos informan que el siguiente asunto tratará sobre el Juicio de Nuremberg.

—¡Cuidado!

—Es delicado.

—Tiene muchas implicaciones políticas.

—Puede comprometer al Instituto.

Las ideologías que se repartían el mundo no eran los únicos motivos de análisis y conflicto. Dentro del profesorado iban distanciándose algunos humanistas y técnicos.

En la apertura de cursos del año 1945, el joven licenciado Alfonso Rubio y Rubio, recién ingresado a la planta de maestros, fue invitado para que dijese un discurso, el cual bordó alrededor de la idea de Aristóteles en la *Ética a Nicómaco* donde expone que si el arquero busca un blanco para sus flechas, cómo no lo hemos de buscar para nuestra vida; el orador destacó entonces la importancia de la formación cultural en la educación universitaria y que debía de tomarse en cuenta la jerarquía de los saberes, el técnico, el científico, el culto y el de salvación.

Fue como una bomba.

—Es una ofensa a la ciencia —comentó algún ingeniero molesto.

—Y a la técnica —clamó otro.

—Estos conocimientos no deben estar sujetos a lo que él llamó el saber culto.

—Esta es una escuela para formar ingenieros.

—¡Qué puntadas!

En otra conferencia sustentada filosóficamente sobre la importancia de la Historia, en que se recordaba que cumplía la función de la memoria en relación a los individuos, ofrecía un principio de identidad, era luz para las decisiones e impedía que la nave fuese sin rumbo, entre el público se encontraba don Eugenio y al concluir la exposición, alguien le preguntó qué le había parecido.

Su respuesta trascendió entre los grupos en pugna:

—Yo no sé cómo le hace ese señor, pero no puede hablar sin meter la Filosofía.

Con su dicho, o la deformación de sus palabras, los amantes de la ciencia y la técnica sin dependencias humanísticas tuvieron más confianza en su posición, mientras que los humanistas fueron a rumiar su disgusto en interminables y fecundas charlas de café.

Pero los encuentros, muchas veces agrios, tenían la virtud de abrir la posibilidad del acercamiento, pues era mejor conocer los argumentos contrarios que mantenerse en la ignorancia de los mismos. En la polémica se hacía posible que cada grupo llegase a suavizar sus posiciones.

En cualquier forma, aunque en los programas se ofreciese efectivamente una enseñanza integral que incluía las materias humanísticas, parecía evidenciarse que éstas no interesaban tanto, sino el orden de los conocimientos concretos, la ciencia, la tecnología. Sin embargo, el licenciado Guajardo, por su formación profesional, se inclinaba hacia las humanidades y era el motor del Tecnológico; mientras el ingeniero Avalos, excelente profesional de la ingeniería, de indiscutible integridad moral, no tenía conocimientos especiales sobre una enseñanza integral.

Tiempo después, cuando el Departamento de Humanidades creó una revista de alta calidad, *Trivium*, y se organizaron círculos de lectura y otras actividades, todas fueron sistemáticamente criticadas y finalmente canceladas sin ofrecer razones. Los círculos debieron acabarse porque se fijaron exámenes semanarios y los alumnos, abrumados, tenían que presentar una prueba distinta cada día. *Trivium*, porque después de tres años de publicarse, acumuló un déficit de unos \$ 150.00.

Entre los apasionamientos de aquella hora polémica, el ingeniero Víctor Bravo Ahuja llegaría a decir:

—Si Rubio sacó *Trivium*, yo voy a sacar el *Anti-Trivium*.

Pero si el encuentro duraría, también las decisiones del Consejo iban mostrando que nadie ahí se empecinaba del todo por la enseñanza científica, pues desde octubre de 1945 se decidió adquirir la Biblioteca de Historia de don Pedro Robledo por \$ 95,000.00, que debieron reunirse en colecta especial. Mientras se invertía tan apreciable suma para la

valiosa colección, eran destinados sólo \$ 100.00 mensuales para formar una filmoteca de películas técnicas y científicas, pero en marzo del siguiente año se decidió adquirir los talleres y laboratorios para el nuevo edificio por un valor de \$ 500,000.00. Otros indicadores de que se mantenía el interés humanista fue la contratación del doctor Antonio Gómez Robledo en 1946 como Jefe del Departamento de Humanidades y la invitación al académico español Dámaso Alfonso para dictar cinco conferencias.

Don Eugenio solicitó también que un fondo que se reunió a la muerte de don Luis Sada, se destinase a formar una biblioteca de Economía y Ciencias Sociales. En diciembre de 1946 quedaría decidido por los administradores del Fondo Luis. G. Sada, que éste pasase al Tecnológico; \$ 4,000.00 se invirtieron en adquirir libros de inmediato, \$ 6,000.00 en bonos y su utilidad de \$ 400.00 se aplicaría a la adquisición de libros.

En las grandes operaciones económicas siempre estaba presente Cervecería Cuauhtémoc, que a través de Técnica Industrial hacía las gestiones para obtener los mejores precios y condiciones de pago, además de ir efectuando los pagos que requería el Instituto en las fuertes inversiones de sus edificios propios; pero a medida que avanzaba la recaudación de fondos se le devolvía el adeudo pendiente.

Se insistía en la colecta con las empresas, Técnica Industria financiaba el proceso, pero también se procuraba el apoyo oficial entrevistándose con el ministro de Economía, Gustavo P. Serrano, para solicitar del gobierno los laboratorios que importarían hasta \$ 1,000,000.00.

Y la obra junto al Cerro de la Silla no sólo seguía adelante, sino que los proyectos inicialmente previstos tenían que ampliarse en enero de 1946.

—Según nuestros cálculos de inscripciones para septiembre, no bastarán los tres pisos.

—¿Cuántos alumnos esperamos?

—Alrededor de novecientos.

—¿Y a cuánto asciende el costo del cuarto piso?

—Serían otros \$ 200,000.00

—Pues, hay que hacerlo —decidió don Eugenio.

El ingeniero Avalos, ya no veía aquellos edificios ocupados y en actividad creativa. La compañía norteamericana

Westinghouse le hizo una atractiva invitación para unirse a una veintena de ingenieros mexicanos para tomar un curso de entrenamiento en administración de empresas durante dos años.

Le dolía dejar el Tecnológico, pero aquella era una oportunidad de desarrollo profesional.

En las vacaciones del verano de 1946, cuando se empezaba a hacer el cambio al nuevo edificio, consumación de la primera etapa en la incipiente historia del Instituto, el ingeniero León Avalos Vez salió a Estados Unidos. En su corta estadía en Monterrey habían sucedido muchos acontecimientos no sólo trascendentales para su carrera de trabajo, sino en su vida familiar: su esposa e hijos habían ido lentamente habituándose al clima y a la gente, a ésta con menor esfuerzo, pues como su esposa era exalumna del Colegio del Sagrado Corazón fue recibida y atendida con afecto por las esposas de los hombres de negocios, como las señoras de don Eugenio y de don Jesús J. Llaguno. En Monterrey murió un hijo de tifoidea durante el primer año de estancia; y, la naturaleza compensadora, en Monterrey nació una hija.

Quedaría su imagen de caballero.

1. El ingeniero Fernando García Roel fue nombrado segundo rector del Tecnológico en enero de 1960.

2. El ingeniero Víctor Bravo Ahuja fue nombrado tercer director general del Tecnológico en abril de 1951 y primer rector en abril de 1955, cargo que desempeñó hasta 1959.

3. El licenciado Eduardo A. Elizondo fue gobernador de Nuevo León de 1967 a 1971.

ESTRENANDO CASA

El Tecnológico no quedó acéfalo al retirarse el ingeniero Avalos, pues lo presidió el licenciado Guajardo, quien hasta un año después, en junio de 1947 fue nombrado director general, función que de hecho ya realizaba.

La vida del Instituto se desarrollaba en la soledad de sus nuevas instalaciones. El primer invierno disfrutado en aquellos edificios fue una experiencia para los jóvenes que llegaban en autobuses de la ciudad, en La Calandria —el camión de dos pisos— o en algunos automóviles particulares. El extenso edificio de aulas, con sus cuatro pisos simétricos, lucía como una perla entre el fango durante las interminables semanas de llovizna continua. Apenas pisado el primer escalón, el alumno olvidaba las inmundicias e incomodidades circundantes para adentrarse a la limpieza y brillantez de pisos, ventanas, paredes, pizarrones, mobiliario, baños. . . todo.

—Por favor, muchachos —ceceaba el licenciado Guajardo en su peculiar habla—, por favor, no tiren papelez. . ., ni con un ejército de cirvientes tendríamos limpio.

Era el entusiasmo de sus arengas, los razonamientos, la invitación amable; y también el paso constante de los enormes trapeadores que volvían a dejar brillante lo que las simples pisadas opacaban.

En esa atmósfera que olía a limpio y a nuevo, se trabajaba aún mejor. La lucha por mantener el ambiente agradable había sido cuidada hasta en el uso de gises importados que casi no dejaban polvo en las manos ni en la base de los pizarrones novedosamente fabricados en vidrio.

Los salones de clase eran amplios, confortables y luminosos, con ventanales hacia el norte y sur, estos últimos con el amplio corredor evitando las molestias del sol en invierno.

Al oscurecer o cuando anochecía y continuaban los cur-

sos, el extenso edificio se iluminaba con lámparas fluorescentes y a la distancia parecía un yate de lujo en un crucero tranquilo.

En el edificio se habían instalado las aulas, los laboratorios, la biblioteca y las oficinas de la dirección y la administración.

Bello y funcional edificio para la primera generación de alumnos y profesores que hicieron su noviciado en la institución ocupando casas dignamente acondicionadas, pero que nunca superaron del todo la improvisación y las incomodidades.

Además del primer edificio de aulas, al sur y con calle de por medio se encontraba funcionando una primera sección del Internado de cuatro pisos, con arquitectura similar. En la planta baja o primer piso estaban las oficinas, el comedor con capacidad para cuatrocientas personas, fuente de refrescos y cafetería, y cocina. En el sótano, la lavandería. Tres pisos destinados a habitaciones.

Como continuó funcionando La Silla, durante varios meses los internos del nuevo edificio cruzaron el solitario terreno para ir a comer en los antiguos apartamentos, teniendo que soportar las bromas de sus compañeros ahí hospedados. Pero cuando empezó a funcionar el comedor del nuevo edificio y se decidió que todos acudiesen a él, entonces los internos desde cómodas habitaciones, en los terribles días invernales, disfrutaban viendo el ir y venir de sus compañeros de La Silla con los cuerpos encorvados por el frío.

Hacia el norte del edificio de aulas estaban dos amplios locales dedicados a talleres, que se comunicaban por medio de corredores.

Cuando llegar por la carretera hasta los nuevos edificios en operación fue un hábito, se decidió inaugurarlos oficialmente el 7 de julio de 1947.

Fue invitado el presidente de la república, quien envió al secretario de Economía, Antonio Ruiz Galindo.

El Tecnológico, como las demás escuelas, estaba en vacaciones, así que por la radio y la prensa se citó a maestros y alumnos para que estuviesen en aquel acto.

El licenciado Guajardo y un grupo reducido de profesores y estudiantes salieron a media mañana del Instituto en varios vehículos, cruzaron la ciudad hacia el poniente, y enfilaron

por la carretera a Saltillo, deteniéndose en el Club El Bosque, del vecino municipio de Santa Catarina. Ahí llegaron también destacadas personalidades de industria, banca, comercio y cultura de Monterrey. Bajo la arboleda del club, que era un conjunto de apartamentos para turistas, departieron hasta las once y cuarto en que llegó de Saltillo el ministro. Después de los saludos una comitiva de sesenta automóviles, escoltada por motociclistas de la Policía Federal de Caminos, siguió hacia Monterrey y luego al Tecnológico.

La primera parte de la ceremonia se efectuó en un pasillo del segundo piso.

El licenciado Guajardo leyó un breve discurso, dirigiéndose al ministro, que se acompañaba por autoridades estatales y del propio Instituto.

El director dijo:

Una idea clara y noble preside la creación del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey: formar técnicos capaces de impulsar el desarrollo de nuestro país. . .

Es una obra de iniciativa privada; pero ha recibido franco estímulo de las autoridades del país. . . Ha recibido igualmente, estímulo, ayuda y consejo de casi todas las instituciones culturales de nuestro país. Puede decirse, con toda verdad, que la creación del Instituto Tecnológico es un esfuerzo nacional. Entre el cuerpo docente y entre los alumnos hay representantes de todas las provincias mexicanas. . .

. . . El Tecnológico forma técnicos especializados pero al mismo tiempo prepara mexicanos íntegros. . .

Las construcciones ya terminadas y los edificios que figuran en el proyecto general, permitirán albergar una población escolar tres veces mayor que la que ahora recibimos. . .

En representación de los alumnos habló Luis J. Prieto.

Finalmente, lo hizo el ministro, quien dijo que confiaba en que los estudiantes comprendieran e hicieran honor a la responsabilidad que la patria había depositado en ellos. Y concluyó: *Hoy, 7 de julio de 1947, en nombre del señor presidente de la república, licenciado Miguel Alemán, me honro en declarar solemnemente inaugurados los edificios del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.*

La segunda parte de la ceremonia consistiría en colocar la bandera en el asta frente al edificio.

Para el funcionario federal descender volvió a ser un

problema, pues hacía unos meses había sufrido un accidente automovilístico y se apoyaba en una muleta y un bastón. Bajaron despacio y quedaron rodeados por el reducido grupo de asistentes. Desde el edificio, otros contemplaban la escena. La saliente del segundo piso, en forma de amplia terraza lucía un gran escudo del Tecnológico y dos banderas nacionales.

Ante el asta, el licenciado Guajardo preguntó al visitante: —¿Podrá usted izar la bandera, señor secretario?

Ruiz Galindo aprovechó la ocasión.

—Si por esta bandera damos la vida —le contestó en alta voz para que fuese escuchado su mensaje—, cómo no voy a hacer un pequeño esfuerzo por el honor de izarla.

Y mientras le detenían muleta y bastón, tiró de la cuerda, elevándose la bandera.

Concluida la ceremonia, la caravana volvió a cruzar la ciudad, sólo que esta vez hacia el norte, para asistir al banquete que se sirvió en Cervecería Cuauhtémoc.

Con motivo de la inauguración fueron dados a conocer algunos créditos que se consideraron importantes. El diseño, como ya se había divulgado, era del arquitecto Enrique de la Mora; la construcción, del ingeniero Armando Ravizé, auxiliado por su hermano, el ingeniero Antonio.

Excepto las piedras que revestían las fachadas, traídas de Guanajuato y Durango, los materiales utilizados eran fabricados en Monterrey: acero, Cía. Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey; cemento, Cementos Mexicanos; ladrillos, Ladrillera Monterrey; vidrio, para ventanas y pizarrones, Vidriera Monterrey.

Instalación eléctrica, proyecto del ingeniero José C. Silva, catedrático del Instituto; ejecución, Mario García. Plomería, Juan Woods. Ventanería, Herrería Vulcano. Puertas, Fábrica de Puertas y Ventanas La Florida y la fábrica de Manuel Treviño. Pintura, Eliserio Vizcaya. Piso del comedor, Rivero y Gracián. Barandales y rejas, Genovevo Garza. Instalación de servicios de cocina, cafetería y lavandería, Casa Marx. Techos de talleres, Techo Eterno Eureka. Para el diseño de decoración de jardines, Kurt Bland, quien llevó a Monterrey plantas de la ciudad de México.

MAS QUE LADRILLOS

El desarrollo no sólo se medía por ladrillos.

Los alumnos, que fueron doscientos veintisiete en 1943-1944, llegaban a ochocientos noventa y tres en 1946-1947: doscientos sesenta y uno en Bachilleres, ciento ochenta y ocho en Ingeniería, trescientos treinta y ocho en Estudios Contables y ciento seis en Técnicos.

Los doscientos sesenta y un bachilleres se encontraban inscritos de la siguiente manera: 102 Bachillerato de Ingeniería Mecánica; 17 Eléctrica; 80 Química; 8 Administrativa; 14 Civil; 40 Arquitectura.

En la Escuela de Ingeniería, los ciento ochenta estudiantes tenían estas preferencias profesionales: Ingeniero Mecánico, 45; Electricista, 22; Químico, 82; Administrador, 12; y en la Escuela de Arquitectura, 27.

De los doscientos sesenta y uno internos que se hospedaron en el Tecnológico en ese período, los mayores grupos provenían del Distrito Federal, 50; Coahuila, 46; Tamaulipas, 44; y San Luis Potosí, 21.

El 69 por ciento de los alumnos pagaban colegiatura y el restante 31 se beneficiaban con becas (158 estudiantes por las industrias y 113 por el Instituto).

Si en el primer año de actividades, 1943-1944, los profesores contratados habían sido diez de planta y diecinueve auxiliares, en el ciclo 1946-1947 eran 62 de planta y 60 auxiliares; estos ciento veintidós profesores percibían sueldos promedio de \$ 1,200.00 mensuales. La nómina de profesores tenía un costo de \$ 13,000.00 en 1943-1944, de \$ 23,000.00 en 1944-1945, \$ 39,000.00 en 1945-1946 y \$ 86,000.00 en 1946-1947.

En cuanto al personal administrativo, en 1943-1944 eran veintinueve empleados a quienes se pagaba en total \$ 4,000.00 mensuales; en 1944-1945 descendió a veintiséis,

pero pagando \$ 5,000.00; en 1945-1946 ascendió bruscamente a ciento quince, con un sueldo global de \$ 21,500.00; y en 1946-1947 ya eran ciento cincuenta y cinco empleados que percibían en conjunto \$ 30,600.00 mensuales.

También los cambios académicos iban señalando el rumbo.

Para solucionar el problema de la falta de preparación de los nuevos alumnos que ingresaran al Bachillerato, en enero de 1946 se decidió que en lugar de aumentarlo a tres años se implantaría examen de admisión.

Después de haber planeado ofrecer la carrera de Ingeniero Arquitecto, siguiendo la opinión del arquitecto Del Moral, director de la Facultad de la Universidad Nacional Autónoma de México, se resolvió cambiarle el nombre llamándola simplemente arquitecto.

Para decidirse sobre la nueva carrera de Ingeniero Agrónomo se tomó la opinión de los directores de las tres escuelas que ya funcionaban en el país, en México, Ciudad Juárez y Saltillo. Los planes que se concluyeron fueron enviados en febrero a las distintas regiones agrícolas del norte del país para interesar a los agricultores con la intención de que cooperasen económicamente al establecimiento de dicha carrera, la cual fue aprobada en agosto y en noviembre se buscaba quién se hiciese cargo del nuevo Departamento de Agronomía, deseándose de preferencia algún técnico belga o francés.

El día 20 del mismo mes de febrero fueron acordadas, entre otras, las siguientes disposiciones académicas: se autorizó a los profesores para comprender como materia mensual de examen lo fundamental del programa visto en meses anteriores; con esto se pretendía que los estudiantes fuesen repasando cada mes todos sus conocimientos sobre cada materia. Además, podían hacer los exámenes en cualquier día del mes y todos los reconocimientos que estimasen necesarios, avisando con sólo un día de anticipación; con esto se pretendía evitar la acumulación de exámenes a fin de mes, para que los alumnos los pudiesen preparar mejor.

En marzo se aprobaba el establecimiento de la carrera de Jefe de Personal.

En mayo se aprobó en principio la propuesta presentada por el ingeniero José F. Muguerza para establecer la especiali-

dad de aeronauta, gestionando con las empresas de aviación la aportación económica necesaria para construir y equipar talleres y laboratorios, pero nunca se concretó esta carrera.

En julio se acordó que los profesores que fuesen jefes de departamento solamente dictasen dieciocho horas de clase a la semana para que pudiesen dedicar más tiempo a la dirección de sus departamentos.

En agosto fue aprobada la apertura de las especialidades de Ingeniero Químico, Ingeniero Mecánico e Ingeniero Administrador para febrero del siguiente año de 1947; (después se decidiría iniciar la carrera de Mecánico Electricista en febrero de 1948). También en ese mismo mes de agosto de 1946 se acordó suprimir el examen profesional y la tesis que se exigía en otras escuelas como requisito para obtener el título profesional, el cual se entregaría al terminar los estudios y habiendo rendido el informe sobre las prácticas profesionales encomendadas; además de que no se cobraría ninguna cantidad por la expedición del título profesional.

En noviembre fueron rechazados los exámenes orales, estableciendo que sólo serían escritos, y se fijó un nuevo sistema para impartir clases a partir del semestre que se iniciaría en febrero de 1947: habría profesores titulares y adjuntos; los primeros dictarían *conferencias* y no tendrían obligación de corregir pruebas, mientras que los adjuntos repasarían a los alumnos los conceptos expresados por el titular, vigilarían durante los exámenes y corregirían pruebas y trabajos. Según el nuevo sistema, los jefes de departamento sólo dictarían doce horas de clase a la semana como máximo, los profesores titulares dieciocho y los adjuntos veinticuatro.

Algunos profesores no estaban convencidos de la dinámica de cambios académicos que les hacía pensar en inseguridad de parte de la dirección o irresponsabilidad para proceder sin la conveniente reflexión.

—¿Oye, pero te has dado cuenta de que me dieron el cargo de titular y mi repetidor tiene un título académico superior al mío? —reclamaba el maestro conciente de la incongruencia.

—Pues, es que todos los profesores pueden ocupar indistintamente los puestos.

—No tiene sentido.

—Búscaselo. Aquí se trata de acomodar muchos profesos-

res en demasiados grupos y no es fácil cuidar también jerarquías.

—Es que yo soy solamente licenciado y él es doctor—insistía el quejoso con un énfasis que demostraba admiración y enojo.

—Bueno. . . , bueno. . .

—No es correcto.

—Está bien. Vamos a resolverlo de alguna manera.

Para corregirlo, se decidió que ciertos profesores con grado de doctorado en lugar de ser solamente repetidores fuesen titulares en ciertas materias y repetidores en otras. Para los pocos insatisfechos aquella solución les confirmaba en sus sospechas de cierta improvisación para manejar la problemática académica.

En aparente contradicción con lo decidido cuatro meses antes, al finalizar el año 1946 se determinaba que los alumnos del último semestre de carrera escribiesen *un estudio de investigación que sirva como tesis*. El Instituto indicaría el tema; las tesis serían propiedad de la escuela y sólo con su autorización podría el alumno imprimirlas, *cuando se considere que son estudios serios y de investigación que realmente prestigien al Instituto*, el cual pagaría el costo de la edición *cuando las tesis sean excepcionalmente brillantes*.

También en diciembre hubo decisiones sobre el tiempo de las carreras de Contador Privado, que se cursaría en cuatro años; Bancario Industrial, en cinco; Público Titulado, en seis; y Administrador de Negocios en cinco.

En enero de 1947 se abrió el fuego señalando algunas medidas para conseguir mayor estudio de los alumnos: a) los que obtuvieran bajas calificaciones mensuales estarían obligados al mes siguiente a participar en *estudio en común* durante dos horas diarias en la tarde, de las tres a las cinco; b) los alumnos de Cursos de Capacitación deberían también participar en *estudio en común*; c) se continuaría con el sistema de *repasadores*, procurando que en todas las clases hubiese alumnos bien preparados que repasen las materias a sus compañeros.

En julio de 1947 se publicaba en *El Borrego* la que parecía ser una actualizada declaración sobre el sistema de enseñanza:

El sistema de enseñanza que practica el Instituto, reconoce como fundamento el trabajo responsable y personal del alumno, bajo la dirección de los profesores.

Los profesores guían al alumno, primordialmente a través de sus exposiciones en la cátedra. Estas son ampliadas por conferencias y seminarios, o por orientación teórica en el laboratorio, según la índole de las asignaturas lo permita. Y, en todo caso, se completan con la solución de dificultades y consulta a que los profesores están siempre dispuestos.

Mas los profesores dirigen, no sustituyen al alumno. Su función no es supletoria. Al alumno corresponden el interés por verificar y el esfuerzo por asimilar y retener los conocimientos que se le comunican. El Instituto condena la actitud puramente receptiva y encomia una participación operante. Quiere que el alumno dedique su energía y la totalidad de su tiempo útil a la tarea de su propio aprendizaje.

Para orientar la participación del alumno, el Instituto establece algunos métodos auxiliares:

1. Asistencia obligatoria a las cátedras, controlada mediante lista. El 20 por ciento de ausencias a una asignatura, calculada sobre el número de clases dadas durante el término lectivo, priva al alumno del derecho a examinarse en ella.
2. Experimentación individual del alumno en los talleres y laboratorios. El Instituto rechaza la antigua costumbre, según la cual el alumno es simple presenciante de las prácticas que ejecuta el profesor.
3. Trabajo del alumno fuera del colegio. La asistencia a las cátedras debe ser completada con el diario estudio del programa expuesto en ellas y con la realización de las monografías o solución de los problemas asignados por el profesor.
4. Horarios calculados según el tiempo mínimo que conviene que el alumno semanalmente emplea para el desarrollo de las actividades mencionadas en los tres puntos anteriores. Estos horarios constan en los programas de estudio.
5. Sistemas de exámenes que estimulan y verifican el aprovechamiento del alumno.
6. Enseñanza del idioma inglés, actualmente necesario para la consulta de los más importantes libros y revistas. Auxiliarmente, no se traducen muchos de los libros de texto en ese idioma ni se sustituyen por otros en castellano.
7. Tesis que el alumno debe preparar dentro del Instituto y bajo la vigilancia del profesor especialista, antes de su graduación. El tiempo de tesis queda incluido en los horarios

calculados para los dos últimos semestres.

8. Profesores tutores, libremente escogidos por el alumno, que cooperan con él en la orientación de sus estudios.

9. Informes mensuales a los padres o tutores acerca del aprovechamiento y conducta de alumno.

Pero el Instituto insiste en que estos métodos son sólo apoyos y no sustitutos del trabajo personal y responsable. Después de enunciarlos, desea repetir que únicamente la constante y perpetua voluntad de aprender es capaz de volverlos plenamente eficaces y de conferir al alumno la verdadera preparación.

En aquellos años iniciales, a cuatro de haberse fundado, éstas no sólo eran declaraciones bien intencionadas, sino vivencias.

La exigencia académica se advertía en cada nueva disposición y en la exigente actitud de los profesores. Pero el Tecnológico no permanecía aislado en su esfera de cristal para una élite ignorante de los acontecimientos cercanos. En noviembre de 1947 se autorizó a la Sociedad de Alumnos *a enviar una carta de simpatía a los estudiantes universitarios actualmente en huelga.* Se acordó, además, *que en caso de que dicho movimiento de huelga siga extendiéndose, y de que los estudiantes del Instituto sean invitados a asistir a alguna manifestación de respaldo, quedan en libertad de hacerlo si así lo dicta su criterio.* El movimiento de huelga en la Universidad de Nuevo León era para destituir al rector, doctor Enrique C. Livas, y su grupo de colaboradores, que sus opositores consideraban de izquierda.

En abril de 1948 la presión de la demanda estudiantil y la limitación de la oferta por parte del Instituto obligó a tomar una peligrosa decisión temporal en la Escuela Preparatoria: ante la falta de suficiente profesorado, las materias impartidas por el Departamento de Humanidades podrían dictarse a grupos de sesenta alumnos como promedio en cada una.

El mismo año se decidieron la iniciación de cursos de la carrera de Decorador y el estudio de programas y planes para implantar las carreras de Ingeniero Químico Especializado en Petróleos o Ingeniero Petrolero, y un plan de financiamiento para establecer esa especialidad que se le propondría a Petróleos Mexicanos.

Mientras internamente sucedían modificaciones continuas que eran prueba de vigor como de inseguridad, la calidad aca-

démica se mantenía en magnífico nivel y así era apreciado en 1948 por la Universidad Nacional Autónoma de México con la que se acordó un convenio sobre reconocimiento de estudios. También había reacciones favorables en el extranjero: la Administración de Veteranos de Guerra de Estados Unidos aprobó en junio de 1946 los estudios del Tecnológico, considerándolo institución oficial para que sus miembros pudiesen cursar sus estudios, que pagaría el gobierno norteamericano. En octubre de 1947 la Fundación Rockefeller ofreció enviar profesores huéspedes cubriendo sus honorarios, y el Instituto los gastos de estancia; el Tecnológico consideró que lo aceptaría *en todos los casos en que el profesor huésped sea de interés a nuestros estudios*; en el mismo mes se aceptó intercambio de alumnos becarios propuesto por la Universidad de Louisiana. Al mes siguiente el Instituto de Cultura Hispánica, con sede en Madrid, ofreció cuatro becas para alumnos graduados en el Tecnológico y el envío de todos los libros editados por ese Instituto y sus publicaciones periódicas, discos y partituras de música folklórica española; igualmente en noviembre la Embajada de Estados Unidos puso a disposición del Tecnológico una colección de películas técnicas, científicas, deportivas y culturales, y la Universidad de Tulane solicitó intercambio con profesores del Instituto y el establecimiento de cursos de verano para estudiantes de aquella universidad.

En marzo de 1948 ya estaban contratados en la ciudad de México los profesores huéspedes para la Escuela de Verano. En julio, el licenciado Guajardo, el profesor ingeniero José Luis Oria y los alumnos Alejandro Garza Lagüera y Antonio Rodríguez Jr. hicieron propaganda en más del medio centenar de universidades norteamericanas en un recorrido de unas diez mil millas. Se inscribieron cerca de cuatrocientos estudiantes que durante seis semanas de julio y agosto asistieron a cursos regulares de Español, Historia, Literatura y Filosofía, y en las tardes escuchaban las conferencias de los profesores huéspedes: Francisco Agea, ex-director y profesor del Conservatorio Nacional de Música, sobre música profesional mexicana; Ignacio Asúnsulo, escultor y profesor de la Escuela Nacional de Artes Plásticas, la escultura en México; Carlos Castañeda, doctor en historia y director de la biblioteca de la Universidad de Texas, relaciones de México y Texas; Juan Cruz, escultor y profesor de la Escuela de Arte de la Secretaría de Educación

Pública, curso de escultura; Rafael García Granados, abogado, maestro en historia y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, historia de la conquista de México; Francisco de la Maza, investigador y miembro del Instituto de Investigaciones Estéticas, el arte de México; Luis McGregor, arquitecto y profesor de la Escuela Nacional de Arquitectura, arquitectura mexicana; Carlos Mérida, pintor y miembro del Instituto Nacional de Artes Plásticas, pintura en México; Luis Sandi, compositor y director de orquesta, jefe del departamento de música del Instituto Nacional de Bellas Artes, música mexicana para danza; José Vasconcelos, abogado, filósofo, ex-rector de la Universidad Nacional Autónoma de México y ex-secretario de Educación Pública, filosofía en México. En noviembre de 1948 se resolvió enviar un delegado del Instituto a la Convención de Asociaciones y Colegios del Sur de Estados Unidos para tratar de obtener el reconocimiento de los estudios y títulos del Tecnológico; en diciembre se decidió cubrir los gastos de los delegados que dicha asociación enviaría para visitar el Instituto; a los norteamericanos les sorprendía que no tuviese el Tecnológico un importante capital para que viviese de sus réditos. El licenciado Virgilio les explicaba que en México estaban empezando a trabajar, no había capitales suficientes, mucho menos sobrantes para regalar. El reconocimiento se obtendría al fin en diciembre de 1950 al asistir el licenciado Virgilio y el ingeniero Víctor Bravo Ahuja a la asamblea anual de la asociación en Richmond, West Virginia.

La carga financiera que representaba el Tecnológico seguía cubriéndose sólo parcialmente con los ingresos por colegiaturas y continuaban las aportaciones de empresas y personas, tanto para la operación anual como para cubrir costos específicos de inversiones, en edificios, laboratorios, equipos, biblioteca, etcétera. Para interesar a los donantes se ideaban distintas campañas: la Campaña del Capital, en que se solicitaba a las empresas como donativo el uno por ciento de su capital, pues el Instituto colaboraba con ellas en la preparación de profesionales y técnicos; o la Campaña de Sostenimiento. Ideando cómo reunir más recursos económicos algún día se decidió hacer una rifa; le fue regalada al Instituto la Colección Austral de Espasa Calpe, que se rifó con mucho éxito en beneficio de la biblioteca. También para la biblioteca se preparó en 1947 una rifa más

importante con un automóvil Lincoln Zephyr como primer premio, que tenía un costo para el Tecnológico de \$ 16,000.00; refrigerador con un valor de \$ 1,700.00; radio-tocadiscos de \$ 1,600.00; juego de sala, \$ 1,500.00; doce acuarelas originales de Marín, \$ 12,000.00; y doce cuadros originales del pintor taurino Ruano Llopis, \$ 18,000.00. En enero de 1947 se obtuvo exención de impuestos para ese sorteo de dimensiones importantes. Se vendieron mil quinientos boletos a \$ 50.00 cada uno, obteniéndose un ingreso de \$ 75,000.00.

El éxito del sistema de rifas indicó que debía seguirse por ese camino. La decisión el año siguiente fue comprar un automóvil Chrysler, pero no se pudo obtener descuento y entonces se acordó adquirir tres de menor precio, Dodge o Plymouth.

El señor Medrano no obtuvo en Monterrey precios que le convenciesen y fue a México para ver al empresario automotriz Gastón Azcárraga.

Ante la petición, su respuesta empezó con un reconocimiento para el Tecnológico.

—Aprecio mucho la obra del Instituto y desearía poder ayudar.

Parecía que el descuento se iba a conceder.

—Pero. . . —la objeción enfrió los ánimos de Medrano—, pero. . . no puedo pasar por alto al distribuidor en Monterrey; esa es nuestra organización comercial. Los coches deben comprarse allá; no puedo intervenir con distribuidores del Distrito Federal porque creamos confusión de precios. Además no los puedo vender directamente al público.

—Sí, eso lo comprendo—aceptó desilusionado el visitante.

—Sin embargo —continuó Azcárraga—, lo que sí puedo hacer es regalarlos.

Entonces se emitieron tres mil boletos y el ingreso llegó a \$ 150,000.00. Fue la Tercera Rifa Anual y se efectuó en agosto de 1949; el segundo premio lo obtuvieron dos personas de Guadalajara.

El señor Azcárraga era un entusiasta del Tecnológico, pues unos meses antes había ofrecido un donativo de \$ 30,000.00 a \$ 50,000.00; mientras la compañía Ford donaba maquinaria para los talleres.

La respuesta era continua y el Consejo decidió solicitar la construcción de otro edificio para internado a los hermanos Azcárraga, Arturo Mundet y Manuel Suárez.

Desde finales del año 1947 la Secretaría de Hacienda, a través de su oficina en Monterrey, concedió la exención fiscal a todos los donativos que se hicieran al Tecnológico.

El resultado profesional en el primer lustro de actividades era de cuarenta y siete graduados: el primero de ellos el 9 de septiembre de 1946, el ingeniero químico Francisco Vera; en 1947 obtuvieron su título diecisiete estudiantes; y en 1948 veintinueve.

Eran los primeros frutos.

Quienes habían vivido unidos la aventura estudiantil empezaron a dispersarse por el territorio nacional. Un grupo de exalumnos, encabezados por Enrique Madero Jr., promovió la constitución en mayo de 1948 de la Sociedad de Ex-Alumnos del Tecnológico. La proyección más allá de las aulas y del período académico.

OJOS Y PLUMA DE UN VISITANTE

El 26 de agosto de 1948, cuando se cumplía un lustro en la vida del Instituto, apareció un artículo en la revista *Todo*, editada en la ciudad de México y de circulación nacional.

El Instituto tiene apenas cinco años de existencia pero ya es el colegio más bien organizado del país, se leía.

El escrito era muy periodístico: *Entre sus mil alumnos hay nativos de todos los Estados de la República más unos cuantos sudamericanos y algún norteamericano. Los industriales de Monterrey han empleado ya nueve millones de pesos en la construcción de sus edificios, la dotación de sus laboratorios y la compra de sus equipos. Los edificios ya construidos abarcan extensión mayor que la de cualquier otro colegio privado o de la nación y consisten en aulas, laboratorios, talleres, internados provistos de comedor, cocina, lavandería y, en general, todos los servicios de una institución como las que funcionan en los Estados Unidos.*

Además de la buena impresión que el escritor tenía de las instalaciones, su visión del profesorado era también favorable: *mexicanos en su gran mayoría, pero que se han preparado o se han perfeccionado en los mejores colegios del extranjero. Y seguía el asombrado visitante: El tipo de profesores que llega a dar su clase cincuenta minutos y no vuelve a acordarse ni de los alumnos ni de los estudios comunes, ha sido puesto en olvido.*

Una rápida visita a la biblioteca —continuaba— demuestra que no es aquella bodega de vejstorios y manuscritos que podrán servir a tal o cual investigador de ociosidades históricas (minucias de sucesos lamentables, ocurrencias de personajes de tercera, encumbrados a posiciones que sólo por su carácter oficial son de primera), sino que el acervo de libros, aunque corto es valiosísimo por la sustancia científica, por la actualidad útil de su contenido. Una biblioteca viva en la cual el profesor o el alumno hallan las fuentes de la disciplina en que se ejercitan. Biblioteca

de libros comprados, no de libros donados por autores que no encuentran lector.

Del Internado: No se puede pedir más en materia de dormitorios aireados y limpios, servicios higiénicos al día, lavado de ropa en maquinaria de último modelo; cocinas con bodegas de refrigeración y comedores en estilo de cafetería que facilitan el servicio.

Luego, el comentario estético sobre el campus naciente: Las diversas construcciones del Tecnológico obedecen a un mismo plan de arquitectura moderna, pero sin alardes que, por serlo, conducen a la fealdad. En el Instituto, los corredores son anchos como en las antiguas construcciones coloniales, sólo que se ha prescindido de las arcadas y tampoco se cierran en forma de patio, sino que se prolongan, aprovechando la luz de los cuatro costados. La altura de la construcción no pasa de tres pisos, acaso cuatro con el sótano, lo que permite mantenerlos eficaces, aun sin el uso de los ascensores. Vistos de día los edificios no chocan por su fealdad, no causan extrañeza por el afán de novedades de mal gusto, que tienen por objeto sorprender a los necios, revelan esa seriedad de lo bien proporcionado y construido; pero en cambio de noche, la iluminación abundante, la profusión de los ventanales y la ligereza de las columnas dan esa impresión de palacio de cristal, que es la que redime a la arquitectura moderna y puede conducirla algún día a la más acabada belleza.

El autor reconocía que, hasta ahí, se había referido más al aspecto material, por eso agregaba: El Tecnológico de Monterrey vale por su sistema, su profesorado y la claridad de su misión, todavía más que por sus flamantes construcciones.

Y se explicaba: El Tecnológico de Monterrey posee una brillante sección de Humanidades, a pesar de que no expide títulos de literatura ni de filosofía. Su Departamento de Humanidades tiene por tarea complementar la educación de los ingenieros y los técnicos. Recogiendo y enriqueciendo la más reciente doctrina pedagógica de nuestro tiempo, trata de hacer del técnico un hombre capaz de subordinar la técnica a los fines del espíritu. Para ello da educación clásica a sus ingenieros, a sus peritos. En el Instituto Tecnológico se trasmite el mensaje de los grandes creadores espirituales de todos los tiempos. Se enseña Literatura Clásica, se enseña Filosofía, se cultiva el arte en el taller y en la conferencia.

El visitante sabía para qué estaba actuando el Instituto y le parecía bien: En el Tecnológico está sentando Monterrey las

bases del desarrollo autónomo de la industria nacional. Las empresas y sus fábricas comienzan a no depender del técnico extranjero, que cobraba más que el mexicano y de pronto se ausentaba sin preocuparse de los perjuicios que pudiera ocasionar una separación extemporánea del conocedor práctico.

Entusiasmado, convencido, tenía el escrito una optimista mirada del futuro: *En lo adelante, el técnico enraizará en la empresa, ligado con ella por un interés de patriotismo; patriotismo que sabe que el futuro de un pueblo depende de la eficacia de sus escuelas y su ciencia.*

Un poco de filosofía extraída de la observación del sistema de enseñanza: *Los alumnos del Tecnológico aprenden desde la escuela que la simulación conduce al fracaso y nada más. Para impartir esta enseñanza, emparentada con la moral, la dirección del Instituto acude a un sistema cuya adopción haría mucho bien, quizás regeneraría a nuestra lamentable Universidad Nacional Autónoma, o sea la exclusión inmediata y definitiva de los reprobados. Y agregaba algo que no sucedía; El que falla en un curso en el Tecnológico, no puede repetirlo, no vuelve a ser admitido; deja el sitio a otro, más capaz o más tenaz. La selección así operada hará que muy pronto un graduado del Tecnológico, por sólo serlo, vea que la confianza en su capacidad, le abre las puertas del trabajo bien remunerado.*

Para quienes se encontraban en el Instituto y aun para algunos enterados del medio académico nacional, aquel escrito no descubría algo desconocido; tampoco tenía un estilo particularmente elegante y ni siquiera efectista.

El artículo, sin embargo, estaba destinado a interesar, a ser comentado, a producir una reacción favorable, pues lo firmaba el licenciado José Vasconcelos, filósofo y ensayista ilustre, educador nato y que había renovado la enseñanza como ministro desde la Secretaría de Educación Pública y como rector desde la Universidad Nacional Autónoma de México; celebrado autor de obras de gran difusión, como *El Monismo Estético*, *La Raza Cósmica*, *Ulises Criollo*, *La Tormenta*, *El Desastre* y *El Proconsulado*. De él había escrito dos años atrás el insigne conocedor de la literatura mexicana Julio Jiménez Rueda: *Una de las inteligencias más poderosas y originales que haya producido la América Española*. El maestro Vasconcelos ya había tenido una primera relación con el Tecnológico en marzo de 1946 cuando dictó

una conferencia para los alumnos en el Salón de Actos de la Cámara de Comercio, pues entonces se carecía de un local apropiado. Ahora conocía el cambio al sustentar conferencias del 9 al 13 de agosto en los nacientes Cursos de Verano.

Llevar a José Vasconcelos al Instituto Tecnológico en vísperas de celebrar el primer lustro de actividades, era un golpe publicitario.

Además, el haber convivido con él, con su apasionante dinámica, confirmaba en directivos y maestros el acierto del diseño educativo que ponían en práctica todos los días.

Faltaba que el tiempo confirmase la profecía o solamente la considerase como un buen deseo de un romántico: . . . *muy pronto, un graduado del Tecnológico, por sólo serlo, vea que la confianza en su capacidad, le abre las puertas del trabajo bien remunerado.*

Cuatro días después de aparecido el artículo, el Consejo decidía que se reprodujese en los periódicos de provincia.

¡AH! LA RAZA...

En aquel *palacio de cristal* que describió la razón y más aún la emoción de Vasconcelos, del que aseguraba que *vale por su sistema, su profesorado y la claridad de su misión*, donde según advirtió sus alumnos *aprenden desde la escuela que la simulación conduce al fracaso y nada más*; ahí en el Tecnológico de nuevo signo y matices desconocidos, la vida estudiantil sin perder sus oportunidades, continuaba fiel a ciertas características de despreocupación peculiares a la juventud y constantes en el medio universitario.

Claro que se estudiaba.

Pero también se *copiaba*. Aquellos amigos que no podían entender la Geometría Analítica decidieron comprar en común otro libro de clase además de los que cada uno ya tenía. A la flamante adquisición la despojaron de las gruesas pastas. El libro quedó desnudo y de aspecto intrascendente. Cada mes, al anunciarse el examen comprendiendo cierto número de páginas, los amigos las sacaban de su ejemplar extra y las llevaban a la prueba. Para facilitar el ocultamiento de aquel auxilio de primera calidad, ese día, y solamente ese día, iban a clase con traje. En el bolsillo interior del saco guardaban las hojas, que tomaban con discreción para resolver los problemas planteados. Como cada amigo estaba en grupos diferentes, podían hacer uso ambos de las hojas salvadoras. Un complaciente maestro, bueno como el pan, incapaz de dudar de sus alumnos, facilitaba el abuso.

Se copiaba, sí. Pero aquellos dos amigos no fueron muy lejos en sus estudios. La rigidez germánica del profesor de Química impedía en esa materia cualquier ingenio para aparentar conocimientos que no se tuviesen. Extremando precauciones, los bancos individuales eran separados más durante las pruebas. Y, para complicar la aplicación de las malas artes de copiar, ponía exámenes diferentes para cada fila de bancos.

Los dos amigos entenderían algún día lúcido y abandonarían la institución.

Mientras llegó la claridad, en las clases que más odiaban iban a sentarse al fondo del salón, para perderse a la vista del profesor.

—Oye, pon su nombre tú que tienes buena letra —le rogaba el uno al otro.

Éste abría su carpeta e iniciaba el alarde caligráfico.

—Esa ene te queda padrísima.

El escribano veía con satisfacción su trabajo. Era una ene mayúscula que había aprendido del diccionario que tenía en casa.

Se pasaban la hora el uno viendo cómo el otro repetía hasta el éxtasis el nombre de su novia.

El otro al llenar la hoja, la arrancaba entregándosela con gusto al amigo; y éste transformaba en su imaginación los rasgos de la escritura en la figura de la muchacha que amaba.

Allá lejos, junto al pizarrón, la clase continuaba.

Y las clases acababan alguna vez, a pesar del rigor para seguir un calendario de trabajo sin concesiones.

Para algunos muchachos había un anuncio de la inminencia de la salida a vacaciones, cortas o largas. Era un ruido bien articulado, con suave cadencia inicial y frenético golpeo posterior que concluía en un clímax de un solo ruido más fuerte que cesaba de pronto. . . , para repetirse todo el proceso un momento después. En algún salón se escuchaba provenir del techo, que correspondía al piso del salón que estaba arriba. Alguien era el autor, pues a pesar de su ritmo y secuencia perfectos no lo producía una máquina.

Allá arriba, en el otro piso, cuando no había clase o en los intermedios de descanso, el joven delgado y de baja estatura, de hablar rápido y festivo, apoyaba las palmas de sus manos en dos bancos, elevaba un poco su frágil cuerpo y sus pies empezaban un tamborileo que bastaba escucharlo para relacionarlo con el tren; iba aumentando la velocidad paulatinamente.

Con gran alegría, clamaba: *¡sale, pa'Terán!*, refiriéndose a su pueblo neolonés.

Hasta para sus amigos de Monterrey, salir pa'Terán era el santo y seña que anunciaba las vacaciones.

Los jóvenes maduraban entre la rudeza del estudio y la

alegría de las vacaciones, ayudándose a ir pasando con algunas travesuras que les causaban regocijo y les mantenían atados a su edad, antes de verse obligados a ser formales.

El muchacho bromista estuvo observando unos días al maestro y lo clasificó como científico distraído. Entonces, maquinó alguna diversión. Ese día se fue a sentar junto a la ventana y colocó un reloj despertador en la repisa exterior de la misma. Le había puesto la aguja media hora después de iniciada la clase. Avisó a unos cuantos compañeros: *Sonará la alarma y el maestro seguro que cree que es el timbre de salida. Nos levantamos y nos vamos.* El profesor se metió en su exposición con el apasionamiento de siempre. Los enterados del despertador ni oían la cátedra por estar disfrutando de antemano el sonido de la alarma. Al fin. . . Y todo se hizo según lo previsto.

Sólo que se escuchó el inesperado comentario del profesor.

—¿Quién puso ese despertador? —preguntó tranquilo y sin denotar sorpresa.

El chistoso fue despedido, marcándosele la falta.

El sentido de la diablura y el humor procuraban experimentarse en aquellos profesores que pareciesen más absortos en su exposición, como cuando el muchacho rubio de gran estatura y estampa norteamericana invitó a los compañeros para que le hiciesen eco en los chasquiditos que iba a hacer con la lengua en la clase de Lógica.

—Bien, bien. . . —el profesor parecía hablarse a sí mismo—, cesare, camestre, festino, baroco. . .

Tsch. . . , tsch. . . , tsch. . .

El profesor giró ágilmente hacia donde provenía el chasquido. Pero ahora se iniciaba en otro lado. Miró en dirección contraria esperando encontrar al autor. El ruido entonces se emprendió al centro mismo del grupo.

El profesor volvió a su clase.

—Decía que. . . , cesare, camestre. . .

Tsch. . . , tsch. . . , tsch. . .

Esta vez, el giro del maestro pareció sincronizado con la emisión del ruidito gracioso y burlón. Fue tal su agilidad que oído y vista cayeron justo sobre el autor de la broma.

El solemne maestro lo señaló y esbozó una sonrisa triunfal.

—Lo vi, lo vi, lo vi —casi cantó—: se va, se va, se va. . .

Abrió el cuaderno de listas, le pidió su nombre y, mientras el muchachote salía del salón conteniendo apenas la risa, el profesor marcaba la falta muy satisfecho.

— . . .cesare, camestre, festino. . . —continuó más tranquilo. Había descubierto sus aptitudes de policía.

UN VISITANTE DE CASA

Su figura menuda, más bien de baja estatura, no destacaba en la extensa y ordenada fila. El único contraste lo ofrecía su cabellera, que empezaba a encanecer y a hacerse menos abundante. También su atuendo formal, siempre de traje y de colores oscuros principalmente. Adelante de él, muchachos, unos robustos, de camisas sport y amplios pantalones, esbeltos y espigados otros. La fila avanzaba lenta pero continuamente y se escuchaba el alegre intercambio de los estudiantes; su murmullo constante se rompía a veces con alguna voz estridente que celebraba una broma o molestaba festivamente a un compañero. Sólo próxima al personaje la fila parecía tomar conciencia de cierta obligación de seriedad.

Junto a la persona que rompía la unidad juvenil de los componentes de la fila, otros hombres maduros, treintones o cuarentones. Eran los consejeros que acompañaban y seguían a don Eugenio.

Todos estaban ahí, democráticamente, cumpliendo un turno para comer. Iban por el pasillo techado del edificio de Internado hacia el comedor. Ya adentro, cogerían la charola con cubiertos y servilleta para ir recibiendo los platillos del día, ni frugales ni abundantes, aplicación impensada del equilibrio aristotélico al arte culinario.

Eran los lunes de cada semana. El Consejo sesionaba al mediodía y luego gustaba don Eugenio de ir al comedor, donde no sólo apreciaba un aspecto importante del servicio que prestaba el Instituto, sino que percibía muy cercamente la atmósfera estudiantil en un momento de relajación. Para conocer la versión oficial de los acontecimientos académicos hubiese bastado la junta de trabajo con los funcionarios; para resolver las consultas y planear el futuro con sus luces, las de los consejeros y de los propios directivos; pero esa otra vivencia no se la perdía por nada. Después de todo, como la

familia, una escuela donde se hacen alimentos dispone de esos buenos tiempos de intercambio en que se aprecia algo del estilo de la comunidad.

Pero antes de ese ritual de ir en fila hacia el comedor del Internado y antes aún de la hora de la junta con los consejeros y funcionarios, don Eugenio ya había hecho su investigación. Era la otra experiencia que él necesitaba.

El presidente del Consejo de la asociación que auspiciaba al Tecnológico hacía un minucioso recorrido por el campus naciente cada semana. Revisaba los edificios y jardines como si su responsabilidad fuese la de jefe de mantenimiento. Veía con cuidado, pero procurando pasar desapercibido, salones, oficinas, pasillos, baños. Cuando advertía algo sobre lo que tenía algún comentario, sacaba una pequeña libreta del bolsillo de la camisa y lo anotaba con su letra descuidada y su poder de síntesis.

El tour no era una visita que se limitase a detectar los problemas físicos de las instalaciones. Don Eugenio, a pesar de la parquedad de su diálogo, tenía la costumbre de conversar principalmente con los trabajadores. Sus pláticas con el maestro Dimas Flores, que era velador, plomero, jardinero, mozo. . . todo, eran las más amplias y afectuosas. También gustaba de charlar con los vigilantes. Lo que se decía en esos encuentros iba más allá de las incidencias del trabajo, pues se interesaba por los problemas personales y de sus familias.

—¿Cómo van esas reumas? —preguntaba el visitante; y entonces el velador se llevaba la mano a la cintura y esbozaba una queja en su rostro.

—Pos, ahí seguimos con la molestia, don Eugenio.

Consolaba saber que el empresario poderoso que era el hombre fuerte de la poderosa Cervecería Cuauhtémoc tuviese tan buena memoria y se ocupase de esas viejas dolencias que para el que las padecía eran un enorme mal.

—¿Ya se te casa Pancho? —preguntaba más allá.

—Sí, señor, pos está muy engrèido con la muchacha.

—Está bien, está bien. . .

Para el fundador del Tecnológico, éste era su segundo hogar. . . , un hijo más. Y como a tal lo trataba. Pensaba en él sin día ni horario fijos; las juntas de los lunes eran nada más la obligación institucional. Pero don Eugenio tenía al Instituto en su mente y corazón en forma permanente.

Por eso no le bastaba la exhaustiva revisión de la mañana de los lunes.

Algún sábado en la tarde, alrededor de las cuatro, en el letárgico silencio que envolvía al edificio de Aulas I solamente se escuchaba un tableteo irregular proveniente de una máquina de escribir.

En la soledad del cuarto piso, un muchacho de veintidós años realizaba algunos trabajos. Era Librado Rosales, estudiante de ingeniería que colaboraba en el área administrativa aunque sin contrato.

El joven detuvo los dedos sobre el teclado. Alguien le observaba desde el quicio de la puerta. Librado se puso de pie.

—Está bien, no se levante —exclamó amable el sorpresivo visitante.

—Buenas tardes.

Entró a la oficina.

—¿Qué hace por aquí en sábado?

—Algunos trabajos pendientes.

—¿Usted de quién depende?

—Del señor Medrano.

—Un hombre muy competente.

—Sí, señor.

Don Eugenio tomó una silla cercana y se sentó. Se refirió a muchos temas: dijo algunas ideas entusiastas para la juventud; le alentó a seguir sirviendo al Tecnológico como veía que estaba haciendo en ese momento, sin testigos ni esperando premio; también habló de la familia y de la sujeción de los hijos a la autoridad paterna; su disertación continuó hacia las condiciones sociales de unas personas y de otras, y el trabajo como camino para alcanzar el éxito.

Después de media hora, el visitante dejó al muchacho completar su tarea. Aunque, bien mirado, no sólo el joven estudiante que estaba en el cuarto piso continuó trabajando, sino que también lo siguió haciendo don Eugenio, pues la libreta de apuntes era una prueba de que en aquella tarde del sábado tampoco estaba de turista.

MÚSICA PARA LA CIUDAD

—El motete es una composición musical que puede o no acompañarse de instrumentos—. Mientras hacía su explicación, el joven licenciado Luis Astey movía ligeramente su delgado cuello en tics perceptibles y con la mano izquierda cogía el saliente puño de la manga derecha de su blanca camisa sin ninguna intención específica.

La audiencia permanecía atenta. Aunque había algunos profesores, la mayoría eran estudiantes preparatorianos.

—El motete es una composición vocal y polifónica —modificaba el movimiento de manos, yendo con la derecha ahora a la manga izquierda, pero sin detener el tic del cuello—; nace con la polifonía en el siglo XIII y el motete estuvo ligado en sus orígenes al canto gregoriano.

El salón de actos de la casona de la Escuela Preparatoria, que apenas era un salón de clases de mayores dimensiones, estaba brillantemente iluminado por lámparas fluorescentes. Los muchachos seguían con interés las explicaciones del profesor del Departamento de Humanidades, quien antes había seleccionado discos con la música apropiada para su conferencia. Un tocadiscos hacía llegar a todos los asistentes la interpretación antes y después de los comentarios.

La escena, el año 1946. No estaban ahí la totalidad de los preparatorianos del Tecnológico, pero el auditorio denotaba un buen porcentaje de interés por la música clásica.

Paralelo al esfuerzo de transmitir conocimientos musicales en la Escuela Preparatoria se desarrolló otra operación por un joven profesor recién llegado al Instituto, el ingeniero José Emilio Amores, quien llevaba al Internado un tocadiscos portátil y unos discos para el que quisiese disfrutar buena música. Amores aprendía de Astey cómo escuchar música.

Cuando el Tecnológico estrenó sus primeros edificios en el campus fueron formalizadas aquellas audiciones que tuvie-

ron día fijo, los miércoles en la noche en Dormitorios I. Entonces, el ingeniero Amores ya se apoyaba en estudiantes: Eduardo Padilla se estrenaba haciendo las explicaciones y Jorge Fernández cambiaba agujas al tocadiscos cuando se requería.

La respuesta estudiantil era consistente e iba en aumento. Empezaba a prepararse un público enterado, que pronto exigiría algo más.

Con menos que ese resultado el licenciado Guajardo hubiese promovido cualquier nuevo proyecto. Conociendo lo que acontecía aquellos miércoles musicales en seguida concibió una operación de mayor magnitud. En el verano de 1948, conversando del asunto con el ingeniero Amores, le indicó que debiesen ofrecerse en el Tecnológico conciertos, pero con artistas del Instituto Nacional de Bellas Artes. Amores debía visitar la institución y hacer la petición a su director, el destacado conductor de orquesta Carlos Chávez.

Con algunas ilusiones, voló a la capital.

Allá describió las hermosas experiencias a nivel tocadiscos, mientras el maestro Chávez le escuchaba con su rostro severo y cabellera descuidada. Luego, hizo la solicitud para que el Tecnológico y la ciudad de Monterrey pudiesen favorecerse de la cultura musical del centro más importante que tenía el país.

—Deben ustedes saber esto —inició, sin mayor preámbulo Carlos Chávez—: nunca trataré con una institución educativa particular.

El entusiasmo de Amores desapareció de golpe.

Pero aún le faltaba escuchar más.

Chávez agregó:

—¡Ah!, y no perdería mi tiempo en provincia.

Desalentado, regresó a provincia, donde ya le constaba que no se perdía el tiempo impulsando el gusto por la buena música.

Ni Guajardo ni Amores pensaron que ahí terminaría el plan de hacer crecer a conciertos las modestas audiciones de tocadiscos, pero luego del primer fracaso no tenían otra alternativa para explorar.

Con las mentes en blanco respecto de aquel asunto colateral a las obligaciones académicas pero que tanto les interesaba, se recibió un telegrama en el Instituto, que desencar-

denó todo el proceso posterior. La acreditada asociación Conciertos Daniel ofrecía al pianista vienés Walter Bautzing, por honorarios de \$ 500.00 concierto.

—¡Ya está! —exclamó con su natural impulso el director del Instituto—. Mira, José Emilio, vamos a traerlo para un concierto en el comedor del Internado. El lugar es muy amplio y lo podemos arreglar. Invitamos a los alumnos y al público de la ciudad.

—¿También?

—¡Claro! Esto es lo que buscábamos. Cobramos \$ 5.00 el boleto y cubrimos concierto y gastos. ¡Ya está! Diles que sí. Es una oportunidad. . .

Todo corriendo, todo de prisa. El concierto se ofreció en septiembre con éxito total.

Luego de la audición, Guajardo y Amores invitaron a cenar al artista y al señor Ernesto Quezada Jr., de la sociedad Daniel. Guajardo aprovechó la experiencia del empresario musical de quien obtuvo la máxima información sobre artistas y costos.

Los visitantes se fueron a descansar al hotel, pero Guajardo continuó en su casa haciendo cálculos.

Sus números estaban completos en la mañana.

Cuando pudo ver al ingeniero Amores, lo llamó a su privado.

—Vendemos dos mil abonos a cincuenta pesos y podemos traer dieciocho conciertos —le espetó, poniéndole enfrente unos papeles con sus estimaciones.

El ingeniero Amores analizó el asunto con la mayor objetividad, procurando no cegarse por el deseo de que se realizase.

—Nos vamos con el sistema de abonos, como nos dijo Quezada que hace la Columbia Broadcasting Sistem —empujó Guajardo—. Sí resulta, estoy seguro.

—Pues, sí, por qué no.

—Pero lo hacemos definitivo. Algo que se quede.

—Muy bien.

—Le tengo nombre.

—¿Cuál?

—Sociedad Artística Tecnológico.

—Suena bien.

Ellos dos estaban de acuerdo, pero faltaba don Eugenio.

Al presidente del Consejo de EISCAC le gustaba la música e interpretaba al piano, así que no fue difícil convencerle.

Su respuesta, sin embargo, no se relacionó con la música, sino con la economía:

—Si no le va a cargar al Tecnológico el presupuesto, ¡jadelante! —autorizó a Guajardo con una ligera sonrisa.

Era suficiente para el dinamismo promotor del licenciado Guajardo.

—Empezamos en noviembre —le señaló al ingeniero Amores—. Tienes todo el mes de octubre para vender dos mil abonos.

Monterrey no era un lugar inhóspito para acoger el arte, por más que sus principales emociones derivasen de las actividades mercantiles. Contaba con los entusiasmos musicales autónomos y de los grupos pequeños, las academias particulares; la tradición de La Hora Clásica de la Relojería Suiza, que se transmitía todas las noches, de nueve a diez, por la radiodifusora pionera en México, la XEH; además habían antecedentes no demasiado remotos de interés colectivo por la música, como las temporadas de conciertos con la Sinfónica Nacional, que organizara el licenciado Virgilio Garza Jr. los años 1944, 1945 y 1946; en 1947 y 1948, fue creada la Sociedad de Conciertos Monterrey, que presidía el señor Roberto Zambrano, y que se apoyaba en la CBS norteamericana para traer buenos concertistas. Esto, envuelto en una atmósfera especial: la Universidad de Nuevo León tenía una excelente Escuela de Verano que presentaba conferenciantes de prestigio en diversas ramas de la cultura y otro tanto hacía el propio Instituto.

La tierra era propicia.

Faltaba sembrar.

El sembrador escogido era el joven introvertido, recién llegado de su tierra natal, la ciudad de México, que no conocía a nadie y a quien nadie conocía. José Emilio Amores emprendió la tarea que le encomendaron, con mucho ánimo y más miedo.

Tenía un mes para vender dos productos, uno intangible, la sociedad de conciertos que nacía, y otro con visos de hacerse tangible, los eventos que se ofrecerían en el primer año. Debía presidir varias reuniones: en el Casino Monterrey con las señoras de la alta sociedad; en el mismo lugar con

hombres de negocios jóvenes; en la Cámara Nacional de Comercio con hombres de negocios maduros; en el Tecnológico con exalumnos de la Escuela de Técnicos, para promover también esta extensión cultural entre el medio obrero; y en el Casino Monterrey con directores de periódicos y columnistas.

Mientras Amores violentaba su personalidad disertando ante públicos tan diversos, dos profesores del Instituto hacían trabajos de publicidad; eran los arquitectos Pineda y Rodríguez Vizcarra, el primero montando un vistoso escaparate en la esquina del edificio de la casa comercial Salinas y Rocha, en la avenida Morelos y la calle Zaragoza, y el segundo diseñando un poster. A los profesores del Tecnológico se les invitó a vender abonos con el atractivo que ya utilizaba la CBS de regalarles uno si vendían veinte.

Fueron preparadas gacetillas para la prensa, que las destacó gracias al entusiasmo que manifestaron los directores de *El Porvenir*, Federico Gómez, y *El Norte*, arquitecto Agustín Basave. La exigencia de velocidad para la comunicación a través de prensa tuvo una eficiente respuesta en el joven Librado Rosales, ambientado desde antes en el periodismo estudiantil.

En dos semanas estaban vendidos los dos mil abonos, aproximadamente la mitad en el Instituto y la otra mitad en la ciudad.

Para dar cabida al público tuvo que contratarse el Cine Reforma, enorme, feo e inapropiado.

A las nueve de la mañana del 26 de noviembre de 1948, día en que iniciaría su vida la Sociedad Artística Tecnológico, se presentó un imprevisto: Los Cosacos del Don no estaban agremiados en el Sindicato de Trabajadores de la Industria Cinematográfica (STIC).

Cundió el pánico entre los noveles empresarios de conciertos, pero no se paralizaron. Hubo que ir y venir con los representantes sindicales para finalmente encontrar una solución satisfactoria: los cosacos se inscribirían en el STIC transitoriamente.

En la noche, a sala llena, cuando tras bambalinas iban entrando los artistas, les suplicaban que firmasen.

—The union—les decían con naturalidad.

Y ellos asentían con mayor naturalidad.

La presentación de la Orquesta Sinfónica de Xalapa debió hacerse en el gimnasio del Círculo Mercantil Mutualista, pues su director, José Ives Limantour no era del agrado del STIC. El piso de aquel recinto deportivo tuvo que cubrirse con cartones para no dañar la madera de la cancha dedicada a basquetbol. Como solista venía Walter Bautzing, artista que había iniciado este movimiento con su presentación dos meses antes.

La primera temporada de la SAT tuvo presencias relevantes, como las de los dos más grandes violinistas de ese tiempo, Isaac Stern, el 25 de febrero de 1949 y Yehudi Menuhin el 9 de mayo; los españoles Gaspar Cassadó, celista, el 11 de marzo, y Andrés Segovia, guitarrista, el 4 de abril; y los mexicanos Salvador Ochoa, pianista, el 28 de enero, y Oralia Domínguez, cantante, el 7 de abril.

Además de la música, hubo pintura y teatro. El 13 de diciembre de 1948 se inauguró la exposición *Cinco Pintores Jóvenes de México*, en un corredor del edificio de Talleres; ellos eran Juan Soriano, Raúl Anguiano, José Chávez Morado, Ricardo Martínez, Guillermo Meza, que un cuarto de siglo después serían artistas consagrados en la plástica mexicana; la exposición fue montada por Fernando Gamboa, cuyo contacto con la gente del Tecnológico significó una escuela adicional.

Salvador Novo, dirigió al Cuadro de Arte Teatral del Instituto Nacional de Bellas Artes con dos obras, *Pastorela*, el 16 de diciembre, y *Como la Primavera*, el día 18 del mismo mes.

En su primera temporada la SAT ofreció 25 eventos.

Los tropiezos de sensibilidad iniciales pronto se superarían. En aquella primera temporada, algún consejero de la institución pidió que se contratase un grupo musical folklórico vasco Los Xey, y se le complació, presentándose en el Teatro al Aire Libre de la Sociedad Cuauhtémoc y Famosa, el 19 de mayo de 1949. Pero otros pedidos sobre cantantes de moda escuchados en algún elegante centro nocturno de la ciudad de México no fueron considerados.

Para zanjar las discusiones sobre quiénes eran o no candidatos a contratarse, la voz segura y respetada del licenciado Virgilio era definitiva.

—Que lo decida Amores, ¿no les parece? Para eso está en la SAT —razonaba.

La responsabilidad iría quedando plenamente en el tímido joven ingeniero a quien lanzara a los leones el explosivo Guajardo.

Alguien diría al fin en el Consejo:

—¡Hágalo usted!. . . si se equivoca, deja la SAT.

La SAT y su timonel continuarían, pues tenían un gran soporte, su relación con Conciertos Daniel, escrupulosa sociedad seleccionadora de lo mejor entre lo bueno; también la consolidaría cada nueva temporada porque se presentaban artistas de calidad; y por su autonomía económica, ya que no pediría donativos, sino que sus ingresos pagarían los gastos.

La SAT nació en un Monterrey poco habituado a asistir a conciertos de manera sistemática, pues las distracciones se limitaban a funciones de cine y partidos de beisbol.

—Oiga, ingeniero, a este Menuhin ya lo oí el año pasado —objetaba el director de industria al ver el programa de la nueva temporada.

—Pero también vio a los Sultanes —contestaba amablemente Amores refiriéndose al equipo local de beisbol.

—Es verdad, tiene usted razón.

Cierto vacío en la presencia cultural constante había dejado una laguna en la educación de la comunidad para recibir el producto que ofrecía la SAT, por eso algunos programas de las primeras temporadas agregaban una nota con letra pequeña en que se recordaba que si la recompensa para el artista era el aplauso, también necesitaba concentrarse y no se le debía interrumpir, lo cual era una invitación amable para evitar los aplausos fuera de tiempo y los ruidos en la sala. Con la misma intención educativa, en la primera temporada, al ofrecer conciertos en el Cine Rex, fueron colocados en la sala varios letreros pidiendo silencio; y funcionarios del Instituto impedían que algunas personas entrasen a la sala con refrescos y *palomitas*.

La respuesta ante la oferta musical del Tecnológico fue magnífica. Y en el respeto por la interpretación pudo conocerse que un público inicial no habituado a conciertos, sin embargo distinguía lo que era o no de calidad, entregándose con entusiasmo u ofrendando fríos aplausos de cortesía.

La ciudad que venía resolviendo cada vez con más amplitud las necesidades materiales y veía aumentar a los hombres

y mujeres con educación profesional, estaba madura para la institucionalización de la presencia musical de calidad.

La SAT lo hizo, generando con ello mayor sensibilización por lo bello y desencadenando efectos culturales de gran magnitud e imposibles de medir.

APRENDIENDO A VIVIR CON TERREMOTOS

—La historia ha sido escrita, con la espada del vencedor sobre la espalda del vencido —y el maestro se calaba las gafas con un movimiento rápido de su índice sobre el puente de la gruesa armazón.

Era la magia del licenciado Pablo Herrera Carrillo, de baja estatura, grueso, con su redonda cara de niño pulcramente afeitada, el vestir descuidado y sus inquisidores ojos distorsionados por la alta graduación de los cristales de sus anteojos.

Aunque vocacionalmente se inclinaba por la investigación, su apasionamiento lo convertía en un expositor interesante, que jamás permitía decayese la curiosidad de los alumnos. La narración de la historia mexicana iba de un descubrimiento a otro, pues lo que se le escuchaba difería básicamente de la mentira oficial repetida en las escuelas públicas y privadas.

Para los estudiantes inquietos por los conocimientos históricos cada arribo de don Pablito era una nueva fiesta de sorpresas, que en un fondo documental apoyaba la emoción de su cátedra. Los que no tenían especial interés por la materia, o quizás por ninguna humanística, cuando menos asistían a cincuenta minutos de charla amena donde los hechos pasados adquirirían tal vigor que competían con las noticias del día.

Don Pablito trascendió más allá de las aulas y penetró en los cubículos de los profesores, pues su erudición y fogosidad todo lo impregnaban.

Con la revisión de los sucesos del pasado más conocidos, como la Conquista, Nueva España y el período independiente, tenía una tesis de mayor profundidad y proyección: él creía que, detrás de las revoluciones (así, con minúscula) se gestaba la Revolución (con mayúscula). Nada de lo que acon-

tecía era por azar, sino estructurado en una cadena de acontecimientos planeados para liquidar el Cristianismo, donde la Masonería tenía destacada participación, y como una expresión contemporánea de ella el Comunismo.

No era solamente una tesis. Adquiría ya dimensiones de obsesión.

Con aquella creencia arraigada, empezó a ver en algunos profesores del Instituto a elementos que pertenecían a esa Revolución. Ellos estaban minando la ideología del Tecnológico que había nacido bajo el signo católico.

Don Pablito insistía con vehemencia en su tesis y en la encarnación que había descubierto.

El clima en las relaciones humanas empezó a tornarse desagradable, pues en voz baja, quienes aceptaban que algunos eran células infiltradas seguían atizando la inquietud, aumentando el rumor, creando la desconfianza.

El licenciado Guajardo, deseando contener aquella marea no la atacó frontalmente, sino que creyó necesario se formularan por primera vez los principios del Tecnológico. Sería el camino indirecto para preservar la integridad ideológica original, porque quienes no comulgasen con aquellos lineamientos serían excluidos o jamás contratados. Para esa tarea fue integrado un comité que preparó la redacción de principios. El licenciado Guajardo quiso conocer otras opiniones y envió el escrito a los licenciados Gómez Morín, González Luna y otros observadores externos a quienes respetaba por su buen criterio. Convencido de que tales principios coincidían con el ideario en que se había fundado y de acuerdo con el cual desarrollaba su tarea el Instituto, fueron citados los profesores en varias juntas para ponerlos a su consideración.

En una de las primeras reuniones, el sacerdote y profesor Aquiles Menéndez tuvo una inquietud de actualidad.

—Perdonen, señores —inició con su acento uruguayo, dirigiéndose a los miembros del comité que había preparado el escrito—, al redactar este ideario, ¿tomaron ustedes en cuenta el ideario de la UNESCO en relación a la educación?

Nadie alcanzó a contestarle, porque como un torrente se escuchó la voz indignada de don Pablo:

—Me extraña muchísimo que un sacerdote como usted proponga como conveniente la consulta de un documento formulado por la masonería mundial. . .

Murmullos de aprobación y de reproche.

Don Pablo continuó su arenga, para casi todos los presentes conocida.

Nada se concluyó.

En una siguiente reunión, don Pablo volvió al ataque:

—Miren, señores, esta es una pérdida total de tiempo.

Aquí no se trata de escribir y analizar unos principios. Estos pueden estar espléndidamente formulados; se puede tener el cuerpo ideológico más perfecto. . . ; pero eso de nada sirve mientras se esté desatendiendo lo fundamental en una institución educativa, que es la contratación de profesores. . .

Murmullos. Alguna voz alterada. Sonrisas irónicas. Respeto por su valentía.

Reanudó la carga:

—Mientras se sigan trayendo profesores que aprovechen la cátedra para hacer proselitismo funesto contra nuestros principios cristianos. . .

Alguien estaría en ese momento repitiéndose en el recuerdo los comentarios de los estudiantes sobre un profesor que, entre ingenuo y tendencioso, llenaba de signos el pizarrón para probar la no existencia de Dios con ecuaciones matemáticas.

Guajardo interrumpió al exaltado.

—Un momento, don Pablo: ¡cuáles son esos profesores! Yo quiero que usted me diga quiénes son.

—Por qué se lo tengo que decir —evadió inesperadamente una enumeración.

—Pues, porque yo soy el director del Instituto.

—Para mí, usted sería juez y parte.

Se acabó el diálogo. Se inició el escándalo. Y se relegó el proyecto de un ideario.

Lo que se tenía entre manos no era la necesidad inmediata de una definición de ideas, cuanto el manejo de una crisis que empezaba a afectar la autoridad.

Don Pablo era muy apreciado y no era cosa de expulsarle. Simplemente se le aplicó el ostracismo: le fue conseguida una beca del Instituto de Cultura Hispánica para que realizase investigaciones en el Archivo de Indias de Sevilla. Había que alejarlo.

En febrero de 1950 salía a España el original y obsesivo crítico de una conjura no demostrada.

Con la ausencia del predicador de catástrofes, las aguas parecieron volver a la normalidad. Seguía hablándose en voz baja de algunos profesores de los cuales se desconfiaba, pero faltaba la personalidad y el ingrediente retórico de don Pablo.

Sin embargo, al margen de aquella inquietud ideológica y paralela a ella, otra inconformidad se cocinaba. Esta se refería a las naturales inclinaciones por el poder. Algunos elementos que consideraron segura una rápida carrera hacia puestos directivos, encontraron estorbos en el camino, gente nueva que era ubicada en los lugares vacantes. La secretaria general, por ejemplo, se había asignado al ingeniero Víctor Bravo Ahuja, con la decepción y enojo de quien creyese tener más derechos para ocuparla. El Tecnológico no era un proyecto, ni una modesta institución tambaleante; empezaba a sentirse consolidado y en crecimiento, con un rápido prestigio y un futuro prometedor. Esa realidad y expectativas no podían escapar a las ambiciones, los egoísmos, la política.

Unos meses después de la tempestad provocada por don Pablito, el Instituto padecería su primer terremoto, que aun limitándose a su problemática propia acabó por trascender a la comunidad regiomontana.

Al incidente, el ingenio de los propios maestros del Instituto lo llamó *El Chemazo*, pues sus autores visibles lo fueron José Ma. Garza Salinas y José Ma. Lozano, ambos profesores y el segundo además prefecto del Internado. Prepararon un documento en el cual denunciaban la infiltración comunista en el Tecnológico. Había acusaciones de ateísmo contra algunos profesores, o de herejía, también de afiliación anterior al comunismo. Del licenciado Eduardo A. Elizondo, por ejemplo, se aseguraba que negaba el dogma del pecado original y el acusado bromeaba entre amigos diciendo que era verdad, pues él no sabía definir cuál era el pecado original. Del ingeniero José Emilio Amores se afirmaba que, cuando era estudiante universitario había pertenecido a las Camisas Rojas del radical Garrido Canabal; pero sus antiguos compañeros de carrera no habían sabido de tal militancia. Del ingeniero Víctor Bravo Ahuja, que era comunista, cuando quienes le conocían pensaban que nunca se iba a los extremos sino que se movía entre las ideologías. De los calificados como desconfiables se denunciaba que ni en sus vidas, ni en sus expresiones como catedráticos, ni en sus actitudes frente

a los alumnos, obedecían a lo que consagraba la Iglesia Católica.

Un documento así, con tan aparente preocupación por la preservación de la fe, se decidió entregar al arzobispo Guillermo Tritschler y Córdova. Lo firmaban los dos Chemas y declaraban que no lo firmaba don Pablo porque estaba ausente y temían enviarlo a España porque podría extraviarse. Aseguraban que de los datos denunciados podían dar fe otros profesores que enumeraban.

El documento no quedó en el arzobispado, sino que llegó a conocimiento del Consejo del Instituto. ¿Por qué? Algunos pensaron entonces que el propio arzobispo lo consideró de la incumbencia del Tecnológico y lo envió a don Eugenio. También se dijo que una copia fue entregada a la Compañía de Jesús, para que el conocido padre Vértiz, amigo del licenciado Guajardo y simpatizador de la obra que se realizaba en el Instituto, enterase de la misma al director de la institución. Hasta se conjeturó que el padre Menéndez, que había sido compañero del arzobispo en el Pío Latino de Roma, había sustraído el documento haciéndolo llegar a las autoridades del Instituto.

El Consejo, que era como decir don Eugenio, se formó un juicio: se acusaba a ciertos profesores y directivos para echarlos del Instituto y sentarse en sus lugares. Las denuncias fueron consideradas ridículas y sin fundamento. Se creyó que los denunciantes eran más papistas que el Papa y manifestaban ingredientes personales que los hacían parciales, como frustraciones e interés por el poder. Lo que se declaraba en el escrito como una honesta inquietud moral fue recibida por el Consejo como la intriga de unos cuantos que se sentían desplazados por la organización y molestó especialmente que el documento se hubiese llevado a una autoridad ajena al Instituto.

Los firmantes fueron despedidos.

Sobre don Pablo se decidió no recibirlo cuando regresase de España.

Para los profesores fue satisfactorio que el Consejo, a través de la dirección, apoyase a los acusados y mandase a sus casas a los acusadores. El ánimo de los que permanecieron se elevó con el incidente.

El Tecnológico era parte importante del quehacer de

Monterrey, así que el terremoto emitió sus vibraciones e inquietud a la ciudad, donde se habló y conjeturó. ¿Se habían infiltrado al católico Instituto ateos y comunistas? ¿Los despedidos eran agitadores haciendo su juego político o mártires de una causa noble?

Lo único que no se afectó fue la tarea académica cotidiana.

EL NUEVO LUSTRO

Al iniciarse el segundo lustro en la vida del Instituto Tecnológico de Monterrey, las cuotas por sus servicios educativos eran en septiembre de 1949 las siguientes: la matrícula, que era anual, \$ 30.00; los pagos mensuales, durante 11 meses, Escuela Preparatoria \$ 80.00, Escuela de Ingeniería \$ 105.00, Escuela Contable \$ 100.00.

En el Internado, la cuota mensual durante 11 meses: en La Silla, \$ 280.00; en Edificios 1, 2 y 3, \$ 265.00 y en cuarto solo \$ 295.00.

Las colegiaturas se pagaban semestralmente y quien no podía hacerlo, daría una parte al contado y el resto en cuatro letras con vencimientos mensuales e interés global del 2.5%.

En aquel año se exigió a los aspirantes a ingresar en la Escuela de Ingeniería que presentasen examen de Lengua Castellana, aun los muchachos que hubiesen cursado el bachillerato en el propio Instituto.

El ingeniero Armando Ravizé y el arquitecto Ricardo Guajardo emprendieron el proyecto para la construcción del Estadio y, como estaba previsto en el extremo sur del terreno se decidió la ampliación de la calle Pernambuco, con la que colindaba y la cual no tenía construcciones en su trayectoria oriente-poniente.

El proyecto inicial del Estadio era para una capacidad de 19 mil espectadores, con un costo de un millón de pesos. Tenían el terreno. . . , de hecho lo que sobraba era terreno; pero carecían de dinero. Conseguirlo en las empresas, a las que siempre se recurría, pareció problemático. Surgió una nueva idea: acudir a mil personas que se interesasen por el proyecto y aportasen cada una mil pesos.

—Les ofreceremos que su nombre aparecerá en una placa como reconocimiento —se propuso.

—Y otros estímulos. . . —sugirió sin precisión alguien más.

Luego de distintas propuestas, se acordó otorgarles un pase vitalicio para asistir a todos los eventos que se efectuaran. De los 19 mil lugares, sólo mil quedarían reservados.

Fueron preparados un plano y una maqueta. A los invitados como donantes se les hizo la promesa de construcción. Nada más. Pero la confianza en el Tecnológico era cada vez mayor, así que en dos semanas se reunió el millón de pesos.

Para conceder a los alumnos permiso de organizar un baile anual de presentación de las candidatas a reinas, se decidió suprimir la novillada anual *con el objeto de conservar el mismo número de actividades festivas en el año escolar*, según determinó el Consejo. El nuevo baile se agregó a los dos ya tradicionales de proclamación y coronación de reinas.

Al mediar el año 1949 se habían aprobado nuevas carreras en las especialidades de Químico Biólogo y Químico Industrial, pero con una prudente aclaración: *siempre y cuando se cuente con una inscripción inicial de veinte alumnos como mínimo*; y en diciembre se aprobó impartir enseñanza gratuita en la Escuela de Técnicos, cobrando solamente \$ 10.00 mensuales por gastos de laboratorio.

Durante casi todo el año 1950 se continuaron proporcionando hasta un total de 20 becas a estudiantes mexicanos o norteamericanos que desearan pertenecer al equipo de fútbol americano, el cual seguía considerándose de importancia como imagen para el Instituto, además de los beneficios que reportaba a quienes practicaban el deporte y daba mayor cohesión al estudiantado. El equipo viajó a la ciudad de México del 15 al 23 de octubre acompañado por sesenta alumnos *para organizar la porra*, los cuales sólo cubrieron la mitad de su pasaje, mientras el Instituto gestionó la otra mitad en las empresas regiomontanas. Pero aquel año pintó mal para las finanzas del Tecnológico y las becas a deportistas debieron suprimirse en noviembre, pues el Consejo tomó en cuenta *la situación económica por que atraviesa actualmente el Instituto y la imposibilidad que hemos tenido para nivelar nuestro presupuesto*.

En algunas pequeñeces se reflejaba el problema económico, como en el aumento del costo de la comida en el Internado, que se elevó de \$ 3.35 a \$ 3.45.

Todos los servicios para los siguientes Cursos de Verano fueron fijados en una cuota de 195 dólares.

Pero la vida del Instituto, con todo y crisis económica, daba muestras de vitalidad. Se autorizó el viaje del señor Juan Certucha por diversas ciudades del país de donde provenían alumnos, para que estableciese contacto personal con los padres de familia; y de otra persona que realizase una gira para fundar sociedades de exalumnos.

Además, seguía la fiebre de construcciones, pues se determinó formar un patronato para iniciar una campaña económica pro-construcción del teatro, con bases similares a las del Estadio, proyecto que acabaría cristalizando hasta tres décadas después; y se propuso constituir otro patronato para construir un casino de profesores, empleados y exalumnos.

A pesar de las limitaciones económicas se ayudó a la Asociación de Fútbol Soccer exceptuándola del pago de renta por uso del Estadio durante un año, y el licenciado Guajardo gestionaría con las empresas una ayuda mensual de \$ 250.00 para dicha asociación.

En los meses posteriores al terremoto que sacudió al Instituto se tomaron algunas decisiones para *el mejoramiento intelectual del profesorado: procurar contratar algunos profesores europeos*; que los directores de escuelas y jefes de departamentos efectuasen visitas de un mes al Massachusetts Institute of Technology, en forma escalonada; concesión de becas a profesores y graduados, que luego prestarían cinco años de servicio al Instituto; becar a dos profesores durante seis semanas en verano para estudios de especialización, en el mismo MIT; realización de cursos de especialización para profesores dentro del Tecnológico; y otras medidas.

Interesados en las bajas de alumnos se decidió pedir información a sus padres sobre los motivos y, si fueron económicos, se estudiaría cada caso.

Desde mediados de 1950, las firmas autorizadas ante los bancos de la ciudad eran la del director general, licenciado Guajardo, la del señor Ricardo Medrano, que fungía como gerente general, y la del ingeniero Víctor Bravo Ahuja, secretario general, a quien además de su condición de catedrático desde antes se le daban encomiendas sobre instalaciones mecánicas y eléctricas, adquisición de equipos, diversas supervisiones y otras funciones, pero por primera vez se le otorgó responsabilidad financiera general del Instituto.

Concluyendo el año 1950 una decisión de confianza y de justicia: *que las futuras necesidades de profesores se procuren sustituir principalmente con alumnos graduados en el Instituto.*

SE CIERRA UNA ÉPOCA

El terremoto provocado por *El Chemazo* no concluyó con los despidos de sus promotores, pues como secuela dejó una depresión emocional en el licenciado Guajardo, quien debió tomar un descanso.

Mientras él permanecía alejado del Instituto, en la Navidad de 1950, en una cena de un reducido grupo de personas, algún funcionario se extrañó al escuchar de un profesional vinculado a un consejero del Tecnológico la afirmación de que el ingeniero Víctor Bravo Ahuja sería el próximo director.

—Pero. . ., pero si Guajardo tiene permiso y va a regresar.

—Sin embargo, esto ya se decidió.

El hecho es que las especulaciones sobre el director que descansaba eran muy variadas; unos aseguraban que había renunciado y otros decían que se le había despedido.

Algún día antes de lo previsto, regresó el director.

Un grupo de profesores fue a recibirle al aeropuerto y le condujeron al restaurante Alhambra, cercano al campus, donde se le había preparado una comida.

Primero departieron mientras tomaban una copa. Luego, antes de pasar al salón, Guajardo les pidió su atención suplicándoles que no hubiera discursos en la comida.

—Solamente yo voy a hablar —les comunicó—. Quiero simplemente decirles que aquí estoy nuevamente. Las versiones que corrieron sobre mí mientras estuve ausente no fueron verdaderas. Pedí un permiso al Consejo por seis meses y me fue concedido. Ciertamente, me sentía un poco cansado. Necesitaba reposo. Pero no requerí los seis meses. Aquí estoy. . . —de pronto cambió su actitud y su rostro enrojeció ligeramente—. Aquí estoy para defender lo que es mío. Porque nadie tiene los derechos que yo para dirigir el Tecnológico. Sepan ustedes. . .

Los concurrentes no entendieron su aparente enojo y su defensa de un puesto no objetado. Seguramente estaba molesto por los rumores sobre su salida del Instituto. Desde las primeras semanas de planeación de la nueva escuela de enseñanza superior él se había entregado, primero al proyecto y después a la acción diaria; sintió que era atacado, que se le trataba de desplazar. Perdía el equilibrio verbal.

No quedó satisfecho con exponer su defensa ante el grupo de profesores y después fue al edificio de Aulas I. Desde la saliente central, que era como una tribuna natural, habiendo mandado reunir a los alumnos, les dedicó un discurso con el mismo sentido: aquí estoy y aquí me quedo.

Al igual que *El Chemazo* no había quedado en una escaramuza administrativa, tampoco aquellas peroratas serían ajenas a don Eugenio, quien sobre la rebelión de profesores se había formado el juicio de la poca discreción en su manejo, pues el medio universitario regiomontano se había enterado; ahora, esta era nueva muestra de falta de prudencia.

Poco tiempo después, alguna minucia en la función cotidiana, donde una decisión del licenciado Guajardo no fue autorizada por el Consejo, provocó la renuncia del director quien quizás supuso no le sería aceptada. El Consejo, sin embargo, la aprobó.

Guajardo, que había llenado una necesidad temporal para la institución, parecía quedar corto en los planes de crecimiento al no tener la preparación académica apropiada, pues provenía de una pequeña aunque acreditada escuela de Derecho, careciendo de la visión de una universidad de la época, ya que tampoco tenía acceso a través de la literatura sobre el tema, escrita en otros idiomas. Extraordinario promotor nato, no mostraba especiales habilidades de administrador ni los conocimientos del planificador académico. El Instituto ya no estaba en la necesidad inicial de lanzar algo nuevo a través de un dínamo, sino de consolidar y crecer.

Su tiempo había concluido.

La separación del segundo director debió estarse cocinando tiempo atrás, al observarse cierta incertidumbre en el avance de la institución y nuevos pasos no siempre fundamentados, mientras se dejaban sin consolidar algunas áreas. La crisis de *El Chemazo* y el retorno poco afortunado del director debieron precipitar la decisión. Entre los numerosos

profesores que provenían de universidades extranjeras, principalmente norteamericanas, el sentir general era que el director no hablaba el lenguaje académico propio para el futuro del Instituto.

El 30 de abril de 1951, el acta del Consejo dejaba consignado: *se aprueba cubrirle al Lic. Roberto Guajardo Suárez la cantidad de \$ 15,000.00 como gratificación por sus servicios prestados, y abonarle el sueldo hasta el 30 de mayo del presente año.*

El licenciado Guajardo seguiría vinculado al Tecnológico, pues en la asamblea anual de Enseñanza e Investigación Superior efectuada en agosto se decidió reorganizar la comisión financiera del Instituto en la ciudad de México y uno de sus nueve integrantes sería el licenciado Guajardo, quien había fijado su residencia en aquella población. Años después, en 1957, el Consejo decidió abrir una oficina en la ciudad de México, con presupuesto anual aproximado de \$ 125,000.00 y un Consejo que él presidiría; en el mes de marzo de ese año fue aprobado que el ex-director dedicase a esa oficina *la mitad de su tiempo*, percibiendo \$ 6,000.00 mensuales.

Si el final de la era Guajardo fue visto con alivio por algunos profesores y funcionarios, otros lamentaron su partida. La acreditada publicación interna *Claustro Académico*, fundada en 1949, le dedicó en abril de 1951 el siguiente editorial:

Lealtad, Disciplina y Trabajo: este era el lema del Lic. Roberto Guajardo Suárez, quien acaba de dejar su cargo de Director General del Instituto Tecnológico. Tales deben ser nuestras armas para triunfar —decía— y él había sabido siempre dar el ejemplo.

Su actuación en nuestra Institución fue siempre limpia y honesta, generosa y fecunda, leal, de entrega total, plena de iniciativas. Invariablemente procedía por convicción, persiguiendo a través de medios nobles el bien de la obra. Era su ideal. Suya era la expresión de la familia Tecnológico, considerando un honor hallarse en su seno. La quería entrañablemente.

Sirviendo al Instituto servía a Dios y servía a México. Así pensaba Guajardo Suárez cada instante vinculando con el suyo el destino de la obra. A tal extremo alcanzaba su amor

por esta tarea suya que sentía ser parte del Tecnológico como sentía ser católico y ser mexicano. Esto resume esa íntima relación y describe al hombre.

Aliviamos el dolor de la separación con este breve pero sencillo homenaje de admiración y de gratitud a quien supo entregarse sin reservas a esta gran obra del instituto Tecnológico de Monterrey. El Lic. Guajardo Suárez deja una honda huella y no queda puramente como recuerdo en la historia de la Institución: como uno de sus más preclaros forjadores es un ejemplo que permanecerá vivo. . .

Y por ello mismo tornemos nuestros ojos a la obra y consagrémosle, como Guajardo Suárez, nuestros desvelos y sacrificios. Sirvámosla como supo siempre servirla él. Alcanzar la meta y el éxito es algo que vendrá por añadidura.

EL TERCER DIRECTOR Y PRIMER RECTOR

A partir del 1o. de abril de 1951 queda designado como Director General del Instituto, el Ing. Víctor Bravo Ahuja, con un sueldo mensual de \$ 4,500.00, acordándose también pagarle las cuotas que por gastos de clubes sociales, tenga; así fue consignado el nombramiento del tercer director en el acta de la junta de Consejo del 9 de abril.

El nuevo director era egresado de la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica, del Instituto Politécnico Nacional, donde en 1939 había obtenido el título de ingeniero en aeronáutica; hizo estudios de post-grado en la Facultad de Ciencias, de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Por sentimentalismo se había hecho piloto aviador. El ejército mexicano le mandó a entrenamiento en Estados Unidos y ahí tomó importantes cursos en la marina. Estudió en el Tecnológico de California, una institución pequeña y de gran calidad, donde obtuvo el grado de maestro en ciencias, y en la Universidad de Michigan, enorme y también de alta calidad académica, en donde amplió sus conocimientos.

Al concluir la segunda gran guerra, Bravo decidió regresar a México, donde lo llamaron a impartir cátedra el ejército y la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica Eléctrica. Por entonces, empezaba a hablarse del Instituto Tecnológico de Monterrey en la ciudad de México y conoció sus folletos de información. El ingeniero Avalos le invitó a dar clases.

—Pienso regresar a Michigan, a la universidad—le explicó Bravo.

—Pero aquí tiene una buena oportunidad, ingeniero.

—No sé; creo que solamente podría estar con ustedes un semestre.

—Quién sabe y decida luego continuar. . . —le alentó Avalos.

—Es que, además, tengo un pequeño negocio asociado con un profesor de aquella universidad y, aunque mi participación es pequeña creo que la sociedad puede progresar mucho, y a la larga yo tendré que dirigirla porque mi socio es de edad avanzada.

Avalos le escuchó y esperó su decisión.

—Con mucho gusto voy sólo por seis meses —aceptó Bravo.

Y los seis meses se convertirían en casi quince años. . .

Víctor Bravo Ahuja se incorporó al Instituto en 1945 y, de inmediato, empezó a reorganizar la Escuela de Ingeniería, de la que fue nombrado director. Al ocupar el puesto de tercer director general del Tecnológico, hubo una aclamación silenciosa de aprobación; eran los profesores venidos de universidades norteamericanas, con títulos de ingeniería y postgrado, los cuales pensaban que se acabaría la improvisación y empezaría a efectuarse una transformación académica que colocase a la institución al nivel de las escuelas superiores del país vecino.

Desde su fundación, el Tecnológico había arribado a la enseñanza superior del país con un espíritu innovador. La contratación de profesores de planta, maestros a tiempo completo, fue un adelanto; y la implantación de planes de estudio semestrales, un logro muy importante.

Durante la dirección del licenciado Guajardo se departamentalizó el Instituto. Cada escuela comprendía varios departamentos, controlados por el director de la misma. Si un departamento dependía de cierta escuela, ofrecía sus cursos a todas las carreras, aunque fuesen de otras escuelas.

Pero, pedagógicamente, no había una unidad en cada escuela que pudiera engendrar el pensamiento nuevo, que ya existía en las universidades europeas y norteamericanas. En ellas tenían el sistema de los troncos comunes y el ingeniero Bravo decidió implantarlos. Un tronco común podía corresponder a cuatro semestres y ser válido para varias carreras; luego, los siguientes semestres variaban, permitiendo la especialización. Importante innovación que fue adaptándose a todo el Instituto a pesar de las dificultades de la diversidad de sicologías y formaciones del profesorado, las distintas edades y los orígenes en escuelas diferentes, lo que planteaba un mosaico de estilos educativos y, en algunos casos, rechazo a

los planes de estudio modernos. El Tecnológico adoptó los troncos comunes un cuarto de siglo antes que se generalizaran en las demás universidades mexicanas.

Además se definieron las clases por unidades como eran llamadas en MIT los créditos de las clases. En teoría un alumno podía llevar muchas materias, pero en la práctica no debe. Por eso se sumaban las horas de clases, de laboratorio y de estudio para totalizar unidades, buscando una armonía al organizar los planes de estudio, que eran de cinco, o a lo sumo seis materias. Estableció también las equivalencias (esta materia equivale a esta otra) y el seriar materias (ésta no se puede llevar antes de esta otra).

La transformación, iniciada antes de su ascenso a la dirección general, pero proseguida intensamente durante su función, ofreció los siguientes aspectos: departamentalización primero; segundo, que un conjunto de departamentos formaran una escuela; tercero, que cada departamento diera servicio a todo el Instituto; cuarto, que en cada escuela hubiese un jefe de carrera, que era a su vez director de la escuela; quinto, que todas las carreras estaban planeadas con cierta filosofía académica que representaba un conjunto armónico; sexto, los troncos comunes y las carreras selectivas en los dos últimos años, que permitían al alumno seguir sus inclinaciones; séptimo, las unidades.

El ingeniero Bravo sabía lo que quería hacer y tenía una visión clara de lo que era una universidad de primera línea en Estados Unidos. Con capacidad directiva, pero desorganizado para administrar, se apoyó en personas competentes con atributos de administradores. Propuso y le fue aceptada una organización totalmente diferente. En la jefatura del Departamento Escolar colocó al ingeniero Fernando García Roel, quien tendría mucho que ver con la unicidad de los planes de estudio, convirtiéndose en una especie de secretario académico del director general. Al frente de la Escuela de Ingeniería fue nombrado el ingeniero Eliot Camarena, de la Escuela de Comercio y Administración el licenciado Emilio Guzmán Lozano y de la Preparatoria el ingeniero José Emilio Amores.

Durante la administración del ingeniero Bravo se mantuvo aún el estrecho contacto humano característico de los primeros años, fomentándose las relaciones con y entre los

profesores; había festividades, comidas, excursiones y el propio director general —posteriormente primer rector a partir de 1955— mantenía un trato afable con ellos. Se tenía la sensación de una convivencia humanista, derivada en gran parte de la actitud de Bravo que transpiraba naturalidad.

El nuevo director general, luego rector, poseía gran habilidad para manejar a la gente, usándolos a todos y manteniéndolos contentos. Lucía una adaptabilidad propia del quehacer político. Algún profesor lo describía: *Bravo es un chicle, se hace para donde le aprietan.*

La relación de los profesores con los estudiantes continuó siendo estrecha.

Recién iniciada la administración de Bravo, en el año 1953, que las autoridades de la república habían decretado como Año de Hidalgo, en el bicentenario de su natalicio, los muchachos, luego de concluir alguna fiesta dedicada al héroe, se reunieron abajo de la oficina del director general, que se encontraba en el edificio de Aulas II, para reclamar que se les diese el día de asueto.

La algarabía, ordenada y todo, trastornaba el curso normal de las actividades. Bravo llamó al ingeniero García Roel.

—Baja y cálmalos, por favor —le pidió.

El jefe del Departamento Escolar cumplió la orden.

En la callecita interior se mezcló entre los estudiantes que conocía bien, a casi todos por sus nombres.

—Váyanse a clase, muchachos —les rogó, tomándoles por los brazos—; no estén molestando, vamos, vamos. . . Ustedes pagan porque les demos clases. . .

Los alumnos también conocían a quien les hablaba.

El grupo se disgregó.

Era la amistad personal la que resolvía los problemas.

SIGUE LA MARCHA

El estilo entre humanista, condescendiente y político se manifestó en octubre de 1951 cuando el Consejo autorizó la suspensión de clases el 3 de noviembre para que se disfrutase de un *punte* con los días 1º y 2, ya de suyos festivos; la única condición fijada fue que se dejase tarea doble el 31 de octubre.

El Tecnológico seguía buscando los caminos de la justicia social para su personal. En diciembre de 1951 se suspendió el cobro de cuotas del Seguro Social a los profesores y aunque continuaría la inscripción paulatina de éstos al instituto citado, en julio de 1952 se devolvieron a los profesores los descuentos que se les habían hecho. En otro aspecto de la misma inquietud, al fallecer el trabajador Alberto Aguilera se acordó entregar a su viuda *hasta \$ 2,000.00. . . para cubrir los gastos del sepelio* y posteriormente *el efectivo equivalente por un año a la despensa familiar que el Instituto daba a este trabajador*. En febrero de 1952 fue autorizada la formación de un fondo de ahorro entre empleados y profesores. En agosto se decidió entregar a los deudos del entrenador de fútbol americano, Salvador Saldaña, un mes de sueldo, organizar un juego extraordinario de beneficio entre el Tecnológico y la Universidad, y hacer una campaña para reunir fondos con los cuales entregarles una gratificación de \$ 12,000.00 poniendo el Instituto el 50% de la cifra; además *a través de sus relaciones* procuraría que la línea de transportes Greyhound indemnizase a los familiares. Cuando en diciembre de 1953 varios profesores sugirieron crear un Fondo de Defunciones, se autorizó a cobrar cuotas fuera de nómina.

Dentro de la preocupación social, una de las decisiones más trascendentes la tomó el Consejo al aprobar en abril de 1956 el Plan de Pensiones, en donde el Instituto cooperaría con el 5.5% del sueldo del profesor y él aportaría una canti-

dad igual. Con las sumas recabadas —consignaron las actas del Consejo— se formará un fondo que producirá réditos que se destinarán para cubrir las pensiones que reciba el profesorado.

Las bases generales eran:

- a) Del 11% total recabado, el 10% se destinará al fondo y el 1% para cubrir un seguro de vida que ampare a los profesores en caso de muerte.
- b) Los profesores ingresarán al fondo para efectos de su retiro con la antigüedad de ingreso al Instituto; en consecuencia, el fondo operará con un pasivo inicial.
- c) Las cantidades de dinero recabadas por concepto de las cuotas del Instituto y de las cuotas de los profesores se invertirán en inversiones que produzcan un interés superior a un 8%, en la inteligencia de que durante el período de amortización del pasivo el excedente entre el 8% y el interés real producido por el capital se destinará a cubrir dicho pasivo y el 8% se le abonará a cada profesor en su cuenta particular.
- d) Las pensiones que reciban los profesores dependerán fundamentalmente de las cantidades ahorradas hasta el momento del retiro, así como de los réditos acumulados.
- e) La edad mínima de retiro será de 55 años y la edad máxima de 65 años.
- f) En ningún caso se dará ninguna pensión a profesores que tengan servicios inferiores a 15 años.
- g) Para administrar el fondo se designará un patronato formado por representaciones iguales de parte del profesorado y de parte de EISAC, en la inteligencia de que el presidente, que tendrá voto de calidad, será designado entre los miembros que componen la representación de EISAC.

El 4 de marzo de 1957 se consideraba aprobado el Reglamento para el Fondo, pero quedando el señor D. Eugenio Garza Sada de darle una revisión final. El día 11 se autorizó al rector a poner en vigor dicho Reglamento y el Fondo se estableció el 1o de mayo habiendo ingresado al mismo prácticamente la totalidad del profesorado. Dos años después, los recursos del Fondo al 31 de agosto de 1959 ascendían a

\$ 900,000.00 canalizados en préstamos a corto plazo, préstamos hipotecarios para construcción de casas e inversiones a la vista.

El deseo de alcanzar niveles elevados de justicia social no sería el único motivo para conceder beneficios a los profesores, pues también tenía que lucharse con la desigual competencia en el medio del trabajo. El ingeniero Bravo había presentado al Consejo en mayo de 1956 *un informe acerca de las dificultades habidas para la contratación de profesores y de la competencia que se tiene con las empresas*, decidiéndose entonces *hacer una revisión cuidadosa de las condiciones económicas del profesorado*.

El Tecnológico siendo apolítico, procuraba aprovechar las ocasiones favorables para mantener o iniciar relaciones con el gobierno. El candidato a la presidencia por el partido oficial, Adolfo Ruiz Cortines, invitó al Instituto a presentar una ponencia sobre problemas técnicos en la Asamblea de Problemas Económico-Sociales que se celebraría el 22 de marzo de 1952. El Consejo aceptó, acordando que el ingeniero Bravo atendiese además la invitación del candidato para estar en el presidium de la asamblea. En agosto se aceptaba la invitación del gobernador de Veracruz para que el Instituto asistiese al homenaje que se rendiría en noviembre al presidente, licenciado Miguel Alemán, en el Palacio de Bellas Artes de la capital del país. Al cambiar la administración pública federal en diciembre, se acordó *mandar felicitaciones a diversos funcionarios del nuevo régimen*.

En contrapartida a esa actitud aparentemente oficialista, en marzo de 1955, el Consejo autorizó la solicitud presentada por el profesor Pedro Reyes Velázquez para dedicarse a asuntos políticos en el caso de resultar electo a algún puesto de elección popular; era militante del Partido Acción Nacional. Unos días después se tomaba igual decisión para la petición presentada por el profesor Rafael Alonso y Prieto, del mismo partido de oposición al gobierno.

En cuanto a una visible confesión religiosa, el Tecnológico, aunque originariamente organizado dentro de los principios católicos evidentes en la mayoría de sus primeras autoridades y los profesores fundadores, sin embargo procuraba no inclinarse oficialmente hacia esa posición y algunos acontecimientos fueron mostrando tal intención. En julio de 1952

se decidió visitar al arzobispo coadjutor, doctor Alfonso Espino y Silva, para pedirle que la iglesia de San Juan Bosco, próxima a las instalaciones del Instituto *se dedique fundamentalmente a alumnos del Tecnológico*. En enero de 1953 se concedió permiso a los profesores que lo solicitaron para asistir al Congreso de Cultura Católica. En octubre fue acordada una ayuda de \$ 450.00 mensuales a los profesores —que eran sacerdotes jesuitas— de Villa Javier, para que cubriesen la nueva renta de su casa \$ 750.00; y en febrero de 1954 se aprobaba la compra del terreno para ampliar aquel lugar, conocido como Centro Social de Los Naranjos y la construcción del Centro mismo por \$ 271,288.00. Pero la tendencia a favorecer la causa católica tenía limitaciones: el Consejo decidió que *no es conveniente autorizarla* la solicitud hecha por el profesor Padre Severiano Soto S.J. para fijar avisos religiosos en el internado; y tampoco se aprobó la ayuda para la Escuela Prevocacional del Padre Severiano Martínez, solicitud presentada por los estudiantes Hilde Eimbcke y Rogelio Sada, pues se concluyó *que no es conveniente se haga ese tipo de colectas ni en el presente caso ni en ningún otro dentro de los recintos oficiales del Instituto Tecnológico*.

La vida académica siguió su crecimiento. En marzo de 1953 fue discutido y aprobado el establecimiento de la carrera de Licenciado en Economía, *debiéndose presentar ésta como una opción de la carrera de Administrador de Negocios*. La oferta hacia el mundo de las actividades materiales no sería lo único, pues en 1957 se aprobaría la carrera de Profesor en Lenguas y Literaturas Modernas, que se inició en septiembre del siguiente año. Pero seguiría preponderando el origen tecnológico de la institución al emprender actividades la Escuela de Ciencias en septiembre de 1957 y decidirse en marzo de 1958 la apertura de la Escuela de Pos-graduados *en donde se pueden ofrecer grados doctorales en las ramas de Ingeniería y Ciencias*, importante paso en la madurez del Tecnológico; escuela prevista para que iniciase actividades en septiembre de 1959 y que recibiría su impulso definitivo durante el gobierno del segundo rector, ingeniero García Roel. Algunos proyectos académicos eran presentados, estudiados y rechazados o diferidos, como el establecimiento de la carrera de Medicina, propuesto por el doctor José González Quijano y sobre el que concluyó el Consejo en julio de 1956: *no obs-*

tante que el proyecto es muy interesante en un futuro cercano no es adecuado se implante esta carrera; y habían de pasar 22 años para que se fundase. Otras escuelas se consolidaban, como la de Verano y de Extensión, considerada como otra escuela del Instituto, a partir de agosto de 1956; su actividad crecería dos años después al abrir una sección en el centro de la ciudad para el estudio de idiomas, administrada por ella y donde se impartirían clases de español, inglés, francés y alemán.

Hubo otros avances de las humanidades. El Tecnológico recibió en 1954 el donativo de la colección cervantina del licenciado Carlos Prieto, decidiéndose erogar \$ 95,000.00 para preparar el digno local que la cobijase. En 1954, don Salvador Ugarte decidió regalar al Instituto la mitad de su biblioteca especializada en Historia de México, unos 3 mil volúmenes, y vender en 150 mil dólares la parte de joyas bibliográficas, lo cual se aceptó. Aprovechando un donativo de \$ 50,000.00 de los hermanos Guajardo, de la firma Casa Guajardo, S.A., se adquirió la biblioteca de don Antonio Castro Leal, que constaba de unos 5 mil volúmenes, también ese mismo año. En 1955 se recibió la biblioteca particular del doctor Alfonso Méndez Plancarte, con más de 8 mil volúmenes. En 1958 se decidió adquirir la colección de manuscritos de los Condes de Santa Rosa en \$ 3,000.00 *en atención a que su contenido es de alto valor bibliográfico para la Biblioteca de Historia de México.*

Esta presencia de las humanidades en la vida del Instituto era propia de su estilo desde la fundación, pero el nuevo impulso estaba derivándose del Primer Congreso de la Facultad, como se conoció a la Convención de Directores y Jefes de Departamento, celebrada en enero de 1955 y efectuada en el Hotel o Quinta Covadonga de Ciudad Valles, San Luis Potosí, sobre la cual se informaba al Consejo diciendo que *en particular se trata sobre los cursos de preparación humanística que se deben introducir en la nueva revisión de los planes de estudio a las escuelas profesionales.*

En 1950, la Asociación de Universidades y Colegios del Sur de Estados Unidos había admitido en su seno al Instituto Tecnológico de Monterrey, reconociendo con ello sus estudios y títulos. Ahora, en el período de administración del ingeniero Bravo se expidió un decreto presidencial con fecha

24 de julio de 1952 en que se reconocía y ampliaba la validez oficial de los estudios y títulos que impartía el Instituto, dando mayor fuerza al primitivo reconocimiento de la Secretaría de Educación Pública, otorgado en 1944, un año después de la fundación. En octubre de 1954 el Consejo autorizó el ingreso del Instituto a la Asociación Internacional de Universidades. Y en diciembre de 1957, la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior de la República Mexicana, atendiendo la propuesta de los rectores de las Universidades de Nuevo León y Puebla, admitió en su organización al Tecnológico de Monterrey, siendo la primera escuela superior de carácter privado que ingresaba a esa organización que la habían integrado solamente instituciones públicas.

El prestigio del Instituto continuaba. Cuando dentro de los festejos por su décimo aniversario, el 10 de marzo de 1954 el presidente Adolfo Ruiz Cortines fue a Monterrey para inaugurar el flamante edificio de la biblioteca, el licenciado Virgilio Garza Jr. diría en su discurso: *Alberga en su seno a 2,300 estudiantes, de los cuales 1,102 son de fuera de la ciudad de Monterrey; de ellos 1,020 representan a todos los Estados de la República, 68 vienen de Centro y Sudamérica, 9 de Estados Unidos, 4 de Italia y 1 de España. . . De los 2,300 estudiantes, 600 cursan sus estudios disfrutando de becas que les permiten realizar sus estudios sin pagar total o parcialmente las colegiaturas. Contamos con un cuerpo de 151 profesores, o sea más o menos uno por cada 15 alumnos, de los cuales 117 son profesores de planta que dedican al Tecnológico todo su tiempo, toda su actividad, todo su entusiasmo.*

Los alumnos titulados eran entonces 264, en las siguientes especialidades: Química e Ingeniería Química, 90; Ingeniería Mecánica y Eléctrica, 57; Ingeniería Industrial Administrativa, 14; Ingeniería Civil, 19; Arquitectura, 12; Agronomía, 10; Contadores y Auditores, 30; Administradores de Negocios, 32; en la Escuela de Técnicos, cursos nocturnos para obreros, 221; el total de graduados en el Instituto alcanzaba los 485 al cerrarse la primera década de trabajo.

Al iniciarse aquel año de festejos por el décimo aniversario, se autorizó cubrir la suma de \$ 6,600.00 al comité de ampliación de la Carretera Nacional frente al Instituto y *si se abre la calle completamente y se pavimenta hasta \$ 25,000.00;*

en sesión posterior, el Consejo aprobó pagar la mitad de \$ 62,000.00 para esa obra. Esas actas, como las demás, eran firmadas por don Eugenio Garza Sada, cuyo nombre sería dado a esa arteria luego de su muerte trágica en 1973.

LOS CHICOS DEL TEC

Se rechaza la solicitud de la Sociedad de Alumnos para que se sirvan high balls en el Baile del Décimo Aniversario, autorizándose únicamente sangrías, así decidió el Consejo en junio de 1954. Dos años después, para el Baile de Coronación se autorizó la venta de sidra.

En la década de los años cincuenta el estudiante del Tecnológico veía prolongado su hogar en la escuela superior, con autoridades que aún supervisaban muchas de sus decisiones y actividades.

A pesar del rígido control de su condición de estudiante, algunas veces los hechos se salían del cauce deseado y permitido. En noviembre de 1954 fue decidido entrevistar al rector de la Universidad de Nuevo León *para pedirle su cooperación a fin de evitar desórdenes como los ocurridos en el juego anterior entre Tecnológico y Universidad*.

Las luchas derivadas de los partidos de futbol americano continuaban. Y éstas parecían derivar, desde su origen en la década de los años cuarenta, de una natural reacción juvenil de algunos universitarios que, habiendo sido los más apreciados jóvenes en la sociedad regiomontana veían reducida su popularidad, especialmente ante las muchachas. En la primera mitad de aquella década, la competencia la habían planteado los cadetes de la escuela militar de aviación, establecida en Monterrey. Cada fin de semana, la presencia de los jóvenes pilotos con sus blancos uniformes y los brillantes espadines se convertía en una molestia para aquellos universitarios, pues las chicas ponían demasiada atención en los esbeltos aguiluchos que durante la semana hacían cabriolas en los cielos al norte de la ciudad, con sus primitivas naves de doble ala.

La rivalidad entre universitarios y pilotos se expresaría en los encuentros de basquetbol, escenificados en el gimnasio

del Círculo Mercantil Mutualista, del que una noche invernal salieron marchando los cadetes luego de golpear estudiantes y ponerlos en desbandada por haber injuriado al director de su escuela.

Escuela que un día se decidió mejor trasladarla a Guadalajara. Con lo cual, los universitarios regiomontanos que vieron el espectro y la realidad de la desigual competencia romántica, volvieron a sentir que el gallinero les pertenecía.

La fiesta se aguó bien pronto, pues el Instituto Tecnológico les planteó el mismo conflicto y reanimó los olvidados celos.

Nuevamente, también, el sitio para manifestar el repudio serían los encuentros deportivos, sólo que el fútbol americano era la moda. En esos juegos, muchas jovencitas de buena posición preferían ir a la tribuna donde estaba la porra del Tecnológico y esto mismo ya mostraba el fondo del viejo problema.

Los encuentros deportivos degeneraron muchas veces en luchas a puñetazos, la mayor parte de las cuales eran breves y con escasos contendientes. Pero algunos incidentes se proyectaron más allá del Estadio, como cuando en tiempos del licenciado Guajardo un duelo a naranjazos en la Plaza Zaragoza fue el epílogo del disgusto.

El peor incidente derivado de los encuentros conocidos como clásicos entre la Universidad y el Tecnológico sucedió la tarde del 23 de noviembre de 1956. Como era costumbre, en la víspera del juego la porra del Instituto hizo su paseo por algunas calles del centro de la ciudad, para concluir con la quema del *tigre*, símbolo del equipo universitario. Al pasar el grupo por la calle Zaragoza, frente al cine Elizondo, le fue arrojada agua desde el Edificio Marroquín; más adelante, desde el Edificio Chapa, por la avenida Padre Mier, se repitió la agresión. Mojados quedaron no sólo varones, sino la reina y muchachas estudiantes y simpatizantes del Tecnológico.

Cuando el grupo marchó por la avenida Morelos, era esperado en el crujamiento con la calle Zaragoza por algunos universitarios armados de cachiporras y otros instrumentos, pero sólo fueron molestados verbalmente. En la esquina noroeste de la Plaza Zaragoza se efectuó la quema del tigre. Al empezar a dispersarse, unos estudiantes, seguramente provenientes de la cercana Facultad de Derecho, les arroja-

ron naranjas, terrones y piedras, mientras les insultaban. El grupo del Tecnológico, al salir de la sorpresa, contraatacó. Los universitarios se replegaron por la calle Abasolo y se encerraron en el edificio de su escuela, al que los porristas del Tecnológico le causaron ligeros daños exteriores. Los universitarios destruyeron algunas sillas para hacerse de *armas* y pidieron apoyo a otras escuelas. Cuando llegaron refuerzos, la marea hizo el camino inverso hacia la Plaza Zaragoza, entre lluvia de piedras y el pánico del vecindario. En la esquina de las calles Zaragoza y Corregidora, en una nevería de moda, se destruyó uno de sus escaparates. La persecución continuó por la avenida Morelos y, al llegar a su cruce con el callejón de Parás, en el lote donde había estado el Banco de Nuevo León y en esos días se exhibían los automóviles de la siguiente rifa del Tecnológico, los universitarios rompieron los vidrios de varios vehículos.

El zafarrancho concluyó al intervenir por un lado funcionarios del Instituto y por otro profesores y algunos alumnos prudentes de la Facultad de Derecho que calmaron los ánimos y disolvieron a los exaltados.

Los periódicos de la ciudad y de la capital informaron del escándalo y el juego fue suspendido por acuerdo de los rectores para mantener las buenas relaciones entre los dos grandes centros educativos de la ciudad.

Siguieron denuncias y recriminaciones, señalándose la planeación de la agresión como algo que se gestaba en un puñado de agitadores, profesores y alumnos, incrustados en la universidad neolonesa y *que se han propuesto agraviar y desacreditar al Instituto ante el magisterio y el alumnado de esa institución y también fuera de ella*, como conjeturaba y denunciaba *Claustro Académico*.

Aparte de extraordinarios casos en los cuales el estudiante promedio del Instituto pudiese mostrar su capacidad de agresividad, el común estilo continuaba siendo el del origen, ordenado, disciplinado, ocupado prioritariamente del estudio, ajeno a la problemática social y política. Pero, a pesar de que el comportamiento del estudiante del Tecnológico aventajaba al de las demás escuelas superiores del país en su respecto a la autoridad, ésta no parecía estar satisfecha con alguna evolución que advertía afinando mucho el microscopio de la observación, pues el rector y la junta de directores

programó al iniciarse el año de 1957 una campaña de respeto y orden por parte de los alumnos, aprovechando como co-yuntura la ocupación del nuevo edificio de la Escuela Preparatoria para poner en ejecución el plan.

La misma publicación magisterial. *Claustro Académico* decía sobre esta operación: *No se trata únicamente de verar por los intereses patrimoniales de nuestra institución, sino de un aspecto importante ante el proceso de formación de los educandos. Éstos, desgraciadamente, no sólo tienden a destruir los bienes escolares, sino a asumir actitudes de trato irrespetuoso hacia sus maestros, de falta de urbanidad entre ellos y respecto a los visitantes, y de posiciones indecorosas hacia todos, exhibiendo una total ausencia de dignidad y de sentido de responsabilidad.*

Visión dantesca de vandalismo que no compartían todos los profesores, naturalmente. Lo que escandalizó a las autoridades pudo ser su incapacidad de comprensión de un cambio que se estaba dando gradualmente; los muchachos de 1957 no podían asumir las mismas actitudes que los de 1943, pero a pesar de la inquietud, entrar al Tecnológico y convivir con sus estudiantes seguía siendo una experiencia tonificante en sí misma y más aún si se comparaba con la atmósfera universitaria general del país.

CONCLUYE OTRA ÉPOCA

Buscando la calidad académica, el perfeccionamiento que había sido el signo con el cual nació la institución, no fueron solamente urgidos los estudiantes para que mejorasen comportamiento, sino que el examen de conciencia lo escudriñó todo.

El 14 de enero de 1958, al abrir la Tercera Asamblea de la Junta Académica en Torreón, el rector señaló algunos de los que calificó de *problemas inaplazables* del Instituto: *Nuestra actividad estrictamente académica aún es defectuosa y en muchas ocasiones se ha mantenido estacionaria, si no es que descendido. Necesitamos hacerla resurgir, rejuvenecer. Como consecuencia de esta observación vemos que las clases que se dictan en el Instituto en muchas ocasiones no satisfacen nuestros estándares, que muchos de nuestros profesores no se dedican con ahinco a la enseñanza, que las faltas de profesores aumentan cada día, que las horas de estancia no se cumplen, . . .*

La figura redonda y de aire bondadoso de la cual salían las críticas no parecía irritarse, ni siquiera modificar el dulce aspecto de su rostro, el mirar tranquilo tras sus espejuelos, la palabra siempre pausada y, aunque firme, sin transmitir dureza.

El ingeniero Bravo siguió, en medio de una audiencia que parecía contener el aliento: . . . *que desde hace varios años no aparecen libros publicados por profesores del Instituto, que la preparación de apuntes y traducciones son raquítics, que los trabajos de investigación son escasísimos y que nuestras publicaciones periódicas obedecen más a la divulgación que a los estudios de fondo; . . .*

La ausencia de estilo retórico transmitía la sensación de estar improvisando, con lo cual, cada uno que escuchaba tenía la impresión de estar siendo recriminado en privado.

Siguió el recuento: . . .*que el movimiento de las bibliotecas es muy bajo y en porcentaje descendente y sobre todo que necesitamos orientar más a nuestros estudiantes hacia la adquisición del conocimiento, hacia la adquisición de la cultura como necesidad espiritual y no desarrollar en ellos ambiciones preponderantemente mercenarias.*

En el décimo quinto año de la vida del Tecnológico el panorama de fondo no se ofrecía muy halagüeño. Pero la demanda seguía creciendo. Al iniciarse el semestre de febrero de 1958 la población escolar era de 3 mil 631 estudiantes: Preparatoria, 662; Contabilidad, Economía y Administración, 629; Agricultura, 165; Ingeniería, 1,160; Ciencias, 38; Técnicos 603; Escuela de Verano, 374; y si se consideraban los alumnos de idiomas en el centro de la ciudad, casi llegaban a 4 mil estudiantes. Los becarios eran 998, de los cuales, 603 correspondían a la Escuela de Técnicos. Del total de alumnos, el 47.2% eran foráneos y el 52.8% de Monterrey; sin tomar en cuenta las Escuelas Nocturnas y la de Verano, con estudiantes de tiempo parcial, la relación de foráneos en estudiantes de tiempo completo era de 60.6%; el Tecnológico mantenía su prestigio extra muros de Monterrey.

El 30 de junio de ese año concluía el tercer lustro de actividades otorgándose 143 títulos profesionales: arquitectos, 12; ingenieros civiles, 18; ingenieros mecánicos administradores, 15; ingenieros mecánicos electricistas, 28; ingenieros químicos, 8; ingenieros mecánicos, 2; maestro en lengua española, 1; ingenieros agrónomos, 21; contadores públicos y auditores, 26; licenciados en administración de negocios, 12.

Al empezar el siguiente semestre, en septiembre de 1958, las cuotas aumentaron: Preparatoria, de \$ 1,579.00 a \$ 1,600.00; Ingeniería, de \$ 1,875.00 a \$ 2,000.00; Contabilidad, Economía y Administración, de \$ 1,775.00 a \$ 1,900.00; Internado, de \$ 3,325.00 a \$ 3,625.00. No obstante, se elevaron las inscripciones hasta 4 mil 228 estudiantes, la población más alta alcanzada hasta entonces. Más de 400, el 10%, eran becarios total o parcialmente, con una erogación de \$ 452,455.00 según colegiaturas en vigor.

Mientras la vida de la institución marchaba entre el vigor de su creciente alumnado y la autocrítica para corregir las deficiencias, el ingeniero Bravo hacía su juego personal. Visiblemente, el proceso se había iniciado en octubre del año

anterior. Los días 7 al 20 se celebró en Monterrey la VI Asamblea Anual del Hierro y del Acero, de la Organización Internacional del Trabajo, y la sede fue el Tecnológico. A la inauguración asistió el Secretario del Trabajo, licenciado Adolfo López Mateos. Concurrieron delegaciones de 21 países.

Después de la inauguración de la asamblea en el salón de lectura mayor del edificio de rectoría, el ministro y el rector conversaron solos cerca de dos horas en la oficina del ingeniero García Roel en la Dirección Escolar.

El ministro resultó candidato a la presidencia y Bravo tuvo trabajando a sus colaboradores más cercanos haciendo estudios que llevaba a México para presentárselos, primero al candidato y luego al presidente electo.

Mientras el rector trabajaba para sí mismo haciéndose su propia campaña, el Tecnológico marchaba bien, pues tenía una organización bien engranada, además de que el ingeniero Bravo no abandonaba su responsabilidad.

Al fin, fue llamado al gabinete.

El 15 de diciembre de 1958 tomó posesión del cargo de subsecretario de Enseñanza Técnica ante el secretario, doctor Jaime Torres Bodet; la subsecretaría era creada por el presidente López Mateos.

Claustro Académico comentaba: *En su deseo de servir al país, el Ing. Bravo Ahuja resulta compelido a interrumpir su vida de estudio y su trabajo académico, pero al hacerlo, hace honor a un alto espíritu cívico y patriótico en beneficio de la comunidad nacional.*

La interrupción la había iniciado antes cuando voluntariamente decidió explorar la política, en la que luego haría carrera, como gobernador de Oaxaca y como secretario de Educación en el sexenio de Luis Echeverría.

El Consejo concedió al ingeniero Bravo licencia por tiempo indefinido para retirarse de la rectoría. Don Eugenio tenía dos ideas sobre esa decisión: que Bravo no se adaptara en un medio tan diferente como el político. . . ; y no sabía quién debía sustituirlo. El plazo permitía que desistiese y, a él, observar a los directivos del Tecnológico para decidir sobre el sucesor en caso de requerirse.

El gobierno del Instituto quedó, oficialmente, en el Consejo y en la Junta de Directores.

EL INTERREGNO

Desde septiembre de 1958 en que empezó a comentarse la inminente designación del ingeniero Bravo Ahuja para un puesto público, en el Tecnológico hubo un gran desconcierto, pues la institución iba a quedar acéfala por más que luego se dijese oficialmente que Consejo y Junta de Directores se harían cargo del gobierno.

Desde enero de 1959 el profesorado esperaba una designación de nuevo rector y todos deseaban que el elegido fuese su propio jefe. Los candidatos aparentes eran los directores, ingeniero José Emilio Amores, de Preparatoria; ingeniero Eliot Camarena, de Ingeniería; licenciado Emilio Guzmán Lozano, de Contabilidad y Administración; ingeniero Fernando García Roel, de Escolar; y licenciado Alfonso González Segovia, de campañas financieras.

Había mucha política, pero el ingeniero García Roel era quien menos encajaba en la eliminatoria, pues se le consideraba un bronco norteño y provenía de familia liberal no identificándose con el medio católico activo y conservador. Además, el encargado de la Dirección Escolar estaba haciendo maletas para disfrutar una beca de la UNESCO de tres meses en Europa, junto con los profesores ingenieros José Ma. López Barañano y Mario Cortés. No sólo había acariciado con ilusión aquel viaje, sino que su esposa trabajó muchos meses como profesora de español en el Consulado de Estados Unidos para comprarle y regalarle una cámara Retina Reflex que registrase los primeros recuerdos de Europa.

La cámara fue adquirida pero no salió de Monterrey, pues García Roel decidió quedarse para jugar en la sucesión. Había detectado interés de parte de don Eugenio para que, sin dejar la Dirección Escolar, se hiciese cargo de una parte

importante de la administración, las finanzas, área muy delicada y nueva para él.

Los demás candidatos a rectores que manejaban la imaginación y el deseo de los profesores, mantuvieron sus funciones, mientras García Roel agregaba a sus responsabilidades el control del presupuesto. Esto, sin proponérselo, significaba poder real, pues los demás directores tenían que reportarle cualquier plan y sus decisiones económicas serles aprobadas.

—Oye, Fernando —le dejaba ir uno de los candidatos al final de algún acuerdo y como restándole importancia—: le aumenté el sueldo al profesor equis porque me pareció que lo merece y lo necesita.

—¿Le aumentaste ya?

—Sí.

—Pero eso tenías que consultármelo antes, como sabes.

—Hombre. . .

—No tenemos previstos aumentos, así que no puedo pagarlo.

—Pero. . .

—Aquí no hay para cubrir ese aumento. . ., si tú se lo quieres dar. . .

Durante 1959, mientras la institución seguía adelante sin tropiezos en su actividad académica, los niveles directivos pasaban por un incómodo período, con el mando dividido, la intriga en acción y una guerra no declarada por tomar posiciones. Pero lentamente se definía el liderazgo, con decisiones inflexibles de quien manejaba el dinero y al que tenía que acudirse, y el apoyo expreso del super rector vitalicio, don Eugenio, al que acudían los inconformes cuando tenían alguna desavenencia con García Roel.

—Si así lo decidió el ingeniero García Roel, así se hace —decretaba don Eugenio con su claro concepto de la autoridad.

Cuando iban a ver al presidente del Consejo, queriendo evitar al señor que desde la Dirección Escolar empezaba a gobernar de hecho, don Eugenio repetía: *Consulte con García Roel.*

Algunas veces acudían telefónicamente y entonces el recordado por medio de secretaria confirmaba su decisión: *Que vea usted al ingeniero García Roel para ese asunto.*

Mientras el año discurría entre amarguras, tensiones,

malos entendidos y consolidación de una naciente autoridad, el licenciado Eduardo Elizondo sugería cinismo al recomendarle a García Roel cómo actuar.

—Mira, compadre, es muy sencillo: tú simplemente finge que funges y finge que finges.

Y tuvo que haber una buena dosis de esa actitud.

Al fin, don Eugenio invitó al ingeniero García Roel para que fuese el segundo rector del Instituto Tecnológico de Monterrey.

Aunque lo deseaba, el designado se encontraba envuelto en la misma incertidumbre que privaba en la institución. Tenía algunas dudas que consideraba importantes. *No quiero sentirme colgado de una sola brocha*, se decía, y por eso tenía pequeñas actividades colaterales que le daban cierta seguridad. Después de sus horas de trabajo en el Tecnológico había dedicado mucho entusiasmo a una laminadora en el vecino municipio de Apodaca, donde participaba como inversionista. Cuando don Eugenio le invitó a la rectoría, le preguntó lo que esperaba de él.

—Le doy la seguridad de que, dentro de límites razonables, tendrá la oportunidad de continuar con esas otras actividades —le contestó seriamente; para luego enfrentarle a la responsabilidad—: usted juzgará hasta dónde no perjudican al Tecnológico.

Sin experiencia política anterior, el elegido pensaba que un rector que fuese empleado al cien por ciento, sería un rector débil respecto de las decisiones fundamentales, vería menguada su autoridad ante los consejeros; en cambio, un rector con actividades colaterales sería fuerte. En su razonamiento no había ningún temor por su posición y autoridad ante los profesores.

Don Eugenio concluyó su aprobación:

—Está correcto —le dijo—; yo todos los días salgo de casa y de ocho a nueve voy a Orión, que no tiene que ver nada con el Grupo VISA —se refirió a una empresa propia no integrada al gran grupo industrial que encabezaba.

García Roel ganaba la primera petición. Ambicioso o previsor, aún quiso saber más.

—Bueno, ¿y por cuántos años es esta designación?

Don Eugenio empezó a esbozar su sonrisa breve.

—Mire, ingeniero, usted puede dejar de ser rector cuando

sucedan una de estas tres cosas: que usted se muera —y la mínima sonrisa adquirió un casi imperceptible matiz socarrón—, . . . con la divina providencia no nos metemos; segundo, que usted renuncie —el matiz de su sonrisa varió a festivo—, . . . ese es su problema, no nuestro; y tercero, que lo corramos. . . —volvió a la suave seriedad de su rostro austero— y nosotros lo correríamos si sucede una de dos cosas, que haga usted una pendejada muy grande o bien que repita una pendejada pequeña.

Al bronco norteño le habían hablado en su propio lenguaje directo. García Roel nunca olvidaría aquella lección importante y serían las mismas condiciones que impondría mucho tiempo después al nombrar vicerrectores.

Fernando García Roel había recibido en 1943 el grado de ingeniero químico en la Universidad Nacional Autónoma de México, concluyendo estudios como el alumno de más alto promedio de su generación. Desde que cursaba el último año trabajó como superintendente de Metalúrgica de México, empresa productora de antimonio y mercurio. Luego marchó a la Universidad de Florida para efectuar trabajo de graduado, adiestrándose para colaborar con su padre que tenía una pequeña huerta en Montemorelos, corazón de la zona cítrica neolonesa; planeaba instalar una empacadora, proyecto que no se realizó porque una enfermedad invalidó a su padre. Tuvo que conseguir una beca y se dedicó a estudiar, mientras trabajaba con el puesto de ayudante de investigación en el Departamento de Química, aunque él se decía un tanto decepcionado, *yo creo que soy el plomero*, pues arreglaba los aparatos del laboratorio. En aquella universidad obtuvo quince créditos de graduado, todos con A, pero le defraudó porque no aprendió más de lo que ya sabía.

En septiembre de 1945, invitado por sus amigos de la época universitaria, ingenieros José Emilio Amores y Carlos Dunhe, llegó a enseñar al Instituto Tecnológico de Monterrey.

Un año después, con sus primeros ahorros fue a Orlando, Florida, a casarse con su novia sonoreense, la señorita Laura Molina Almada que estudiaba cerca de esa población. Ambos sabían que él era *pobre de solemnidad*, como se calificaba sin modestias ni rencores, y decidieron tener un matrimonio barato, con capilla y sacerdote, pero sin fiesta ni invitados.

El recién casado volvió al Tecnológico, ahora acompañado, y solamente estuvo otro año, pues una beca de la Fundación Rockefeller le permitió ir más de un año a la Universidad de Wisconsin donde obtuvo la maestría en Ingeniería Química, con A en todas las materias. Muchos años después esa universidad le reconocería como alumno distinguido y más tarde le otorgaría el doctorado honorífico.

Fernando García Roel volvió al Tecnológico para quedarse. Se entregó a la cátedra vocacionalmente. Sus alumnos repetían: *Nunca falta y nunca llega tarde*. Pero toda regla tiene excepción: una sola vez faltó a la clase de las ocho de la mañana. . . , había nacido su primer hijo. Cuando cinco años después nacería el segundo, su esposa decía alegremente que programaron el parto para que no volviese a faltar y el niño nació a las nueve de la noche.

El profesor ascendió pronto a la jefatura del Departamento de Matemáticas y después a la Dirección Escolar.

En la marejada de opiniones del año 1959, algún profesor aventuraba un diagnóstico: *García Roel es buen candidato. . . , pero lástima. . . , lástima que esté tan loco*. Y otro más profetizaba: *Si llega García Roel a la rectoría, no dura ni un mes*.

Implantando un récord en el medio universitario, estaría en el cargo más de dos décadas.

En enero de 1960 empezaba su gobierno.

LA SEGUNDA DÉCADA

¡Qué barbaridad!, qué fregón era yo para la ingeniería, se sorprendió pensando, mientras apartaba las notas que había releído y le permitieron reconstruir en su memoria los lejanos cursos de graduado que tomara en la Universidad de Wisconsin.

Estaba solo; a nadie comunicaba su opinión. Porque de habérsela expresado a alguien parecería presunción. En cambio, su comentario interior resultó un reclamo.

Sin saber cómo, había sacado de algún cajón aquellos apuntes y disfrutado las manipulaciones matemáticas y las concepciones que en su tiempo debió hacer para resolver problemas de clase.

¡Qué fregón era!, resultaba más que alabanza a su pasado, enojo con su presente. En lugar de tener satisfacción por lo realizado años atrás, sintió desilusión de encontrarse desvinculado de la vibración activa en el área de los conocimientos.

Fernando García Roel pronto se convenció que en la rectoría no podría seguir dando clases. *No hago transacciones con la mediocridad*, dijo a sus íntimos, *así me dedico con todo entusiasmo y sin límite de tiempo a mi responsabilidad de rector*. Sabía que le faltaría tiempo para estudiar y él, como profesor, siempre se mantuvo actualizado en conocimientos; y tampoco podría ocuparse de atender consultas de alumnos. Decidió dejar de dar clases. *Prefiero que con el tiempo los estudiantes del Tec digan, este viejo era un buen maestro*, reflexionaba; y seguía su idea pensando que, en caso de continuar en la cátedra ellos dirían: *pobre viejo rector ahí viene a echarnos su rollo*. Pero le dolió porque sentía una evidente vocación por el magisterio.

Ajeno a la cátedra ejercitada cada día, en su condición de novel rector veía el arribo de profesores jóvenes, algunos con

postgrados de Estados Unidos, y cómo él se quedaba atrás en la actualización de conocimientos.

Teniendo aquella preocupación personal, fue a sus notas de la época en que hacía estudios de graduado y volvió a recordar lo *fregón* que era en las ciencias matemáticas.

Pero la sacudida no quedó en nostalgia ni reproche; sacó algo constructivo. No debían dejar que el Instituto se abandonase. Había que sentar las bases para conservar su único capital, el intelectual, lo que sabían sus profesores.

—El capital intelectual está muy expuesto a devaluarse —expuso ante los consejeros y, en seguida, aportó su solución—: la medida a tomar es la Escuela de Graduados, para que nuestros profesores estudien cursos superiores y realicen investigación.

El asunto se había ya tratado en el Consejo dos años antes, pero sin concretarse.

El Consejo acordó la creación de la Escuela de Graduados en la sesión del 6 de junio de 1960, para iniciar actividades en septiembre.

Las bases fueron:

1. *Ofrecer por ahora únicamente maestrías con duración de los estudios de 2 a 3 semestres para aquellos casos en que los alumnos se dediquen exclusivamente a estudiar o investigar.*

2. *El programa de apertura de los diversos cursos que se sugiere es:*

a. *Maestría en Agricultura, especialidad Parasitología, apertura en septiembre de 1960.*

b. *Maestría en Física, especialidad Electrónica, apertura en febrero de 1961.*

c. *Maestría en Ingeniería Civil, especialidad Estructuras, apertura en febrero de 1961.*

d. *Maestría en Química, especialidad en Química Orgánica, apertura en febrero de 1961.*

3. *Se procurará que los alumnos graduados trabajen medio tiempo como profesores y estudien medio tiempo alargándose el período de estudios de 4 a 5 semestres.*

Se admitirían también alumnos provenientes de otras escuelas profesionales del país.

La Escuela de Graduados era diseñada, primariamente, para ayudar a una mejoría interna de la institución, más que como una contribución al país, al cual le llegaría en forma indirecta. La nueva escuela obligaría al profesor a mantenerse al día.

Cuatro años después, también en el mes de junio, pero del año de 1964 se crearía la Escuela de Graduados de Administración de Empresas, que llegaría a ser muy apreciada en el mundo de los negocios de México. El acuerdo del Consejo fijó: *Operará de 5:00 a 8:00 P.M., para dar oportunidad de que asistan funcionarios de empresas locales. Las bases serán similares a la de la Escuela de Graduados de Ingeniería, Ciencias y Agricultura, y se requerirá para obtener una maestría 30 créditos y un mínimo de un año de residencia.*

Mientras tanto, para el crecimiento de las escuelas profesionales se había decidido en octubre de 1962 que el número de grupos que se abriesen semestralmente en el primer semestre de cada carrera sería: dos de Contador Público, dos de Ingeniero Mecánico Electricista, uno combinado de Ingeniero Químico y Químico Administrador, uno combinado de Físico, Químico y Matemático, uno para las demás carreras.

En abril de 1963 se acordó la compra de equipo IBM *para la creación del Centro de Cálculo Electrónico y el manejo de la administración del Instituto.*

En 1963 se adquirió una importante colección fotográfica del pasado al comprar al profesor Israel Cavazos los archivos de los fotógrafos Sandoval y Lagrange, luego de verificar la existencia en ellos de *un número considerable de fotografías valiosas.*

Paralelo al esfuerzo académico y de acerbos culturales, la gestión de lo prosaico. En mayo de 1960 se decidía proponer a los embotelladores Casa Guajardo, Canada Dry y Bebidas Mundiales la venta por igual de sus marcas en el Estadio del Instituto, solicitándoles a cada empresa donativos anuales de 10 mil pesos. Pero en julio se cambiaba la intención, permitiendo la venta *sin cuota ninguna para ellos.* En el mes de octubre, sin aparente vinculación con estas negociaciones, se recibía donativo de 100 mil pesos de los hermanos Guajardo para formar en la biblioteca la Colección de Economía Hermanos Guajardo. En mayo de 1961, la balanza se inclinaba al fin: el señor Carlos Guajardo donaba un millón de pesos

aplicables al programa de becas del Tecnológico. La respuesta tenía que ser igualmente generosa: *Se acuerda otorgar a la Casa Guajardo, S.A. la exclusividad de la venta de refrescos gaseosos en el estadio en atención a su valiosa ayuda económica.* La operación ventas no concluía. El señor Guajardo ofreció en abril de 1962 otro donativo de 100 mil pesos para construir una fuente de sodas *en el área de Preparatoria* y, por supuesto, Casa Guajardo obtuvo *una carta de exclusiva para la venta de sus productos en esa fuente de sodas por 10 años.* Adicionalmente *se aprueba que se le entregue a Casa Guajardo recibo de donativo.* En el mes de junio, ante nueva propuesta del señor Guajardo de otro donativo de un millón de pesos para la construcción del gimnasio, a cambio de la exclusiva por 10 años en el propio gimnasio y en otros dos locales para el esparcimiento llamados La Carreta y La Choza, el Consejo finalmente temió por el monopolio y decidió: *Se acuerda no aceptar la proposición de don Carlos I. Guajardo de comprar la exclusiva para venta de refrescos gaseosos en el Instituto. El Ing. Fernando García Roel deberá visitar a don Carlos I. Guajardo y explicarle con toda atención que desgraciadamente necesitamos la buena voluntad y simpatía de muchos sectores y con una exclusiva así posiblemente se perdería más de lo que se recibe.*

El año 1963, al cumplir dos décadas el Instituto, un vuelo en avioneta sobre su campus lo mostraba con un vigoroso crecimiento, en medio de una zona semi despoblada de Monterrey: en una superficie de 40 hectáreas tenía 26 edificios, con una inversión de más de 100 millones de pesos.

Pero la antigua Carretera Nacional seguía aún pareciéndolo, a pesar de su calle lateral hacia el poniente, ya pavimentada, y la del oriente sin pavimentar; flanqueado el remedo de avenida por árboles pequeños. Frente al campus, grandes áreas sin usar, ni cultivar ni urbanizar, como esperando pacientemente la lógica del crecimiento. Para el sur se poblaba la Colonia Altavista. Hacia el oriente nadie colindaba todavía formalmente, existiendo algunas construcciones dispersas y la sensación de abandono al no utilizarse el terreno en los frutos que pueda producir ni haciendo en él viviendas.

El año 1963, vigésimo de su vida, el Tecnológico tenía 7 mil 55 alumnos en estudios de Preparatoria, 22 carreras profesionales y 7 cursos subprofesionales: Preparatoria, con

907 estudiantes; Ingeniería, mil 661; Agricultura y Ganadería, 270; Ciencias, 86; Letras, 55; Contabilidad, Economía y Administración, mil 263 en cursos diurnos y 351 en nocturnos; Graduados, 35; Técnicos, 903; Taller, 464; Extensión Cultural, mil 60. Este alumnado era atendido por 342 profesores.

Los alumnos graduados ascendían a dos mil 85.

Las colegiaturas y pensiones que se pagaban al concluir la segunda década eran: Preparatoria, \$ 1,900.00 semestre; Agricultura, Ingeniería, Ciencias, \$ 2,700.00; Contabilidad, Economía, Administración, \$ 2,600.00; Letras, \$ 1,550.00; Técnicos, \$ 150.00; Residencias, \$ 4,725.00.

De entre los miles de estudiantes del Tecnológico, cuatro habían participado en noviembre de 1962 en demostraciones antinorteamericanas frente al Consulado de Estados Unidos en Monterrey. El Consejo del Instituto acordó *poner a estos alumnos como condicionales, sujetos a expulsión inmediata en caso de que originen cualquier otro problema*. Aun siendo numéricamente irrelevante, anunciaba el incidente la problemática de la década, donde la juventud se veía más politizada y las instituciones de enseñanza superior, principalmente las privadas, sorprendidas por una expresión hasta entonces desconocida.

LOS TRASPIÉS

Estimado profesor:

Con el fin de verificar el trabajo de la persona encargada de supervisar la asistencia de los profesores a sus clases, le suplicamos nos indique si es correcta la información por él proporcionada respecto de usted; en caso de ser cierta, por favor explique los motivos para su ausencia.

Y en seguida se enumeraba la lista, larga o corta, de faltas a clase.

En términos parecidos, los profesores de la Preparatoria empezaron a recibir cartas firmadas por el director.

Nadie se tragó el anzuelo. No pretendía verificar el cumplimiento del empleado que pasaba lista a los profesores, sino de llamar la atención de los mismos de manera indirecta.

La responsabilidad del empleado con aquella función era de lo más odiosa y odiada. Por un lado, los profesores con vocación y concientes del cumplimiento de sus obligaciones sentían el desagrado de verle pasar por el pasillo, con sus listas y la mano dispuesta a hacer la anotación. El empleado cumplía con imposible prudencia su cometido, tratando de ser casi un fantasma, pues ni se escuchaban sus pasos. De todos modos, era la función la que no caía en gracia, ya que emparentaba con el espionaje. Y espía se le llamaba. Si los maestros cumplidos sentían la agresión de su presencia, podrá imaginarse el desprecio de los incumplidos, que temían sus reportes.

La institución del espía era casi tan antigua como el Tecnológico y algún profesor la asociaba con la costumbre de los gremios estudiantiles medievales que en las universidades ya verificaban la asistencia de los profesores.

Para algún profesor aquel personaje le movía a la broma macabra, pues cuando fue reemplazado un espía por otro nuevo, interceptó a éste en el pasillo del cuarto piso de Aulas I.

—Perdone. . . —le llegó por atrás.

—¿Sí? —el aprendiz de espía dio un salto y su corazón se aceleró.

—¿Es usted el nuevo encargado de pasar lista a los profesores?

—Sí. . . , sí, profesor —contestó inseguro y alarmado.

—Ah. . . —y el maestro esperó un momento; luego se acercó al barandal y miró hacia abajo; volvió al espía y con el índice en amenazador y festivo bailoteo le dijo—: pobrecito. . . , el otro empleado. . . , el anterior a usted. . . , se cayó desde aquí. . . —y regresó al barandal, se inclinó hacia abajo un poco y luego continuó su camino, no sin antes desearle suerte en su difícil trabajo.

Ahora el director de la Preparatoria iniciaba una extraña operación de investigación con la tortuosa idea de espiar al espía, lo cual nadie creyó y muchos rechazaron.

Algún profesor ofendido, en la primera carta recibida contestaba que era verdad el reporte sobre su ausencia a cierta clase y como explicación agregaba: *estaba en el excusado*.

Pero la mayoría cogía las cartas y las arrojaba en el cesto de la basura.

Con medidas como aquélla se percibía un nuevo estilo administrativo que no descansaba en la confianza hacia los profesores y que a éstos molestaba. El malestar sin ser general, resultaba palpable en el mal ambiente, los comentarios agrios y una actitud permanente de estar en guardia esperando la siguiente agresión.

En esa atmósfera, un profesor del Departamento de Humanidades marchaba algún día entre edificios cuando vio venir a un compañero recientemente contratado. Le pareció algo pálido. Ambos se detuvieron.

—Hola.

—Hola, cómo estás.

—Pues, ahí. . .

—¿Qué pasa?

—Nada. . . Vengo de ver al rector.

—Por qué.

—Es que necesito un aumento de sueldo.

—¿Y te lo concedió?

—No me dijo nada. Sólo abrió un cajón, sacó un papel,

me lo puso enfrente y me dijo: mire, éste es el déficit del Tecnológico.

—Pero. . . , pero eso del déficit no es tu problema, será de él.

—Pues, sí.

—¿Y qué le dijiste?

—No se me ocurrió qué más decirle. . . Me salí.

Las cosas a veces no convencían a ciertos profesores o, sin ser del agrado de todos, eran sólo unos cuantos los que se quejaban. Como el profesor de media planta que al concluir el semestre y entrar a vacaciones de verano recibió solamente el cheque correspondiente al mes de julio.

Acudió al jefe de su departamento y le expuso el problema. Le ofreció tenerle una explicación, pues él no sabía por qué le daban solamente un mes de los dos de vacaciones.

Cuando el profesor regresó, el jefe mostraba una amplia y tranquilizadora sonrisa.

—Ya me aclararon el asunto. Se te entregará el sueldo de agosto en diciembre, como gratificación de Navidad.

El profesor no sabía qué era más sorprendente, si la decisión que le comunicaba o la conformidad de su jefe.

—Pero qué te pasa —reclamó el profesor—. Yo también como en agosto y mi mujer y mis hijos. No vamos a esperar a diciembre para tomar entonces los alimentos de agosto.

El jefe, por supuesto, no podía hacer nada.

El profesor llevó su queja al área de finanzas porque era el mismo sujeto que había escuchado de su compañero de labores la respuesta del rector acudiendo al déficit del Instituto. Unos días después el Director del Departamento Escolar le pidió fuese a su oficina. Le recibió con cara de pocos amigos y el cheque.

Cuando salía el profesor, el funcionario le espetó:

—Y la próxima vez que tengas un problema de esta índole empieza planteándomelo a mí.

El profesor regresó unos pasos.

—No sé. Quizás vuelva a utilizar la misma vía, ya ves cómo ésta sí da resultado. Buenos días.

Quizás las molestias de algunos profesores con la línea aparentemente dura de la administración era derivada de su excesiva sensibilidad o de recordar tiempos recientes en que se había utilizado trato diferente. Probablemente mientras el

nuevo rector realizaba dolorosamente el aprendizaje en su nuevo cargo, ciertas áreas de la institución tuvieron cabezas entre incompetentes y tontas; de hecho, empezaba a ser cada vez más difícil contar con todas las autoridades apropiadas considerando que el crecimiento continuaba.

En los choques inevitables habría que considerar el inicial estilo del ingeniero García Roel de bronco norteño no acostumbrado a adornar palabras y decisiones; estilo que, genio y figura, no modificaría del todo con los años, aunque sí iría explorando cada vez con más éxito las sutilezas de la diplomacia. Difícil empresa la de su empresa, pues aquella no era empresa como las demás, ya que una institución educativa está formada por personas que, al menos en sus especialidades, se regocijan un poco en la creencia de ser genios. Entre la falta de comunicación apropiada para que los profesores conociesen las razones de algunas decisiones que les afectarían, la aplicación de políticas como la engañosa de espías espías, y esa certeza de muchos profesores sobre la capacidad de ellos para manejar la institución, la relación tuvo algunas fricciones.

Pero el hombre en el timón estaba decidido a aprender y, convencido de que la marcha dependería de todos, iba procurando que el espíritu de equipo fuese una realidad operante, que conjugase ideas y esfuerzos.

—El trabajo de equipo es nuestra fuerza —repetiría el rector muchas veces.

Equipo que, equivocándose, iría depurándose.

¡VÁMONOS FUERA!

—Vámonos fuera de Monterrey —le había propuesto García Roel a Bravo Ahuja cuando éste era aún rector en las postrimerías de los años cincuenta.

Bravo Ahuja escuchó entonces a su colaborador pero sin interesarse por su planteamiento.

—Tú sabes que todas las organizaciones que no crecen es difícil evitar que su calidad baje —argumentó García Roel con apasionamiento—. Si no crecen, los que trabajan en la organización se desalientan porque tampoco pueden crecer.

—Tras sus espejuelos, la mirada tenía tanta convicción como sus palabras; se puso de pie para ayudarse en la exposición recorriendo vivamente el pequeño espacio del despacho del rector—: Se van los buenos porque no hay oportunidades, ese es el resultado.

Bravo Ahuja atendía las sugerencias y aquélla no la iba a desechar sin antes escucharla, pero tenía otros planes. Estaba decidido a construir un tipo de escuela superior en Monterrey como las mejores de Estados Unidos y daba los pasos en ese sentido. Sólo que el crecimiento seguía y sus riesgos no estaban previstos; por eso García Roel tenía su propuesta.

El colaborador siguió el razonamiento:

—El Tec ya no debe crecer en Monterrey porque tiene suficientes alumnos aquí, con un setenta por ciento de muchachos de fuera y apenas un treinta por ciento con sus padres viviendo en Monterrey. Creo que los patrocinadores, personas y empresas, no van a poder seguir dando dinero para crecer al ritmo de la demanda.

Bravo Ahuja sabía, por los problemas financieros permanentes de la institución, que esa predicción era cierta.

—Además —continuó García Roel—, al crecer indefinidamente en un lugar se corre el riesgo de volverse muy buro-

cráticos, muy ineficientes —se detuvo ante el escritorio del amigo rector y le miró fijamente—: siempre empiezan a jugar intereses ajenos a la institución y no es sano. . . lo vemos en algunas universidades del país.

García Roel no estaba descaminado al pensar que si el Tecnológico iba a otras partes encontraría muchachos dispuestos a estudiar con ellos, puesto que tenían muchos foráneos en Monterrey y sabían que miles más preferirían no salir de sus regiones, pues sus padres no podían pagar a la vez colegiaturas y sostenimiento en Monterrey. Al abrir escuelas en diversas poblaciones del país serían más los deseosos de estudiar en el Instituto que se quedarían en sus lugares. Podía esperarse algo más también de interés: se conocía el bien que el Tecnológico había hecho a Monterrey y muchos padres pensarían que sería útil que aconteciese algo similar en sus regiones.

Era de suponerse una recepción positiva y al Tecnológico en Monterrey se le libraría de los males que se derivan del gigantismo al que parecía condenado si no encontraban pronto otra alternativa.

Pero Bravo Ahuja no vibró con la idea.

Recién designado rector, el ingeniero Fernando García Roel la llevó al Consejo. Desde el principio dejó claro que se iría afuera para reunir en cada población interesada el dinero que se requiriese; el proyecto no fue concebido como más carga económica para las empresas regiomontanas. El dinero era escaso en Monterrey. El dinero que llegase a dar alguna de sus empresas sería proporcional a los negocios que tuviese en cada región.

Don Eugenio se interesó desde que escuchó el plan.

—Váyase a buscar socios donde usted quiera —alentó al nuevo rector—. A ver si tiene alguna novedad para cuando yo regrese de Europa.

Mientras don Eugenio empacaba para tomarse unas vacaciones, García Roel se metía de lleno a demostrar la validez de su idea del crecimiento para el Instituto.

Tomó como premisa que un treinta o treinta y cinco por ciento de los alumnos provenían del norte de la república. Seleccionó la costa del Pacífico. Además ahí había varios de sus antiguos alumnos que creía podrían apreciar el proyecto.

En un primer viaje informal sondeó los mercados de Sina-

loa, Sonora y Baja California; hasta incursionó brevemente en Ciudad Juárez, Chihuahua.

En Sinaloa se entrevistó principalmente con exalumnos del Tecnológico y de preferencia vio a quienes fueron sus alumnos. No detectó un interés fuerte y decidió que potencialmente no ofrecía buenas posibilidades.

En Sonora visitó al rector de la Universidad, su amigo Luis Encinas. Se opuso porque no le simpatizaba la idea de instituciones educativas dependientes de otras partes de la república; ¿celos regionales?, ¿desconfianza a una institución auspiciada por la iniciativa privada?

García Roel continuó hacia Baja California.

En Tijuana buscó a su alumno el ingeniero químico Rafael Balderrábano, con quien conversó extensamente e hizo una breve gira a Tecate y Mexicali; en la primera población Leandro Leal Marroquín, gerente de Cervecería Cuauhtémoc, le expuso su amplio conocimiento de la región y en la segunda se entrevistó con Norberto Corella. Dialogando con los tres orientadores pudo concluir la conveniencia de ver al licenciado Ignacio Arturo Guajardo.

Mientras iba sintiendo el interés de los bajacalifornianos, confirmaba García Roel la nota que don Eugenio le había enviado antes de salir a Europa, con la copia de una carta de Leal Marroquín a su hijo Alejandro Garza Lagüera en que le informaba sobre el interés de varios empresarios de la península de que se constituyese allá una institución similar al Tecnológico de Monterrey.

García Roel invitó al licenciado Guajardo a visitar el campus en la capital neolonesa y le propuso el trasplante del Tecnológico a Baja California, lo cual aceptó.

Pero don Eugenio se opuso.

—No, no, no. . . —se defendió el presidente del Consejo—. Si vamos con nuestro nombre no nos darán dinero y le va a tocar a Cervecería, que tiene planta en Tecate, cargar con el paquete.

—Pero es que. . . —García Roel trató de ampliar sus razones.

—Mire, ingeniero —completó don Eugenio—, yo sugiero que no llevemos allá el nombre del Tecnológico y que nuestra participación sea sin el control absoluto.

En desacuerdo, García Roel continuó el plan. La modificación del proyecto sólo afectó al nombre, pues fue organizado por el Tecnológico y los primeros años dependió de él. Se llamó Centro de Estudios Técnicos y Superiores, conociéndose más familiarmente desde su origen por las siglas CETYS.

El año de 1961 se organizaba la asociación civil Instituto Educativo del Noroeste con sede en Mexicali, presidida por el licenciado Ignacio Arturo Guajardo y el Tecnológico envió como rector del CETYS al ingeniero Fernando Macías Rendón. El segundo rector, doctor Félix Castillo, también sería propuesto por el Instituto Tecnológico.

La vida de la primera experiencia foránea empezaba tan modestamente como había sido el origen de la institución regiomontana, en locales rentados mientras se construía su propio edificio.

Durante algún tiempo, hasta que el CETYS lograra su autosuficiencia económica a través del sistema de rifas, que tanto éxito había tenido en Monterrey, el Instituto le dio un subsidio anual de 325 mil pesos.

El ingeniero García Roel viajó a Mexicali cada quince días y trabajaba en aquella naciente institución un día completo.

La fórmula de crecimiento se había echado a andar. No con la idea original completa. Disociado el hijo del nombre paterno, pero vinculado hasta que probase cierta madurez. En cualquier forma, como ejemplo a observar sería válido.

El tiempo diría lo demás.

¿Qué pasaría mientras tanto en Monterrey? Era tan original la solución al crecimiento que podría entrañar graves riesgos. ¿Restaría energías al Tecnológico? Su rector, viajando a Mexicali, ¿no descuidaría la institución matriz?

Al iniciarse parcialmente la expansión exterior, García Roel creía que dejar Monterrey no afectaba la organización y la marcha, pues existía una planeación básica, las funciones y los detalles de la actividad diaria estaban delegados y podía mantener la supervisión de la institución.

Mientras tanto el Tecnológico continuaba su crecimiento razonado en Monterrey sin entorpecerse. El alumnado siguió llegando, las campañas financieras se mantenían operando, las construcciones aumentaban.

El rector no tenía ninguna inquietud y, en cambio, presentía un brillante panorama.

Esperaría la oportunidad para poner en marcha su visión del crecimiento bajo un solo nombre, una única responsabilidad académica y un prestigio común.

SIN PERDER EL HUMOR

El doctor en físico-química ni siquiera se anunció. Irrumpió en el despacho del nuevo rector, ingeniero García Roel, cuando éste apenas tenía dos o tres días de haber recibido la designación.

García Roel no se repuso de la sorpresa en seguida y, aunque el procedimiento le parecía impropio, contuvo su comentario porque el profesor llegaba muy exaltado.

—Ingeniero —empezó con titubeante voz—, ingeniero. . . —aspiró profundamente y, al fin, gritó—: ¡hay un leproso en el Instituto!

—¿Qué? —indagó intrigado y divertido el novel rector.

—¡Y en mi clase, ingeniero. . .! En mi clase —concluyó y se derrumbó en el sillón que estaba junto al escritorio.

García Roel intentó comportarse como experto siquiatra y, con acopio de fuerzas y de serenidad, y afectando una voz amable y comprensiva, le pidió que se calmase e intentara darle la mayor información posible sobre el alarmante caso para ponerle inmediato remedio y evitar una epidemia.

Antes de las vacaciones navideñas el profesor había encargado un trabajo a sus alumnos para que lo entregasen el primer día de clases del mes de enero. Lo que acababa de suceder es que uno de los muchachos, luego de colocar su trabajo en el escritorio le acercó otro más que cogía con unas pinzas.

—Este es el trabajo de Villarreal —y lo dejó cuidadosamente.

—¿Bien? —inquirió inquieto el profesor.

—El no pudo regresar a clases.

—¡Ah! —trató de comprender, más aliviado, sin dejar de ver aquellas hojas que el alumno no había tocado con sus manos.

—Villarreal no vino porque tiene lepra.

El profesor perdió el equilibrio emocional. Sin medir el riesgo inmediato decidió una solución drástica. Tomó el trabajo, lo arrojó al piso y le prendió fuego. Mientras la higiénica inquisición se consumaba, los alumnos contenían la explosión de su risa.

El rector-siquiatra trató también de no lanzar una carcajada. Frente a él estaba un doctor muy serio a quien acababan de tomarle el pelo y no era prudente decírselo de golpe.

Poco a poco se le fue explicando que aquel muchacho que no volvió a clases luego de las vacaciones de Navidad había sido atendido por el médico del Instituto de un acné agudo.

La inventiva para divertirse seguía siendo muy fecunda entre los estudiantes que vivían y actuaban la segunda década del Tecnológico, manteniendo la continuidad en el humor a través de las generaciones de jóvenes que iban pasando por sus aulas.

Unas veces los profesores eran objeto de las alegrías juveniles y otras estas manifestaciones les ponían en condiciones embarazosas, como le sucedió al profesor que exponía con todo entusiasmo la clase en aquel día de fuerte viento. Su voz competía con el aullido que se colaba por los resquicios de puerta y ventanas.

De pronto, en sucesión simultánea se desprendió una ventana de cartera y golpeó en el hombro a la muchacha que estaba junto a ella. A pesar de la proximidad el impacto tuvo que ser doloroso, pues el marco era metálico.

Con el golpe seco se escuchó un leve lamento de la chica.

—¡Ay! —que trató de ahogar por la pena de quejarse ante sus compañeros, todos varones.

Lo que siguió tuvo una secuencia endemoniadamente vertiginosa.

—¡Aaaay. . .! —corearon varios con aviesas intenciones de burla.

Instantáneamente se desató breve alboroto.

Todo sucedía a la vez: el accidente, la queja, la burla festiva, el murmullo.

El profesor tuvo ante sí un problema complejo en el cual la muchacha llevaba la doble carga del dolor y del ridículo. El profesor, tan simultáneamente como los acontecimientos, deseó distraer al grupo hacia cualquier otro foco de atención.

Gratuitamente le llegó la salvación: desde el fondo del salón un alumno le decía algo, que no se podía escuchar por el barullo.

—Dígame, Alejandro —elevó su voz el profesor.

Mágicamente, volvió el silencio.

El alumno repitió:

—Que si se vale una sobadita.

Otra vez, todo simultáneo: risa masiva, el chasquido de los dedos del profesor y su señal de que abandonase el salón. . .

Al pasar junto al escritorio, Alejandro entre serio y aún divertido, inclinó la cabeza:

—Perdone, maestro —suplicó.

El profesor apreciaba su ingenio.

Las bromas eran las más de las veces espontáneas e improvisadas, pero algunas tenían cuidadosa y macabra elaboración.

Un grupo de muchachos, conversando en el café, lanzó la valentónada y apuesta de que entrarían al Colegio de las Damas.

—¡Están locos!

—Sí cómo no. . . ¡van a poder!

—Ni de chiste.

—Muy machitos, ¿no?

Después de cualquier guarnición militar en tiempo de guerra, el Colegio del Sagrado Corazón, conocido familiarmente como de las Damas, se podía considerar invulnerable.

Era, había sido por varias generaciones, la escuela en donde se educaban las niñas y jóvenes de las familias importantes de la ciudad. El edificio mismo, sin parecer fortaleza, tenía aspecto de prisión, que para la intención de los muchachos era lo mismo. Lugar que sólo era profanado desde el exterior por las serenatas de los enamorados cantando a las chicas que permanecían internas. Al final de las horas de clase, cuando las muchachas de Monterrey regresaban a sus casas, las dos calles frente a las que se encontraba el adusto edificio se convertían por unos minutos en fiesta de la amistad, el coqueteo y las manos entrelazadas.

Pero. . . , ¿saltarlo?. . . , ¿entrar al colegio?. . .

Los confabulados se prepararon. Su acción emparentaba con las películas de intriga. Hasta había cómplices, pues

asociaron a algunas amigas alumnas del colegio para que ayudasen adentro si hacía falta.

Mientras tanto, los apostadores que no entraban a la aventura seguían con interés y sigilo el plan.

El día señalado, dos muchachos, vestidos de viejas enlutadas lograron penetrar al recinto. Ganaban la apuesta.

Pero la emoción los fue excitando. No salieron de inmediato, sino que pasearon por pasillos y salones y hasta conversaron furtivamente con sus cómplices.

Envueltos en la emoción, ya no se detuvieron. Les pareció poco no ser descubiertos, así que se quitaron los disfraces frente a las mismas religiosas.

Primero fue el horror ante la violación del claustro y, con una rápida reacción, las monjas se indignaron y lanzaron un efectivo contraataque expulsándolos a escobazos, envuelta la operación en gritos y alarma general.

—Ingeniero —se escuchó a la secretaria del rector por el auricular—: le llama la madre superiora del Colegio de las Damas.

—Sí, gracias. —Un momento después, la saludaba ajeno a la tempestad—: buenos días, madre, dígame en qué puedo servirla.

—Ingeniero. . . , ingeniero. . . —la religiosa intentaba mantener la ecuanimidad—: unos muchachos del Tecnológico han entrado al colegio. . . disfrazados. . .

García Roel apenas pudo contenerse. Mientras su rostro denotaba el regocijo que le causaba la pillería, procuraba seguir escuchando los detalles que describía la superiora.

— . . . es un atropello imperdonable, ingeniero. Exijo un castigo inmediato, ejemplar.

—Sí, madre, sí, tiene usted razón —el rector trataba de tranquilizarla, pero de hecho continuaba disfrutando la inocente broma y la magnitud de la audacia de los muchachos—. Esto no puede quedarse así. Tomaré cartas en el asunto inmediatamente. En cuanto los muchachos sean identificados, y estoy seguro que lo haremos muy pronto, se les expulsará. Tiene toda la razón, madre; por supuesto. . . , claro. . . , naturalmente. . .

Al colgar el teléfono, al fin pudo lanzar las carcajadas contenidas. Frente a él, el licenciado Alfonso González Segovia creía haber captado los rasgos principales del incidente.

—Oye, Fernando —le increpó cuando ya se reponía de su ataque de risa—, pero ¿de veras expulsarás a los muchachos? ¿No crees que un asunto tan delicado debe meditarse? Oye, la medida de expulsión amerita conocer todos los detalles.

García Roel volvió a su habitual compostura.

—No te acongojes —le contestó tranquilamente—. Ya verás que la madre superiora se raja. Al rato me vuelve a hablar. . . yo sé lo que te digo.

Acertó.

Antes de dos horas, volvía a escuchar a la religiosa por teléfono:

—Pues, pensándolo bien. . ., creo que no es para tanto. . ., quizás me precipité. . ., la expulsión puede ser demasiado rigurosa. . ., si son buenos estudiantes, pues, déles una regañadita. . .

EL PRIMER CUARTO DE SIGLO

En la segunda mitad del año 1965 el Instituto manejaba un ambicioso proyecto de construcciones y equipamiento por 37 millones 349 mil pesos, en el que participarían el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) con el cual la rectoría hacía gestiones para obtener un préstamo por un millón de dólares (12 millones 500 mil pesos), la Fundación Ford que daría 5 millones 516 mil pesos y el propio Tecnológico con 19 millones 333 mil pesos de la inversión que serían cargados a *gastos ya hechos, donativos ya obtenidos o que han de hacerse con presupuesto normal de 1965 a 1968, o extraordinario ya aprobado.*

El proyecto contemplaba construir el gimnasio; construir y equipar un nuevo edificio para la Escuela de Ingeniería; construir y equipar una nueva biblioteca, *que prevé las necesidades del Instituto en 30 años, en cuatro pisos. . .*; construir, equipar y comenzar a operar la Estación de Biología Marina y Tecnológica de Alimentos en Guaymas, que se consolidaría en el año 1967; y *reforzar fuertemente* a las escuelas de graduados.

Definitivamente, el inicio de la aventura de expansión hacia el exterior no estaba frenando el crecimiento en Monterrey. Al año siguiente *se acordó como política a largo plazo que la Escuela Preparatoria del Instituto se desplace a otra área de la ciudad. Para esto en lugar de futuras construcciones de edificios de aulas* (en el campus principal), *deberá programarse el absorber el edificio actual de la Preparatoria para las escuelas profesionales.*

Y un año después, en agosto de 1967, se aceptó el anteproyecto *en los terrenos de Loma Larga*, con una extensión de 4.45 hectáreas y que se adquirieron ese año a \$ 35.00 metro cuadrado, gracias a la generosidad de la señora Concepción

Montemayor Vda. de Riestra, que los vendió al 50% de su valor.

En paralelo con una nueva concepción del crecimiento físico se planteaba la reorganización jurídica, pues el 18 de octubre de 1967 *se acuerda presentar a la Asamblea de socios de EISAC (asociación que venía auspiciando al instituto desde su fundación) del próximo 6 de noviembre la solicitud para que se autorice al Consejo a estudiar y resolver y constituir, si se juzga recomendable, una asociación civil para el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. Igualmente se acuerda solicitar a la Asamblea que se autorice al Consejo a ceder a esta asociación civil, si el Consejo acuerda formarla, la parte de los activos de EISAC necesaria para que continúe siendo posible la operación del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.*

Aun estando inmersos en grandes proyectos no se perdían de vista incidentes que pudieran considerarse menores como el haber solicitado a Casa Madero, S.A. un donativo de 500 mil pesos *en compensación por haber contratado a los licenciados Eduardo Hovelman y Abiel J. Cantú, que fueron entrenados por el Instituto en Estados Unidos;* y se atendían también peticiones igualmente menores, como el otorgar al profesor Pedro Reyes Velázquez pensión de dos mil pesos mensuales de septiembre de 1965 a enero de 1966 para que pudiese asistir como diputado a las sesiones del Congreso de la Unión, y un año después por el mismo motivo se le otorgaba sueldo de cuatro mil pesos durante otro semestre de ausencia; y a la viuda del señor Enrique Leal, que había sido Jefe de Personal, se le otorgó una pensión de mil pesos mensuales durante cuarenta y ocho meses.

La década de los sesenta, particularmente en su segunda mitad, estaba ofreciendo un panorama general de rebeldía en el mundo. Las ideas y el conocimiento de las inquietudes generadas en Europa y Estados Unidos, iban penetrando la razón y la sensibilidad de los universitarios mexicanos. Como anuncio de peores enfrentamientos, en mayo de 1966 el Instituto padeció una agitación estudiantil de nuevo signo, donde se percibía el deseo participativo.

El 6 de junio, el Consejo determinó el sentido de la respuesta que se daría a la Federación de Estudiantes del Tecnológico (FETEC). En el acta de la sesión se anotó:

La petición presentada por la Federación de Estudiantes del Tecnológico respecto a la intervención estudiantil en el proceso de toma de decisiones fue sometida a la consideración de los profesores, autoridades académicas y consejeros del Instituto, los que llegaron a las siguientes conclusiones:

- 1. Se reconoce que la intervención de los estudiantes en la solución de los problemas en el Instituto es benéfica si se mantiene dentro de los límites del derecho de queja y del derecho de hacer recomendaciones y sugerencias.*
- 2. La solución de los problemas del Instituto es atribución exclusiva de los profesores, las autoridades y el Consejo.*
- 3. Se recomienda que se perfeccionen los canales de comunicación entre alumnos con profesores y autoridades, sobre todo a nivel departamental.*

Atendiendo a la recomendación anterior el Instituto establecerá próximamente sistemas más formales y expeditos que permitan una mayor corriente de información para que los alumnos y sus representantes den a conocer sus puntos de vista, sugerencias y presenten sus quejas.

El malestar estaba ahí. La autoridad atendía las primeras manifestaciones de conflicto. Se ofrecían cambios. ¿Llegaron a plasmarse?

Año y medio después de aquel cordial enfrentamiento, en diciembre de 1967 la FETEC había insistido en *hacer cambios en el calendario escolar* y los directores del Instituto dieron una *doble negativa* a esa solicitud; el Consejo *ofreció un voto de confianza y respaldo a las autoridades del Instituto.*

Todo parecía seguir bajo control y resolverse a la usanza tradicional en una institución privada.

Durante esos años iniciales de la tercera década de vida del Tecnológico, las cuotas, como el costo de la vida, seguían su aumento a un ritmo lento aún. Para 1965-1966 el semestre de Preparatoria tenía un costo de \$ 2,000.00 y en Ingeniería, Ciencias y Graduados de \$ 3,100.00; para 1966-1967 Preparatoria \$ 2,200.00 e Ingeniería \$ 3,400.00; en 1967-1968 Preparatoria \$ 2,400.00 e Ingeniería \$ 3,750.00; y en 1968-1969 Preparatoria \$ 2,600.00 e Ingeniería \$ 4,100.00.

Con novedosa visión, en junio de 1962 se concibió el proyecto Educación Futura que, en resumen, consistía en lo siguiente:

- a) *Ofrecer un plan para que exalumnos del Instituto, principalmente, reunan mediante aportaciones en un plazo largo de varios años un fondo que se aplique en el futuro para pagar parte o toda la colegiatura y/o residencia de sus hijos.*
- b) *Ofrecer la seguridad de que si el hijo satisface las condiciones de ingreso, se le dé preferencia.*
- c) *Ofrecer una reducción de cuotas para las colegiaturas vigentes, proporcional a cantidades aportadas y tiempo de adelantado.*
- d) *El Instituto se beneficiará con el diferencial entre intereses obtenidos del manejo del fondo y la reducción concedida.*

El 15 de julio de ese año, para celebrar el primer cuarto de siglo de vida del Tecnológico se decidieron varios eventos en un día solemne, el 7 de septiembre: Misa para socios de EISAC, directivos y jefes del Instituto, profesores, estudiantes y empleados; ceremonia conmemorativa en un teatro de la ciudad, por las mismas personas y autoridades civiles y educativas de la ciudad; banquete para socios de EISAC, profesores, patrocinadores y colaboradores del Instituto, autoridades y representantes de los alumnos; y convivencia de maestros y alumnos en el gimnasio del Instituto.

Desde enero de 1966 observaba de cerca el discurrir de EISAC y del Instituto un nuevo miembro del Consejo de la asociación civil, el señor Eugenio Garza Lagüera, hijo mayor de don Eugenio y quien siete años después le sucedería en la responsabilidad de presidente.

AL MAR

Fernando García Roel pegó el rostro largamente a la ventanilla del avión, deslumbrado por el esplendor azul brillante del Golfo de California. No solamente disfrutaba aquella belleza que se ofrecía interminable, sino que sus retinas aún no lograban apartar el doloroso recuerdo inmediato anterior de la aridez del desierto, también interminable, del norte mexicano.

Luego de largo rato de contemplación volvió a recostarse en el asiento.

—Oye, Laurita. . . —llamó a su mujer, manteniendo una expresión ausente.

—¿Sí?

—¿Te imaginas la riqueza que México tiene en sus mares? —y volvió a incorporarse, acercándose otra vez a la ventanilla; su visión, más que estética había sido práctica y de ello le habló—. Es una pena que no se haga más por explorar y explotar esta riqueza. Debe haber una forma de hacerlo. . .

Su rostro permaneció nuevamente vinculado al paisaje marino con ventanilla y miles de metros de por medio.

El matrimonio iba hacia Mexicali, en uno de aquellos repetidos viajes para supervisar la marcha del CETYS, el instituto generado en el Tecnológico y vinculado sólo parcialmente con él desde su infortunado bautizo.

—¿Y si el Tecnológico pudiera entrar en ese campo? —el rector tenía un rato de haberse referido a la riqueza del mar, pero su esposa y compañera no necesitaba que le recordase el asunto sobre el que su cabeza seguía maquinando—. Si el Tecnológico tuviera una nueva carrera. . . ¿Te imaginas si nos aventáramos con una escuela de ciencias marítimas?

De vuelta en Monterrey, García Roel, en compañía de don Eugenio y el licenciado Virgilio Garza Jr. fueron a ver a don Carlos Guajardo para tratar sobre un donativo para el

Instituto. Luego de la reunión y como no era demasiado tarde, el licenciado Virgilio les invitó a su casa para que escuchasen música en una nueva grabadora de cinta que acababa de comprar.

Ya en la sala de la casa del consejero del Tecnológico, la música, en apropiado volumen, permitía conversar.

En algún momento, García Roel introdujo su ilusión:

—Ahora que he tenido que viajar frecuentemente a Mexicali, cruzando el desierto, viendo esas extensiones que parecen no tener fin y pensando en el crecimiento de la población del país, muchas veces he considerado la necesidad de buscar alimentos fuera de una tierra que se muestra avara. . .

Don Eugenio y el licenciado Virgilio le escuchaban sin denotar especial emoción; realmente resultaba difícil competir con Bach.

— . . .creo que debemos buscar con mayor empeño el alimento del mar y el Tecnológico puede colaborar abriendo una escuela de pesquería.

La música había sido excelente, la grabadora con una alta fidelidad, pero su idea flotó huérfana por la estancia sin recibir adhesión o rechazo. El rector salió molesto, aunque sin manifestarlo.

Varios días después debió atender con don Eugenio algunos asuntos.

—Oiga, ingeniero —de pronto don Eugenio salió del contexto de lo que trataban—, a propósito de lo que nos dijo usted el otro día, he estado pensando en la carrera de pesquería.

Según costumbre, don Eugenio en ocasiones parecía que dejaba ir las ideas, pero si le interesaban las registraba, analizaba y luego las comentaba. El proyecto de García Roel lo había captado completo y se dedicó a digerirlo.

—Es un proyecto interesante —concluyó, dando con ello su aprobación para que empezase a realizar los estudios necesarios.

El rector esta vez dejó el despacho del empresario saboreando lo que tenía por delante: una nueva carrera y, lo que resultaba especialmente importante, la oportunidad de continuar su frustrado intento de salir de Monterrey. *Esta no me la van a quitar*, se dijo, y ya no la propuso como una escuela en otra parte, sino como carrera del Tecnológico, cuyos

primeros años se estudiarían en Monterrey y los últimos afuera. Se preservaría así el nombre y la administración del Instituto.

Como toda nueva carrera, tenía que trazarse un camino crítico y se programaron ciento ochenta actividades de análisis y estudio por grupos: actividades del plan de estudios, de búsqueda del profesorado, de obtención de recursos económicos, de selección del puerto, del aspecto legal, etc.

Inicialmente se pensó en Biología Pesquera. Empezaron a buscar profesores en varias universidades norteamericanas, Washington, Texas y Miami; en ésta se encontró un candidato, Henry Schafer, a quien le faltaba poco para concluir el doctorado. Fue contratado.

Mientras tanto, se hacían estudios sobre el mercado de trabajo para los biólogos pesqueros. El Instituto consideraba una gran responsabilidad iniciar nuevas carreras procurando que los graduados encontrasen trabajo en esas especialidades. El estudio reportó que la carrera tenía poco mercado y que las nuevas empresas pesqueras requerían recursos cuantiosos. Entonces se buscó con cuál carrera asociarla y se combinó con Tecnología de Alimentos, desconocida en México.

Había que contratar a alguien más para este aspecto y se interesó al profesor del Instituto Francisco del Valle, con ingeniería y maestría en Ingeniería Química por el MIT. El Tecnológico lo becó para que obtuviese en el mismo acreditado instituto de Boston la maestría y el doctorado en Tecnología de Alimentos.

Para escoger puerto se fijaron cuatro factores: que estuviera frente a un mar con recursos muy satisfactorios, para hacer investigación y practicar pesca; colocar la escuela cerca de un barrio residencial, pues no tendría dormitorios; que tuviera comunicaciones apropiadas para llegar y salir de él; que el proyecto fuese visto con simpatía por los sectores privados y gubernamental.

Mientras se iniciaban las clases de la nueva carrera en Monterrey, se empezaron a estudiar varios puertos: Matamoros, Tampico, Veracruz y Ciudad El Carmen, en el Golfo de México; Ensenada, Mazatlán y Guaymas, en la costa del Pacífico.

Mazatlán parecía el lugar más conveniente. García Roel tuvo una reunión con exalumnos, quienes se entusiasmaron

con el proyecto. Pero el gobernador no mostró ningún interés y no se dieron facilidades.

En Sonora hubo más simpatía. Era gobernador Luis Encinas, quien siendo rector de la Universidad se había opuesto al establecimiento del proyecto anterior. Ahora estaba interesado y propuso que la nueva escuela se hiciese en asociación con el gobierno.

García Roel le mandó un recado:

—Díganle que no creo en las misas de dos padres. Que le sugiero pongamos nosotros nuestra escuela y la Universidad de Sonora la suya. Soy un convencido de que la competencia hace las cosas mejores.

Al gobernador le agradó el reto y la Universidad instaló una estación de investigación pesquera en Puerto Peñasco.

Decidido el Tecnológico por el puerto de Guaymas, el gobernador avisó al alcalde, señor Enrique Ramonet, que le visitarían.

A él se presentaron el rector y el doctor Schafer.

El alcalde estaba preparado. Les mostró un plano de Guaymas.

—Escojan —les invitó vigorosamente.

—Pero usted díganos cuáles son los terrenos municipales, señor alcalde —solicitó García Roel.

—Usted no tiene que escoger terrenos municipales. Dispone de todo Guaymas para escoger y ese problema me lo deja a mí.

La pareja de visitantes dedicaron el día a buscar y seleccionar.

Luego, volvieron con el alcalde y le indicaron dónde les gustaría construir la escuela.

El alcalde llamó a un funcionario.

—¿De quién son estos terrenos? —le preguntó, señalando en el plano.

—Todos son de doña Georgette —el funcionario se refería a una dama muy conocida, doña Georgette L. Vda. de Dávila, que había heredado grandes extensiones de terrenos.

—Que me traigan al doctor Farfán. . . para retorcerle la cola —se expresó en forma pintoresca, aludiendo al yerno de la señora propietaria.

El funcionario salió de inmediato para cumplir la encomienda.

—Ingeniero —el alcalde se dirigió al rector—: ¿cuánto terreno necesitan?

—Pues, con dos hectáreas bastará.

—Vamos a pedirle siete.

Y obtuvo en donación para el Tecnológico de Monterrey siete hectáreas frente al mar en el punto más hermoso de la Bahía de Bacochibampo, junto a la misma Bahía de Guaymas.

El 5 de abril de 1965 el Consejo del Instituto decidía que las instalaciones para estudiar los últimos tres semestres de la carrera de Ciencias Marítimas y Tecnología de Alimentos se hiciesen en Guaymas, Sonora, frente al Mar de Cortés o Golfo de California, cuyo magnífico espejo visto desde las alturas había movido a reflexión al rector.

En 1967 ya estaba en operación y, antes de que se concluyese el edificio proyectado, había sido tal la demanda que debió hacerse un segundo piso.

Guaymas empezó a demostrar que se atraían más alumnos utilizando el nombre del Instituto, que no había reacciones en contra y sí mucha simpatía, y que los donativos se conseguían más fácilmente con esa fórmula, aunque aún fuesen pocos localmente, pero abundantes de fundaciones y organismos internacionales.

El Consejo, y en particular don Eugenio, se convencieron: era bueno llevar hacia el país las escuelas con el nombre del Tecnológico. La prueba resultó convincente.

Todavía no se decidía el modelo definitivo, pero quedaba claro que era posible atraer alumnos y donativos fuera del esfuerzo realizado en Monterrey desde hacía veinticinco años.

LA ERUPCIÓN

En la ceremonia conmemorativa del XXV aniversario del Instituto, efectuada en el Teatro Monterrey, el ingeniero García Roel en su discurso había dicho: *Tenemos conciencia del cambio que se opera por doquier, pero poseemos, al mismo tiempo, la íntima convicción de que cambiar por cambiar es absurdo, y que dejar sistemas, sin tener establecidos otros mejores es dar pasos falsos.* . . . Era septiembre de 1968.

El Tecnológico no escapaba a la sacudida del movimiento estudiantil mundial.

Para cualquier observador externo, algunos hechos tenían potencialidades explosivas. Tal pudo observar un profesional que años atrás había sido profesor del Instituto, y una tarde calurosa de la primavera fue al campus para tratar un asunto en alguna dependencia. Entró por la fachada principal del edificio de Rectoría y, al iniciar el ascenso de la escalinata, le distrajo un instantáneo agrupamiento de decenas de estudiantes en el pórtico exterior. Se detuvo y pudo observar que al centro se encontraba el rector, disminuido por la masa de estudiantes que le cercaba, uno de los cuales parecía increparle con energía.

El exmaestro se sorprendió. Aun estando atento a los incidentes de las universidades europeas y norteamericanas, y a la inquietud que se gestaba en la Universidad Nacional Autónoma de México, aquello se ofrecía como insólito espectáculo, visión de pesadilla, pues nunca antes alguien tomó actitudes similares en el Instituto Tecnológico de Monterrey, en una atmósfera cargada de agresividad.

Rumiando la alarma, continuó el ascenso. Al seguir por la escalera donde ésta se estrecha, vio un rostro juvenil conocido. Era un exalumno a quien apreció durante el tiempo que pudieron tratarse, hacía algunos años. Luego de saludarse efusivamente, el profesional le contó que volvía al

Tecnológico para tratar sobre una posible asesoría en su especialidad a uno de los departamentos de la institución. El joven estaba algo retraído.

—¿Y tú que haces?

—Pues. . ., nos citó el rector.

—¡Qué pasó!

—Es que dice que nos expulsará si no suspendemos un periódico.

Era *El Quijote*, publicación fundamentalmente crítica. Los alumnos se atrevían a hablar por primera vez denunciando lo que consideraban defectos capitales en su formación. Las autoridades se habían molestado particularmente por una caricatura en que aparecía un muchacho esmirriado al momento de entrar al Tecnológico y que antes de su graduación era inflado; la leyenda señalaba precisamente que la preocupación del Instituto era inflar a los alumnos. Con aquel lenguaje quedaban en la prehistoria las bromas ingenuas de *El Borrego* en los orígenes del Instituto.

El rector ordenó se suspendiera la publicación y llamó a los responsables. Esa tarde recibirían la reprimenda y la amenaza de expulsión.

Sólo que la noticia cundió y muchos jóvenes fueron a esperar al rector para ejercer presión.

Paralela a esa expresión editorial, en un medio tradicionalmente equilibrado y moderado, en la Congregación Mariana que dirigía el sacerdote jesuita Severiano Soto y en donde se editaba el periódico *Símbolo*, apareció un artículo en que se afirmaba la necesidad de la crítica estudiantil como una vía para expresar a las autoridades del Tecnológico la problemática del mismo. Al conocer la posible sanción a los estudiantes, el sacerdote comentó a las autoridades que debían escuchar críticas y entrar al diálogo, señalando la conveniencia de institucionalizar la opinión de los alumnos por que podrían aportar algo valioso y se evitarían los desahogos a través de publicaciones. En junta de directores se decidió que si se concedía alguna forma de participación podría provocar nuevas concesiones y los muchachos acabarían manejando la institución; convenía mantener el estilo de autoridad.

Pero, París primero y Tlatelolco después no serían ajenos al ambiente masivamente pacífico del Instituto, donde algunos jóvenes más concientes o más politizados, y otros enemi-

gos del orden establecido o dirigidos por intereses ajenos, acabarían por convertirlo en caja de resonancia de los acontecimientos lejanos en un afán honesto por buscar el cambio, en un simple proceso de imitación sin valores originales o con la finalidad de modificar la propia organización del Instituto.

El *Quijote* desapareció, pero no *los quijotes*, sus autores, quienes alcanzaron prestigio entre la masa estudiantil, un poco por su valentía crítica y algo más por su condición de mártires.

A los dirigentes de la Federación de Estudiantes del Tecnológico (FETEC) les sugirieron las autoridades del Instituto que arrebatasen a *los quijotes* el liderazgo que naturalmente estaban ejerciendo, en detrimento del que la asociación debiese tener. El resultado fue adverso. Recuperar el liderazgo lo interpretaron como superarles con tesis más avanzadas. Prepararon un manifiesto extremista y las autoridades se vieron obligadas a impedir su distribución.

Mientras *los quijotes* se diluían en el olvido por los nuevos acontecimientos, la FETEC procuró tener mayor fuerza con directivos que arrastrasen al estudiantado y prepararon un reglamento de la organización que al ser presentado a las autoridades fue rechazado.

Las nuevas elecciones para renovar dirigentes de la FETEC ya se escenificarían en un ambiente caldeado. Se presentaron a la contienda tres planillas con nombres de la mitología griega, Zeus, Apolo y Eros; esta última planeada como elemento de burla y que utilizaba las elecciones para que un grupo de muchachos violentos, algunos con fama de adictos a la marihuana, provocasen escándalo, ejerciesen la burla sin límites y llenasen los edificios con letreros revolucionarios, groseros y hasta eróticos.

La interpretación de las otras dos opciones era: Zeus representaba la línea dura estudiantil; Apolo estaba apoyada por las autoridades.

La sorpresa fue mayúscula: ganó Zeus arrolladoramente; en segundo lugar quedó Eros; y al final estaba Apolo con poca simpatía.

En la organización de la nueva dirección estudiantil muchachos de Eros recibieron la secretaría del área cultural. Ellos se encargarían de hacer explotar el polvorín.

El 15 de mayo de 1968, Día del Maestro, la FETEC organizó en el Comedor Central un happening, manifestación pseudo-teatral de moda en esos años, donde los que habían estado afiliados a Eros se dedicaron a insultar a profesores, compañeros y compañeras en el estilo propio de la destrucción a través de la burla sin intención de ningún planteamiento adicional.

Seguramente la irreverencia no satisfizo a muchos, pero algo flotaba en el ambiente y se prefirió no intervenir; además, el tono de agresividad, falta de respeto y demagogia se había generalizado en el medio universitario, en la literatura, en el cine, en el diálogo, por lo que la sensibilización reducía los hechos.

En el verano la FETEC hizo un paro de protesta suspendiéndose un 30% de las clases, porque habían sido separados del Instituto algunos profesores que las autoridades consideraban agitadores. La misma asociación estudiantil llamó a algunos profesores para conversar con ellos y esto propició la constitución de la Asociación de Profesores, que era algo nuevo en el Instituto; no nació para combatir a las autoridades pero sí en un medio agitado y preocupó a aquéllas.

Los agresivos encontraron el camino sin obstáculos. El 18 de diciembre, un grupo llamado Vainilla Seca invitó a un evento titulado El Día del Fósil y anunciado como festival en ocasión de Navidad. El remedo de Pastorela duró cincuenta minutos y fue presenciado por unos ochocientos espectadores. Un muchacho disfrazado de San José y otro de la Virgen, montados en una bicicleta, cantaban versículos en una obra donde se hacía burla de profesores, directores, consejeros y patrocinadores, llegándose hasta la difamación; fueron también ofendidas las creencias religiosas mayoritarias y las damas.

Tres días después, el inicio de las vacaciones navideñas no se sabía a quién favorecía más, si a los responsables de aquellas ofensas o a las autoridades que definitivamente tenían que tomar alguna decisión para contener la escalada de agresiones.

La Junta de Directores estudió el caso el 4 de enero de 1969 y decidió sancionar a los seis estudiantes principales responsables, expulsándolos del Instituto.

El día 6 eran notificados y explotaba la caldera.

El mismo día ya se recibían cartas de protesta considerando excesiva la medida, de las Sociedades de Alumnos de Ingenieros Químicos y de Preparatoria. Pero también de los sancionados, quienes reconocían su error y pedían se reconsiderase la medida, que juzgaban inadecuada.

Al día siguiente crecían las peticiones a las autoridades para que se reconsiderase el caso; fuera suspendida la expulsión para que los inculpados pudiesen presentar los exámenes finales del semestre, que eran en ese primer mes del año; y se investigasen los hechos. En igual o similar tono apelaban la FETEC y las Sociedades de Alumnos de Ingenieros Mecánicos Administradores y Licenciados en Ciencias Físico-Matemáticas. Ese mismo día empezaba a percibirse el inicio de la escisión cuando ocho profesores daban su apoyo a la Junta de Directores en una carta.

El día 8, ciento catorce alumnos de arquitectura firmaban un comunicado considerando excesiva e injusta la sanción y pedían se reconsiderase.

La posición de la FETEC aceptando los excesos del 18 de diciembre del año anterior y considerando excesiva y arbitraria la sanción se hizo pública en un volante que circuló entre el alumnado el día 9.

Ese mismo día, a sólo tres de la expulsión, la Junta de Directores avisó a los afectados un nuevo acuerdo: se les permitía terminar el semestre y se abría la posibilidad de readmitirlos.

Esa actitud pudo liquidar el conflicto. . . , al menos así hubiese acontecido en el pasado. Pero empezaba el año 1969, heredero cercano de la agitación y la represión del octubre anterior en la ciudad de México. Al día siguiente, el presidente de la FETEC, José Luis Sierra, uno de los afectados por la expulsión y medio indultado por el nuevo acuerdo, firmaba un volante denunciando que frecuentemente se cometían injusticias en el Instituto, desconociendo la autoridad de la Junta de Directores e invitando a acabar con principios y actitudes cerrados y obsoletos. Era la guerra. Los casos particulares de aquel incidente eran sólo el motivo para una intención de cambio radical. Ese mismo día aparecía un manifiesto de la recién fundada Asociación de Profesores dando a conocer su desacuerdo con la Junta de Directores y considerándola insuficiente para juzgar el caso; lo del 18 de

diciembre había sido *crítica festiva*, forma de protesta menos peligrosa que una acción violenta por parte del estudiantado.

El día siguiente, 11 de enero, se agregaba a la inquietud la prensa. El periódico *El Norte* publicaba como noticia el texto del volante del joven Sierra. El diario emprendía una campaña de adhesión al incipiente movimiento estudiantil, dándole mayor dimensión y apoyo moral. Para el día 13 la FETEC insertaba un desplegado en el mismo periódico donde, luego de la exposición escueta de los hechos declaraba: *El Consejo Estudiantil y el Comité Ejecutivo de la FETEC protestan enérgicamente al ponerse en evidencia la falta de competencia, rectitud y justicia por parte de la H Junta de Directores*. La lucha se definía con abiertos ataques a la autoridad.

Los hechos se agravaban con nuevos incidentes, porque cuando el día 10 se efectuaba una manifestación en silencio por las calles interiores del campus, el ingeniero José Emilio Amores, miembro de la Junta de Directores había arrebatado una pancarta a los estudiantes. La agresión se utilizaría como nuevo motivo de queja durante los días que duró el movimiento.

La FETEC intentaba minimizar el evento satírico del 18 de diciembre y denunciaba a través de *El Norte* que las autoridades se habían visto influidas para la decisión de expulsión por el hecho de que *la actitud estudiantil durante el año pasado se caracterizó por su denuncia permanente a las actitudes indignas de las autoridades*.

El lunes 13, a partir de las 8 de la mañana, empezó una huelga de hambre por una veintena de estudiantes instalados en la plazuela principal, frente a Rectoría.

La guerra de los comunicados continuaba mientras tanto, en cartas de repudio o de apoyo a las autoridades, en volantes y manifiestos de rechazo, y en desplegados estudiantiles en *El Norte*, donde seguían agregándose quejas a las quejas, pues para el día 15 también se acusaba a las autoridades de paternalistas que trataban de nulificar toda inquietud estudiantil que luchase por un Tecnológico mejor.

Algunas madres de estudiantes huelguistas se sumaron a la protesta y el día 17, entre la abundante información gráfica *El Norte* ofrecía una donde los estudiantes recibían la comunión de manos de un sacerdote en el mismo sitio de la huel-

ga. Pero si el citado diario reportaba que el grupo de muchachos sin probar alimentos alcanzaba la cifra de ciento treinta y dos, otro matutino, *El Porvenir*, contaba apenas ochenta.

Directivos de la FETEC y autoridades del Instituto sesionaron en varias ocasiones sin llegar a ningún acuerdo. Al fin, hubo que delegar la solución en el Consejo, que nombró a tres de sus miembros, los señores Rómulo Garza, ingeniero Armando Ravizé y licenciado Ricardo Margain.

En aquel momento, el Consejo dejó de ser un lejano e inaccesible organismo para los estudiantes. El documento de resolución insistió en que, cuando la Comisión ofreciese soluciones al problema, su no acatamiento sería responsabilidad moral de los estudiantes. La mayoría involucrada aceptó la fórmula, pues eran críticos moderados; quienes no deseaban que concluyese la huelga formaban un pequeño grupo de extremistas salidos de aquella planilla Eros.

En un mitin celebrado a partir de las once de la mañana del día 18, la directiva de la FETEC informó que concluía la huelga, pero no el movimiento. Una manifestación planeada para ir al centro de la ciudad fue suspendida, aduciéndose que no se había conseguido el permiso de las autoridades municipales, pues se dijo burlescamente que un industrial regiomontano miembro del Consejo (*¿don Eugenio?*) tenía comprado hasta el gobierno federal; según el presidente de la organización estudiantil, soldados y granaderos tenían rodeado el Tecnológico para aplastar cualquier manifestación que intentase salir de él. En el mitin de las cinco de la tarde se manchó el mural del edificio de Rectoría con la leyenda ITESM, S.A. En un tono sensiblemente revolucionario, un orador propuso cambiar la frase atribuida a don Adolfo Prieto y colocada en un muro: *Todo el oro del mundo no significa nada, lo que perdura son las buenas acciones que hacemos para nuestros semejantes*, por una nueva versión: *Toda el hambre del mundo no significa nada, lo que perdura son las buenas acciones de Cervecería*.

El día 20 el Consejo Estudiantil y la FETEC publicaban en *El Norte* su rechazo por la creación de la Comisión de consejeros. Razonaban: *¿Cómo vamos a aceptar que una Junta de Directores presidida por el señor Rector, máximo organismo con el que los maestros y los estudiantes tratamos, no tenga el mínimo poder de decisión para un problema de*

esta índole? ¿Cómo podemos aceptar que un grupo de personas que aportan ayuda económica al Instituto, pero que no saben ni entienden la delicada función de una universidad señalen el derrotero de ésta?; y advertían de un posible levantamiento del alumnado que podría dañar a la institución.

Siguieron los mítines y los desplegados en la prensa.

Pero el semestre concluía y el hábito cíclico de unas cortas vacaciones era un condicionador insalvable. El 23 de enero, *El Porvenir* informaba: *El problema estudiantil. . . parecía ayer diluirse. . .*

El primer día de febrero la Comisión resolvió ratificar la sanción de expulsión impuesta a tres de los alumnos, manteniendo la posibilidad de su readmisión en febrero de 1970, según su comportamiento; conmutar la expulsión por una enérgica amonestación a los otros tres estudiantes, al encontrarse atenuantes a su favor; confirmaba la confianza y autoridad plena al rector y la Junta de Directores; y recomendaba se acelerasen los planes para la resolución expedita de casos disciplinarios futuros.

Mientras había durado la inquietud, la vida del Instituto continuó pero con una baja sensible en su rendimiento. Aunque había clases, gran parte de su tiempo se ocupaba en hablar de la crisis.

De la conmoción cada uno sacó sus conclusiones. Fue para algunos bella aventura transformadora que fracasó; honesto deseo de cambio en un momento que ésta parecía ser la palabra mágica. Otros vieron con displicencia los acontecimientos. También hubo quienes creyeron intuir la presencia de oscuros intereses de izquierda. Las autoridades quedarían con la convicción de que el movimiento lo habían manejado sacerdotes jesuitas de ideas avanzadas, pues tuvieron la denuncia de la Secretaría de Gobernación en ese sentido, escucharon grabaciones de charlas telefónicas donde algún miembro de esa orden religiosa daba orientaciones a los muchachos involucrados y conocieron otras pruebas de su participación.

La experiencia, en cualquier forma, dejaba el mal sabor de las palabras acres en un medio anteriormente armonioso y el buen recuerdo de los valores analíticos y críticos de la juventud.

LAS DEFINICIONES

La influencia de los acontecimientos estudiantiles en el mundo occidental pudo hacer perder parcialmente la perspectiva a los jóvenes del Tecnológico que intentaban tener mayor participación en la vida de la institución. Quizás olvidaron o rechazaron que el grado de exigencia puede ser mayor en las universidades públicas que viven de los recursos de la nación; era diferente con las instituciones privadas, pues éstas proponen un modelo de organización y enseñanza que ofrecen para ser adquirido por quien lo desee.

Antes de los conflictos estudiantiles de 1968 y 1969 la postura había sido: tú haces un contrato con nosotros; te vamos a enseñar y pagas por ello, de acuerdo con esta organización que es el Instituto Tecnológico de Monterrey; si en algún momento estás en desacuerdo, puedes dejar de pagar e irte; no estamos manejando los dineros del pueblo en una universidad pública y tenemos que escuchar la opinión; esta es la contratación de un servicio con ciertas características, que procuramos sea óptimo, pero si no estás de acuerdo no lo pagues porque no lo recibirás. . . simplemente te retiras. En ese tono de razonamiento propiamente no cabe ni la expulsión, pues sería más adecuado hablar de rescindir un contrato. Era evidente que antes del movimiento estudiantil este no era el lenguaje utilizado en forma permanente y para zanjar cualquier diferencia de opinión y, sin embargo, se encontraba en el subconciencia colectivo sabiendo que era una regla para recitarse en casos extremos.

Aunque finalmente pudiese continuar vigente, luego de los graves acontecimientos la institución intentó ser más explícita en declaraciones escritas a las que pudiese acudir el alumno para defender su causa en caso de conflicto. Si a un estudiante se le pidiese su separación del Instituto podría exigir le probasen haber violado los principios o haber faltado

al reglamento. El esfuerzo definitorio buscó cómo sustentar las operaciones académica y administrativa incorporando una filosofía participativa, tanto de profesores como de estudiantes, según su autoridad y capacidades.

La declaración de los principios repetía conceptos que habían dado soporte al Instituto desde su origen e insistía en aspectos propios para la época.

Afirmaba la importancia que representa para todo hombre, así como para la sociedad en todos sus órdenes, el principio de la libertad, que reconoce como límite ineludible el imperio del derecho.

Habiendo nacido bajo el estatuto de Escuela Libre, en su condición de escuela particular el ITESM tiene facultad para determinar libremente su estructura, su forma de gobierno, las áreas de sus servicios educativos y de investigación, su organización y políticas académicas, su sistema de cuotas y de becas, y sus operaciones presupuestales, sin más limitaciones que las establecidas por las leyes y reglamentos correspondientes del Estado mexicano.

En la libertad de cátedra como parte de la libertad académica se recordaba el compromiso de no utilizarla como medio de proselitismo en favor de ningún grupo ideológico, político o religioso, ni como ocasión para contrariar los principios y propósitos de la institución; esto último también se exigía a las asociaciones de profesores, alumnos y empleados, cuyo derecho de existir se consignaba.

Declaraba que era ideal del ITESM. . . la participación responsable de sus estudiantes, tanto en la búsqueda de su propio perfeccionamiento como en el mejoramiento de la institución; para lograr lo segundo reconoce el derecho de todos y de cada uno de sus estudiantes a exponer opiniones y sugerencias en relación con cualquier aspecto del Instituto, inclusive su estructura y orientaciones académicas. Y asegura al afecto, a través de la existencia de adecuados organismos de comunicación, el libre diálogo entre sus estudiantes, profesores y autoridades, diálogo que no tendrá más limitaciones que las exigidas por el orden y la disciplina de la institución y por el respeto y decoro de cada uno de sus componentes.

Luego de los principios, el Reglamento General de Alumnos, aprobado en octubre de 1969, continuó el esfuerzo por dejar más claros los lineamientos para la convivencia. Regla-

mento que se consideraba como *consecuencia de la formulación de los principios y producto de una experiencia de veintiséis años.*

En su extenso articulado había declaraciones capaces de evitar posibles conflictos. Se decía que los alumnos *podrán mantener puntos de vista u opiniones distintos de los sustentados por el profesor, pero la expresión de sus opiniones deberá hacerse razonadamente, siempre dentro del más completo orden, y garantizando la consideración y respeto que merecen la cátedra, el profesor y sus condiscípulos.*

Más adelante: *Los estudiantes y los organismos estudiantiles podrán tratar y examinar sus opiniones, oralmente o por escrito, con el orden y la dignidad propios de su condición intelectual, en condiciones que no interrumpan o estorben las actividades normales de la institución y con el más completo respeto de las opiniones de los demás estudiantes, profesores y autoridades de la misma.*

Sobre las publicaciones estudiantiles se fijaban requisitos. Entre ellos: *Mantener el respeto debido a los principios que sustenta el Instituto, así como a las autoridades, profesores y alumnos del mismo, acatando las normas morales de un periodismo responsable y no utilizando las publicaciones como instrumento de ofensa, calumnia, difamación o injuria, ni como medio para procurar fines políticos o para crear un ambiente de intranquilidad o agitación.*

Sobre la participación de los estudiantes en el mejoramiento del Instituto, se reglamentaba que en asuntos académicos se hiciese *mediante proposiciones concretas presentadas por escrito o a través de sus representantes legítimamente constituidos y ante las autoridades competentes;* y en los asuntos no académicos *pero que conciernen a la vida estudiantil* debían presentarse por escrito a la Dirección de Asuntos Estudiantiles.

Los alumnos tenían la facultad de presentar sus quejas, las individuales por el interesado y las colectivas por medio de los representantes del grupo afectado. Si considerasen no haber sido debidamente atendidos o estuviesen en desacuerdo con la resolución, *presentarán su caso, por escrito, ante el director de la Dirección Académica que corresponda, quien resolverá en definitiva.*

Las faltas extra académicas se definían como *todos los*

actos, actitudes u omisiones, individuales o colectivos, que alteren el orden del Instituto, dañen su prestigio, lesionen los derechos de las personas que lo constituyen, vayan contra la moral o las buenas costumbres, violen las disposiciones de los reglamentos o estorben o impidan el uso de bienes y servicios que el Instituto utilice o proporcione. Y se consideraban faltas contra la vida de la institución todos los actos, actitudes u omisiones, personales o colectivos, que tiendan a interrumpir, interrumpan u obstaculicen las labores a través de las cuales el Instituto realiza sus propósitos, que violen los principios que éste sustenta, que tiendan a desconocer o desconozcan a sus autoridades, o que atenten contra las instalaciones o los bienes que utiliza.

El reglamento pudo aplicarse casi un año después, en septiembre de 1970, pues un reducido grupo de muchachos que protestaba por el aumento de colegiaturas sin haberseles consultado, provocó un grave incidente. En la medianoche anterior al inicio de inscripciones llenaron el Instituto de carteles con su protesta. Las autoridades conocían que tal sucedería y estaban preparadas con una docena de empleados que volvieron los muros a su estado natural. Los organizadores de la protesta se indignaron y, sin medir las consecuencias, entraron a las seis de la mañana al gimnasio donde se efectuaría la inscripción, amordazaron al velador y destruyeron las tarjetas de inscripción. Fue el caos, pero unos cuatrocientos alumnos se ofrecieron a ayudar para reorganizar la actividad. Cuando las autoridades pidieron la intervención de la policía, uno de los asaltantes había huído de la ciudad y los otros tres fueron detenidos. En sesión del Consejo se integró una comisión, para que de acuerdo con el artículo 32 del Reglamento General de Alumnos en vigor juzgase *esa falta que atenta contra la vida del Instituto.*

Dentro de la reorganización que se vivía, en ese mismo mes de septiembre de 1970 en que se padecía el estertor del movimiento estudiantil iniciado en 1968, se elaboró un anteproyecto de la Organización Académica del Area Profesional y de Graduados, entre cuyos aspectos relevantes destacaban: la confirmación de que la responsabilidad última por la vida institucional estaba a cargo del Consejo; se afirmaba la autoridad del rector como jefe nato de la institución; se constituían cinco vicerrectorías; se instituían la Facultad —cuerpo

colegiado de profesores y autoridades— para la legislación académica, y el Senado Académico, órgano ejecutivo de la Facultad; se concedía participación a los alumnos en lo que afectaba directamente al desarrollo de sus estudios profesionales, considerando no sólo conveniente sino necesario tener presentes sus puntos de vista.

Al menos en la teoría, se plasmó un nuevo espíritu más conciliador y participativo al que el alumno puede acudir y exigir su cumplimiento.

NACE EL SISTEMA TECNOLÓGICO

La idea de evitar la macrocefalia del Tecnológico en Monterrey seguía afinándose en la mente y la intención de su creador. Fernando García Roel, luego de las experiencias en Mexicali y Guaymas tenía cuatro conceptos básicos para la organización de unidades educativas fuera de Monterrey.

1. Que llevarsen el nombre carismático del Instituto.
2. Que se consiguieran donantes en cada lugar.
3. Que en cada sitio se constituyesen asociaciones civiles propietarias de los inmuebles.
4. Que el Tecnológico de Monterrey tuviera la responsabilidad académica y administrativa, respondiendo a un Consejo local.

Esas eran las condiciones del modelo y con ellas iba a nacer el Sistema Tecnológico casi simultáneamente con su presencia en Ciudad Obregón, Sonora, y en la ciudad de México. Para el primer proyecto se constituyó Educación Superior del Noroeste, A.C. el 22 de septiembre de 1972, y para el segundo Educación Superior de México, A.C. el 14 de diciembre del mismo año.

Con los viajes que debían realizar funcionarios del Tecnológico a Guaymas, se habían establecido muchas relaciones y observado la región. A unos 15 kilómetros de Ciudad Obregón, en el camino hacia la costa, existe uno de los mejores campos agrícolas experimentales del país, el Centro de Investigación Agrícola del Noroeste (CIANO), con magníficas instalaciones y profesionales de alto nivel académico haciendo investigaciones. Ahí había realizado la mayor parte de sus trabajos conocidos como la Revolución Verde el doctor Norman E. Bourlag, Premio Nobel de la Paz 1970.

El ingeniero García Roel consideraba Sonora un estado

ideal para establecer una escuela de agricultura y, según expresaba, se le hacía *agua la boca* el sólo pensar en ponerla junto al CIANO, pues podrían aprovechar a sus investigadores como profesores de tiempo parcial. . . con sólo que cruzasen una calle.

La idea de una unidad educativa empezaba a tomar forma.

Faltaba el hombre prominente de la región que se interesase por el proyecto. El señor Javier R. Bours Almada, empresario sonorenses, había intentado inscribir a su hijo en la Preparatoria del Tecnológico en Monterrey. Se le indicó que los jóvenes del noroeste solamente eran recibidos en la Preparatoria de Guaymas. El padre movió a sus amistades regiomontanas, pero el reglamento era estricto y no logró su deseo.

En las gestiones conoció al rector. Éste trató de convencerle:

—Llévalo a Guaymas. Si no quedas satisfecho, o compango aquella escuela o te admito a tu hijo en Monterrey—y todavía le recordó—: te parecerá mejor Guaymas, porque lo tendrás a dos horas de tu casa.

La relación floreció. Cuando el rector quiso iniciar la aventura en Ciudad Obregón, el empresario amigo fue buscado.

El señor Faustino Félix, gobernador del Estado, no se mostraba muy receptivo al proyecto, pues el Tecnológico ya tenía instalaciones en otra población sonorenses. Cuidaba celosamente el territorio con recelo hacia los extraños.

El señor Bours debía ablandarlo.

—Mire, este es el proyecto que nos propone el ingeniero García Roel a los sonorenses: si donamos los terrenos y financiamos la construcción, seremos los dueños de los inmuebles. A los regiomontanos no les interesa acumular propiedades, sólo desarrollar aquí su labor educativa.

El gobernador se tranquilizó.

—Visto así, el panorama cambia. Si la inversión es realmente nuestra, de los sonorenses, cuente con mi apoyo. —Luego sonrió—: Si para educar ya sabemos que son muy fregones. . . , ¿por qué cree que yo mandé a mis hijos al Tecnológico de Monterrey?

Junto al CIANO se construiría un magnífico campus co-

laborando en el proyecto el gobierno del Estado, el federal a través del CAPFCE y la iniciativa privada integrada en una asociación civil. El Consejo del Tecnológico aceptó, con la experiencia de Mexicali y de Guaymas, un modelo en que local o regionalmente se creaba una asociación civil a la que invitaban a uno o dos miembros de EISAC y a uno o dos funcionarios del Instituto para tener un puente de comunicación; los demás asociados serían de la población o región.

Se ponía a prueba el modelo, donde el Consejo de la asociación civil firma contrato con el Tecnológico para que opere la escuela, en inmuebles que la asociación facilita o construye. El contrato entre la asociación y el Tecnológico fija dos compromisos: el Instituto tiene el derecho de retirarse si no le conviene y la asociación de despedirlo si no opera la unidad satisfactoriamente, pero dando un aviso para que los alumnos que se inscribieron antes puedan concluir la Preparatoria o los estudios profesionales bajo el nombre y la responsabilidad del Tecnológico.

Para que el Instituto incursionase en la capital del país, el antecedente podía remontarse al año 1968, cuando el Banco Nacional de México creó el Premio Anual de Ciencia y Tecnología, invitando al ingeniero García Roel como jurado. Asistiendo durante varios años a la premiación entabló amistad con Agustín F. Legorreta. En el momento apropiado, le invitó a visitar el Tecnológico y le enseñó los estudios que demostraban la conveniencia de poner en el Distrito Federal una escuela con cursos para graduados en Administración. Los datos eran convincentes: en esa época la ciudad de México tenía unas diez veces más población que Monterrey, industrialmente la zona del área metropolitana de la capital del país era dos y media o tres veces más poderosa que la capital neolonesa y comercialmente era mucho más importante. A pesar de eso el campus de Monterrey del Instituto Tecnológico tenía más alumnos que los seis programas de graduados en Administración que operaban en el Distrito Federal dependiendo de varias universidades. Había un potencial enorme y muchos graduados del Tecnológico que trabajaban en la ciudad de México mostraban interés en asistir a una escuela bajo el modelo de la que funcionaba en Monterrey, estudiando a tiempo parcial para no afectar sus actividades remuneradas.

El señor Legorreta aceptó presidir una asociación civil.

El sistema educativo nacional dependiente del Instituto Tecnológico de Monterrey estaba en marcha el año 1972. Guaymas, anteriormente, había sido creada con cierta lentitud, pues era una carrera nueva, el Instituto no tenía experiencia en ella y desconocían cuál sería la respuesta. Pero en la Unidad Obregón se contaba con la experiencia agrícola de muchos años y en la Unidad Ciudad de México con la de la escuela de graduados. Las tres unidades se planearon alrededor de una carrera principal, aunque luego en Guaymas y Obregón se adicionarían Preparatoria y algunas carreras, como se repetiría en otras poblaciones pequeñas.

Un poco después, al diseñar una unidad para Querétaro se la concibió completa.

EL ÚLTIMO DÍA

Eran cerca de las ocho de la mañana, hora del Pacífico, en Ciudad Obregón. Fernando García Roel y su esposa se arreglaban para asistir a la inauguración de cursos en la primera unidad foránea del Tecnológico. Se desplazaban del baño al tocador en el reducido espacio del cuarto que ocupaban en el Motel Valle Grande. Enfrente, en un edificio de apartamentos, se habían rentado dos, uno para el doctor Jean Mathieu, director de la nueva escuela, y su familia, y el otro para oficinas del Instituto.

Alguien llamó a la puerta con golpes rápidos, nerviosos.

El rector abrió.

Irrumpió el doctor Mathieu.

—Espérate, espérate, mi mujer no termina de arreglarse —le gritó García Roel, empujándole al exterior.

En el corredor, el visitante habló al fin.

—Me acaba de hablar Licha —se refería a Licha Quintanilla, secretaria del rector—, que hace una hora mataron a don Eugenio.

García Roel se sacudió interiormente. En seguida, cauteloso, prefirió verificar las condiciones en que se recibía la noticia.

—Lo mataron yendo a su trabajo —balbuceó Mathieu.

—Espera un momento —empezó serenamente García Roel—. ¿Reconociste con seguridad la voz de Licha?

—Pues. . . —dudó un momento—. Estaba mal la comunicación. . .

—Encuentro dos fallas: la hora. . ., don Eugenio debía estar trabajando; luego, la voz de Licha. Mejor verificamos esto.

Entró violentamente al cuarto y, a pesar de que deseaba no creerlo, le dijo a su mujer:

—Voy a llamar a Monterrey. Mataron a don Eugenio. Lo pescaron camino del trabajo, ¡era un relojito!

Y salió, mientras su esposa se desplomaba en un sillón, incrédula.

Fueron a las oficinas del Tecnológico, sólo para verificar en conferencia telefónica que la noticia era cierta. Regresó a ponerse corbata y saco. Estaba lívido, desencajado.

—Le he dicho a Mathieu que seguiremos adelante con la ceremonia de inauguración de cursos —quedó un momento pensativo y completó, con aire afligido y solemne—: tal como lo hubiera decidido don Eugenio.

México había entrado a la epidemia mundial de los secuestros, viviendo un ambiente moderado de terrorismo urbano. Monterrey padecía aún menos la problemática de agresiones si se le comparaba con otras ciudades importantes como Guadalajara. Pero había inquietud entre los que pudieran ser secuestrados. Don Eugenio rechazó la propuesta familiar de que a su coche lo siguiese uno con escolta. Creía que todas las precauciones que se tomasen serían inútiles cuando alguien se decidiese a actuar. Si a él intentaban secuestrarlo no lo cogerían vivo. Casi como acto reflejo y evidentemente no del todo razonado, el octogenario se guardó una pequeña pistola calibre 22, probablemente inseguro de llegar a usarla; se convertía más en símbolo de una decisión que en instrumento para la defensa. Su convicción estaba clara: nunca pagar rescate, porque los secuestros jamás concluirían si se aceptaba la extorsión. Lo importante era que al escogido no se lo llevasen vivo. El chofer y un guardaespaldas sí se armaron. . . pero solamente con pistolas.

Aquella mañana del 17 de septiembre de 1973 el automóvil de don Eugenio siguió el camino de costumbre. Dos cuadras antes de Cervecería Cuauhtémoc, donde tenía su despacho, a las nueve y cuarto de la mañana cuando llegaron al cruce de las calles Villagrán y Quintanar un vehículo les cerró el paso. Se produjo una violenta, breve balacera. Don Eugenio quedó herido mortalmente en el pavimento y sus acompañantes muertos en el interior del automóvil, mientras dos guerrilleros morían en el intercambio de disparos.

Una ambulancia levantó al moribundo.

En un auditorio que había sido prestado mientras las instalaciones propias de la Unidad Obregón eran terminadas,

se efectuó la austera y breve ceremonia a la que asistía el rector conmocionado.

El presidente del consejo de la asociación civil, señor Bours, les prestó su avión y el matrimonio García Roel emprendió el regreso a Monterrey. El viaje iba a ser el duelo silencioso de la pareja ante la pérdida de aquel hombre por quien llegaron a sentir gran afecto. García Roel recordaría la gentileza y protección que siempre recibió del presidente del Consejo; le admiraba, pues lo consideraba humano, inteligente, brillante, trabajador, sensato, modesto. . . terco solamente cuando consideraba tener la razón, pero receptivo a los argumentos ajenos que escuchaba y capaz de cambiar su criterio original.

Al acercarse a Torreón el piloto fue avisado que no podrían continuar hasta Monterrey, pues no lo permitía el mal tiempo. Siguieron en automóvil, en lento avance por la incessante lluvia. La radio repetía la noticia en dolorosa letanía. Ya en Monterrey, se sumarían al duelo colectivo.

Aquel día, el cuerpo de don Eugenio fue velado en su domicilio; el siguiente, a petición de autoridades, profesores y alumnos se veló durante tres horas en la Sala Mayor del edificio de Rectoría. El alumnado estaba en la plazoleta frente al edificio cuando llegó el féretro. El presidente de la FEITEC, Roberto Divildox, pronunció breves palabras. *Don Eugenio —leyó el dirigente estudiantil—: usted se va, pero su espíritu permanecerá latente en nuestro Instituto.* Miles de estudiantes y muchos familiares de ellos pasaron ante el féretro con respeto y emoción. Todos los grupos representativos del Instituto y de la ciudad se turnaron haciendo guardias ante el ilustre personaje. Antes de que el féretro saliera del recinto universitario, el arquitecto Eduardo Padilla dedicó unas palabras de despedida. *Por todas esas buenas acciones realizadas por usted —dijo el profesional en representación de los exalumnos—, su recuerdo vivirá eternamente en nuestra memoria. Descanse en paz. El trabajo ha terminado para usted. Tenga la seguridad de que nosotros lo habremos de continuar.*

Una misa solemne fue celebrada en la tarde en la Iglesia de la Purísima y, concluida, un imponente cortejo que la prensa local calcularía en cerca de doscientas mil personas, acompañó a don Eugenio hasta el Panteón del Carmen;

aquella fue la más grande demostración de duelo colectivo efectuada en Monterrey.

El presidente de la república, licenciado Luis Echeverría, marchó con el cortejo que soportó pertinaz lluvia. En sus declaraciones a la prensa dijo, según versión de *El Porvenir*: *Esta es una ciudad laboriosa, ejemplar en su trabajo, y durante sesenta años don Eugenio Garza Sada fue un trabajador ejemplar. Ha sido sacrificado por un grupo de fanáticos o de enajenados que no entienden cómo un creador de industrias, cerca de la frontera norte del país, desempeña una tarea de alto progreso.*

El 18 de septiembre la ciudad, consternada por el drama del día anterior, enmudeció; fueron suspendidas las actividades de industria, banca y comercio en señal de duelo. Cerca de sesenta organizaciones propusieron guardar luto durante una semana, cancelándose festivales y otras actividades sociales.

Al morir, don Eugenio había dedicado treinta años, los más creativos de su vida, al Tecnológico de Monterrey, en el que participó activamente, primero en su fundación y organización, y posteriormente en su marcha con propuestas, análisis, crítica, promoción y apoyo económico. Al cumplirse en ese mes y año las tres décadas del Instituto habían egresado 8 mil 263 profesionales en los campos de la ingeniería, la administración y las ciencias sociales, además de muchos miles más en carreras sub-profesionales y como técnicos medios.

Dejaba el Tecnológico con 12 mil estudiantes preparándose en treinta carreras y emprendiendo la aventura de su fecunda irradiación por medio de las unidades foráneas.

A los 81 años de edad, don Eugenio, pendiente aún de la marcha de su obra predilecta, sin embargo tenía ya ocho años de ir cediendo paulatinamente su directa ingerencia que por tanto tiempo lo hiciera aparecer como un super rector de mucha calidad, que vivía intensamente el acontecer de la institución, la cual gravitaba alrededor suyo. Con su menor participación permitió que se consolidase la figura del rector.

En una extrema decisión dictada por su prudencia, al desaparecer no dejaba huérfano del todo al Instituto.

El primero de octubre, a propuesta de los consejeros señores Jesús J. Llaguno y licenciado Alfonso Garza, fue

designado presidente del Consejo de Directores de Enseñanza e Investigación Superior, A.C. el señor Eugenio Garza Lagüera *quien agradeció la propuesta hecha en su favor, la cual aceptó con plena conciencia de la grave responsabilidad que representa y solicitó la colaboración de todos para el mejor desempeño de su cometido.*

En julio de 1974, la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística propuso al alcalde de Monterrey, licenciado Leopoldo González Sáenz, cambiar el nombre de la avenida Tecnológico por el de Eugenio Garza Sada; en octubre, el Cabildo lo acordó por unanimidad y la placa que se develó en enero del siguiente año manifiesta que se otorgaba *Por su relevante labor al servicio de la educación superior.*

En diciembre de 1974 el Consejo del Instituto acordó darle el nombre de don Eugenio a la Preparatoria que se construiría en el extremo poniente de la Loma Larga, en Monterrey.

En enero de 1980 el ayuntamiento de León, Guanajuato, acordó en forma unánime dar el nombre del ilustre regiomontano a la avenida de acceso a las instalaciones de la Unidad del Tecnológico en esa ciudad, desde el entronque con el Boulevard Campestre.

Si la obra se perpetuaba por sí misma, el nombre además quedaba consignado.

EL SISTEMA AVANZA

En su proyecto de crear un sistema educativo nacional, el rector del Tecnológico había pensado antes en Querétaro que en Ciudad Obregón, aunque en esta última pudo ponerse primero en operación. Lo mismo aconteció con la Unidad Saltillo, concebida como una Preparatoria solamente, pues la proximidad del campus de Monterrey inicialmente no justificaba abrir en ella carreras profesionales; y la Unidad Torreón, también en el estado de Coahuila, con un limitado número de ofertas académicas.

Pero Querétaro se concibió como una unidad completa, porque lo permitía su posición geográfica, justo en el centro del país. Con una ideal colocación lejana y cercana a la vez respecto de la ciudad de México, y su actividad agrícola, ganadera e industrial. . . ; población mediana en vigoroso crecimiento.

Años antes de que la Unidad Querétaro se concretase, el ingeniero García Roel había pensado en un promotor conveniente, el destacado empresario señor Bernardo Quintana, quien tenía importantes inversiones en esa ciudad.

Invitado a Monterrey alguna vez como orador en una ceremonia de graduación, el empresario le había confesado al rector: *Yo admiro mucho a don Eugenio, pero no porque tenga mucho dinero. . . Lo admiro porque creó el Tecnológico y ha hecho esto*; con un ademán final intentó abarcar el campus en el que se encontraban.

García Roel se confirmaba en que sería el candidato, pero pasaba el tiempo y no acababa de decidirse por más que *se le enamoraba*.

El proyecto empezaba a archivarse.

Surgió, sin embargo, la respuesta humana. Aconteció como si fuese de manera espontánea, aunque la explicación era la de un rector que estaba en todo.

Viendo papeles, García Roel se detuvo en un dato interesante: el exalumno queretano Jesús Oviedo era un donante de becas fuera de lo común. Mientras en ese tiempo los exalumnos respondían con cierto desgano a la invitación de colaborar con becas, él resultaba un caso insólito. El rector pidió más información y se enteró que el señor Oviedo guardaba inolvidable recuerdo del Tecnológico y era un apasionado convencido de su obra. *Este es el hombre*, pensó García Roel.

Se hacían los preparativos para celebrar en abril la V Convención Ex-A-Tec 73, que coincidiría con los eventos del trigésimo aniversario del Instituto, y al tener la lista de asistentes y ver a Jesús Oviedo y su esposa, García Roel le comentó a don Eugenio: *Este es el hombre que he andado buscando para abrir una escuela en Querétaro* —y con una sonrisa socarrona y esperanzada le agregó—: *dele cuerda, don Eugenio, dele cuerda.*

Pero Oviedo, a quien todos conocían afectuosamente por Chucho, no necesitaba *cuerda*. Aceptó la responsabilidad y se convirtió en un motor invaluable para echar a andar el proyecto y mantenerlo en marcha.

El entusiasta promotor del Tecnológico en su primera unidad foránea completa era, paradójicamente, sólo pasante del Instituto, pues no había podido graduarse.

Comentando con el rector su frustración éste le alentó:
—Hombre, Chucho, si tú quieres, aún puedes recibirte.

—Pero, Fernando, ¡a estas alturas! Y a mi edad. . .

—Puedes tomar clases a nivel maestría en nuestra escuela de México. Ahora hay esta opción a la tesis. Puedes estudiar y prepararte para el examen profesional.

Aceptó el reto. Durante un año hizo viajes semanales a la capital de la república. Jesús Oviedo, esposo y padre, hombre de negocios, se recibió. Después de su examen festejó el acontecimiento en casa de sus amigos García Roel. La esposa del rector pensaba durante la íntima velada: *Le brilla más el título del Tec, que el de presidente de la Unidad Querétaro*, tan grande era su satisfacción.

Querétaro enseñaría una nueva lección: quienes más ayudaron proporcionalmente al arranque de la unidad fueron los propios queretanos, aun siendo más modestos económicamente que las grandes empresas nacionales o transnacionales establecidas ahí. La conclusión resultaba evidente: eran

los mismos queretanos los que tenían mayor interés en que se estableciese la unidad.

Continuaron los proyectos: en San Luis Potosí se iniciaban actividades en 1975, al igual que en Querétaro; y en 1976, Irapuato, Chihuahua y Estado de México. En enero de este año se creaba la Vicerrectoría de Unidades Foráneas, designándose al C.P. Francisco Abel Treviño para presidirla.

Pero la Unidad Estado de México había tenido una accidentada y original trayectoria. Su misma génesis fue diferente, pues en las otras unidades o el Tecnológico interesaba a un grupo de empresarios, o éstos pedían al Tecnológico que instalase una unidad. En cambio en la Unidad Estado de México.

Era el sexenio del presidente Luis Echeverría y el gobierno estaba desarrollando el proyecto de la Universidad Autónoma Metropolitana para aliviar la demanda sobre la Universidad Nacional Autónoma de México. Cuando estaba maduro el proyecto se llevó al presidente; le sugirieron que la nueva universidad cobrase colegiaturas, a lo que se opuso inicialmente. En seguida, para convencerle, le comentaron estadísticas: en la zona metropolitana de la capital del país, de los estudiantes que iban a preparatorias o profesionales sólo el 7% lo hacía en escuelas privadas, pagaban colegiaturas y descargaban al gobierno de la enorme carga de inversión y operación que significa la enseñanza superior; y comparativamente, en el área metropolitana de Monterrey el 42% asistía a escuelas particulares.

—¡Pues, qué tienen esos regiomontanos! —exclamó Echeverría.

—No sé —evadió ingenuamente el secretario de Educación, ingeniero Víctor Bravo Ahuja.

—Pues, ¡que vengan los de Monterrey! —ordenó el presidente.

—Sí, señor.

—Y ofrézcanles algunas facilidades.

Bravo Ahuja puso en antecedentes a García Roel, quien aprovechando *la bandeja de plata* que se les ofrecía, planteó la propuesta al Consejo y obtuvo aprobación para empezar gestiones en firme.

El Club de Industriales de Naucalpan, Estado de México, invitó al rector a una comida donde también estuvieron el

ingeniero Bravo Ahuja, el gobernador del Estado profesor Carlos Hank González y otros funcionarios. Los industriales invitaron al Tecnológico a que pusiera una escuela en la periferia de la ciudad de México.

El proyecto era importante: para 10 mil alumnos, 6 mil en dos preparatorias y 4 mil en escuelas profesionales. Se ofreció: los terrenos, el gobierno del Estado; la mitad de la inversión, el gobierno federal, y avalar un crédito de bajo interés y largo plazo para la otra mitad; y el gobierno federal aportaría además los costos de operación durante los primeros cuatro años.

García Roel aceptó. Nunca antes. . . , ni después, escucharía algo similar.

El profesor Hank lo citó para que cuatro días más tarde escogiera terrenos y así se hizo en enorme helicóptero, sobrevolando la periferia de la gran capital dos horas. El gobernador le iba señalando terrenos y el rector se orientaba con las explicaciones del funcionario. La decisión fueron veinte hectáreas en Atizapán. La donación de los terrenos quedaba condicionada a la construcción de los edificios en un corto plazo.

Con el mismo entusiasmo el rector se lanzó a recorrer dependencias federales para que le entregasen los fondos prometidos.

—El proyecto es magnífico, ingeniero —se disculpaban los funcionarios visitados—, pero a mí no me ha llegado ninguna orden para dar esa suma. Por aquí no es. . . . Vea usted . . .

En alguna ocasión, después de un evento cultural en el que el presidente invitó a su residencia de Los Pinos, García Roel se le acercó y expuso que no obtenía los fondos.

Echeverría le escuchó con interés y, al concluir, clamó:

—Yo voy a dar instrucciones. . . ; voy a dar instrucciones; usted vuelva con el ingeniero Bravo.

Pero el dinero no aparecía y el tiempo pasaba. El rector, con su sensibilidad norteña, empezó a creer que lo estaban *vacilando*.

Cambió la estrategia. Voló a Washington para conseguir mientras tanto el crédito con el Banco Interamericano de Desarrollo.

—Estamos listos —respondieron—, nada más que dé las órdenes el gobierno mexicano.

Otra vez a la capital.

Ahí, el ingeniero Guillermo Martínez Domínguez, director de Nacional Financiera, tenía una respuesta también:

—Sí, ingeniero, le ayudamos. Con mucho gusto le damos el aval de nosotros para el crédito blando que le ofrecieron. . .

Todo estaba listo, pero como no aparecía la primera aportación del 50% no prosperaban los trámites de la segunda.

Se acercaba el vencimiento del término fijado para construir, condición para adquirir los terrenos.

García Roel cambió radicalmente la concepción financiera y del propio proyecto: acudió a Banca Serfín y obtuvo un crédito de 20 millones de pesos para empezar a construir; y redujo el campus a lo que llamó *escala realizable*.

Nueva experiencia: quedaba demostrado que el gobierno federal era muy bueno para *dar cuerda*, pues la unidad se hizo de cualquier manera. La asociación civil que velaría por ella también. Con el tiempo llegaría a ser la unidad con más alumnado.

La sucesión de nuevas unidades foráneas seguiría poblando el territorio nacional: San Juan del Río, en 1977; León, 1978; Navojoa, 1979; en 1980, Tuxtla Gutiérrez, Colima, Cuernavaca, Pachuca y Guadalajara; en 1981, Tampico y Fortín de las Flores; en 1982, Toluca.

La intuición razonada de García Roel fue comprobándose con abundancia al transcurrir los años. El Tecnológico de Monterrey era la primera universidad privada del mundo con este tipo de crecimiento. En el extranjero ya existía la fórmula para universidades públicas y dentro de cada Estado de Estados Unidos. Aunque de manera subconsciente, es probable que el rector se hubiese inspirado en esas experiencias.

Si la idea se generó en una persona, que sería promotor continuo de ella, el Sistema Tecnológico fue posible por la participación profesional de una multitud de especialistas realizando estudios de viabilidad y luego ejecutándolos. El trabajo en equipo, finalmente.

CONTINÚA EL CRECIMIENTO

El riesgo de la macrocefalia se conjuraba por medio del crecimiento en todo el país y no solamente en Monterrey; aquí, aunque algunos observadores del Sistema Tecnológico pudiesen creer que habría estancamiento, sin embargo continuaron dándose muestras de vigor creativo. En el mismo inicio de la década de los años setenta fueron aprobadas nuevas carreras: en julio de 1971 Licenciaturas en Administración Computacional y en Ciencias de la Comunicación. En junio y julio de 1972, Licenciaturas en Educación Física, Administración de Personal, Mercadotecnia, y Ciencias de la Comunidad; e Ingenierías Industrial y de Sistemas, y en Electrónica y Comunicaciones.

Dentro de la institución de nuevas carreras, la Medicina tuvo un origen remoto. Fue en el año de 1969 cuando el ingeniero García Roel empezó a pensar en la posibilidad de explorar esos estudios. La motivación había sido un drama familiar. Ese año, su hijo mayor enfermó gravemente y ocho médicos, incluidos dos neurólogos distinguidos, no pudieron diagnosticar la enfermedad. Trasladado a Houston, examinado ya con síntomas alarmantes, fue operado de un tumor en el cerebelo. A la inquietud de los padres se agregaba la desesperación de comprobar un retraso entre el ejercicio de la medicina en el país y en Estados Unidos. Si el Tecnológico estaba capacitando profesionales de tantas especialidades, ¿por qué no lo hacía en la medicina?

Ocho años después de la dolorosa experiencia, el rector presentó al Consejo, en mayo de 1977, los estudios realizados para establecer la División de Ciencias de la Salud y comentó las pláticas que había sostenido con el señor Ignacio A. Santos, presidente del Hospital San José, para ver si era posible que ahí *se realice la parte clínica de la enseñanza de la Medicina*. Las conversaciones fueron más lejos aún. En julio

se informaba que el señor Santos *aceptó en principio crear una sociedad de beneficencia privada, Santos y de la Garza Evia, que sería la propietaria de las acciones comunes de la sociedad anónima Hospital San José y quien celebraría un convenio con el ITESM para poder operar la Escuela de Medicina Ignacio A. Santos*; y en la misma junta el rector *presentó un pronóstico preliminar de resultados del Hospital San José en relación con el porcentaje de ocupación del mismo*. En agosto de 1978 se iniciaron las clases de la Escuela de Medicina con veintisiete estudiantes.

Dentro de la misma División de Ciencias de la Salud en abril de 1980 se aprobó el establecimiento de la carrera de enfermería *limitándose el ingreso a sólo cuarenta estudiantes*.

El 1º de octubre de 1973 se inició la Preparatoria Abierta con novecientos noventa y seis alumnos inscritos. El licenciado Alfonso Rubio y Rubio, Vicerrector Académico del Área de Enseñanza Media y *coordinador general de este nuevo modelo educativo* informó al Consejo que se tenía la colaboración del Centro para el Estudio de Medios y Procedimientos Avanzados de la Educación (CEMPAE) que *contará con la ayuda de un nuevo canal de televisión dedicado exclusivamente a fines educativos, y en el cual se pasarán programas motivacionales, los cuales han sido preparados por catedráticos del propio Instituto*. En marzo de 1977 se extendió el programa a nivel nacional *pero limitado por ahora solamente a los lugares donde están operando Unidades Foráneas*.

Mientras el Sistema Tecnológico avanzaba por el país, continuaba en Monterrey la ejecución de obras necesarias para atender las necesidades del crecimiento, con nuevos edificios y ampliaciones a los ya existentes que dieron mayor magnitud al campus principal. A finales de 1974 se emprendía una campaña para reunir diez millones de pesos que se dedicarían a la construcción de la Preparatoria Eugenio Garza Sada, cifra que sería insuficiente, pues en febrero de 1977 la inversión ascendía a cerca de veinte millones y medio de pesos.

Desde marzo de 1976 fue comentada en el Consejo la necesidad de contar con un auditorio en el campus de Monterrey y se decidió que fuera presentada una propuesta concreta *explorando la posibilidad de que el financiamiento del*

mismo se haga bajo el sistema conocido como Memorial Building. En febrero de 1978 se acordó continuar con las gestiones que se han venido haciendo ante el señor don Luis Elizondo, relativas a la construcción de un auditorio para el ITESM. El citado auditorio contará con 2,100 butacas y tendrá un costo aproximado de \$ 20.650,000.00. Las condiciones del proyecto original y su financiamiento se modificaron, pero en septiembre de 1980 se inauguraba el Auditorio Luis Elizondo del Tecnológico de Monterrey.

Si el Sistema Tecnológico engendraba nuevos hijos por el país, en Monterrey propició otro nacimiento. En septiembre de 1976 inició actividades la Universidad Mexicana del Noroeste, auspiciada por EISAC y patrocinada académicamente por el Instituto, con carreras de Licenciaturas en Banca y Finanzas, y en Administración del Tiempo Libre; e Ingenierías en Control e Instrumentación, y en Planificación y Diseño. Los cursos serían impartidos por estudiantes de los últimos semestres de las carreras del Tecnológico con la asesoría de catedráticos del propio Instituto.

Durante toda la década de los setenta y en el inicio de la siguiente se tuvo una abundante producción de libros por profesores de la institución, tanto de texto como ajenos a la enseñanza en aulas. Desde febrero de 1974 se instituyó el Premio Rómulo Garza, en honor del socio fundador del Instituto, bajo el patrocinio de sus hijos, *para estimular a los profesores de las áreas Profesional y de Graduados en investigación y textos, y en estos últimos a los de Enseñanza Media.*

Apoyos externos generalmente póstumos beneficiaron la difusión de la enseñanza. En 1975 se constituyeron el Fondo Profesora Octavia Buentello para becas a estudiantes pobres, que consistía en doce casas y \$ 440,000.00; y el Fondo Francisco A. Riestra y Concepción Montemayor de Riestra, con \$ 500,000.00 para otorgar becas *a estudiantes de reconocidos méritos académicos pero de insuficientes recursos económicos.* En 1978 se constituyó el Fondo Aurelio P. Ferrara por su viuda, para becas en carreras profesionales *preferentemente en la Escuela de Medicina,* con una aportación inicial de \$ 200,000.00 y con el propósito de donar todo su patrimonio. Por disposición testamentaria del Padre Aquiles Menéndez, vinculado por muchos años con la actividad académica del

Instituto, se constituyó el Fondo Aquiles Menéndez para otorgar becas de sostenimiento total o parcial a estudiantes del Tecnológico. El Fondo De Mier y Evia para otorgar becas a alumnos de nivel profesional se creó por disposición testamentaria del licenciado Ricardo C. González, quien designó herederos a EISAC —quien tendría la nuda propiedad— y a ITESMAC —quien usufructuaría los bienes—; bienes calculados en unos 200 millones de pesos.

A partir de la década de los setenta, los incrementos a colegiaturas ya no se fijarían en cientos de pesos sino en porcentajes. Para el año escolar 1971-72 fue del 12%. Para 1972-73 del 8% y en igual proporción fueron aumentados los sueldos quincenales, mientras los semanales se incrementaron un 16%. Sobre los aumentos salariales para ese año el rector manifestó al Consejo que *considerando la pérdida de poder adquisitivo de nuestra moneda y los ingresos adicionales que se han obtenido mediante la intensa campaña financiera efectuada por la Vicerrectoría de Desarrollo* se había decidido hacer los aumentos y *el Instituto desea que su personal administrativo y docente comprenda que este gran esfuerzo se hace situando al mismo Instituto en el límite extremo de sus posibilidades, pero que se hace con grandes deseos de ayudar en su bienestar*. El aumento anual de la nómina ascendía a \$ 3.918,598.00. Para el ejercicio 1974-75 los incrementos de colegiaturas fueron de 17 ó 18%, a los profesores 20% y al personal sindicalizado 25 ó 30%. Para 1975-76, 18% en colegiaturas y salarios. Para 1976-77 hubo aumentos promedio de cuotas del 17%.

En mayo de 1979 el rector presentó al Consejo un estudio documentado para recomendar nuevas cuotas. Tomaba como fuente, principalmente, los datos del Banco de México y se acompañaba de gráficas, ocupándose de diversos aspectos económicos: el comportamiento de los precios de julio de 1978 a julio de 1979; el índice de precios al consumidor en Monterrey de julio de 1977 a marzo de 1979; y un análisis de las colegiaturas del Instituto desde 1970 a 1979, revelando que éstas, a costo real, se habían mantenido sin aumento en los últimos nueve años. Se decidió un aumento del 20% para el año 1979-80. Lo más importante de aquella información era que, a pesar de la fama que tenía el Tecnológico como

institución cara, en una década había mantenido colegiaturas siguiendo solamente el aumento general del costo de la vida.

Para el ejercicio 1980-81 el aumento de las colegiaturas fue de 31.5%, al personal sindicalizado 30% y *a ninguna persona se le otorgará un aumento inferior al 24%*.

En una institución creciente, con un gran presupuesto, el rector y sus colaboradores tenían que ser competentes administradores.

Ya en vida de don Eugenio el rector daba pruebas de esa habilidad. Cuando se presentó el proyecto de construcción del edificio de Aulas V, en los inicios de la década de los setenta, el presidente del Consejo manifestó inquietud:

—No es el momento para hacer una inversión de esta naturaleza —comentó intranquilo.

García Roel sonrió.

—No se preocupe, don Eugenio —le dijo, frotándose las manos—. Yo tengo el dinero.

—¿Cómo? ¿De dónde?

—Pues, figúrese que hemos dado un golpe fantástico. . . ¡y sin proponérselo! —don Eugenio le veía con creciente interés—. Usted sabe que acabamos de cambiar el calendario escolar para terminarlo en diciembre y no interrumpirlo con las vacaciones de Navidad.

—Sí. . . , sí. . . —don Eugenio quería conocer el resultado.

—Pues, al hacer el cambio para que las clases empiecen a mediados de agosto, dos números me hicieron cosquillas. En el ejercicio fiscal, cambiado del primero de septiembre al 15 de agosto, ¡parecería una quincena con doble ingreso y gasto sencillo! ¿Qué le parece?

—Bueno. . .

—Un ahorro, llámelo así, de seis millones de pesos.

Don Eugenio lo miró con su leve sonrisa.

—Ingeniero —celebró—: es usted un financiero mañoso.

Cuando en el año 1976 el país temía una inminente devaluación, en marzo se decidió invertir 12 millones de pesos de fondos corrientes y restringidos de EISAC e ITESMAC en dólares. En septiembre el rector informaba *que debido a las previsiones tomadas por este mismo Consejo. . . el ITESM cuenta con recursos en moneda norteamericana suficientes para poder saldar sus compromisos en dicha divisa.*

El Sistema Tecnológico crecía en alumnado. En 1975 se habían inscrito 17,819 alumnos y en agosto de 1980 ascendían a 31,070 (18,146 en Monterrey, con un incremento respecto del año inmediato anterior de 5%, mientras en Unidades Foráneas el aumento era de 14%).

TAMBIÉN CALIDAD

Ya estaba en la rectoría el ingeniero Fernando García Roel cuando se presentó un grupo de estudiantes a entrevistarle para quejarse de un profesor incumplido y consultarle si le parecía bien la carta que habían escrito y le entregarían.

Los muchachos habían investigado el sueldo del profesor y llevaban un récord de sus faltas a clase. Argumentaban lo que ellos pagaron como colegiatura para recibir un número determinado de clases. Si el profesor no asistió a cierto número de clases les debía equis cantidad de dinero. Y se la cobraban.

Al rector le dio mucho gusto el planteamiento y la decisión de aquellos estudiantes.

—Mándensela, muchachos —les alentó—. No les va a pagar, pero puede darle vergüenza.

Al finalizar el semestre, el profesor se fue.

Los alumnos del Tecnológico pagan y exigen.

El Instituto en los años sesenta, setenta, ochenta, había dejado atrás la problemática de una escuela pequeña o mediana y se enfrentó a la necesidad de contratar más profesores cada vez, con el riesgo de no encontrar los mejores o perder el control sobre el buen ejercicio de su responsabilidad. Además, soportó la fuerte competencia de los negocios que ofrecen elevados sueldos y son interesantes para muchos profesionales competentes.

Ciertamente se vio obligado a contratar algunos maestros bisoños, sin experiencia, pero procura analizar los antecedentes de cada uno para conocer si sabe lo que va a enseñar; y ha diseñado un programa para que aprendan o mejoren el cómo enseñar. Sobre si el candidato sabe lo que enseñará se prueba analizando los grados académicos del aspirante. El número de profesores con maestría y doctorado ha ido aumentando; como ejemplo de esta tendencia, a mediados de 1980 gracias

al convenio entre el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y el Latin American Scholarship Program of American Universities para auspiciar un programa de adiestramiento y formación de profesores de las Unidades Foráneas, en el primer año se habían enviado a cuarenta y ocho nuevos profesores becarios a universidades norteamericanas; además, un grupo de veinte profesores había obtenido maestrías en Educación (nueve) y en Administración Universitaria (once), en la Universidad de Alabama, con la cual se tenía firmado un convenio. El Instituto realiza un esfuerzo extraordinario en este sentido y, en algunas épocas, más de un centenar de sus profesores se han encontrado en el extranjero obteniendo maestrías y doctorados.

Para el cómo enseñar se constituyó el Centro de Investigación y Desarrollo Educativo (CIDES) que opera en Monterrey y en las Unidades Querétaro y Estado de México. En este centro se dan cursos que consideran que para saber enseñar hay que ser experto en una veintena de habilidades básicas: cómo hablar, cómo motivar a los alumnos, cómo hacer preguntas, cómo escribir en el pizarrón, etcétera. Los instructores del Centro fueron adiestrados en Estados Unidos y luego se aplica el programa con los profesores del Instituto. Se hacen pruebas: un profesor, que en el curso actúa como alumno, da una clase a un grupo de alumnos y se le graba un video tape. Luego, el instructor se sienta con su colega profesor para examinar el desempeño e indicarle aciertos y errores. Algunos profesores con muchos años en la cátedra, al verse por primera vez en video tape, reciben un shock al observar lo mal que lo hacen.

Desde que se contrata al profesor porque se considera que sí sabe lo que enseñará, se le envía a estos cursos de adiestramiento. En ocasiones se le contrata dos meses antes de que vaya a iniciar sus clases como profesor para que empiece estos cursos como alumno.

Procurando la calidad de la enseñanza, el Instituto acude también al que considera el mejor juez: el alumno. Al terminar cada semestre los alumnos hacen una evaluación de los profesores sobre varios aspectos: enseñanza, exigencia, cumplimiento, motivación y visión global sobre el desempeño. Las autoridades del Tecnológico consideran que el alumno es el más justo y frío juez, aunque no todos los estudiantes se

interesan por expresar su opinión. Estas evaluaciones son analizadas y, de no ser satisfactorias en algún caso, se le recomienda al profesor tomar los cursos del CIDES para que supere las fallas que le imputan sus alumnos. Si persisten luego de otro semestre, el rector dice que aquel profesor *no tiene piernas para jinete* y como la ley ofrece un año como plazo para la inamovilidad del trabajo, se le pide que se retire.

Las autoridades consideran que, a través de estas encuestas, el alumno tiene el derecho de influencia en las decisiones del Tecnológico.

La búsqueda de un profesorado competente se complementa con la selección del alumnado. Para ser admitidos se aplican unas pruebas que hace el College Entrance Examination Board, con oficinas generales en Princeton, N.Y., conocidos como Scholastic Achievement Test (SAT), que miden la habilidad para aprender, en matemáticas y entendimiento verbal. El máximo que se puede obtener en las dos pruebas es 1,600 puntos. En los últimos diez años en Estados Unidos quienes presentan pruebas para su admisión en escuelas privadas obtenían 757 puntos en promedio y 750 en escuelas públicas. El Tecnológico pide 1,000 puntos para admitir en cualquiera escuela profesional y 1,200 en Medicina. Quienes no alcanzan el puntaje no son aceptados.

El resultado de combinar buenos candidatos para recibir la enseñanza y transmisores de la misma con conocimientos y en proceso de perfeccionamiento, tanto en estudios como en técnicas para comunicarse con sus alumnos, es la alta calidad de egresados. Esto lo mide el Instituto por la aceptación que tienen para ocupar puestos de trabajo y su buen desempeño en estudios de graduados en universidades de todo el mundo; un indicador del prestigio consolidado es la existencia de convenios con algunas universidades norteamericanas que aceptan a los egresados del Tecnológico automáticamente para que realicen trabajo de graduados.

A sus graduados también acude el Instituto para saber lo que piensan de la institución que van a dejar. *Nos interesa mucho la sinceridad de las respuestas, por lo que hemos juzgado conveniente que el cuestionario se responda en forma anónima*, dice la presentación del mismo. Y, entre las preguntas: *Al cursar tu carrera profesional en el Instituto, obtuviste menos de lo que esperabas, lo que esperabas, más de lo*

que esperabas; su evaluación general de los maestros, sobre si son productivos intelectualmente, cumplen con sus obligaciones docentes, dominan la materia que enseñan, son accesibles a los alumnos, enseñan bien; la opinión sobre la biblioteca; las consultas a profesores fuera del salón de clases; sobre las habilidades logradas en conocimientos teóricos y prácticos, capacidad de trabajo y de seguirse formando por sí mismos, sentido de responsabilidad y desarrollo de la creatividad; el desarrollo alcanzado en conciencia de los problemas políticos y socio-económico del país, las normas éticas profesionales, la sensibilidad para las bellas artes, la capacidad y deseo de influir en los demás; qué eliminar del plan de estudios por ser materias inútiles o irrelevantes y cuáles deberían enseñarse con más profundidad; sobre la justicia, objetividad y motivación para el estudio de los exámenes; y otros temas.

Con la encuesta de los graduados el Instituto confirma o enmienda el rumbo. Lo que las autoridades aprecian más es que en casi todos los factores, desde que se inició la encuesta a principios de los años setenta, el Tecnológico ha ido mejorando según la opinión de quienes dejan las aulas.

El número total de los egresados del Sistema Tecnológico hasta junio de 1982 era de 23,261 (20,464 en Monterrey): licenciaturas 17,860 en Monterrey y 1,922 en Unidades Foráneas; maestrías 2,594 en Monterrey y 875 en Unidades Foráneas; doctorados 10, sólo en Monterrey.

La influencia educativa del Instituto no ha quedado en sus egresados sino que en diversos grados se extendió a todos los alumnos que en períodos de tiempo variables pasaron por sus aulas.

EL AUTOR EXPLICA Y AGRADECE

En julio de 1982 hacía varios meses que había concluido la etapa de investigación para hacer este libro y seguía escribiéndolo con base en el material que tenía reunido. Ya me encontraba en los acontecimientos finales. Por entonces, paralelamente, investigaba las actas de la Cámara de Comercio de Monterrey para un proyecto de libro que tratará sobre un siglo de la actividad comercial en la capital neolonesa. Encontré que el 17 de mayo de 1925 en la junta de directiva de aquel organismo se leyó una carta firmada por la señorita profesora Alice Gordon que deseaba establecer en Monterrey una Escuela Politécnica con el plan de otras similares que existen en los Estados Unidos y adquiriendo en dicho país los fondos suficientes para la fundación y sostenimiento de dicha escuela. La profesora pedía que la Cámara proporcionase personas para el Consejo de Administración. Aunque la Cámara llegó a nombrar al señor Joel Rocha como representante suyo en el Consejo Directivo de aquel proyecto de escuela, no se vuelve a hablar del mismo y debemos suponer que no se concretó.

Cito esta información como ejemplo de la mayor profundización que pudo tener este libro si un paciente investigador se hubiese remontado más aún para encontrar antecedentes indirectos a la definitiva realización del Instituto Tecnológico de Monterrey. Ese intento de Escuela Politécnica, encontrado por mí sin andarlo buscando, es prueba de ello.

Pero debo indicar que en mi intención al concebir este libro había primero un deseo narrativo, que estuviese fundamentado; véase, por tanto, que la documentación estaba sustentando nada más.

Quiero decir que no pretendía en mi plan inicial ser exhaustivo en la ubicación y exploración de las fuentes, tanto documentales como vivas. Me disculpo ante quienes hubieran

querido encontrar más datos y más entrevistados. La idea original era ofrecer una visión suficiente para llegar a conocer la institución de la que me ocuparía. Esto debía ser así porque no estaba dispuesto a violentar mi específica vocación narrativa y, además, porque las actividades remuneradas que desempeño en el campo de la comunicación tienen prioridad de supervivencia y no podía prolongar la redacción del libro en forma indefinida; esto tampoco lo hubiera soportado mi temperamento. . . , que también el escritor puede tener sensibilidad de ejecutivo. Pero estoy conciente de que no he abarcado el suceso completo, ni he citado a todos los protagonistas, ya que la experiencia propia de cada profesor —sus vivencias, su creación— sería suficiente para sustentar por sí sola un libro.

Intenté ser objetivo, procurando ofrecer hechos y solamente sugerir posibilidades de interpretación donde hubiese alternativas, tratando de mantenerme fiel a lo investigado en escritos o entrevistas. Aun ciertas ligeras concesiones a la imaginación no afectan la que consideré la verdad de los acontecimientos.

En la marcha misma del trabajo me vi envuelto en circunstancias conflictivas de vaivén. Cuando las actividades de comunicación ocupaban mi tiempo completo, tenía tranquilidad respecto de los ingresos para vivir. . . , pero me dolía no poder adelantar el libro. Cuando disponía de medias jornadas laborales para investigar, entrevistar y escribir, la satisfacción de avanzarlo se veía molestada por la inquietud de no contar con abundancia de pedidos para realizar trabajos remunerados. No pretendo abrumar al lector con mis padecimientos, que felizmente concluyeron, sino que lo expreso para que se entienda mejor cierto apremio por concluir. Esto se agregaría a las razones primarias para no llegar a abarcarlo todo, de lo cual tengo plena conciencia y ningún remordimiento.

Pero, en cualquier forma, acudí a fuentes escritas y a recuerdos de protagonistas. Y siempre estuvieron presentes mis propios recuerdos.

Las fuentes proporcionadas por el Instituto Tecnológico fueron: Actas de juntas del Consejo, de 1943 a 1981; el Boletín Informativo, de mayo de 1948 a julio de 1963; Claustro Académico, con informes y noticias para los profesores del ITESM, de 1949 a 1959; Informe a Nuestros Patrocinadores, de mayo de 1968, No. 13, a No. 23; del No. 37 al No. 96; del No. 109 al No. 156, de abril de 1980.

El amigo Librado Rosales me facilitó: El Borrego, publicación estudiantil, de 1945 a 1947; Anuario del ITESM, de 1945; folleto del ITESM, de 1947; Anuario del ITESM, de 1952; folleto del 10º aniversario del ITESM, de 1953; ediciones especiales de los periódicos El Porvenir y El Norte, por el 20 aniversario del ITESM, 1963. Aprecio en Librado su generosidad al ofrecerme estas publicaciones, sin que yo las solicitase, luego de conocer mi proyecto y decirme que él había acariciado durante años el deseo de que, llegada su jubilación como funcionario del Tecnológico, se dedicaría a escribir algo con base en su colección de impresos y de sus recuerdos del Instituto, donde él está desde el primer día cuando se inscribió como alumno.

Conté con una copia de apuntes manuscritos sobre los acontecimientos de la rectoría del ingeniero Fernando García Roel, escritos con objetividad y alguna dosis de afecto y emoción por su esposa, señora Laura Molina de García Roel.

Consulté los periódicos El Tiempo del 10 de diciembre de 1941, El Porvenir de los días 6 y 7 de septiembre de 1943, El Norte del 6 de septiembre de ese mismo año y la revista Todo del 26 de agosto de 1948; la monografía La Universidad de Nuevo León (1933-1943), de Tomás Mendirichaga, y el libro Monterrey, de José Fuentes Mares.

Las personas que entrevisté y a quienes agradezco su colaboración fueron, por orden alfabético, los señores ingeniero José Emilio Amores, Arturo Astaburuaga, ingeniero León Avaso Vez, ingeniero Víctor Bravo Ahuja, licenciado Ernesto Cuervo, ingeniero Fernando García Roel, licenciado Virgilio Garza Jr., Juan S. Fariás, Librado Rosales y licenciado Alfonso Rubio y Rubio. A pesar de mi doble insistencia en la ciudad de México, el licenciado Roberto Guajardo Suárez decidió no concederme entrevista por motivos personales, que aun siendo respetables crearon un lamentable vacío de información por su privilegiada condición de fundador, organizador y segundo director general del Instituto.

Mi gratitud para todos los que me auxiliaron en mi empeño. Al rector del Instituto, ingeniero Fernando García Roel, por las facilidades para tener acceso a documentos e impresos. Mención especial para Licha Quintanilla, eficiente y amable, institución dentro de la institución, que siempre tuvo para mí oportunamente el material informativo y los datos que soli-

cité. Y para Esteban Flores, chofer de la Unidad Estado de México, por su puntual arribo, su serena compañía y la habilidad para desplazarse en el Distrito Federal y llevarme con exactitud a las entrevistas con los ingenieros Avalos y Bravo Ahuja, así como para investigar en la Hemeroteca Nacional.

Recordaré aquella tarde con el calor húmedo de la primavera regiomontana, cuando en abril de 1981 emprendía la investigación de los libros de actas del Consejo. Llegaba al edificio de Rectoría cansado, con sueño pendiente, no muy entusiasmado hacia la lectura del décimo primer año de vida del Tecnológico.

Me reporté con Licha Quintanilla que, como siempre, con paso firme me conduciría a una de las dos salas junto al despacho del rector para que trabajase.

Echó a andar por delante de mí y, seria y festiva, me dijo:
—A fajinas, licenciado.

Las fajinas han terminado, pero las imágenes permanecen.

Monterrey, 21 de julio de 1982.

Este libro se terminó de imprimir
el día 29 de noviembre de 1982
en los talleres de
LITOARTE, S. DE R.L.
F.C. de Cuernavaca 683; 11520 México, D.F.
Fotocomposición tipográfica de
FOTOEDISA
Laguna de Mayrán 258; 11320 México, D.F.
Tiraje: 10,000 ejemplares.

En la escena de la educación superior de México surgió el Instituto Tecnológico de Monterrey en 1943. Ha influido en el destino del país graduando miles de profesionales que ocupan puestos de importancia y han participado creativamente en la historia contemporánea.

Esta es una crónica del Tecnológico de Monterrey escrita por un testigo que pasó por sus aulas, brevemente primero como alumno y luego varios años como profesor; y que más tarde amplió el conocimiento sobre el Instituto como asesor externo de comunicación.

El libro, que tiene un sólido fundamento documental, se ofrece en forma narrativa procurando la amabilidad al presentar los hechos entre personajes, diálogos, anécdotas, evadiendo la frialdad de las cifras y los datos. Relato si no totalizador, suficiente para descubrir la personalidad real de este importante fenómeno de la vida mexicana.

Rodrigo Mendirichaga, el autor, ha publicado libros de divulgación histórica, cuentos, novelas, reportajes y crónicas; algunas de sus obras teatrales han sido puestas en escena; ejerce el periodismo editorial.